Mary Balogh

SERIE BEDWYN'S, Nº 6

LIGERAMENTE SEDUCTOR

ÍNDICE

Capítulo 1.....3
Capítulo 2.....14
Capítulo 3.....24
Capítulo 4.....37
Capítulo 5.....50
Capítulo 6.....59
Capítulo 7.....71
Capítulo 8.....83
Capítulo 9.....93
Capítulo 10.....101
Capítulo 11.....112
Capítulo 12.....120
Capítulo 13.....129
Capítulo 14.....138
Capítulo 15.....148
Capítulo 16.....159
Capítulo 17.....168
Capítulo 18.....178
Capítulo 19.....187
Capítulo 20.....197
Capítulo 21.....207
Capítulo 22.....219
Capítulo 23.....226
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....230

Capítulo 1

Aún le parecía un tanto extraño volver a estar rodeado de la flor y nata de la sociedad inglesa y escuchar cómo prácticamente todo el mundo hablaba su lengua. En realidad, la concurrencia no estaba compuesta solo por ingleses. También había holandeses, belgas y alemanes, entre otros. Pero los ingleses predominaban.

Gervase Ashford, conde de Rosthorn, estaba junto a las puertas del salón de baile en la casa que el vizconde de Cameron había alquilado en la *rue* Ducale, en Bruselas, contemplando la escena con ávido interés. Buscaba caras conocidas. Desde su reciente regreso de Austria había visto varias, pero esperaba encontrar algunas más. Aunque la mayoría de las damas y los caballeros presentes parecían excesivamente jóvenes. Por extraño que pareciera, a los treinta años se sentía como un anciano.

La mayoría de esos jóvenes, y algunos caballeros de más edad, lucían uniformes militares. Algunos eran azules o verdes, pero casi todos eran escarlatas, relucientes gracias a los lustrosos galones y a la profusión de guarniciones doradas. Semejantes a una bandada de pavos reales, eclipsaban a las damas, con sus vaporosos vestidos de talle alto en tonos pastel. El contraste hacía que parecieran delicadas y muy femeninas.

—Hace que uno se sienta en desventaja aun vestido con sus mejores galas, ¿no? —le dijo al oído con tono lastimero el honorable John Waldane, que estaba a su izquierda. Su oído derecho estaba más que ocupado con el zumbido de cientos de voces que se elevaban para hacerse oír por encima de las demás conversaciones y el ruido de la orquesta que afinaba sus instrumentos.

—Si se ha venido con la intención de impresionar a las damas, sí, supongo que es cierto —admitió, riendo por lo bajo—. Si se ha venido para echar un vistazo sin llamar la atención, no.

Por el momento, no quería llamar la atención en absoluto. Aún se sentía un poco incómodo rodeado de ingleses, ya que no dejaba de preguntarse si recordarían algo de lo sucedido nueve años atrás. Si aún quedaba algo que recordar. Aunque muy poco de lo sucedido había tenido lugar en público, no sabía hasta qué punto se había extendido el sórdido asunto. Waldane, que en aquella época formaba parte de sus conocidos y lo había saludado con gran afabilidad cuando volvieron a encontrarse apenas dos días antes, no había hecho la menor alusión al tema. Claro que, por supuesto, la reputación que se había ganado desde entonces era muy conocida entre aquellos que habían pasado algún tiempo en el continente.

—Es muy probable que un día de estos capturen a Boney[1] y lo manden de

1 «Canijo», mote que los ingleses pusieron a Napoleón. (N. de las T.)

vuelta a Elba, donde lo encadenarán de por vida si sus carceleros tienen dos dedos de frente —dijo Waldane—. Y a estos oficiales se les acabarán las excusas para hacer alardes de gallardía y embelesar a las damas con sus encantos.

—¿Celoso? —le preguntó, y de nuevo se echó a reír por lo bajo.

—No sabes cuánto —Waldane, ligeramente más corpulento que la última vez que lo vio, nueve años antes, y con una incipiente calva en la coronilla, soltó una seca carcajada—. Hay ciertas damas a quien merecería la pena impresionar.

—¿En serio? —Se llevó el monóculo al ojo para ver mejor el otro extremo del concurrido salón de baile. Reconoció a lord Fitzroy Somerset, secretario del duque de Wellington, que estaba hablando con lady Mebs, y también a sir Charles Stuart, embajador británico en La Haya. Pero su mirada se desvió gustosa hacia las jovencitas, aunque no esperaba reconocer a ninguna… y, en caso de que lo hiciera, sería extraño que le llamaran la atención. Las jovencitas no le atraían en lo más mínimo.

—¡Válgame Dios! Tienes razón.

Su monóculo se había detenido sobre una de las integrantes del grupo de sir Charles, que se había girado para saludar a dos oficiales de la Guardia Real Montada; dos figuras resplandecientes con sus prístinos pantalones blancos, sus casacas rojas, sus galones azules, sus guarniciones doradas… y sus zapatos en lugar de las botas de montar reglamentarias.

Era una dama muy joven, desde luego… Recién presentada en sociedad, si sus suposiciones eran ciertas. Seguramente la habría pasado por alto si Waldane no hubiera hecho el comentario anterior. Pero, ya que había decidido seguir su consejo, se vio obligado a admitir que mirar a una beldad podía ser extremadamente placentero en ocasiones.

Como en esos momentos.

Sin duda alguna, la muchacha era preciosa y el contraste de su sencillo vestido blanco con los ostentosos uniformes de los oficiales hacía que llamara aún más la atención. Era un vestido de manga corta, escote pronunciado y talle alto, confeccionado en satén y cubierto de encaje. Aunque a Ashford no era el vestido lo que le interesaba. Su avezada mirada se percató de que el cuerpo que cubría el vestido era esbelto y de piernas largas, delgado aunque innegablemente femenino. Su cuello, largo y elegante como el de un cisne, sostenía su cabeza en un ángulo orgulloso. Y bien orgullosa que podía estar. Su cabello negro, recogido en un elegante moño y adornado con lo que parecían diamantes, brillaba a la luz de las miles de velas de las arañas. Su rostro, un óvalo perfecto con ojos oscuros y nariz recta, era un ejemplo de perfección clásica. Su belleza era deslumbrante cuando sonreía, cosa que hizo al responder a un comentario del oficial que tenía a su derecha mientras se llevaba un abanico de encaje blanco a la barbilla.

Llegó a la conclusión de que nunca había visto a una mujer tan hermosa… aunque bien pensado no podía decirse que fuera una mujer. En realidad era poco más que una niña. Pero con un encanto tan arrebatador como el de un capullo de rosa perfecto aún por florecer.

Tal vez por suerte para la joven en cuestión y para los padres o la carabina que estuvieran pululando a su alrededor, Ashford prefería las flores en su esplendor a los delicados capullos… Eran mucho más agradables de seducir. Se dio por satisfecho con el escrutinio e hizo ademán de mover el monóculo.

—Valdría la pena impresionar a ésa —dijo John Waldane al percatarse del gesto de sus labios y de la dirección de su mirada—. Pero, por desgracia, Rosthorn, ningún hombre llama su atención a menos que sus amplios hombros estén enfundados en una casaca roja —Soltó un suspiro teatral y pesaroso.

—Y solo si no supera los veintidós —añadió él, al percatarse de la juventud de los dos oficiales. Tenía que estar haciéndose viejo, pensó, si los oficiales le parecían niños jugando a la guerra.

—¿No sabes quién es? —le preguntó Waldane al ver que se volvía en dirección a la sala de juegos.

—¿Debería? —preguntó a su vez—. Es alguien de relevancia, supongo.

—Se podría decir que sí —convino su amigo—. Se hospeda con los condes de Caddick en la *rue* de Bellevue, dado que su hija, lady Rosamond Havelock, es amiga suya. Aunque su hermano también está en la ciudad; es funcionario de la embajada de La Haya, pero en estos momentos está en Bruselas con sir Charles Stuart.

—¿Y…? —lo instó a continuar con un gesto de la mano.

—Uno de los oficiales que está hablando con ella (el rubio que tiene a la derecha) es el vizconde de Gordon —explicó Waldane—. El capitán lord Gordon, heredero de Caddick. Hijo único, ya que estamos. De ahí que el conde le haya comprado el cargo en la Guardia Real Montada, supongo… Mucha gloria y mucho uniforme, pero nada de peligro. Se pavonearán a lomos de sus caballos en las revistas a las tropas, provocando desmayos colectivos entre las damas por su gallardía, pero se desmayarían colectivamente si la amenaza de un enfrentamiento con Boney deja de ser un emocionante juego para convertirse en una realidad.

—Tal vez nos sorprendan si se les da la oportunidad de alcanzar la gloria —dijo Gervase con ecuanimidad. Dio un paso hacia las puertas del salón de baile. Era obvio que su amigo Waldane había tomado su interés por la joven morena por algo de índole más personal y que a todas luces quería que le suplicara que le dijera su nombre.

—Es lady Morgan Bedwyn —le dijo Waldane.

Gervase se detuvo y lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Bedwyn?

—La benjamina de la familia —explicó Waldane—. Recién salida del cascarón, presentada en la Corte hace muy poco, el tesoro más codiciado del mercado matrimonial, aunque Gordon ya la ha reclamado. Tengo entendido que se espera un anuncio formal en cualquier momento. Será mejor que te mantengas lejos, Rosthorn, aunque el lobo se haya quedado en Inglaterra en lugar de acompañarla —Le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

El lobo. Wulfric Bedwyn, el duque de Bewcastle. Aunque llevaba nueve años sin verlo y cuatro o cinco sin pensar en él, sintió que la gélida furia del odio se

apoderaba de él con la simple alusión a su persona. Bewcastle era el culpable de que no conociera a ninguno de esos rostros ingleses, de que su propio idioma le resultase extraño y de que se sintiera como un extranjero entre ellos, sus propios compatriotas. Bewcastle era el culpable de que no hubiera pisado suelo inglés (su propio país, el país de su padre) desde que tenía veintiún años. En cambio, había deambulado por el continente sin pertenecer realmente a Francia porque, a pesar de la nacionalidad francesa de su madre, él era inglés de nacimiento y heredero de un condado inglés. Por ese mismo motivo tampoco había estado a salvo en otros países europeos, hasta hacía poco bajo la ocupación francesa.

Bewcastle, que había sido su amigo en otros tiempos, era el culpable de que toda su vida se hubiera ido al garete para siempre. Durante los dos primeros años el exilio le había parecido un castigo peor que la muerte… El exilio, la insufrible humillación y la impotencia de verse incapaz de convencer a nadie de la injusticia que se había cometido con él. A la postre se había consolado al convertirse en lo que todos esperaban de él: un libertino que solo se preocupaba por sí mismo y por la satisfacción de sus deseos, ya fueran sexuales o de otra índole. Ciertamente había permitido que Bewcastle ganara y en más de un sentido.

Sí, comprendió en ese preciso momento, mientras observaba a Waldane por encima del hombro. El odio, la acuciante necesidad de devolverle el golpe a Bewcastle, no se había marchitado ni un ápice con los años. Se había limitado a enterrarlo en el fondo de su mente.

Y en ese preciso instante se encontraba en el mismo edificio, en la misma estancia, que la hermana de Bewcastle. Era demasiado bueno para ser verdad.

Volvió a clavar la vista al otro lado del salón de baile. La joven tenía la mano apoyada en la manga del oficial rubio (el capitán lord Gordon) mientras se dirigían a la pista de baile, donde se estaban formando las filas para comenzar con la contradanza que abriría el baile.

Lady Morgan Bedwyn.

Sí, no le cabía la menor duda de su linaje. Su porte rezumaba el orgullo y la arrogancia de la aristocracia.

Podría hacer alguna diablura si se lo proponía, pensó, mirándola con los ojos entrecerrados. La tentación era casi irresistible.

La muchacha ocupó su lugar en la larga fila de damas sin quitarle el ojo de encima al capitán lord Gordon (un jovenzuelo bastante guapo), que se colocó frente a ella en la fila de caballeros. El muchacho era muy elegible. Hijo y heredero de un conde. Incluso se rumoreaba que estaba prácticamente comprometida con él.

La idea de hacer una diablura se le antojó aún más atractiva.

No le cabía duda de que la muchacha era una inocente a pesar de su arrogancia. Probablemente había estado rodeada de institutrices hasta que fue presentada en sociedad, y de carabinas desde entonces. Él, en cambio, no tenía nada de inocente. Pese a su reputación, era cierto que solo utilizaba sus encantos seductores con mujeres que igualaban su experiencia y, por regla general, su edad. Pero si decidía utilizar dichos encantos con una joven inocente, tal vez lograra que se olvidase del

casaca roja. Si se decidía.

Y ¿cómo no iba a hacerlo?

Cuando comenzó la música, sintió que la tentación se apoderaba de él con un hormigueo ligeramente seductor. Aunque, para ser sinceros, la tentación no era ni mucho menos ligera.

Lady Morgan Bedwyn ejecutaba los pasos del baile con precisión y elegancia. Era una mujer delgada, esbelta y de pechos pequeños, unos atributos físicos que por lo general no despertaban su apetito sexual. Y en esos momentos no estaba excitado ni mucho menos; se limitaba a apreciar en su justa medida la perfección de su belleza.

Y sí… le seducía la idea de causarle problemas.

—¿Vas a la sala de juegos, Rosthorn? —le preguntó John Waldane.

—Tal vez más tarde —respondió sin apartar la vista de los bailarines, cuyos pies golpeaban el parquet al compás de la música—. Debo ir en busca de lady Cameron y pedirle que me presente a lady Morgan Bedwyn cuando acabe esta pieza.

—¡Vaya, vaya! —Su amigo sacó la cajita de rapé—. ¡Eres un donjuán, Rosthorn! Bewcastle te retará a duelo solo por haber osado posar los ojos en su hermana.

—Bewcastle, si la memoria no me falla, no participa en duelos —lo corrigió con desdén al tiempo que resoplaba por la nariz a causa del hiriente recuerdo—. Además, soy el conde de Rosthorn. No hay nada de malo en que solicite una presentación formal. O en que la invite a bailar. Ni que estuviera pensando en invitarla a fugarse conmigo…

Aunque sentía una malévola satisfacción al imaginarse la reacción de Bewcastle si de verdad se fugara con la muchacha. ¿Sería capaz de llegar a esos extremos?

—Cinco libras a que insistirá en bailar todas las piezas con un casaca roja y no te prestará la menor atención —dijo Waldane con una carcajada.

—¿Solo cinco libras? —preguntó, y se echó a reír por lo bajo—. ¡Qué menosprecio, Waldane! Que sean diez… o cien. Me da lo mismo. Porque perderás, por supuesto.

No podía apartar los ojos de la joven. Era la hermana de Bewcastle, una persona muy cercana a él, un ser querido. Una persona mediante la cual podría herir el orgullo y la posición preeminente de Bewcastle e incluso su corazón. Aunque dudaba mucho que tuviera corazón… De la misma manera que él tampoco lo tenía, pensó con cinismo.

Los giros favorables que en ocasiones tomaba el destino eran extraños… aunque ya era hora. Bélgica era lo más cerca que había estado de regresar a casa, aunque su padre llevara más de un año muerto y su madre lo exhortara a regresar a Windrush Grange para hacerse cargo de su herencia, de sus obligaciones y de sus responsabilidades como conde de Rosthorn. Estaba en Viena cuando Napoleón se escapó de la isla de Elba en marzo. En ese momento, dos meses después, había decidido dar el tímido paso de trasladarse a Bruselas, donde los ingleses y sus aliados comenzaban a reunir tropas para el enfrentamiento decisivo con Napoleón. Muchos de los ingleses con hijos en el ejército habían llevado a sus esposas e hijas, y

a otros miembros de la familia. Una ingente cantidad de ciudadanos británicos había llegado en masa a Bruselas durante la primavera de 1815 por la sencilla razón de que era el lugar de moda.

Y entre esa ingente cantidad de personas se encontraba lady Morgan Bedwyn, hermana del duque de Bewcastle.

Desde luego, el escenario era ligeramente seductor…

El destino por fin le había dado una mano ganadora.

Lady Morgan Bedwyn estaba ligeramente aburrida; peor aún, estaba ligeramente decepcionada. Siempre había aborrecido la idea de la presentación en sociedad y durante un año o más, antes de cumplir los dieciocho, había discutido sobre el tema con Wulf, el duque de Bewcastle, su hermano mayor y el cabeza de familia. Había protestado porque no quería sonreír y soltar risillas tontas detrás de un abanico, ni convertirse en un objeto más a la venta en el mercado matrimonial. No quería que esos caballeretes llenos de espinillas que atestaban Londres la examinaran y pujaran por ella… como si lo único que importara en la vida fuera el matrimonio y lo único que ella tuviera para ofrecer fuera su aspecto físico y su noble cuna.

Aunque, por supuesto, Wulfric había insistido. De forma inexorable y alzando tan solo las cejas. Claro que las cejas de Wulf (por no hablar de su monóculo) eran tan formidables como el grito de guerra de un regimiento completo. Y, por supuesto, la tía Rochester, esa vieja cascarrabias, la había tomado bajo su ala sin dilación cuando llegó a Londres y en un abrir y cerrar de ojos la obligó a lucir el uniforme típico de toda jovencita durante su primera temporada social. En otras palabras, todo era de color blanco, muy delicado, y parecía quitarle nueve años de encima… cosa en absoluto deseable si se tenían dieciocho. Y después llegó Freyja (su hermana mayor, lady Freyja Moore, marquesa de Hallmere) con su marido el marqués para amadrinarla durante su presentación a la reina, celebrar su baile de presentación y acompañarla en sus primeros eventos sociales.

No había visto la hora de que llegara a su fin el tedioso proceso. Había aborrecido cada minuto de cada día. Se había sentido como un objeto. Un objeto muy exclusivo y valioso, claro estaba, aunque eso no la había ayudado a sentirse una persona.

Sin embargo, y una vez que lo había dejado atrás, se alegraba de haberlo hecho. Porque a pesar de su renuencia a soportar la temporada social en Londres, poseía un alma aventurera e inquieta, así como una mente ágil e inquisitiva que necesitaba de estimulación constante. De repente, la aventura y el alimento para su mente surgieron de la nada cuando Napoleón Bonaparte escapó de Elba y regresó a Francia. Los salones de Londres habían cobrado vida con las noticias y las especulaciones que estas creaban sobre el futuro. Sin duda alguna, los franceses lo rechazarían.

Pero no había sido así. Los rumores sobre una posible guerra inundaron Londres. ¿Sería posible que los aliados, tan apaciblemente enzarzados en conversaciones de paz en Viena, se vieran obligados a librar otra terrible batalla

contra Bonaparte?

No tardó en ser evidente que la respuesta era afirmativa… y que el campo de batalla estaría en Bélgica. El duque de Wellington nada más y nada menos se desplazó allí en abril, a Bruselas concretamente, y otros personajes de gran relevancia procedentes de toda Europa emprendieron viaje para reunirse con él.

El asunto le había parecido fascinante desde el primer momento. Y, dado que era una Bedwyn y los Bedwyn siempre habían menospreciado las convenciones sociales y entre ellos nunca había habido un tema inapropiado para los oídos de una dama, había discutido largo y tendido la situación con su familia.

Poco después se le presentó la oportunidad de ir a Bruselas.

Los ejércitos habían comenzado a prepararse para la guerra; algunos de los regimientos británicos y numerosos oficiales se encontraban en Londres. Estos últimos comenzaron a aparecer en público con sus uniformes… Y uno de ellos comenzó a cortejarla con insistencia. Codearse con el capitán lord Gordon, el rubio y apuesto heredero del conde de Caddick, ataviado con su flamante uniforme, le había parecido bastante entretenido. Juntos habían paseado en carruaje, habían ido a la ópera acompañados de sus padres y su hermana, habían bailado en multitud de eventos sociales. Incluso había entablado amistad con su hermana, lady Rosamond Havelock.

Entonces el capitán lord Gordon recibió órdenes de partir hacia Bélgica con su regimiento, y los Caddick, Rosamond incluida, decidieron seguirlo a Bruselas. Docenas, tal vez cientos, de miembros de la alta sociedad acudirían también a la convocatoria. Sería divertidísimo, le había dicho Rosamond cuando la invitaron a ir con ellos, bajo la tutela de la condesa.

Todo el mundo había dado por sentado, por supuesto, que el cortejo entre el capitán y ella era en serio. Y aunque a él así se lo pareciera, al igual que a Rosamond y a sus padres, ella no se sentía preparada para tomar una decisión que la ataría de por vida. Sin embargo, ansiaba ir a Bruselas, estar cerca de la crisis que se avecinaba y del lugar donde se iba a desarrollar la acción, de modo que le había pedido permiso a Wulf para que la dejara ir.

En aquel entonces había supuesto que todo sería un ejercicio político e intelectual de grandes proporciones, que la conversación sería seria y estimulante allá donde fuera. ¡Qué idea más ridícula!

De hecho, estar en Bruselas no era distinto de estar en Londres… Los días y las noches eran una sucesión de frivolidades. En un momento dado incluso llegó a desear que Wulfric se hubiera negado a darle permiso. Todo aquello había resultado un poco decepcionante.

Claro que estar en Bruselas tenía ciertas ventajas. Por un lado, disfrutaba de una increíble sensación de libertad. No estaba Wulfric para vigilar todos y cada uno de sus movimientos con el monóculo en la mano; y tampoco estaba la tía Rochester con sus impertinentes preparados para mirarla con reprobación cada vez que hacía algo. Solo estaba Alleyne, el hermano con quien menos años se llevaba, que trabajaba en la embajada a las órdenes de sir Charles Stuart. Aunque el joven le había prometido a

Wulf que echaría un ojo a su hermana, hasta el momento había hecho bien poco. Tal vez incluso no le hubiera echado ni medio…

Lady Caddick era una carabina bastante permisiva. Y bastante estúpida. Lord Caddick no tenía carácter alguno o, si lo tenía, ella no había visto el menor indicio. Rosamond le caía bien, pero solo le gustaba hablar de pretendientes, sombreros y bailes. Al capitán lord Gordon y al resto de los oficiales que conocía les gustaba alardear de su hombría diciéndoles a las damas que no debían ocupar sus lindas cabecitas con los asuntos que a ella le parecían mínimamente interesantes.

Todo ello era muy irritante para alguien que había crecido con los Bedwyn y que había cometido la estupidez de esperar que todos los hombres fueran como sus hermanos y todas las mujeres como Freyja.

La contradanza que había abierto el baile de los Cameron estaba a punto de tocar a su fin. Le gustaba bailar con el capitán lord Gordon porque el uniforme le sentaba de maravilla y, además, bailaba muy bien. Cuando lo conoció llegó a creer que se enamoraría de él. Pero el paso del tiempo había despertado en ella muchas dudas con respecto a su carácter. Al comenzar la contradanza, durante los breves instantes en los que los pasos los acercaban, el capitán le había dicho que se tomaba muy en serio su papel en la lucha contra la tiranía. Estaba preparado, afirmó, para morir por su país si debía… y por su madre y su hermana y… Bueno, aún no tenía derecho a añadir otro nombre, concluyó con una mirada ardiente.

A ella le pareció un tanto dramático. Y bastante alarmante. Porque en ese momento comprendió que los Caddick y muchas otras personas habían dado por sentado que al aceptar su invitación también aceptaba un futuro compromiso con su hijo. No obstante, las razones que habían alegado para invitarla no eran otras que la necesidad de Rosamond de contar con compañía femenina.

—Lady Morgan —le dijo el capitán cuando acabó la música—, estaba rezando para que la orquesta se olvidara de terminar. Para que pudiéramos seguir bailando toda la noche.

—¡Qué tontería! —exclamó al tiempo que abría el abanico y se abanicaba despacio las acaloradas mejillas—. Hay otras damas que aguardan su turno para bailar con usted, capitán.

—Solo hay una dama —comenzó el capitán, ofreciéndole el brazo para acompañarla de vuelta al lado de su madre— con la que merezca la pena bailar… Pero, por más que me pese, no puedo bailar dos piezas seguidas con ella.

¿Sería posible, se preguntó, que solo fuera un joven presumido y estúpido? Aunque su posición lo enfrentaba a la amenaza de la guerra y de la muerte. Debía recordar eso último… Sería injusto que lo olvidara. A un hombre se le podía perdonar cierto grado de sentimentalismo en tales circunstancias. Siempre que no sobreactuara. Le sonrió, pero habló con voz firme.

—No, no puede —replicó—. Deseo bailar con otras parejas.

El teniente Hunt-Mathers formaba parte del grupo que rodeaba a lady Caddick y a Rosamond y esperaba su turno para bailar con ella, justo a continuación. No era tan alto, tan apuesto, ni tan gallardo como lord Gordon, pero era un joven agradable

de buena cuna y le caía bien, aunque tendía a ser un poco soso. Se giró hacia él con una sonrisa mientras quitaba la mano del brazo del capitán.

Sin embargo, antes de que pudiera entablar ningún tipo de conversación, se dio cuenta de que lady Cameron estaba hablando con lady Caddick a fin de solicitar su permiso para presentarle a un caballero. Una vez que lo consiguió, Morgan se giró hacia la anfitriona y su acompañante.

—Lady Morgan —le dijo la vizcondesa de Cameron con una sonrisa amable—, el conde de Rosthorn ha solicitado una presentación formal.

Estudió al conde con detenimiento. No era un oficial. Iba ataviado con unas elegantes calzas grises de seda, un chaleco bordado de color plata y un frac negro muy ajustado. La camisa, la corbata y los puños de encaje eran blancos. Tampoco era un hombre especialmente joven. Aunque sí era alto, bien formado y bastante apuesto, reconoció mientras lo saludaba con una reverencia y se percataba de que tenía unos ojos grises de mirada indolente que parecían observarla con cierta sorna.

Sin embargo, no vio nada en el conde de Rosthorn que despertase su interés. Era uno más de los muchísimos caballeros que habían deseado conocerla desde que hiciera su presentación en sociedad. Era muy consciente de que la consideraban hermosa, aunque a sus ojos fuese demasiado delgada y tuviera el pelo demasiado oscuro. Además, sabía que, como hija de un duque con una vasta fortuna a su nombre, era atractiva a los ojos de todos los solteros, con independencia de su edad y de su posición social. A fin de cuentas, era un objeto más a la venta en el mercado matrimonial a pesar de encontrarse en Bruselas y no en Londres y a pesar de que su compromiso con lord Gordon se diera por sentado. Se comportó con educación e intercambió las cortesías de rigor con lord Rosthorn, aunque en su mente lo catalogó como un caballero más que carecía de interés. No obstante, lo miró con la gélida arrogancia que solía desanimar a los caballeros cuya atención no deseaba. Esperaba que el conde supiera interpretar su expresión y no le pidiera un baile.

En ocasiones le alarmaba darse cuenta de lo hastiada que estaba de todo aquello a los dieciocho años.

—Estoy bien, gracias —respondió él con una voz que en cierto modo encajaba con esos ojos. Ambos un tanto indolentes y ligeramente burlones—. Y mucho mejor ahora que me han presentado a la dama más encantadora de todo el salón.

Pronunció el estúpido halago como si se estuviera riendo de sí mismo mientras lo decía.

De modo que ni siquiera se dignó replicarle. Se abanicó el rostro y lo miró a los ojos con las cejas ligeramente enarcadas y una expresión altiva. Una expresión que los Bedwyn dominaban a la perfección. ¿De verdad la creía tan estúpida y descerebrada? ¿Esperaba que se echara a reír como una tonta y se ruborizara complacida por semejante estupidez? Aunque ¿por qué no iba a pensarlo? La mayoría de los caballeros lo hacían, demostrando así cuan descerebrados eran ellos.

Su actitud intensificó el brillo burlón de esos ojos grises y comprendió que lord Rosthorn debía de haber adivinado lo que ella estaba pensando. ¡Bien!, exclamó para sus adentros. Sin embargo, sus siguientes palabras la desalentaron.

—¿Es mucho suponer que aún le quedará alguna pieza libre y que me concederá el honor de bailarla conmigo? —preguntó.

¡Diantres!, pensó y detuvo el movimiento del abanico mientras buscaba una excusa amable con la que rechazarlo… Se negaba a mentirle sin más y decirle que ya tenía comprometidos todos los bailes.

Alguien lo hizo por ella.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el capitán lord Gordon con ese tono lánguido que solía utilizar cuando hablaba con alguien a quien consideraba inferior—. Por aquí ya se han concedido todos los bailes, amigo mío.

Indignada, abrió los ojos de par en par. ¿Cómo se atrevía? No obstante, antes de que pudiera darse la satisfacción de replicar con un comentario mordaz que rebatiera semejante tontería, el conde de Rosthorn se giró hacia el capitán con un monóculo en la mano que se llevó a un ojo para observarlo con evidente desinterés.

—Acepte mis felicitaciones, capitán —dijo el conde—. No obstante, me veo en la obligación de corregir la equívoca impresión que parece tener. No era a usted a quien estaba invitando a bailar.

Morgan contuvo las carcajadas de alegría a duras penas. ¡Qué réplica más maravillosa! De repente veía al conde desde una perspectiva totalmente distinta. Un hombre de ingenio tan rápido y de semejante aplomo era sin duda un alma gemela. Le recordó a sus hermanos.

—Gracias, lord Rosthorn —le dijo como si no hubiera sucedido nada—. ¿Le parece bien la siguiente pieza?

A pesar de su inmaculada apariencia, pensó, lord Rosthorn tenía un aura un tanto sórdida, si bien no sabría explicar la sensación. Tal vez se debiera a la diferencia de edad que percibía entre ellos y que lo convertía, a sus ojos, en un hombre de mundo. Claro que ella jamás admitiría su ingenuidad. Había una especie de indiferencia, algo ligeramente peligroso en él.

—Será un honor que esperaré con ansia durante la próxima media hora —respondió el conde.

Tal vez fuera su mirada indolente, decidió Morgan… y su voz, también indolente. Pero no, su voz tenía algo que explicaba esa sensación de peligro que percibía. Lord Rosthorn tenía acento francés.

Se abanicó el rostro con lentitud mientras lo observaba marcharse.

—Ese tipo tiene suerte de que haya mujeres presentes —dijo lord Gordon a sus amigotes con una nota furiosa en la voz—. Me habría sentido muy satisfecho si hubiera podido cruzarle la cara con el guante.

Morgan no le hizo caso.

—Mi querida lady Morgan —dijo lady Caddick cuando el conde se hubo alejado lo bastante para no escucharla—, el misterioso conde de Rosthorn debe de haberse quedado prendado de usted para buscar una presentación.

—¿Misterioso, mamá? —preguntó Rosamond.

—Ay, sí, muy misterioso —respondió la condesa—. Heredó el título y la fortuna de su padre hace poco más de un año, pero hacía muchísimo tiempo que nadie lo

veía ni se sabía de él, desde aquel año en que… pero ahora está en Bruselas. Se rumorea que ha estado oculto en el continente, reuniendo información para el gobierno británico.

—¿Es un espía? —preguntó Rosamond, mirando la espalda de lord Rosthorn con los ojos desorbitados.

—Tal vez haya algo de cierto en ese rumor —contestó su madre—. Eso explicaría su presencia en Bruselas en un momento en el que la información sobre los movimientos de los franceses debe de estar muy solicitada.

El interés de Morgan aumentó aún más. ¡Un hombre peligroso! No obstante, ya se estaban formando las filas para el siguiente baile y la orquesta estaba preparada para empezar a tocar. El teniente Hunt-Mathers se acercó a ella, le hizo una rígida reverencia al estilo militar y le ofreció el brazo.

Capítulo 2

Gervase pasó la siguiente media hora en la sala de juegos, y deambulando entre las mesas y observando a los jugadores mientras intercambiaba los saludos de rigor con varios conocidos. Y lo hizo con un oído puesto en la música.

Lady Morgan Bedwyn era tan encantadora de cerca como le había parecido desde el otro extremo del salón. Su tez era sedosa e impecable; sus ojos, castaños, enormes y rodeados de espesas pestañas oscuras. Su reacción ante los halagos deliberadamente zalameros que le había dedicado le había hecho mucha gracia. Lo había mirado de arriba abajo como si fuera una viuda hastiada. Al parecer, no era tan bobalicona como había esperado que fuese.

Esa mirada altiva y distante debía de ir unida al apellido. Bewcastle la había convertido en un arte. Y él la había sufrido en sus propias carnes la última vez que lo vio. La expresión del rostro de lady Morgan Bedwyn sugería orgullo, altivez, vanidad, arrogancia… Facetas de un carácter que reforzaban su resolución.

La música por fin acabó y fue reemplazada por el murmullo de las conversaciones procedente del salón de baile. Había llegado el momento de reclamar a su pareja. La hermana de Bewcastle.

El ruido y las carcajadas del salón de baile parecían ocultar el hecho de que todos estaban allí, sobre todo los oficiales, porque la guerra era inminente. Pero tal vez fuera precisamente la posibilidad de que se produjera una hecatombe lo que instaba a todo el mundo a disfrutar del momento. Un momento que tal vez fuera el último para muchos de ellos.

Localizó a su pareja entre la multitud y se acercó a ella. Saludó a lady Caddick, su carabina, con una inclinación de cabeza y a lady Morgan con una reverencia.

—Lady Morgan —dijo—, creo que es mi baile.

La joven asintió con un gesto regio. Tanto ella como la muchacha rubia que la acompañaba estaban rodeadas por un grupo de jóvenes oficiales, que lo miraron con hostilidad apenas disimulada.

—Es un vals —comentó la otra muchacha—. ¿Conoce los pasos, lord Rosthorn?

—Por supuesto —le aseguró—. He pasado varios meses en Viena. Allí es el baile de moda.

—¡Rosamond! —la reprendió lady Caddick, tal vez por haberse dirigido a él antes de que hubieran sido formalmente presentados. Sin embargo, las voluminosas plumas del tocado de la condesa se inclinaron con elegancia hacia él—. Puede bailar el vals con lady Morgan, lord Rosthorn. Ha recibido la aprobación de las damas del comité organizador de Almack's.

Le ofreció el brazo a lady Morgan y ella apoyó la mano… Una mano de dedos

largos y esbeltos enfundados en un guante blanco.

—La aprobación de las damas del comité organizador de Almack's —repitió mientras se alejaban, enarcando las cejas—. ¿Eso es… importante?

—Es mortalmente aburrido —contestó ella con esa expresión que tanto le recordaba a una viuda hastiada—. Una dama no tiene permiso para bailar un vals en Londres a menos que haya recibido la aprobación del comité.

—¿De veras? —preguntó—. Por favor, explíquemelo.

—A muchas personas no les gusta el vals —dijo ella—. Lo tachan de ser un baile suelto.

—¿Suelto? —le preguntó, inclinando la cabeza hacia ella.

—Indecente —respondió lady Morgan con voz desdeñosa.

Gervase esbozó una sonrisa.

—Entiendo —replicó. Y lo entendía. La vieja Inglaterra. No había cambiado. Tan puritana como de costumbre.

—Lo había bailado miles de veces en casa con mi profesor de baile y con mis hermanos —le dijo ella—. ¡Pero no me permitieron bailarlo en mi fiesta de presentación!

—¡Como si fuera una niña pequeña! —exclamó él con expresión horrorizada.

—¡Exacto! —Pero lady Morgan lo miró a los ojos con recelo mientras ocupaban su lugar en la pista de baile y esperaban a que la música comenzase.

¡Señor, era toda una belleza!

—¿Es un espía británico? —le preguntó ella.

Gervase enarcó las cejas ante el brusco cambio de conversación.

—Corre el rumor de que lo es —prosiguió la joven—. Lleva fuera de Inglaterra mucho tiempo. Se dice que ha estado realizando misiones para recabar información en nombre del gobierno británico.

—¡Caramba! Mucho me temo que no soy tan romántico —replicó él—. He pasado nueve años fuera de Inglaterra porque me exiliaron… Mi padre me exilió.

—¿De veras? —preguntó lady Morgan.

—Por culpa de una mujer —le explicó con una sonrisa— y por el robo de una joya de valor incalculable.

—¿Que usted robó?

—Que yo no robé —la corrigió—. Pero ¿no dicen lo mismo todos los ladrones convictos?

Lady Morgan lo miró un instante con las cejas arqueadas.

—Siento que no sea un espía —dijo—. Aunque de todas formas dudo mucho que hubiera estado dispuesto a contestar mis preguntas acerca de la situación militar —Giró la cabeza hacia el estrado donde estaba la orquesta… La música por fin comenzaba a sonar.

Gervase le colocó la mano derecha en la cintura (era tan estrecha que casi podía abarcarla con las dos manos) y tomó su mano derecha con la izquierda. Ella apoyó la mano libre en su hombro.

Era muy joven. E increíblemente arrebatadora.

Y la hermana de Bewcastle.

Gervase se consideraba un buen bailarín. Siempre le habían encantado los elegantes giros del minué y del cotillón, los intrincados y vigorosos pasos de la contradanza… y la vibrante sensualidad del vals. Tal vez los ingleses tuvieran razón al proteger a las jóvenes de su seductor influjo.

La condujo por la pista de baile girando con cuidado, comprobando hasta qué punto sabía bailar y si era capaz de dejarse llevar por su pareja. Había tenido buenos maestros. Pero su habilidad trascendía la precisión y la destreza. Lo supo desde ese primer momento, mientras giraban tan despacio como el resto de las parejas que los rodeaban.

Lady Morgan no parecía muy dispuesta a seguir conversando y él tampoco estaba por la labor. Estaba rodeada por un perfume suave, tal vez un jabón floral o una colonia… ¿Violetas? Su esbelta figura rebosaba juventud. Se dejaba llevar con soltura y docilidad, moviendo los pies a escasos centímetros de sus zapatos.

—¿Así es como bailan los ingleses el vals? —le preguntó.

—Sí —Lady Morgan lo miró—. ¿No se baila así en el resto del mundo?

—¿Me permite que le enseñe cómo se hace en Viena, *chérie*? —le preguntó.

La vio abrir los ojos de par en par, aunque no supo si lo hizo en respuesta a su pregunta o por el uso del apelativo cariñoso en francés.

Comenzó a moverse con pasos más largos, describiendo círculos cada vez más amplios en uno de los rincones de la pista y ella lo siguió. Incluso consiguió arrancarle una alegre sonrisilla.

El vals no se había concebido para ser mecánico y monótono, con todas las parejas girando en lenta y perfecta armonía las unas con las otras. De modo que se dispuso a bailarlo como sin duda fue concebido, con los ojos y la mente concentrados en su pareja; con los oídos atentos a la música de modo que la melodía y el ritmo calaran en él; con los pies dispuestos a convertir dicho ritmo en movimiento.

Era un baile sensual, concebido para concentrar la atención de un hombre en su pareja y viceversa. Concebido para hacerlos pensar en otro tipo de danza, una de índole mucho más íntima.

No era de extrañar que los ingleses tuvieran reparos a la hora de bailar el vals.

La hizo girar por la pista hasta que las luces de las arañas se convirtieron en un brillante destello informe sobre sus cabezas; la condujo con destreza entre las otras parejas que bailaban más despacio, percatándose con satisfacción de que lo seguía sin perder el ritmo, sin el menor temor a perder el paso, a chocar con otra pareja o a perder el equilibrio. Los brillantes uniformes de los oficiales y los delicados tonos pastel de los vestidos de las damas se fundieron en una repentina melodía de color.

Cuando la primera parte del vals llegó a su fin, lady Morgan tenía los ojos brillantes, estaba ligeramente ruborizada y respiraba con dificultad. Parecía aún más hermosa que antes.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Me gusta el vals vienes!

Gervase inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Cree que las damas del comité organizador de Almack's lo aprobarían?

—Rotundamente no —contestó, y después se echó a reír.

La música comenzó a sonar de nuevo. Pero era una melodía más lenta, más sosegada.

La condujo de nuevo entre la multitud de parejas, girando entre ellas, variando la amplitud del paso y dando unos más cortos antes de ejecutar unos giros amplios que la obligaban a arquear la espalda y el cuello. Sentía la música con todo el cuerpo, se movía con ella, la retaba, se tomaba libertades y se dejaba llevar por su magia. Y lady Morgan se movía con él sin apartar la mirada de su rostro. La sujetaba tal vez un poco más cerca de lo tolerado, si bien no se tocaban salvo en aquellos lugares permitidos.

Lady Morgan suspiró cuando la música llegó a su fin.

—No sabía que el vals pudiera ser tan… —dijo, aunque el gesto que hizo con la mano que acababa de quitarle del hombro le indicó que no se le ocurría una palabra adecuada para describirlo.

—¿Romántico? —le sugirió. Acercó los labios a su oído—. ¿Erótico?

—Agradable —replicó ella, y después frunció el ceño y volvió a mirarlo con su expresión altiva—. ¡Su elección de palabra no ha sido muy acertada! Además, ¿por qué me ha llamado «*chérie*»?

—He pasado nueve años en el continente —respondió—, y he hablado francés casi todo ese tiempo. Mi madre es francesa.

—¿Eso quiere decir que me llamaría «querida» o «preciosa» si hubiera pasado todo ese tiempo en Inglaterra? —le preguntó—. ¿O si su madre fuera inglesa?

—Probablemente no —La miró con una sonrisa—. Habría pasado la vida inmerso en la susceptibilidad inglesa y en las inhibiciones inglesas. Habría sido una experiencia aburridísima. Me alegra mucho que mi madre sea francesa, *chérie*.

—No debe llamarme así —lo reprendió—. No le he dado permiso. Como verá, soy inglesa y soy tan susceptible, tan inhibida y tan… aburrida como cualquier inglesa.

Gervase llegó a la conclusión de que era la hermana de Bewcastle de los pies a la cabeza. Sin embargo, había vislumbrado a una rebelde bajo la aristócrata, había atisbado a la mariposa que ansiaba liberarse de su capullo. Y a la mujer que se ocultaba tras la fachada juvenil; una mujer que sin duda era capaz de vibrar de pasión.

—No la creo ni por un instante —replicó en voz baja y sin perder la sonrisa—. Pero si no puedo llamarla «*chérie*», ¿cómo quiere que la llame? ¿Desde cuándo las damas se llaman «Morgan»?

—Fue el nombre que eligió mi madre —contestó ella—. Mis hermanos también tienen nombres poco habituales. Pero el mío no lo es tanto. ¿No ha oído hablar de Morgana en las leyendas artúricas? Era una mujer.

—Y una hechicera —añadió él—. En ese caso, el nombre le viene que ni pintado.

—Tonterías —replicó ella con brusquedad—. Además, no soy Morgan para usted, ¿no es cierto, lord Rosthorn? Soy lady Morgan.

La música volvió a sonar con la última parte del vals al tiempo que su sonrisa se transformaba en una carcajada.

—Vaya —dijo ella, con expresión radiante—, otra melodía alegre. Bailar puede ser muy aburrido en según qué ocasiones, ¿no está de acuerdo, lord Rosthorn?

—Si se baila a la manera inglesa, tengo que estar de acuerdo con usted —respondió—. Pero la manera vienesa es mucho más… digamos que interesante, ¿no le parece?

—Cuando ha hecho esa pausa, tenía la intención de que pensara en esa otra palabra, ¿no? —preguntó ella—. Creo, lord Rosthorn, que está coqueteando descaradamente conmigo. Pero tengo que advertirle que tal vez no sea tan ingenua como aparento. Sí, bailemos el vals a la manera vienesa ya que es mucho más interesante —Y le sonrió.

Una sonrisa que irradiaba la luz del sol y la calidez del verano, y por la que comprendió que la muchacha estaba participando de su juego… o de lo que ella creía que era su juego. Lady Morgan era mucho más interesante de lo que había esperado. Tal vez demostrara ser una digna rival.

O eso esperaba.

—Me ha convencido, *chérie* —le dijo al tiempo que la hacía girar sin apartar la mirada de esos ojos risueños—. Bailaremos esa erótica danza.

Lady Morgan se ruborizó profusamente, pero no apartó la mirada de él. Detalle que le arrancó una lenta sonrisa.

Casi todos los visitantes británicos que estaban en Bruselas se habían trasladado al pueblo de Schendelbeke y habían atravesado el puente provisional que cruzaba el río Dender, en cuya orilla iba a pasar revista a la caballería inglesa el duque de Wellington. El mariscal de campo prusiano, Von Blücher, también estaba presente. Era un escenario bastante pintoresco para semejante espectáculo. Y menudo espectáculo. Al principio, la caballería formó para la inspección, y Morgan, que estaba sentada en un cabriolé con Rosamond y los condes de Caddick, habría jurado que ni los miles de hombres ni sus correspondientes monturas movieron un solo músculo. Después, lord Uxbridge, su comandante, les ordenó desfilar frente al duque y lo hicieron con tal precisión que parecían un único ser.

—¿Cómo no va a enamorarse una mujer normal de todos y cada uno de los oficiales? —preguntó Rosamond con una carcajada, aunque había susurrado la pregunta para que su madre no la oyera. En ocasiones Morgan tenía la impresión de que el entusiasmo de su amiga la hacía parecer un poco ridícula, pero tuvo que darle la razón en ese punto. No se habría perdido el desfile por nada del mundo. Si todavía estuviera en Londres, en esos momentos probablemente estaría haciendo insulsas visitas sociales con la tía Rochester. Aunque un ratito antes había intentado mantener una discusión con el conde de Caddick acerca de la necesidad de que la disciplina castrense se antepusiera al derecho de todo ser humano a su individualidad y, a cambio, solo había recibido expresiones atónitas de las damas y un gruñido del

conde por respuesta.

La Guardia Real Montada formaba parte del desfile y aparecieron en todo su esplendor escarlata. Montaban magníficos caballos muy bien adiestrados. Los mejores de Europa, según el capitán lord Gordon, que se encontraba entre los soldados que desfilaban, al igual que muchos de los jóvenes oficiales que conformaban el habitual grupo de amigos de Morgan.

Si las cosas llegaban hasta el punto de que la caballería británica se viera obligada a entrar en batalla, predijo Rosamond en voz alta, no le cabía la menor duda de que la caballería francesa les echaría un vistazo y saldría corriendo temblando de pánico. La infantería francesa se quedaría demasiado aterrada como para huir siquiera. Aunque las cosas no llegarían hasta ese punto, por supuesto.

Morgan no estaba tan segura al respecto. Alleyne le había advertido el día anterior de que la situación comenzaba a tomar tintes peligrosos y de que cabía la posibilidad de que los Caddick decidieran regresar a Inglaterra en breve. Y sin duda, pensó, tantos años de guerras habrían enseñado a los europeos la insensatez de subestimar a Napoleón Bonaparte y a los soldados franceses, que siempre habían luchado por su comandante en jefe con incansable valor. Muchos británicos, por supuesto, se mostraban renuentes a admitir que, además de los ingleses, hubiera otros hombres capaces de actuar con valentía. Se guardó sus pensamientos.

Cuando terminó el desfile, el capitán lord Gordon y varios oficiales se acercaron a caballo al cabriolé para presentar sus respetos a los condes y charlar con las damas. Morgan era muy consciente de que el despliegue visual de esa tarde no era un mero espectáculo. Era la realidad de unos hombres reales que se preparaban para la guerra. Para matar y para que los mataran. Hizo girar la sombrilla sobre la cabeza y su mirada se fue posando sobre cada uno de los jóvenes que se habían acercado. Era difícil imaginarse la vitalidad masculina en circunstancias tan desesperadas.

—El duque de Wellington espera con ansiedad la llegada de más tropas extranjeras —le estaba explicando lord Gordon, que ya había situado a su caballo junto a la portezuela del cabriolé que había a su lado—. Y se rumorea que le aterra la posibilidad de que las tropas veteranas que lucharon con él en la península Ibérica no lleguen a tiempo desde América en caso de que los franceses sean lo bastante estúpidos como para atacarnos. Aunque es evidente que nuestra caballería es lo bastante fuerte y temible como para llevar a cabo la tarea sin problemas.

Sus sonrientes compañeros aclamaron el comentario.

—¿No está de acuerdo después de haber presenciado el desfile, lady Morgan? —le preguntó.

Sabía perfectamente, al igual que todos, que siempre era la infantería la que ganaba o perdía una batalla.

—Desde luego que parecen formidables —respondió.

—¿Y qué opina de la Guardia Real Montada? —le preguntó el capitán—. Todo el mundo sabe que somos lo mejor de lo mejor, que los ingleses de prestigio eligen la Guardia (si sus familias se lo pueden permitir) y que tenemos los mejores caballos. ¿Se ha dado cuenta de que el resto de la caballería, toda la infantería y los

regimientos de artillería nos miraban con envidia y respeto? Sobre todo los casacas verdes.

Sus compañeros volvieron a aclamarlo y a reírse, y lady Caddick sonrió complacida. Rosamond estaba charlando en un aparte con el mayor Franks, que se había colocado en su lado del carruaje.

Morgan deseó no tener la desconcertante impresión de que eran un grupo de colegiales que hablaban de ganar un partido de críquet a un colegio rival. No podía evitar preguntarse con inquietud cómo reaccionarían unas tropas tan poco curtidas bajo el fuego enemigo. La mayoría de los casacas verdes a los que lord Gordon se había referido eran fusileros, y la mayoría eran veteranos de las campañas de la península Ibérica, tropas acostumbradas y curtidas en la batalla. Tal vez muchos de ellos tuvieran un aspecto desaliñado, pero se había dado cuenta de que los soldados hablaban de ellos con considerable respeto.

—La Guardia Real Montada ha estado particularmente magnífica —respondió.

El capitán le regaló una cálida sonrisa.

—No debe temer nada, lady Morgan —le dijo—. Primero porque ningún francés con dos dedos de frente volvería a luchar por Napoleón si puede evitarlo. Segundo porque Bruselas está rodeada de tropas aliadas que forman una barrera impenetrable. Y tercero porque si todo lo demás falla, la Guardia Real Montada no lo hará. Está a salvo de todo peligro.

Se escuchó una nueva andanada de vítores.

—No me siento amenazada —le aseguró al capitán.

—Jamás la retendríamos en Bruselas si hubiera algún peligro, se lo aseguro, lady Morgan —dijo lady Caddick—, y también se lo aseguré al duque, su hermano, antes de venir.

—En cierto modo, lamento que Bonaparte no llegue hasta las puertas de Bruselas —confesó lord Gordon presa del ímpetu juvenil sin prestar atención a cualquier otra cosa que no fuera ella—. Me encantaría librar una batalla para enseñarle un par de cosillas acerca de la caballería británica en general y de la Guardia Real Montada en particular. Si Wellington hubiera contado con nosotros en la península Ibérica, le aseguro que no le habría costado tanto obligar a los franceses a volver a su país.

—Tal vez no —convino Morgan—. Pero ahora sí están aquí.

Su indignación crecía por momentos. Su hermano Aidan había sido oficial de caballería hasta hacía un año. Había atravesado Portugal y España de batalla en batalla con las tropas de Wellington, recorriendo el lento camino que los llevó a Francia. Jamás le había escuchado decir que su regimiento (o que la caballería) había ganado la guerra. Siempre hablaba con respeto de todos los cuerpos militares (caballería, infantería y artillería, ya fueran británicos o aliados) que habían participado en la contienda. Incluso hablaba con respeto de los franceses. Claro que, evidentemente, Aidan era mayor y tenía muchísima más experiencia.

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando atisbo la figura del conde de Rosthorn, que cabalgaba a poca distancia con un caballero desconocido para ella.

Reconoció al conde de inmediato. No lo había visto desde la noche del baile de los Cameron, pero no había olvidado su vals… ni su conversación. Aunque en aras de la honradez debía reconocer que había disfrutado del momento, se recordó con desaprobación. El conde la había tratado con una familiaridad que no le gustaba… Había seguido llamándola «*chérie*» aun cuando ella le había exigido que no lo hiciera. Y se había propuesto escandalizarla con toda premeditación, contándole lo que había provocado su exilio de Inglaterra y utilizando esa palabra, «erótico», para describir el baile. La había usado en dos ocasiones. Y mientras bailaban la había acercado a su cuerpo más de la cuenta e incluso había inclinado la cabeza para susurrarle al oído. Era, qué duda cabía, un libertino, y había desplegado todos sus encantos con ella como si la creyera una jovencita inexperta y, por tanto, incapaz de adivinar sus intenciones.

Después del baile había tomado la decisión de que le daría la espalda si volvía a acercarse a ella. No pensaba bailar al son de nadie. Al fin y al cabo, era una Bedwyn.

El conde la había visto. Sus miradas se encontraron y lo vio adoptar una expresión que no terminaba de ser una sonrisa… Mitad burlona, mitad alegre. Una expresión que iluminó su mirada indolente y alzó las comisuras de sus labios. Se negó a ser la primera en apartar la vista. Así que enarcó las cejas con la intención de imitar en la medida de lo posible el gesto que Wulfric utilizaba cuando deseaba desalentar a los pretenciosos y convertirlos en un carámbano. Acto seguido, lord Rosthorn enfiló su caballo hacia el cabriolé, abriéndose paso entre el resto de carruajes y jinetes.

¡Diantres!

El grupo de oficiales lo dejó pasar, y algunos parecieron quedarse un tanto sorprendidos.

—¡Caramba, lady Caddick! —exclamó, apartando la vista de ella en el último instante mientras se llevaba mano al ala del sombrero para saludar a la condesa—. Esperaba encontrarla aquí. ¿Cómo está?

—Lord Rosthorn —lo saludó la aludida con gran afabilidad—. ¿Ha disfrutado del desfile? Nunca me lo he pasado tan bien, ni me he sentido más orgullosa. ¿Conoce a mi marido?

Ambos caballeros, que al parecer sí se conocían, intercambiaron sendas inclinaciones de cabeza antes de que lord Rosthorn se dirigiera de nuevo a lady Caddick mientras el resto del grupo guardaba silencio para observar el intercambio.

Morgan estaba bastante irritada. Deseaba con todas sus fuerzas replicarle como se merecía al menor pretexto.

—Planeo celebrar una cena campestre en el bosque de Soignes —dijo lord Rosthorn— y en estos momentos me encuentro elaborando la lista de invitados.

—¡Una cena campestre! —exclamó Rosamond, que apartó los ojos del mayor Franks y miró a Morgan entusiasmada.

—Una cena a la luz de la luna —añadió lord Rosthorn, regalándole una sonrisa radiante a Rosamond antes de que su atención regresara a la condesa—. Milady, sería una enorme satisfacción que usted y su marido aceptaran mi invitación y

trajeran a su hija y a lady Morgan.

Rosamond se llevó las manos al pecho.

—Y también a su hijo —añadió el conde— y a cualquier otro oficial de la Guardia Real Montada que desee aceptar la invitación.

—Muy amable por su parte, lord Rosthorn —replicó lady Caddick—. Estaremos encantados de asistir, ¿no es así, Caddick? Lord Caddick gruñó.

—¡Espléndido! —exclamó el conde—. En ese caso, será un honor hacerle una visita en su residencia de Bruselas cuando los pormenores estén listos.

Lord Rosthorn no se demoró más. Hizo girar su caballo y se alejó entre la multitud para reunirse con su amigo, que lo esperaba no muy lejos. Sin embargo, antes de hacerlo, la miró sin disimulos, le hizo una reverencia formal y volvió a regalarle su acostumbrada sonrisa torcida, como si compartieran un secreto muy divertido. Solo le faltó llamarla *chérie*.

—¡Pero bueno! —exclamó enfadada sin dirigirse a nadie en particular.

Se sentía muy indignada. ¿Cómo se atrevía? No le había dirigido ni una sola palabra. Apenas si la había mirado cuando se acercó al cabriolé. Y aun así tenía la impresión de que los había invitado a todos a la cena campestre por ella.

¿Qué estaba tramando?

Le habría encantado disfrutar de un tiempo para considerar su invitación mientras giraba su sombrilla en el proceso, y después rechazarla de manera pública y explícita, sin dar explicación alguna. Un simple no. En cambio, se había visto obligada a guardar silencio y a escuchar, como una niña cuyos deseos fueran irrelevantes.

Si en realidad estaba planeando la cena campestre solo por ella, se merecía que no asistiera.

Su acento francés había sido muy evidente durante la corta conversación. Pero era inglés, ¿o no? ¿Acaso esperaba que su acento le pareciera irresistible porque el francés (o el inglés hablado con acento francés) se consideraba el idioma del amor? Un libertino debería ser, al menos, un poco más sutil con sus malas artes.

Claro que, pensó, poner a prueba su ingenio contra un libertino animaría sus días en cierta forma… Unos días que habían llegado a ser bastante tediosos. Y la idea de una cena a la luz de la luna en el bosque de Soignes tenía su atractivo.

—¿Quién se cree ese tipo que es? —preguntó lord Gordon con voz irritada mientras daba golpecitos con una mano en la portezuela del cabriolé—. No creerá que va a impresionarnos con su título cuando lleva años sin pisar Inglaterra y sus correrías por Europa le han reportado una pésima reputación, ¿verdad? Y seguro que es todo cierto. Hace dos noches, en el baile de los Cameron, obtuvo casi a la fuerza el primer vals de lady Morgan, el cual había decidido que sería para mí.

—No le había prometido ese baile a nadie, capitán —le recordó con brusquedad mientras Rosamond se giraba de nuevo para charlar animadamente con el mayor Franks, el resto de los oficiales conversaban entre ellos y lady Caddick le hacía algún comentario a su marido—. Habría sido impropio que bailara con usted tan pronto después del baile inicial. El conde de Rosthorn solicitó una presentación formal y me

pidió que le reservara un baile, petición a la que yo accedí.

—Le pido disculpas —se apresuró a decir el capitán—. Simplemente me parece un tipo de lo más grosero y no permitiré que le imponga sus atenciones si no las desea. Aunque tal vez ése no sea el caso.

—Si no las deseara —replicó ella—, le negaría el saludo, sobre todo si fuera grosero conmigo. Pero me resulta imposible considerar una presentación formal durante un baile como una imposición. Y la invitación dirigida a su madre ha sido muy formal… y muy generosa.

—Le pido disculpas —repitió el capitán con tirantez.

El episodio era lo más parecido a una discusión que habían tenido. Aunque, a decir verdad, lord Gordon podía ser muy pesado, pensó. Y ese afán posesivo le resultaba intolerable en cualquier hombre que no fuese su marido… E incluso en su hipotético marido, se corrigió para sus adentros.

Y mira lo que me ha obligado a hacer, se dijo, desviando la vista hacia la figura de lord Rosthorn, que ya se alejaba de ellos. Allí estaba ella, defendiendo a un hombre con el que estaba bastante molesta.

¿Qué estaría tramando?

Capítulo 3

Los preparativos para la guerra marchaban a pasos agigantados en Bélgica. Cada nuevo día traía consigo más tropas de refresco, más suministros y más artillería, aunque nada era suficiente para el duque de Wellington, según los rumores. Sin embargo, pocos creían que la ciudad de Bruselas estuviera en peligro. Muy pocas personas regresaron a la seguridad de las Islas Británicas. La mayoría se lanzó con más entusiasmo a disfrutar de los entretenimientos que se organizaban a diario para su diversión, decididos a permanecer al lado de sus maridos, hermanos, hijos y amantes tanto tiempo como les fuera posible. La cena campestre que iba a celebrar el conde de Rosthorn demostró ser el acontecimiento más concurrido de todos los celebrados hasta la fecha. De la multitud de invitaciones que se enviaron solo tres fueron rechazadas. Había sido una idea concebida por un mero impulso, admitió Gervase para sí después de hablar con lady Caddick durante el desfile militar, evento al que asistió con el expreso propósito de volver a ver a lady Morgan Bedwyn. Waldane se había reído de él y le había asegurado con cierta malicia que sería la envidia de todas las anfitrionas de Bruselas… siempre y cuando no acabara pasada por agua, por supuesto. Pero él no le prestó atención. Había contratado a una agencia especializada, en cuyas expertas manos dejó los preparativos, e incluso la elaboración de la lista de invitados (se limitó a señalar que invitaran a todo personaje relevante que estuviera presente en la ciudad), y siguió con su rutina habitual como si fuera un invitado más.

Cuando llegó el día señalado, ya estaba todo preparado y su única preocupación era el tiempo. No obstante, tras una mañana de chaparrones intermitentes y una tarde nublada, el cielo se despejó para la hora del té y el sol brilló hasta el ocaso. La luna salió antes de que reinara la oscuridad e incluso esta llegó acompañada de millones de titilantes estrellas. Era una noche cálida sin un soplo de brisa.

En esos momentos Gervase estaba inspeccionando el lugar y felicitando al gerente de la agencia (presente en calidad de ujier y supervisor del servicio y de los detalles del banquete) mientras aguardaba la llegada de los invitados y esperaba que lady Morgan Bedwyn no hubiera encontrado una excusa para no asistir.

Durante la revista de las tropas había aprovechado para comérsela con los ojos y acercarse a su carabina, con la que mantuvo una correctísima charla haciendo caso omiso de su presencia, detalle que dejó a la dama en cuestión visiblemente molesta.

Era una joven muy orgullosa y altiva. Por ende, cabía la posibilidad de que decidiera castigarlo quedándose en casa con un supuesto dolor de cabeza o cualquier otra indisposición leve.

Aunque apostaría cualquier cosa a que era demasiado orgullosa como para inventarse un falso pretexto y demasiado arrojada como para no aceptar su desafío. Lady Morgan Bedwyn no era, tal como había descubierto con enorme satisfacción, una joven atolondrada.

De todas formas, admitió, el jueguecito le estaba saliendo carísimo.

La envidia de todas las anfitrionas de Bruselas… ¡Por el amor de Dios!

Morgan, ataviada con un vestido de noche verde claro que sin saber por qué se le había antojado muy adecuado para la ocasión, estaba sentada junto a Rosamond de espaldas al cochero en el cabriolé de lord y lady Caddick, que habían tomado asiento frente a ellas. No podrían haber deseado una noche mejor para el acontecimiento al que asistían, pensó mientras alzaba el rostro hacia el cielo, visible a través de las altas copas de los árboles.

La cena iba a ser un acontecimiento concurrido y suntuoso, o eso descubrió poco después de que el conde de Rosthorn las invitara personalmente junto— al Dender. Todos sus conocidos estaban invitados. Incluso Alleyne asistiría. Al igual que un nutrido grupo de oficiales conocidos, entre los que se incluía, por supuesto, el capitán lord Gordon.

Había estado a punto de quedarse en casa. Incluso le había dado vueltas al mensaje de disculpa que enviaría con los Caddick, porque habría insistido en que ellos sí asistieran, claro estaba. Les habría dicho que le explicaran al conde que esa noche prefería quedarse en casa con un buen libro, ya que se encontraba un poco cansada a causa de las incontables veladas a las que había asistido durante la última semana. Claro que lady Caddick jamás habría aceptado entregar semejante mensaje. La condesa le habría dicho que le dolía la cabeza o habría puesto cualquier otra excusa igual de ignominiosa. Además, despreciaba la mera idea de huir de él. Había decidido que sería mucho mejor afrontarlo y hacerle saber que si había organizado la cena campestre con ella en mente, había cometido un error garrafal. Le demostraría que sus descaradas atenciones la aburrían como a una ostra.

Nunca había lidiado con un libertino hasta el momento. A Wulfric le habría bastado con alzar una ceja en Londres para acobardar a cualquiera que se le pasara por la cabeza flirtear con ella. Y la tía Rochester habría estado sobrevolando la zona como una enorme ave de presa de magnífico plumaje. La idea de entablar una batalla de ingenio con un reputado libertino tenía su atractivo, admitió para sí.

—La temperatura es muy agradable ahora —señaló lady Caddick—, pero habría que preguntarse si no refrescará más tarde. Tal vez deberíamos haber traído la berlina, Caddick.

Lord Caddick gruñó algo entre dientes mientras ella y Rosamond intercambiaban un par de sonrisas. Ambas preferían el cabriolé.

¿Cómo era una cena en el campo? Era una pregunta que Rosamond no había dejado de repetir a lo largo de los últimos días. ¿Era igual que una merienda al aire libre? ¿Se sentarían en el suelo sobre unas mantas y comerían muslos de pollo y

empanadas de langosta mientras bebían vino? ¿Habría después paseos por el bosque? ¿No estaría demasiado oscuro bajo los árboles? Tal vez, había sugerido ella, la oscuridad fuera la excusa perfecta para perderse durante unos minutos con el caballero de su elección…

Si ese fuera el caso, decidió con ironía, casi con toda seguridad elegiría al capitán lord Gordon. O al conde de Rosthorn… Eso sería un desafío interesante sin lugar a dudas.

El bosque de Soignes se asemejaba a una enorme catedral, concluyó mientras aspiraba su fresca fragancia a medida que el carruaje se internaba en la espesura y recordaba el olor a incienso. Apenas había maleza. A ambos lados del camino se alzaban inmensas hayas de lisos troncos plateados, semejantes a poderosas columnas de mármol. Sus ramas se extendían en las alturas como los nervios tallados de las bóvedas. El bosque inspiraba un profundo respeto, tal como lo haría una catedral gótica. En él se tenía la sensación de estar en un lugar poderoso, misterioso; en un lugar que trascendía el presente y elevaba a otro plano el espíritu de aquel que lo visitaba.

De repente, le temblaron los dedos por el deseo de pintarlo todo… tanto el bosque como el espíritu que lo habitaba. De repente, la vida que había llevado durante los últimos meses le pareció de lo más trivial. Echaba de menos la campiña que rodeaba Lindsey Hall y las numerosas horas de soledad que tanto valoraba.

—Me pregunto —la interrumpió Rosamond, que también estaba mirando hacia arriba— si la luz de la luna penetrará lo bastante por las ramas como para que podamos ver lo que comemos. Tal vez el bosque no sea la mejor opción para celebrar una cena campestre después de todo.

Sin embargo, no le cabía la menor duda de que el conde de Rosthorn ya habría previsto el problema y habría encontrado la solución. O, al menos, lo habría hecho la persona a la que había contratado para que organizara la cena. Dudaba mucho que él hubiera movido un solo dedo durante los preparativos. Sus suposiciones resultaron ser ciertas, por supuesto. A medida que el cabriolé se acercaba al lugar convenido para la cena, comenzaron a ver farolillos, cientos de farolillos de todos los colores del arco iris, colgados de las ramas de los árboles.

De repente, el bosque adquirió un encanto de distinta naturaleza. Uno conjurado por la mano del hombre, más humano, más íntimo, más romántico. Y tan seductor a su modo como la belleza natural que la había cautivado poco antes.

—Es mágico —dijo Rosamond con una mirada resplandeciente—. Como los jardines de Vauxhall.

Entre los árboles se habían colocado unas mesitas redondas cubiertas por prístinos manteles blancos donde se habían dispuesto la vajilla, la cristalería y la cubertería al estilo más formal. Cada una de ellas tenía un farolillo de color en el centro.

Sin embargo, el esplendor no se limitaba al plano visual.

—¡Escucha! —dijo ella, alzando una mano. Cuando el carruaje se detuvo, y con él el chirrido de las ruedas y el sonido de los cascos de los caballos, escucharon

música. Procedía de una pequeña orquesta situada en un estrado de madera que habían erigido entre los árboles, al final del camino. Bajo el estrado había un extenso espacio cubierto por un entarimado.

—¡Habrá baile! —exclamó Rosamond, apretándole el brazo con fuerza.

Quienquiera que hubiese planeado todo aquello en nombre del conde, pensó, había hecho un trabajo magistral. La cena, supuso, sería la comidilla de la ciudad durante días e incluso durante semanas.

Otros carruajes se aproximaban por el mismo camino por el que ellos habían llegado, y el brillo de sus lámparas iluminaba el trecho que les restaba para llegar. Sin embargo, ya estaban allí un buen número de invitados. Entre ellos, varios oficiales ataviados con sus casacas rojas.

—Éste va a ser el evento más sonado de la temporada hasta el momento —declaró Rosamond de forma tajante.

Mientras el cochero bajaba los escalones y abría la portezuela del cabriolé para que se apearan, se percató de que el conde de Rosthorn abandonaba a un grupo de invitados para acercarse a ellos. Ofrecía una estampa espléndida, con su vestimenta gris, blanca y plateada. Había elegido un atuendo clásico: calzas y medias blancas. Un estilo que le sentaba muy bien, ya que tenía las piernas largas, musculosas y muy bien formadas. En sus labios se apreciaba su sempiterna sonrisa indolente. Estaba guapísimo.

Morgan aceptó la mano que le tendía una vez que lord Rosthorn ayudó a bajar a lady Caddick.

—Todo esto parece sacado de un poema pastoril, lord Rosthorn —le dijo—. Está muy logrado. No me queda más remedio que alabar sus esfuerzos.

Sus ojos adquirieron un brillo risueño mientras la ayudaba a bajar.

—Me alegro de que no hayan sido en vano —replicó. Su mirada se detuvo en ella un instante antes de desviarse hacia Rosamond.

Bueno, pensó, no se había equivocado. Evidentemente, no se había equivocado.

—Milord, estamos decididas a que esta noche sea la mejor de toda la temporada —le estaba diciendo Rosamond—. ¿No es cierto, Morgan?

—Haré todo lo que esté en mis manos para que así sea —respondió él. Sin embargo, sus ojos estaban clavados en ella mientras hablaba.

Con un gesto de la mano lord Rosthorn se desentendió de un criado bastante estirado que se acercó para acompañarlas a su mesa; acto seguido, le ofreció el brazo a lady Caddick y los condujo hasta una mesa dispuesta cerca de la orquesta y de la tarima de madera donde se celebraría el baile. Desde allí disfrutarían de una vista magnífica de la zona, que se asemejaba a un enorme salón de baile flanqueado por columnas, con un techo conformado por hojas verdes, un suelo ligeramente desnivelado y una atmósfera fresca que permitía respirar los olores del bosque y de la tierra. Además de un sinfín de farolillos de colores que añadían un halo de poético encanto al conjunto.

Cuando llegaron a la mesa, el conde les hizo una reverencia y se marchó sin dilación. Hacia ellos ya se acercaba un camarero que llevaba una botella de vino

envuelta en un paño blanco. Se quedó sentada con su grupo alrededor de una hora. Cuando todos los invitados hicieron acto de presencia y ocuparon sus asientos, se sirvió una cena fría compuesta por un buen número de deliciosos y suculentos platos mientras escuchaban a la orquesta y a un tenor. La belleza de su voz estuvo a punto de llenarle los ojos de lágrimas. Después, varios jóvenes oficiales se acercaron a su mesa y lord Caddick se marchó para charlar con un grupo de conocidos que se había reunido bajo un haya, no muy lejos de allí. El capitán lord Gordon y el mayor Franks invitaron a Rosamond y Morgan a dar un paseo por la zona iluminada a fin de conversar con los conocidos comunes, y lady Caddick, en respuesta a la ansiosa mirada que recibió por parte de su hija, dio su beneplácito con gesto elegante.

La orquesta se había tomado un descanso. El baile comenzaría cuando regresaran de su paseo, auguró lord Gordon. En su opinión, la tarima de madera era un sustituto muy pobre del parquet pulido de una residencia elegante y la orquesta no era tan buena como otras que había escuchado en Bruselas, pero esperaba que lady Morgan se estuviera divirtiendo de todos modos.

—Enormemente —le aseguró—. El encanto de los árboles, de la luz y del color de los farolillos compensa con creces cualquier deficiencia que tenga una tarima de madera que ha debido de montarse sobre el suelo desnivelado del bosque y de una orquesta que se ve obligada a enfrentarse con una acústica que no es la ideal, ¿no le parece?

—¡Caramba, por supuesto, por supuesto! —convino—. No podría estar más de acuerdo con usted, lady Morgan. Solo me preocupaba la posibilidad de que no fuera de su agrado. A decir verdad, es una velada espléndida.

Allí estaba de nuevo, pensó, viéndose obligada a defender la velada del conde de Rosthorn. No obstante y a pesar del cambio que suponía la cena a la luz de la luna, todo parecía indicar que la velada seguiría el mismo curso que cualquier otra a la que había asistido desde su presentación en sociedad. Claro que al menos en esa ocasión estaban al aire libre y en un lugar encantador. Una parte de su cabeza se desentendió de su fachada social, que siguió sonriendo y conversando tal como dictaban las buenas costumbres, y se dispuso a observarlo todo como si estuviera en el plácido y silencioso corazón del bosque.

Ojalá estuviera pintando, en lugar de verse obligada a relacionarse con la gente.

Cuando regresaron a la mesa que ocupaban, descubrió que lord Rosthorn estaba conversando con lady Caddick. El conde se dio la vuelta y le sonrió.

—Vaya, aquí está —le dijo—. Espero que la cena haya sido de su agrado.

—Sí, gracias —le aseguró. En ese instante le llamó la atención el contraste entre el pálido tono plateado de su atuendo y el rojo brillante de las casacas que lucían muchos de los invitados, y llegó a la conclusión de que, por extraño que pareciera, su aspecto era muchísimo más viril que el del más aguerrido de los oficiales allí presentes.

—Lady Morgan —le dijo—, ¿le gustaría dar un paseo en mi compañía?

Solo a ella. Rosamond no estaba incluida en la invitación.

—Puede ir, lady Morgan —intervino lady Caddick con elegancia—. Pero

permanezcan siempre a la vista.

Lord Gordon carraspeó como si fuera a protestar, pero si su intención había sido la de detenerla, el gesto solo podía provocar en ella el efecto contrario. Además, tenía curiosidad por saber cómo procedería el conde. Estaba casi segura de que había organizado todo aquello para ella. ¿Acaso creía que iba a caer rendida a sus pies, totalmente hechizada por ese fastuoso despliegue, aparentemente de devoción?

—Gracias —contestó, regalándole una de sus miradas más altivas mientras aceptaba el brazo que le ofrecía—. Me encantaría.

Era un brazo musculoso y duro. Notó que le sacaba casi una cabeza, a pesar de que ella era alta. Era más alto que lord Gordon. La estaba mirando con esa sonrisa burlona que ya le resultaba tan familiar; como si fuera consciente de que ella se había percatado de su jueguecito pero creyera que iba a ganar de todas formas.

—Ha debido de ser todo un reto organizar una cena a la luz de la luna —le dijo.

—Supongo que lo habrá sido… —convino—, pero para monsieur Pepin de la agencia Pepin. Tendrá que preguntárselo a él si quiere saberlo con seguridad. Monsieur intentó hacerme partícipe de los preparativos buscando mi opinión para algunas de las cuestiones más delicadas, pero le recordé que le estaba pagando una suma más que considerable para que fueran sus hombros los que llevaran tan pesada y aburrida carga. ¿Acerté? ¿Hice bien en depositar mi confianza en él? Una de sus dudas (trascendental en su opinión, supongo) era si debía traer mesas hasta aquí o, en cambio, extender mantas en el suelo.

En esos momentos se estaba riendo descaradamente de ella con los ojos.

—Las mesas y las sillas son mucho más cómodas que las mantas —replicó ella —. Y parecían muy pintorescas al llegar, con los servicios dispuestos del modo más elegante.

—Si hubiera declarado su preferencia por las mantas —dijo lord Rosthorn, llevándose la mano libre al corazón—, me habría dejado desolado.

Morgan sonrió en contra de su voluntad.

—Y otra de sus dudas —prosiguió él— era si dejar que se filtrara la luz de la luna y de las estrellas entre las sombras del bosque (dando por supuesto que la noche no estuviera nublada) sin contar con más iluminación que los farolillos de las mesas o si, en cambio, debía colgar farolillos en las ramas de los árboles e interferir así con la belleza de la naturaleza. Me temo que carezco de la sensibilidad filosófica necesaria para lidiar con cuestiones tan peliagudas. Llegados a ese punto le prohibí de modo tajante que volviera a consultarme a menos que surgiera una cuestión de extrema urgencia, como que la luna se trasladara a otra galaxia o que un ejército de leñadores llegara al bosque para talar los árboles. ¿Cree usted que monsieur Pepin tomó la decisión acertada?

—Los farolillos colgados de este modo realzan la belleza de la naturaleza en veladas como esta —contestó—. No la arruinan.

—Si su opinión hubiera sido otra —replicó—, me habría dejado destrozado.

Eso le arrancó una carcajada.

¿Cómo podría alguien tomarse en serio un flirteo tan descarado y teatral?

Suponía que no era eso lo que se esperaba de ella. Y también suponía que el conde de Rosthorn era un poco más listo de lo que pensaba. Se había dado cuenta, cómo no, de que ella sería consciente de sus intenciones, de ahí que no hiciera el menor intento por ocultarlas. En cambio, la estaba haciendo reír de forma deliberada.

Y debía reconocer que se lo estaba pasando en grande… Aquello era mejor que el aburrimiento. Claro que si quería ablandarla hasta el punto de que participara en los planes que había trazado para ella podía esperar sentado… fueran cuales fuesen.

Habían estado paseando alrededor de la zona de las mesas, a la vista de lady Caddick y de toda aquella persona que quisiera controlar sus pasos, como Alleyne, por ejemplo, que estaba presente. A esas alturas, casi todos los invitados estaban de pie, mezclándose los unos con los otros. Las risas y las animadas conversaciones proclamaban que la cena campestre de lord Rosthorn era un éxito rotundo.

Esperaba que el conde la acompañara de vuelta a la mesa de lady Caddick pasado un tiempo prudencial… y aguardara hasta el comienzo del baile para invitarla. Sin embargo, no parecía tener prisa por librarse de su compañía. La mantuvo pegada a su lado, con su mano sobre el brazo mientras circulaban entre los invitados, intercambiando breves saludos con la mayoría y deteniéndose a charlar de forma más extensa con algunos.

Conocía a casi todos los presentes, de ahí que se sintiera muy a gusto. Sin embargo, no había pasado por alto que lord Rosthorn sujetaba su brazo con firmeza, de modo que no pudiera librarse de él en caso de querer hacerlo sin llamar la atención. Tenía toda la intención de mantenerla a su lado; casi como si fuera la anfitriona de la noche o la invitada de honor. Casi como si fueran una pareja comprometida. A decir verdad, no era muy adecuado que le dedicara semejantes atenciones durante tanto tiempo. Se preguntó si serían la comidilla de la gente al día siguiente; lady Morgan Bedwyn, que estaba casi comprometida con el capitán lord Gordon, y el conde de Rosthorn, ese misterioso libertino. Era muy fácil convertirse en el objeto de las especulaciones y de las desagradables habladurías de la gente… como bien debía de saber él.

No obstante, el jueguecito de lord Rosthorn le resultaba divertido por el momento. Cuando regresaron a la mesa, solo lady Caddick, Rosamond y los oficiales estaban presentes.

Había esperado encontrarse con algo un poco más… peligroso, tal vez, aunque la noche seguía siendo joven.

Mientras reflexionaba al respecto, él inclinó la cabeza y le habló al oído de modo que nadie más lo escuchara.

—El ruido de las conversaciones y el agobio de los presentes es excesivo, ¿no cree? —le preguntó, acariciándole con los dedos el dorso de la mano que descansaba sobre su brazo—. Tal vez debería haber hecho el esfuerzo de ordenarle a la agencia que no invitara a toda la ciudad, literalmente. Sería de lo más agradable tener más espacio, disponer de un lugar donde respirar con tranquilidad y donde poder fingir al menos que nos encontramos en completa soledad, ¿no le parece?

—Me parece, lord Rosthorn —contestó ella, mirándolo de reojo—, que tal como

reza el dicho, es mejor no abandonar la seguridad del grupo.

El conde retrocedió como si estuviera conmocionado por sus palabras.

—¿Cree que estaba sugiriendo algo indecente? —le preguntó— Acaba usted de herir mi sensibilidad de caballero. Mi intención no era otra que la de mostrarle algo que monsieur Pepin me enseñó poco antes de la llegada de los invitados. Y es algo excepcional. Permítame enseñárselo. No se alejará ni un solo instante de la penetrante mirada de su carabina.

Lady Caddick, tal como comprobó, estaba en el centro de un nutrido grupo de oficiales, que al parecer cortejaban alegremente a Rosamond. Era muy probable que la dama se hubiese olvidado por completo hasta de su mera existencia.

—Muy bien —accedió—. Enséñemelo.

Hasta ese momento había creído que los farolillos estaban dispuestos en una especie de círculo alrededor de las mesas. Sin embargo, cuando lord Rosthorn se lo indicó, observó que había una serie de serpenteantes caminos iluminados por los farolillos que partían del perímetro del círculo. Unos caminos creados para pasear entre los árboles sin acabar sumidos en la oscuridad y sin el riesgo de perderse. Cada uno de dichos caminos iluminados describía una curva en algún punto que lo devolvía a la zona de las mesas.

—¿No es brillante? —le preguntó el conde con un destello burlón en la mirada —. Ojalá hubiera sido partícipe de los preparativos de la velada para poder reclamar el mérito. Caminos semiprivados para aquellos que deseen estar en semiprivacidad.

Se detuvo al caer en la cuenta de que la llevaba hacia uno de dichos caminos.

—Desde luego que es brillante —convino—. Pero no necesito ir más lejos. Desde aquí veo muy bien la brillantez de su diseño.

Él rió entre dientes.

—¿Teme que planee secuestrarla, *chérie*? —le preguntó—. ¿A la vista de una horda de invitados en mi propia fiesta? La zona central resulta visible desde todos los puntos de los distintos caminos que, en realidad, no son caminos sino meros senderos dispuestos entre los árboles. Además, ¿ve? Incluso antes de que comience el baile, ya hay otras parejas que los han descubierto. Permítame enseñárselos.

Su acento francés era más pronunciado. Y había vuelto a llamarla *chérie*. Acababa de pasar, comprendió, a la siguiente fase de su juego, a la fase más peligrosa. Se preguntó fugazmente por qué la había elegido a ella. ¿Tal vez porque era muy, muy rica? Los libertinos no se caracterizaban por desplegar sus encantos con las damas más jóvenes a menos que fuera por ese motivo, ¿no?

—Pero ya lo ha hecho —replicó, lanzándole una mirada deliberadamente inocente.

—¡Vaya! —exclamó él—. Tiene miedo de que sea el lobo malo del cuento. Le pido disculpas, lady Morgan Bedwyn. No impondré mis atenciones a una jovencita que me tiene miedo.

Acabáramos, pensó. Aunque sabía que la estaba manipulando como si fuera una marioneta, reaccionó tal como él esperaba que lo hiciera. Presa de la irritación.

—¿Que le tengo miedo? —Buscó con los dedos el abanico que llevaba colgado

de la muñeca, lo agarró, lo abrió y comenzó a abanicarse el rostro con ímpetu—. ¿Que le tengo miedo a usted, lord Rosthorn? Tal vez no comprenda lo que significa ser un Bedwyn. Nadie nos da miedo, se lo aseguro. Adelante, muéstreme el camino.

Lord Rosthorn sonrió y ella atisbo la aprobación que asomaba a sus ojos mientras se internaban en uno de los caminos iluminados por los farolillos, donde se vieron atrapados al punto en la ilusión de privacidad e intimidad que ofrecía.

—Por fin —dijo él— he comenzado a disfrutar de la velada como deseaba hacerlo desde un principio.

—¿Conmigo? —Volvió a abanicarse el rostro y alzó la vista hacia él con expresión altiva, un tanto desdeñosa incluso—. ¿Deseaba disfrutar de la velada conmigo?

—Con usted, *chérie* —afirmó él en voz baja.

—¿Todo esto lo ha organizado para mí? —le preguntó—. ¿La velada en sí?

—Pensé que tal vez lo encontraría entretenido —respondió.

Morgan se detuvo, cerró el abanico y lo soltó para que volviera a colgar de su muñeca.

—¿A santo de qué? —le preguntó.

—¿Se refiere a que por qué creí que lo encontraría entretenido? —preguntó él a su vez— Porque usted es joven, *chérie*, y los jóvenes disfrutan con las comidas al aire libre, con la luz de la luna y con la música. ¿No es cierto?

—Me refiero, lord Rosthorn —lo corrigió con voz gélida—, a por qué me eligió a mí. ¿Por qué organizar algo tan suntuoso y extravagante para mí cuando soy una completa extraña para usted? ¡Ha sido extremadamente presuntuoso por su parte!

—¡Caramba, *mais non*! —exclamó—. No es una completa extraña. Hemos sido debidamente presentados. Hemos bailado un vals.

—Pero ¿algo tan complicado como esto a raíz de una simple presentación y de un vals? —preguntó ella al tiempo que agitaba un brazo con ímpetu en dirección a la zona de las mesas— Lord Rosthorn, creo que usted me ha elegido para disfrutar de un interludio romántico. Creo que sus intenciones no son honorables.

—Honorables… —Soltó una carcajada muy breve—. No pienso postrarme de rodillas y pedirle que se convierta en mi esposa, si es a eso a lo que se refiere, *chérie* —La vacilante luz de uno de los farolillos resaltó el brillo risueño de su mirada—. Sin embargo, en el baile de los Cameron creí reconocer en usted un espíritu afín, un espíritu que no soporta las constricciones de las normas sociales y que ansia libertad y aventura. ¿Me equivoqué?

—¿Y son esas supuestas ansias de libertad y aventura las que me empujarían a un interludio romántico con usted, lord Rosthorn? —le preguntó con desdén—. Su presunción es increíble, milord.

—¿Eso cree? —Ladeó la cabeza para observarla con atención.

—¿Qué ha planeado? —exigió saber—. Ha llegado a unos extremos increíbles para atraerme hasta aquí. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Robarme un beso? ¿Seducirme? —Enarcó las cejas. Comprendió, no sin cierta malicia, que estaba disfrutando muchísimo. Lord Rosthorn no tenía por qué ser el único que jugara.

—¿Seducirla? —Se llevó una mano al corazón y compuso una expresión horrorizada—. *Chérie*, ¿acaso cree que iba a traer a esta horda de personas hasta aquí, con un regimiento al completo incluido, si mis intenciones fueran las de aprovecharme de usted casi en público? Podría ser un colofón espectacular para la velada si acabara colgado de uno de estos árboles, o ensartado por una docena de sables.

—Pero no negará que tenía la intención de robarme un beso, ¿verdad? —preguntó.

Lord Rosthorn se inclinó un poco más hacia ella.

—Creo que debería protestar por su uso del pasado —replicó.

El hecho de ser la benjamina de los Bedwyn, bastante más pequeña que los demás y mujer para colmo de males, siempre había sido una enorme desventaja en las discusiones familiares. Sin embargo, había una táctica que había aprendido al dedillo: la mejor defensa era siempre un ataque. Por sorpresa.

—En ese caso, lord Rosthorn —puntualizó con voz cortante—, le aconsejo que salgamos de este camino ya que, según ha admitido, está a la vista de aquellos que ocupan la zona de las mesas, y nos internemos en el bosque. ¿O desea que nos vean mientras me besa… o intenta hacerlo?

El conde frunció los labios y su mirada risueña se acentuó. Ejecutó una galante reverencia antes de ofrecerle el brazo.

—Me gustaría ver el contraste del bosque sumido en la oscuridad de la noche con la parte iluminada para la cena, por supuesto —le dijo mientras él cambiaba el rumbo de sus pasos y abandonaba el camino marcado por los farolillos—. De la naturaleza en su estado puro con la naturaleza sometida a la mano del hombre.

—¡Vaya! —exclamó él—. Entonces se trata de un paseo para admirar la naturaleza, ¿no?

—Quizá le permita besarme antes de que regresemos, lord Rosthorn —añadió con estudiado desdén—, o quizá no. Si lo hago, no será un beso robado sino uno concedido… o contenido.

Lord Rosthorn echó la cabeza hacia atrás y rió de buena gana.

—¿No le asusta la posibilidad de que le robe un segundo y un tercero, *chérie*? —le preguntó.

—No —A esas alturas, la luz y el ruido habían disminuido lo suficiente como para poder admirar el bosque. Se detuvo y alzó la mirada—. No se lo permitiré. Es probable que ni siquiera le permita darme uno.

—Tal vez nadie le haya hablado de mi reputación —puntualizó el conde, que también se había detenido y le había soltado el brazo para apoyar la espalda contra el tronco de un árbol. Cruzó los brazos por delante del pecho con despreocupación—. Tal vez sea peligroso, *chérie*. Tal vez debiera estar asustada.

—Qué tonterías dice —replicó—. Si tuviera malas intenciones hacia mi persona, se guardaría mucho de mencionar su deshonroso pasado y estaría rezando para que yo no estuviera enterada —Sin embargo, debía admitir para sus adentros que estando donde estaba y en semejantes circunstancias, en la oscuridad del bosque y a

solas, parecía tremendamente peligroso.

Su comentario lo hizo reír entre dientes.

—¿Cuál va a ser el tema en concreto para su estudio de la naturaleza de esta noche? —le preguntó él muy despacio y con una nota burlona en la voz.

A decir verdad, era muy agradable estar lejos de la multitud y del ruido. El cielo seguía cuajado de estrellas, cuya luz se filtraba entre las altas ramas de los árboles. Lo castigaría fingiendo que no presentía peligro alguno, que lo había invitado por el mero placer de su compañía.

—¿Se ha parado alguna vez a pensar en lo afortunados que somos por haber sido beneficiados con tantos contrastes? —le preguntó. Se giró hasta realizar un círculo completo y cerró los ojos para inspirar hondo a fin de captar todos los olores.

—¿Masculino y femenino? —matizó lord Rosthorn—. ¿Cerca y lejos? ¿Arriba y abajo?

Morgan giró la cabeza para mirarlo con interés aunque, por supuesto, ya no podía verlo con claridad. De haberle formulado esa pregunta a Rosamond, al capitán Gordon o a un sinfín de sus conocidos, solo habría conseguido que la miraran sin comprender.

—Luz y sombra, sonido y silencio, compañía y soledad —añadió.

—Sagrado y profano, grande y pequeño, guerra y paz —agregó él—. Belleza y fealdad.

—¡Ah, no! —protestó—. Ahí no hay contraste. Lo que a nosotros puede resultarnos feo es sin duda hermoso para alguien o para algo. La babosa más repugnante es probablemente hermosa para otra babosa. Una tormenta que fastidie con la lluvia y el frío el paseo que alguien estaba a punto de dar, puede ser hermosa para el agricultor que contempla con preocupación sus áridos campos.

—Y lo que puede parecer pequeño o grande a nuestros ojos se verá de forma muy distinta desde la perspectiva de un elefante o de una hormiga —añadió lord Rosthorn—. Los opuestos no son más que dos caras de la misma moneda. Dos caras que no pueden existir la una sin la otra.

—Eso es —Se acercó a él—. Los contrastes son inseparables. No son más que un modo de procesar información, de asimilar, de valorar. El pasado y el futuro, por ejemplo. En realidad no existen, ¿verdad? Solo existe el presente. Pero si no tuviéramos esos dos conceptos contrapuestos, no seríamos capaces de organizar nuestras vidas ni nuestros pensamientos. Acabaríamos abrumados porque todo sucedería a la par y tendríamos que tomar un millar de decisiones al mismo tiempo.

—Moriríamos mientras nacemos —De repente, el conde rió entre dientes—. ¿Para esto nos hemos internado en el bosque?

—El interludio romántico era su propósito —le aclaró Morgan—. El mío era escapar por un instante del tedio de una reunión social demasiado concurrida.

—Acaba de matarme —afirmó, llevándose de nuevo una mano al corazón—. He organizado todo esto para que se entretenga, ¿y lo encuentra tedioso, *chérie*?

—En absoluto —Se acercó a él un poco más—. Es mágico, un festín para los sentidos. Pero lo es aquí y en este preciso momento, porque al apreciar la oscuridad,

el silencio y la tranquilidad del bosque, puedo valorar en su justa medida las luces, la diversión y las risas. Celebrar una cena campestre en este lugar ha sido una idea genial, lord Rosthorn, y se lo agradezco —Le ofreció una sonrisa deslumbrante e intencionada.

Para entonces, sus ojos se habían adaptado a la oscuridad. El conde de Rosthorn la estaba mirando con su sonrisa indolente.

—Es usted una hechicera —replicó él—. Ha vuelto las tornas contra mí, ¿no es cierto, lady Morgan Bedwyn? Me ha ganado en mi propio juego y me ha hablado de filosofía cuando yo lo habría hecho con palabras de amor. Incluso me ha provocado para que entre en su discusión filosófica. Pero no es tan sencillo hacer que me olvide de mis instintos más básicos. Debo robarle un beso, de eso no cabe la menor duda. Y, puesto que ha afirmado con contundencia que no me permitirá robarle ni un segundo ni un tercero, será mejor que le saque el mejor partido al único robo.

Morgan sintió un ramalazo de miedo por primera vez. Aunque tal vez «miedo» no fuera la palabra adecuada, ya que no creía que lord Rosthorn tuviera la intención de forzarla y seducirla en contra de su voluntad. Además, estaban lo bastante cerca de la zona de las mesas como para que sus chillidos alertaran a la gente, que se aprestaría a ayudarla.

En realidad sintió que se le aceleraba la respiración, que se le aflojaban las rodillas y de repente cayó en la cuenta de que se había acercado demasiado a él. Y comprendió, evidentemente, que lo que estaba sintiendo no era miedo ni mucho menos.

Era deseo.

Deseaba que ese hombre la besara.

En consecuencia, estuvo a punto de retroceder un paso. Estuvo a punto de dar media vuelta y salir corriendo. Porque estaba jugando con fuego y era muy posible que acabara quemándose. Más aún, estaba a punto de demostrarle a lord Rosthorn lo fácil que era disfrutar de un interludio romántico con ella, lo fácil que era para un libertino experimentado hacerla su presa.

La irritación fue su tabla de salvación; junto con el orgullo de los Bedwyn. ¡Menuda ridiculez! A fin de cuentas, lord Rosthorn no era más que un libertino indolente.

Dio un paso al frente y echó la cabeza hacia atrás.

—Pero no va a robar nada —le dijo con voz fría y admirablemente firme—. He venido con toda la intención de que me bese. No ha demostrado ser muy listo, lord Rosthorn, aunque sí medianamente interesante. Béseme.

El conde siguió inmóvil unos instantes. Se quedó apoyado contra el árbol con los brazos cruzados mientras la observaba con evidente sorna. Ella enarcó las cejas y le devolvió el escrutinio. A la postre, descruzó los brazos, se separó del árbol y le tomó la cara con ambas manos.

Morgan esperaba algo agresivo, fiero, enérgico y dominante. Algo, en definitiva, devastador. Sin embargo, cuando sus labios la tocaron, lo hicieron con ternura, con suavidad, ligeramente entreabiertos y delicados como el roce de una

pluma. Si en un primer momento se sintió algo decepcionada, no tardó en cambiar de opinión. Aunque ella no movió los labios, lord Rosthorn sí lo hizo. Esos labios acariciaron los suyos con delicadeza antes de lamerlos, mordisquearlos y explorar con la lengua su húmedo y sensible interior. La calidez de su aliento le rozó la mejilla.

Los efectos del beso, descubrió, no se redujeron a la zona de los labios. La sensación se extendió por toda su boca y desde allí descendió por la garganta hasta llegar a la zona de los pechos, del abdomen y de la parte interna de los muslos. Cuando el conde se apartó, por fin tuvo muy claro por qué un solo beso podía ser peligroso. El calor que irradiaba el cuerpo masculino la afectaba de la cabeza a los pies. Percibía su masculinidad con una intensidad apabullante.

Lord Rosthorn bajó las manos.

—Muy agradable, *chérie* —dijo—. Muy, pero que muy agradable. Desearía que los bosques de Bélgica estuvieran equipados con colchones y que las carabinas, incluso las que son tan negligentes como parece ser la suya, carecieran de la noción del tiempo. Pero, por desgracia, debemos regresar con mis invitados y volver a la seguridad del grupo.

Le ofreció el brazo al tiempo que ejecutaba una galante reverencia.

Y de ese modo, pensó Morgan mientras le lanzaba una mirada adusta y aceptaba el brazo que le ofrecía, tal vez se proclamaba vencedor del hostil jueguecito. Porque estaba claro que no la había besado como Dios mandaba, o al menos no como debería besar un libertino y ni mucho menos como había pretendido besarla.

Se había limitado a jugar con ella.

Era un adversario astuto. Se preguntó si después de esa noche se cansaría del jueguecito y se limitaría a olvidar su existencia mientras se lanzaba en pos de otra presa.

Wulfric y la tía Rochester sufrirían una apoplejía si pudieran verla en esos momentos, pensó de repente. Y con buen motivo. Había aceptado el desafío de superar con el ingenio a un libertino experimentado que, por alguna razón que desconocía, la había escogido como su víctima. Y no tenía nada claro quién había ganado.

Tal vez fuera un empate.

Capítulo 4

Un considerable número de invitados se percató de su regreso a la zona de las mesas, observó Gervase, así como de la dirección de la que procedían. Esos mismos invitados recordarían haberlo visto circular entre el gentío con la misma dama poco antes. Recordarían el tiempo que había pasado con ella en un evento en el que ni siquiera se esperaba que los matrimonios permanecieran juntos demasiado tiempo.

Al día siguiente, o tal vez antes de que la noche llegase a su fin, comentarían lo que habían visto a otras personas que quizá no se hubieran dado cuenta. Lady Morgan Bedwyn y el conde de Rosthorn serían la comidilla en breve, no le cabía la menor duda.

Tal como había planeado.

El problema era que la muchacha le caía bastante bien. No era ni de lejos una bobalicona. Y tenía carácter. Se había enfrentado a él en su propio juego y aún no había decidido si había sido ella la ganadora o no. Porque en un principio había tenido la intención de besarla de un modo mucho más lascivo. En cambio, se había decantado por sorprenderla. Y allí estaba, caminando a su lado con expresión distante y ligeramente aburrida mientras rezumaba altivez aristocrática por todos los poros de su cuerpo. Esa actitud tan fría lo habría molestado si no estuviera casi seguro de haberla irritado en cierta medida.

—¡Vaya por Dios! —exclamó con un suspiro exagerado—. Tengo que cumplir con un deber del que no pude librarme por más que intenté esconderme de monsieur Pepin. Debo anunciar el comienzo del baile y también debo ser yo quien lo abra con la dama de mi elección, o con la primera dama que consienta en bailar conmigo. Mmmm, déjeme pensar… tendría que saber cuál va a ser la primera pieza porque Pepin me enseñó el programa y me aconsejó que lo memorizara. Ah, sí, ya me acuerdo. La primera pieza será un vals. Tiene que bailar conmigo, *chérie*. Insisto en que lo haga. Usted lo baila muy bien y estoy seguro de que no me pondré en evidencia delante de todos mis invitados aplastándole los dedos de los pies. ¿Bailará conmigo?

La miró con una sonrisa burlona en los labios y encontró su recompensa al ver los esfuerzos de la joven para no reír.

—Muy bien —contestó ella con evidente desdén.

Era interesante que hubiera aceptado. Muy interesante, desde luego… aunque estuviera intentando no mostrarse ansiosa por bailar el vals con él, por supuesto. Era una digna adversaria. Y sentía mucho que fuera el odio lo que lo había acercado a ella y que fuera el odio lo que lo impulsaba a seguir tras ella. No obstante, la idea de que la indiscreción cometida por lady Morgan Bedwyn al pasar tanto tiempo en su

compañía llegara a oídos de Bewcastle en Inglaterra le reportaba un placer irresistible.

La condujo hasta la tarima de madera que hacía las veces de pista de baile. La ayudó a subir, se colocó a su lado y se dirigió a sus invitados durante el expectante silencio que su presencia provocó. El baile estaba a punto de dar comienzo, anunció. La primera pieza sería un vals. Los invitó a elegir pareja y a que se unieran a ellos. Y después, sin esperar a que la pista se llenara de bailarines, le hizo un gesto con la cabeza al director de la orquesta.

La música comenzó al punto y, con la misma rapidez, una de sus manos aferró la cintura de lady Morgan mientras que la otra la tomaba de la mano derecha para guiarla en los primeros pasos del vals.

Y así estuvieron bailando virtualmente a solas durante un par de minutos, hasta que otras parejas los rodearon y se unieron a la danza. Durante ese par de minutos volvieron a estar expuestos a las miradas de los invitados mientras compartían el más íntimo de todos los bailes. Bajó la mirada para observarla con una sonrisa y, en lugar de encontrarla horrorizada o avergonzada como debería estar, descubrió que ella le devolvía la mirada con arrojo, con esas perfectas cejas arqueadas sobre unos ojos igual de perfectos.

Se concentró por completó en el vals y, en contra de su voluntad, se vio atrapado en la euforia del baile mientras la miraba a los ojos sin dejar de sonreír y la guiaba entre las restantes parejas. El aire libre era un lugar perfecto para bailar el vals, decidió. Parecían formar parte del bosque, su joven pareja y él, parte de la noche, parte del baile que era la vida en sí misma. Lady Morgan echó la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas que giraban por encima de las ramas de los árboles y soltó una carcajada.

—¡Ah, *chérie*! —exclamó en voz baja—. Usted y yo nos movemos en perfecta armonía… en la pista de baile.

—Es un genio a la hora de usar las pausas, ¿no es cierto? —replicó ella con altivez y sin rastro alguno de la sonrisa. El comentario le arrancó una carcajada. La persecución, concluyó, iba a llevarle más tiempo del que había previsto. Claro que no le molestaba. Iba a disfrutar de cada paso del camino.

No tuvo la oportunidad de acompañarla a la mesa de su carabina cuando el vals acabó. Antes incluso de que hubieran dejado de girar, un caballero se acercó a ellos y agarró a lady Morgan de la mano para colocársela con firmeza en el brazo.

—Gracias, Rosthorn —dijo el recién llegado con rígida cortesía—. Acompañaré a lady Morgan de vuelta con lady Caddick.

Lord Alleyne Bedwyn se parecía mucho a su hermano mayor, sobre todo cuando estaba irritado como era el caso en esos momentos. No habían sido formalmente presentados, pero lo había visto un par de veces por Bruselas y lo había saludado cuando llegó a fiesta.

Se despidió de lady Morgan con una reverencia acompañada de una sonrisa antes de que su hermano se apresurara a apartarla de su lado.

¡Vaya, vaya! La cosa prometía, pensó mientras los observaba alejarse con los

ojos entrecerrados. Si Bedwyn los había visto y se había sentido ofendido por su comportamiento, eso quería decir que otras personas también se habrían dado cuenta.

Qué suerte para él que la muchacha tuviera una criatura tan lamentable como carabina.

—Bueno, Morg —dijo Alleyne una vez que se internó con ella en uno de los caminos iluminados y se libraron de los agobios del gentío—, veo que esta noche te lo estás pasando en grande.

—Supongo —comenzó ella— que todos los presentes están verdes de la envidia por no haber sido los primeros en organizar una cena a la luz de la luna en el bosque de Soignes.

—Supongo —convino él—. Pero sabes muy bien de lo que te estoy hablando. No me dirás que te has ido a enamorar de Rosthorn, ¿verdad? Creía que tenías más sentido común.

—¿Que si me he enamorado…? ¿Estás loco? —le preguntó—. No suelo enamorarme de todos los caballeros que se dignan prestarme atención.

—Me alegro de oírlo —replicó Alleyne con sequedad—. Pero no entiendo en qué estaba pensando lady Caddick para permitirte pasear con él después de la cena como si fuerais una pareja casada, para permitirte desaparecer por uno de estos caminos durante tanto rato que estuve a punto de ir a buscarte y para permitirte pisar la pista de baile con él cuando todavía estaba desierta salvo por vosotros dos. Tendrás mucha suerte si no te has convertido en la comidilla de toda la ciudad para mañana y más suerte aún si el incidente no llega a los oídos de Wulf. Creí que esa mujer era una carabina responsable. Y lo mismo debió pensar Wulf si te permitió venir a Bruselas bajo su tutela.

—Lady Caddick no ha hecho nada irresponsable —protestó, irritada—. Ni yo tampoco. No tiene nada de excepcional pasear con un caballero al que se conoce previamente. Ni siquiera la tía Rochester habría puesto la menor objeción. Y tengo permiso para bailar el vals. Lady Caddick no sabía que lord Rosthor pretendía abrir el baile antes de que estuviéramos acompañados por otras parejas. Ni yo tampoco.

—Vamos, Morg —dijo su hermano—. Sabes muy bien que la tía Rochester habría estado echando fuego por las orejas y la nariz aun antes de que te metieras en uno de estos caminos y desaparecieras de la vista. Y mientras tanto Wulf habría dejado un rastro de carámbanos a su paso. A estas alturas ya estarías en casa, metida en la cama, y Rosthorn estaría sacándose trocitos de hielo del hígado.

—Bueno, pues no están aquí —replicó—. Y nadie te ha nombrado mi guardián, Alleyne. ¿Es que no tienes nada mejor que hacer esta noche que vigilarme mientras me divierto? Seguro que hay un montón de damas que están desesperadas por bailar contigo.

Hasta ella admitía que su hermano era guapísimo, con su pelo oscuro y su constitución atlética, a pesar de haber heredado la prominente nariz de los Bedwyn.

De hecho, ella era la única de la prole que se había librado.

—Le prometí a Wulf que te echaría un ojo —confesó—. Aunque tal como se están poniendo las cosas parece que debería haberte echado dos, Morg. Está claro que Rosthorn quiere algo contigo.

—¡Tonterías! —exclamó ella—. Solo hemos estado disfrutando de nuestra mutua compañía esta noche. Y es un caballero.

—Ahí te equivocas —la corrigió Alleyne, que por un momento le recordó muchísimo a Wulfric porque su rostro se tornó de lo más inexpresivo—. De caballero solo tiene el apellido familiar. El tipo tiene una reputación de lo más sórdido, Morg. Lleva años deambulando por el continente, no siempre en las mejores compañías, y se rumorea que se marchó de Inglaterra perseguido por un escándalo.

Morgan guardó silencio.

—Wulf no lo consideraría elegible, puedes estar segura —concluyó su hermano.

—¿Elegible? —repitió con altivez— ¿Es que un caballero siempre tiene que tener el matrimonio en mente cuando invita a una dama a dar un paseo?

—Será mejor que no tenga otra cosa —contestó él con voz airada—. Al menos cuando la dama en cuestión es mi hermana. Creí que estabas enamorada de Gordon.

—Empieza a aburrirme —confesó—. Es lo bastante guapo como para llamar la atención de cualquier dama, pero es vanidoso y pretencioso. Intento excusar sus defectos achacándoselos a su juventud, pero siempre acabo cayendo en la cuenta de que es cuatro años mayor que yo.

Alleyne rió entre dientes y volvió a adoptar su expresión habitual.

—Sé que puedo confiar en ti, Morg —le dijo, apretándole la mano contra su costado—. Los Bedwyn tal vez seamos desmedidos, pero sabemos cuál es nuestro lugar. Sin embargo, aunque no te guste nada que te lo digan, eres una inocente y a veces la inocencia puede ser muy peligrosa. Prométeme que tendrás mucho cuidado con Rosthorn, ¿sí? Si quieres, tendré unas palabritas con él.

—Si lo haces —replicó, hirviendo de furia—, imitaré uno de los famosos ganchos de izquierda de Freyja y te recolocaré la nariz, Alleyne. Por supuesto que tendré cuidado. Aunque no es necesario. Lady Caddick es una carabina adecuada y da la casualidad de que tengo un cerebro en la cabeza.

Alleyne se echó a reír y le dio un puñetazo juguetón en la mandíbula con la mano libre.

—En ese caso, me quedo con la nariz tal como la tengo, si no te importa —concluyó—. ¿Te llevo de vuelta con lady Caddick? Supongo que Gordon estará impaciente por bailar contigo.

Asintió con la cabeza y se preguntó qué diría su hermano, y qué haría, si le contara que la velada en sí misma había sido ideada y organizada solo para ella. Y que se había internado en el bosque de forma deliberada con lord Rosthorn, donde le había permitido besarla… a sabiendas de que lo único que él tenía en mente era un interludio romántico.

La reacción de Alleyne rivalizaría con los fuegos artificiales de los jardines de Vauxhall. Posiblemente despedazaría al conde de Rosthorn miembro a miembro y

esparciría después los pedazos por el bosque.

¿Y cómo reaccionaría Wulfric? ¿Qué diría? ¿Qué haría? Era mejor no pensar en ello siquiera.

De cualquier forma, no estaba dispuesta a sentirse culpable. No había pasado nada malo. Todo lo contrario. Un libertino experimentado y calculador había decidido jugar con ella, pero le había salido el tiro por la culata y ella había salido relativamente ilesa de la experiencia. Estaba muy orgullosa de sí misma.

Tal vez el conde de Rosthorn, un hombre de lo más despreciable, se lo pensara mejor antes de volver a perder su tiempo y su dinero con una jovencita inexperta.

¡Jovencita inexperta! ¡Ja! ¡Por el amor de Dios, ella era lady Morgan Bedwyn!

Pasaron varios días antes de que Gervase volviera a hablar con lady Morgan Bedwyn. La vio una noche en la *Salle du Grand Concert* en la *rue* Ducale (actuaba la famosa soprano madame Catalini y el duque de Wellington se encontraba entre los asistentes), pero no se acercó a ella porque estaba rodeada por un numeroso séquito en el que se incluía su hermano. Ciertamente se hablaba de ellos en los salones de Bruselas, lo bastante como para que algunas personas incluyeran, sin la menor duda, algún que otro comentario al respecto en las cartas que mandaban a Inglaterra, donde se correría la voz. La dama en cuestión era, después de todo, lady Morgan Bedwyn, la hermana del duque de Bewcastle.

Su estratagema estaba funcionando bastante bien. Y no le preocupaba en absoluto que el asunto se desarrollara con lentitud. No tenía prisa alguna.

Una mañana se encontraba cabalgando por *Allée Verte* (una avenida cubierta de césped situada más allá de las murallas de la ciudad y flanqueada por sendas hileras de tilos, una de las cuales daba a un caudaloso canal) cuando vio que lady Morgan paseaba también a caballo en su dirección, acompañada por lady Rosamond Havelock. Él estaba solo, ya que acababa de separarse de John Waldane y de un grupo de conocidos comunes.

La joven presentaba una estampa verdaderamente deslumbrante con su flamante traje de montar azul marino y el alegre sombrerito a juego adornado con plumas. Montaba en una silla de amazona, pero lo hacía con tal elegancia y seguridad que bien podía haber nacido en la montura. Un par de corpulentos mozos de cuadra las seguían a una distancia prudencial.

Se llevó la mano al sombrero y ejecutó una reverencia desde la silla. Lady Morgan correspondió a su saludo con un elegante gesto de cabeza; esa mañana interpretaba el papel de gran dama, tal vez como consecuencia de los cotilleos que seguían circulando sobre ellos. Quizá habría pasado de largo sin decir una palabra de no haber sido por el saludo de lady Rosamond.

—Buenos días, lord Rosthorn —le dijo con voz alegre—. Hace un día precioso, ¿verdad?

—Después de dos días de lluvia, resulta muy agradable volver a salir —convino.

—Fue una suerte que celebrara la cena campestre la noche que eligió —siguió la muchacha mientras sus tres caballos se detenían y los mozos de cuadra los imitaban a cierta distancia—. Desde entonces el tiempo ha sido muy desapacible.

—Espero que disfrutaran de la velada —añadió él.

—¡Fue maravillosa! —exclamó la dama con el entusiasmo característico de una joven de su edad—. Disfrutamos de cada minuto, ¿verdad, Morgan?

Sin embargo, esa joven en concreto lo estaba observando con una expresión muy seria, comprobó al posar la mirada en ella.

—¿Sabe algo de los franceses, lord Rosthorn? —le preguntó—. Se rumorea que avanzan hacia aquí.

—Morgan, acuérdate de lo que dijeron Ambrose, el mayor Franks y el teniente Hunt-Mathers anoche —intervino lady Rosamond antes de que él tuviera oportunidad de contestar—. Dijeron que no teníamos que preocuparnos en lo más mínimo por los franceses. Jamás atravesarán nuestras defensas para acercarse a Bruselas. ¡Vaya, ahí están el capitán Quigley y el teniente Meredith! —exclamó cuando se unieron los dos oficiales de la Guardia—. Que nos den ellos su opinión al respecto. ¿Corremos peligro de que los franceses nos invadan, capitán Quigley?

La pregunta pareció dejarlo horrorizado.

—¿Peligro, lady Rosamond? —repitió—. ¿Con la Guardia Real Montada para defenderla? No permitiremos que Boney ponga un pie en Bélgica sin habérselo arrancado antes de un cañonazo, puede estar segura.

—No debe ocupar su linda cabecita con esas cuestiones, lady Rosamond —añadió el teniente—. Ni tampoco debe cuestionarse la seguridad de su hermano ni la de cualquier otro oficial que se encuentre entre sus conocidos. Bonaparte no se atreverá a atacarnos con ese hatajo de rufianes al que llama ejército. Una lástima, la verdad.

Los oficiales hicieron girar a sus monturas para proseguir el paseo con las damas. Sin embargo, lady Morgan apenas les dirigió una mirada de reojo. Sus ojos siguieron clavados en él mientras fruncía el ceño.

—¿Me permite cabalgar con usted un trecho? —le preguntó, y ella asintió con la cabeza, si bien lo hizo de forma un tanto distraída, o eso le pareció.

Cabalgaron el uno al lado del otro, a cierta distancia de lady Rosamond y de los oficiales, que charlaban a voz en grito y se reían de buena gana. Los dos mozos de cuadra, observó cuando echó un vistazo por encima del hombro, iban a la zaga del grupo.

—Me resulta frustrante, e incluso insultante —comenzó lady Morgan—, que me repitan al menos veinte veces al día que no debo ocupar mi linda cabecita con esas cuestiones, cuando está claro que me atañen, al igual que a todos mis compatriotas en general y a ciertos conocidos que forman parte del ejército en particular.

—Proteger a las damas del peligro y de la ansiedad forma parte de la naturaleza de un caballero —le explicó.

—Entonces, va a suceder, ¿verdad? —preguntó ella—. Va a estallar la guerra de nuevo.

—Indudablemente —le confirmó él, decidiéndose por la franqueza que utilizaría en caso de que le hubiera preguntado un hombre—. Cualquier esperanza, por vana que fuese, de que los franceses se negaran sin más a cerrar filas en torno a su emperador caído se ha esfumado. Se rumorea que el ejército francés es numeroso e imponente. Todos sus mariscales más renombrados han corrido a su lado, sin duda con la esperanza de que Bonaparte restaure el prestigio y la gloria que perdieron. Sí, al menos será inevitable que se libre una batalla. Solo cabe esperar que con una sea suficiente. Si Bonaparte resulta vencedor, el futuro será imprevisible.

—Pero lo que ha sucedido sí que era previsible —protestó la joven—. Es lo que vengo diciendo desde el principio. La gente llama «Canijo» a Napoleón Bonaparte y acepta que un hombre con semejante apodo tiene que ser un mequetrefe. Pero para haber alcanzado el éxito que ha tenido a lo largo de los años, debe de ser un hombre de gran inteligencia y carisma, ¿no?

—La inminente batalla será letal —comentó él— y su resultado es del todo incierto; en caso contrario, Wellington no se mostraría tan preocupado. Aunque soy de la creencia de que Bruselas no corre peligro de momento. Las fronteras están muy bien defendidas. Si hubiera una amenaza real, la mayoría de los visitantes británicos y todas las damas estarían camino de casa a estas alturas.

—Lord Caddick quiere que no demoremos más nuestra partida —dijo ella— y mi hermano Alleyne fue ayer a visitarnos para saber por qué seguimos aquí. Pero lady Caddick se niega a marcharse hasta el último momento. Está empeñada en seguir cerca de lord Gordon y yo aplaudo su decisión. A las mujeres se nos permite hacer muy poco, lord Rosthorn. Salvo estar al lado de nuestros hombres.

—¿Y lord Gordon es el hombre junto al que quiere estar? —preguntó.

Lady Morgan lo miró a los ojos.

—Ésa es una pregunta muy impertinente, lord Rosthorn —replicó.

Él le sonrió.

Sin embargo, la dama no parecía dispuesta a discutir.

—No es mi seguridad ni la de la ciudad lo que me preocupa —confesó ella—. Supongo que cuando llegue la hora, me sacarán de aquí a toda prisa, muchísimo antes de que corra cualquier peligro. Pero no pueden hacer lo mismo con los soldados, ¿verdad? Ellos deben quedarse y luchar. Y morir.

—No todos los soldados mueren en la batalla —le recordó con delicadeza—. Piense en todos los veteranos que hay en la ciudad. Participaron en numerosas y sangrientas batallas en la península Ibérica, muchos de ellos incluso venían de las campañas de la India, y han sobrevivido para contarlo.

—Mi hermano Aidan entre ellos —puntualizó la joven—. Siguió en el ejército hasta después de la batalla de Toulouse, el año pasado. Pero, lord Rosthorn, no debe olvidarse de los miles de veteranos que no están en Bruselas porque han muerto; entre ellos el hermano de mi cuñada Eve, por ejemplo.

Lady Rosamond estaba riéndose alegremente con los oficiales, pero ella no parecía escucharlos.

—Tal vez detengan a Bonaparte en la frontera —dijo—, pero no se limitará a

volver a casa amedrentado, ¿verdad?

—Eso sería muy improbable, sí —convino él.

—Entonces ¿qué va a hacer? —le preguntó, mirándolo de nuevo a los ojos.

—Como será una cuestión de orgullo —respondió—, tendrá que intentar abrirse camino a la fuerza hasta las puertas de Bruselas. Las tropas del duque de Wellington no se lo pondrán fácil… O no se lo permitirán, con un poco de suerte. Pero sin duda alguna lo intentará. Si yo estuviera en su lugar, atacaría el punto débil de la línea defensiva, que tal vez sea el lugar donde se unen las tropas de Wellington y las del mariscal Von Blücher. Si consigue abrir una brecha por ese punto, separar los flancos e impedir la comunicación entre ellos, tendrá muchas posibilidades de hacerse con la victoria.

No tenía por costumbre hacer predicciones tan agoreras a las mujeres y mucho menos si se trataba de una muy joven y resguardada de los rigores de la vida, pero lady Morgan no era como las demás; cada vez estaba más convencido de ello.

—Gracias —le dijo ella con voz seria—. Gracias por no hacer referencias denigrantes a mi linda cabecita, lord Rosthorn, y por contestar a mis preguntas sin suavizar las respuestas. A veces creo que los oficiales que conozco se comportan como soldaditos de plomo que estén jugando a la guerra. Aunque supongo que eso es injusto. Se limitan a quitarle hierro a la realidad en presencia de las damas porque nos creen demasiado delicadas como para enfrentarnos a la verdad. Estoy segura de que entre ellos se comportarán de otro modo.

El estruendoso coro de carcajadas procedente del grupito de lady Rosamond ilustró a la perfección lo que acababa de decir.

—Se les perdonará si los mandan a la batalla —dijo.

—¿Si los mandan? —repitió lady Morgan.

—Cuando los manden —rectificó.

Los labios de la joven se crisparon y perdieron parte de su color.

—Durante años —comenzó—, cuando era pequeña, solía pasarme los días enferma de preocupación por Aidan. La guerra me parecía algo inútil. ¿Por qué tenía que estar el hermano al que yo adoraba alejado de mí y de su familia durante tanto tiempo cuando nosotros lo necesitábamos y lo queríamos? ¿Por qué debía arriesgar su vida un día tras otro? ¿Por qué tenía que verme obligada a vivir con el miedo constante de que un día llegara un hombre de uniforme a las puertas de Lindsey Hall y nos comunicara que había muerto en una batalla? Todavía sigo pensando que la guerra es inútil. ¿Usted no, lord Rosthorn?

—Por supuesto —contestó—. Pero sigue siendo inevitable. La lucha, por desgracia, forma parte de la naturaleza humana. Siempre habrá guerras.

—Forma parte de la naturaleza de los hombres —puntualizó ella—. Las mujeres no declaran guerras. Si fuéramos nosotras las que gobernáramos los países, nos relacionaríamos los unos con los otros con muchísimo más sentido común.

Eso lo hizo sonreír.

—¿Le hace gracia la idea, lord Rosthorn? —le preguntó con voz cortante.

—Solo porque creo que las mujeres son lo bastante sensatas como para

mantenerse alejadas de la política —respondió—. Tienen cosas mejores en las que ocupar su tiempo.

—Como bordar, supongo —replicó ella—, y tomar el té con sus vecinas.

—Y criar a sus hijos —añadió—. Y mantener en cintura a sus hombres. Y asegurarse de que el mundo no relega la belleza del arte, de la música y de la poesía.

—Me pregunto si tantas alabanzas no esconderán una crítica —dijo la joven.

En ese momento, los oficiales se despidieron de lady Rosamond y se giraron para incluir a lady Morgan y para asegurarse de que esa noche asistiría a una cena organizada por el regimiento.

Él aprovechó las circunstancias para hacer lo mismo y recibió un gesto amigable de despedida por parte de la dama.

¡Vaya!, pensó mientras se alejaba a lomos de su caballo y retomaba la dirección que llevaba cuando se cruzó con las jóvenes. La escena no se había desarrollado en absoluto como el coqueteo que tantas veces había planeado. Resultaba un tanto desconcertante descubrir que la muchacha tenía cerebro y que le gustaba utilizarlo. Pero si prefería tratarlo como si de un amigo se tratase, que así fuera.

No solía mirarle el diente a un caballo regalado.

La mañana del 13 de junio lord Alleyne Bedwyn llamó a la puerta de la residencia de lord Caddick en la *rue* de Bellevue y habló en privado con el conde antes de pasar al saloncito matinal, donde se encontraban las damas. Estaban todos en casa, ya que el día había amanecido con una llovizna y aún no se había despejado lo suficiente como para dar un paseo a caballo ni para ir de tiendas.

—Los Kiev-Denson, unos conocidos de sir Charles Stuart, se marchan de la ciudad mañana a primera hora, señora —le explicó a lady Caddick después de intercambiar los saludos de rigor—. Tienen una hija y afirman que su institutriz posee un excelente sentido común y mucho valor. Han accedido a que mi hermana los acompañe hasta Londres. Y si usted lo desea, también incluirán a lady Rosamond.

Morgan se tensó y Rosamond miró a su madre con los ojos abiertos de par en par a causa de la desilusión.

Lady Caddick se abanicó el rostro, visiblemente preocupada.

—No sé, lord Alleyne —dijo—. Es todo un detalle que los Kiev-Denson se ofrezcan a ayudarnos de ese modo, pero sigo pensando que el lugar de Rosamond está con su padre y con su madre. Y no me gusta la idea de abandonar a Gordon cuando más nos necesita. Además, no creo que la situación sea tan desesperada. Lord Uxbridge o el duque de Wellington en persona habrían dicho algo si creyeran que nos encontramos en grave peligro.

—Entiendo y comparto sus sentimientos, señora —replicó Alleyne—. En ese caso, le diré a la señora Kiev-Denson que solo será Morgan quien viaje con ellos. Ordena a tu doncella que prepare tu equipaje sin más demora, Morg.

Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca para expresar una indignada protesta, lady Caddick le tomó la palabra.

—No me gusta la idea, lord Alleyne —confesó—. Lady Morgan fue confiada a mi cuidado por el duque de Bewcastle en persona. Y carezco de la autoridad para ceder esa responsabilidad a otra persona.

—Asumo la responsabilidad, señora —dijo su hermano—. Y lord Caddick está de acuerdo conmigo en que Bruselas se ha convertido en un lugar potencialmente peligroso… sobre todo para las damas.

No elaboró más el comentario. No tuvo que hacerlo. Morgan sabía, al igual que todo el mundo aunque nadie se atreviera a decirlo con palabras, lo que podía pasarles a las mujeres de una ciudad conquistada cuando el ejército invasor tomaba sus calles. ¿Tan grave era el peligro, entonces?

De todos modos, sus temores seguían sin estar centrados en su persona. En cierta forma le parecía una cobardía marcharse en esos momentos. Y, aunque no estaba enamorada del capitán lord Gordon ni de ningún otro oficial, los conocía y le preocupaba lo que pudiera sucederles. La idea de que la obligaran a marcharse de Bruselas la asqueaba.

—No pienso irme, Alleyne —dijo.

Su hermano la observó con una ceja enarcada. No obstante, sus palabras estuvieron dirigidas a lady Caddick.

—¿Podría hablar con mi hermana a solas, señora? —preguntó.

La condesa se puso en pie al punto.

—Necesito que me acompañes a mis aposentos, Rosamond —dijo.

Su amiga le hizo una mueca al pasar a su lado mientras abandonaba el saloncito sin rechistar en pos de su madre. Morgan se puso en pie y se acercó a la ventana para echar un vistazo al exterior. Vio que había dejado de llover. La acera y la calzada comenzaban a secarse.

—No pienso irme, Alleyne —repitió. Podía ser muy obstinada cuando se lo proponía, como bien sabía toda su familia.

Alleyne soltó un suspiro.

—¿Te parece que hablemos sin tapujos, Morg? —le preguntó mientras se acercaba a ella—. No voy a permitir que mi hermana corra el riesgo de que la viole un soldado francés. ¿Te parece suficientemente claro dicho así? Y creo que no me equivoco al decir que Wulf estaría de acuerdo conmigo.

—Me marcharé cuando el peligro sea inminente —le aseguró—. Me obligarán a hacerlo. Lord Caddick insistirá y su esposa comprenderá que debe anteponer la seguridad de Rosamond y la mía a su preocupación por lord Gordon. Esperaré hasta que llegue ese momento, Alleyne. Confiaré en ellos para que tomen la decisión adecuada. Vine aquí bajo su responsabilidad, después de todo. No —dijo, alzando una mano para acallar las protestas de Alleyne—. No quieras hacer de hermano mayor. Limítate a ser mi hermano. No puedo marcharme ahora. No puedo.

Descubrió que le temblaba la voz, lo cual era mortificante.

—Supongo que lo haces por Gordon —dijo Alleyne, pasándose una mano por su oscuro cabello—. ¿Existe un compromiso entre vosotros, Morg? ¿Es por eso? Espero que no se trate de un compromiso secreto. Wulf pedirá su cabeza.

—Ni siquiera hemos hablado del tema —le aseguró—. Pero por favor, Alleyne, no insistas en que me marche mañana por la mañana. El baile de los duques de Richmond será pasado mañana por la noche y lo habrían cancelado si el peligro fuera inminente, ¿no? Se rumorea que el duque de Wellington va a asistir. ¿Por qué no esperamos hasta que pase el baile y luego decidimos qué es lo mejor?

—Los Kiev-Denson ya se habrán marchado para entonces —protestó su hermano.

—Pero habrá otras personas que se marchen —replicó—. Habrá otros con quien pueda hacer el viaje si es necesario que me vaya de la ciudad. Por favor, Alleyne.

Parpadeó con rapidez. Nunca había sido dada a las lágrimas ni a las súplicas, pero estaba a punto de recurrir a ambas en ese instante. No podía marcharse de Bruselas. Al menos en esos momentos. Cabía la posibilidad de que se librase una gran batalla de la que ni siquiera tendría noticias en Londres hasta que pasaran un sinfín de días. Los oficiales que conocía podían morir y ella no lo sabría; pero pasaría cada minuto de cada hora de cada día imaginando lo peor.

Alleyne soltó un gruñido exasperado.

—Morg —le dijo—, eres la benjamina de la familia, la niña de los ojos de todos nosotros. ¿Es que no puedes ser la única capaz de obedecer sin protestar? Está bien. Ya veremos lo que hacemos la mañana siguiente al baile de los duques de Richmond. Espero no tener que arrepentirme de esta decisión durante el resto de mi vida. Va en contra de lo que me dice el sentido común.

Se acercó a él a la carrera, le arrojó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —le dijo.

—Al menos Gordon es elegible —comentó—. Wulf debe de aprobarlo o no habría consentido que vinieras a Bruselas con los Caddick. ¿Estás segura de que no hay nada entre vosotros?

—Segurísima —afirmó. Sin embargo, si Alleyne prefería no creer lo que le dijo la noche de la cena campestre acerca de que lord Gordon era un pelmazo, no pensaba discutir con él. Tenía que quedarse en la ciudad un poquito más.

—Pues estaría muy bien que os comprometierais —dijo él—. Hubo muchos comentarios después de la cena en el bosque de Soignes, como supongo que sabes muy bien. Dejaste que Rosthorn te retuviese a su lado demasiado tiempo. ¿No ha vuelto a molestarte desde entonces?

—En absoluto —respondió—. Apenas lo he visto.

Eso no era del todo cierto. No se le olvidaba que había cabalgado con él por *Allée Verte* unos cuantos días atrás. Claro que el conde no había intentado coquetear con ella ni le había regalado palabras melifluas. No la había llamado *chérie* ni una sola vez y tampoco la había mirado con su acostumbrada expresión indolente y su sonrisa burlona. En cambio, había tenido la enorme amabilidad de tratarla como a una persona y no como a una niña tonta y delicada. Estaba cansada de que la trataran así. Había sido el único hombre de toda Bruselas, con la excepción de Alleyne, dispuesto a confesarle la verdad sobre la situación militar.

—Me alegro de oírlo —replicó su hermano—. Esperemos que los cotilleos no lleguen a oídos de Wulf. Veo que ha dejado de llover. ¿Por qué no corres por tu bonete y vamos al parque a dar un paseo? No sé por qué me da la sensación de que te he tenido muy abandonada desde que llegamos.

—Supongo —le dijo antes de salir de la estancia— que se debe a que por fin eres un hombre trabajador, Alleyne, y a que tienes mejores cosas que hacer que correr todo el día detrás de tu hermana.

—Ni que fuese una novedad, Morg —protestó él con voz risueña.

El 14 de junio corrieron las noticias de que los franceses habían concentrado su ejército en Mauberge y de que incluso habían cruzado la frontera. En Bruselas se vio como un despliegue jactancioso sin importancia, según la opinión general. Había unos cien mil soldados prusianos defendiendo todos los caminos que unían las Ardenas con Charleroi, además de un número ligeramente inferior de soldados británicos y aliados defendiendo las rutas entre Mons y el mar del Norte. Era imposible que los franceses pudieran pasar.

Sin embargo, el 15 de junio se pasó revista en *Allée Verte* a las tropas acuarteladas en Bruselas ante los ojos de una multitud que observaba el espectáculo con un poco más de ansiedad y menos alegría que en ocasiones previas.

Y esa misma tarde, aunque muy pocos se enteraron, el príncipe de Orange y el duque de Wellington recibieron las noticias de que un destacamento prusiano había sido atacado cerca de Charleroi y de que Thuin había caído en manos francesas. Poco después Wellington ordenó que las divisiones Segunda y Quinta se agruparan en Ath, y se aprestaran a entrar en acción cuando se les ordenara.

Pero aquellos británicos que seguían en la ciudad siguieron sin experimentar nada fuera de lo común. Era de conocimiento general que el baile de los duques de Richmond iba a celebrarse según lo planeado y que la mayoría de los oficiales apostados en la ciudad o cerca de ella tenían pensado asistir. Se rumoreaba que el mismo Wellington haría acto de presencia. Se había planeado que un grupo de gaiteros formado por sargentos y soldados pertenecientes al 42 Regimiento de los Royal Highlanders y al 92 Regimiento de Infantería de Su Majestad amenizara la velada con *reels* y *strathspeys*. Iba a ser un acontecimiento sonado sin duda alguna.

Por suerte tal vez para Morgan, habían enviado a Alleyne sin previo aviso a Amberes en misión diplomática y no se esperaba que regresara hasta el día siguiente. Estaba deseando asistir al baile. Había una especie de tensión nerviosa en el ambiente, una especie de reconocimiento colectivo del momento histórico que estaban viviendo. Todo el mundo sabía que aquella sería su última oportunidad para disfrutar juntos.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que los movimientos de tropas se debieran a una cuestión de estrategia militar y de que en un par de días, éstas regresaran a Bruselas mientras que Napoleón Bonaparte volvía a Francia y la vida recobraba su ritmo normal.

Sin embargo, era mucho más probable que no se tratase de una falsa alarma, sino de los preparativos de las tropas para lo que acabaría siendo una batalla encarnizada.

Capítulo 5

En semejantes circunstancias habría sido lógico que muy pocos asistieran al baile de los duques de Richmond la noche del 15 de junio; pero, en cambio, fue uno de los mayores eventos sociales celebrados en Bruselas desde que los ingleses comenzaran a cruzar el canal de la Mancha en masa más de un mes antes. También podría tildarse de sorprendente el hecho de que los oficiales de todos los regimientos apostados en la ciudad y sus alrededores aparecieran en el baile. Ataviados con sus uniformes de gala, con medias de seda y con zapatos en lugar de las botas reglamentarias, parecían no estar pensando siquiera en la posibilidad de partir hacia la batalla.

Las damas resplandecían como si en la vida no hubiera nada más importante que bailar y en el mundo no hubiera ningún lugar mejor que el salón de baile de los duques de Richmond.

Claro que las apariencias engañaban. Gervase, que ya había presentado sus respetos a los duques, localizó a un grupo de conocidos y descubrió que estaban enzarzados en una conversación muy seria sobre la situación militar. Ninguno de ellos dudaba de que al amanecer el ejército al completo iría de camino hacia la frontera. La única duda era si se produciría una batalla encarnizada en algún punto o si las fuertes defensas aliadas frenarían a Napoleón Bonaparte y lo instarían a replegarse. La opinión generalizada era que no habría retirada francesa y que a la postre se libraría una batalla.

El murmullo de las conversaciones y las risas se alzaba por encima de la alegre música que tocaba la orquesta. El rítmico taconeo de las docenas de pies que ejecutaban los pasos de una contradanza se escuchaba por debajo de los murmullos.

Gervase vio a lady Morgan Bedwyn, arrebolada, con una sonrisa radiante, y preciosa con un vestido blanco que resplandecía a la luz de las velas. Estaba bailando con Gordon y solo parecía tener ojos para él.

Lo último que esperaba era verla. Un buen número de familias inglesas, sobre todo aquellas con niños pequeños o mujeres a su cargo, se habían marchado a la relativa seguridad de Amberes o de vuelta a Inglaterra en los últimos días. Había supuesto que Caddick tendría el sentido común de marcharse de la ciudad, dado que con él estaban dos jovencitas y también su esposa; aunque, por supuesto, la presencia del capitán Gordon los instaba a quedarse. Lady Morgan posiblemente también se sintiera poco dispuesta a marcharse. No obstante, era extraño que su hermano, vinculado a la embajada, no hubiera insistido en que se marchara.

Su sonrisa era frágil, casi desesperada.

No había hablado con ella desde el día que se encontraron en *Allée Verte* y

estuvieron cabalgando juntos un rato. Pero había pensado mucho en ella. Lady Morgan tenía esa arrogancia casi innata de los Bedwyn, pero también era inteligente, sincera y honrada… Cualidades que admiraba. Y además de poseer una belleza clásica, poseía un innegable atractivo. Aunque el beso que compartieron en el bosque de Soignes rezumaba inocencia, había logrado excitarlo.

A decir verdad, comenzaba a sentirse culpable. Su odio por Bewcastle y su deseo de hacerlo sufrir de alguna manera no habían disminuido ni un ápice desde que escogiera a su hermana para coquetear con ella y convertirla en la comidilla de la aristocracia. Sin embargo, tenía la sensación de que sus actos tal vez fueran egoístas y comenzaba a arrepentirse. Lo mejor que podía hacer esa noche, pensó, era mantenerse alejado de ella.

Hasta esa noche Morgan no había sido consciente de que sería capaz de sonreír, disfrutar, bailar, charlar y reír a pesar de la catástrofe que se avecinaba. Lo normal era que considerara ese comportamiento inapropiado, irrespetuoso, insensible e inaceptable. Sin embargo, se veía incapaz de comportarse de otra manera. Y si le servía de consuelo, el resto de los presentes hacía lo mismo. Rosamond, los oficiales a los que conocía… Todo el mundo.

Era el baile más alegre al que había asistido ese año.

También era el más triste. En lo más profundo de su corazón era muy consciente de la terrible fragilidad de la vida humana, de lo trágicamente efímera que era.

Bailó la primera pieza con el capitán lord Gordon. Después siguió a su lado, mientras las gaitas sonaban y los bailarines escoceses dejaban a todos los presentes asombrados con su energía, con los complicados pasos de los reels y con el imponente espectáculo visual de sus tartanes y sus kilts en movimiento. A medianoche bailó un vals con lord Gordon, justo cuando llegaba el duque de Wellington, tan jovial y contento como el resto de los invitados. Sin embargo, a esas alturas de la noche circulaba por todo el salón la noticia de que el príncipe de Orange, otro invitado al baile, había recibido un despacho durante la cena en el que se le informaba de que Charleroi había caído.

Charleroi estaba en territorio belga, a más de treinta kilómetros de la frontera.

La sonrisa de Morgan no flaqueó. Ni la del resto de los invitados.

Sintió una extraña ternura, casi desesperada, por el capitán. Tal vez porque todo el mundo esperaba que formasen una pareja y porque desde que llegaron a Bruselas se había deshecho en atenciones que ella había correspondido solo con una ligera irritación… en ocasiones mucho más que ligera. Cabía la posibilidad de que al día siguiente se encontrara con la muerte.

—Parece ser, lady Morgan —dijo el capitán alegremente mientras bailaban el vals—, que mañana partiremos bastante temprano. Pero me alegro. Me alegro de que Boney se haya atrevido a venir y de que tengamos la oportunidad de aplastarlo de una vez por todas en el campo de batalla. Mañana, o pasado mañana, o cuando se

libre la batalla, seremos héroes. Haré que se enorgullezca de mí.

Detrás de sus fanfarronadas, pensó ella, debía ocultarse un miedo atroz.

—Sus padres y todo aquel que lo conoce ya están muy orgullosos de usted —replicó—. Estoy segura de que no necesitan que demuestre su valor en el campo de batalla. Tal vez todavía estemos a tiempo de evitar la contienda —Aunque no lo creía ni por asomo.

—Le pido disculpas por haber mencionado un tema semejante —dijo el capitán al tiempo que la hacía girar con pasos cortos y cautelosa precisión—. No debería importunar su linda cabecita con ese tipo de comentarios.

Morgan intentó aplacar la irritación que la invadía cada vez que escuchaba esas palabras. Le sonrió y se concentró en su persona. Si necesitaba su compañía y su admiración esa noche, no se las negaría. Poco más podían hacer las mujeres en semejantes circunstancias.

Estaban junto a las puertas del salón de baile cuando él dejó de bailar de repente, la cogió de la mano y la obligó a salir. Al otro lado había una multitud, pero el capitán se limitó a echar un vistazo a ambos lados antes de conducirla por un pasillo situado a la derecha. Dejaron atrás las puertas que conducían a unos cuantos salones atestados y a las salas de juegos hasta llegar al extremo del pasillo donde se internó en la intimidad que ofrecía la penumbra de una habitación cuya puerta estaba abierta.

—Lady Morgan —comenzó con fervor—, mañana me marcharé para reunirme con mi regimiento. Le ruego que me conceda el favor de un beso antes de partir.

Llegados a ese punto tal vez hubiera trazado la línea, ya que no tenía deseo alguno de que el capitán lord Gordon la besara, pero él no esperó una respuesta. La rodeó con los brazos sin muchos miramientos, inclinó la cabeza y la besó con ardor. Su boca, ardiente, seca y con los labios cerrados, se apoderó de la suya con tal ímpetu que le hizo daño en la parte interna de los labios.

Semejante comportamiento le habría reportado una réplica mordaz y una sonora bofetada en la mejilla. Pero esa noche no. Esa noche, en ese momento, estaba al borde de las lágrimas y no sentía ni pizca de alegría. Se aferró con ambas manos a la rígida tela de su casaca, justo en el lugar donde las mangas se unían a los hombros, y le devolvió el beso con toda la ternura que sentía por los hombres que podían morir al día siguiente o dos días después, en el estúpido y cruento juego masculino de la guerra.

Era muy consciente de la calidez que lord Gordon irradiaba, de su vivacidad, de su entusiasmo juvenil.

—Lady Morgan —le dijo con apasionado fervor cuando se apartó de sus labios —, concédame, se lo suplico, el honor de luchar por usted en la batalla cuando llegue el momento, el honor de saber que me estará esperando, que se preocupa por mí.

Le estaba pidiendo una especie de promesa, algo que se veía incapaz de ofrecerle. Pero ¿cómo podía rechazarlo de plano por más estúpidas que le hubieran parecido sus palabras en circunstancias normales? Las circunstancias en las que se encontraban distaban mucho de ser normales.

—Por supuesto que me preocupo —respondió mientras lo miraba con una expresión rebosante de sentimiento—. Por supuesto que sí.

—Dígame, se lo suplico —prosiguió él, cogiéndole la mano derecha con ambas manos y llevándosela al corazón—, que llorará mi muerte si ocurre lo peor, que llorará mi pérdida y llevará luto por mí el resto de su vida, que jamás habrá otro hombre para usted. Dígamelo.

—Por supuesto que lloraré su pérdida —le aseguró, aunque empezaba a sentirse incómoda—. Pero, por favor, no hable de la muerte.

El capitán volvió a abrazarla con más ímpetu que la primera vez. Pero antes de que pudiera inclinar la cabeza, alguien cerró la puerta desde el pasillo. Su rinconcito privado ya no lo era tanto. De modo que la soltó.

—Debemos regresar al salón de baile —le recordó—. Su madre se estará preguntando dónde estoy.

Lord Gordon entrelazó sus brazos y le dio un fuerte apretón en la mano.

—Gracias —le dijo mientras la conducía de regreso al salón—, me ha hecho el hombre más feliz del mundo, lady Morgan.

Horrorizada y estupefacta, comprendió que el capitán había dado por sentado que habían llegado a algún tipo de acuerdo, que estaban a un paso del compromiso. Pero no lo sacaría de su error, era incapaz de hacerlo. Ya habría tiempo de sobra cuando regresara de la batalla.

Si lo hacía.

Aunque seguía siendo tan ensordecedor como antes, el ruido procedente del salón de baile tenía un matiz distinto y eso que apenas se habían ausentado unos minutos. El número de uniformes presentes se había reducido notablemente. La mayoría de los oficiales que seguían presentes no bailaba, a pesar de que la orquesta seguía tocando el vals. Estaban reunidos en grupos de expresiones serias o despidiéndose de sus familiares y amigos.

—Hemos recibido órdenes de irnos sin demora —le dijo el mayor Franks a lord Gordon mientras lo agarraba del brazo. A ella la saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza—. Nada que deba perturbar su linda cabecita, milady. Estaremos de vuelta para bailar el vals con las damas antes de una semana.

Morgan escuchó una especie de pitido que no procedía ni de la orquesta ni de ningún otro lugar que no fuera su cabeza. El aire que respiraba pareció helarse de repente. Pero se controló con mucho esfuerzo y determinación. No era el momento de permitirse su primer soponcio. Había ido a Bruselas porque quería formar parte de la Historia, involucrarse en los acontecimientos. Porque quería ver con sus propios ojos lo que pasara.

Y esa certeza le resultaba abrumadora en esos momentos. Se preguntó si las generaciones venideras oirían hablar del baile de los duques de Richmond y se preguntarían cómo los militares, sus esposas y sus familias pudieron bailar y poner su mejor cara en la víspera del desastre.

—Debe acudir junto a su madre de inmediato —le dijo con brusquedad a lord Gordon cuando se percató de la extrema palidez de su rostro.

Por sorprendente que pareciera, el baile continuó a pesar de que el duque de Wellington se marchó poco después de haber admitido, supuestamente, que habría una batalla al día siguiente y a pesar de que los oficiales se marcharon para reunirse con sus regimientos, siendo muy pocos los que se quedaron.

Gervase vio a lady Morgan Bedwyn sola en uno de los laterales del salón; no estaba bailando y tampoco estaba con su carabina. Estaba abanicándose el rostro y parecía tan blanca como su vestido. La sonrisa alegre que lucía antes había desaparecido por completo. Superó un súbito instante de indecisión, se acercó a ella y le ofreció el brazo sin hablar.

—Lord Rosthorn —dijo ella, que lo miró un instante como si no lo estuviera viendo de verdad. Una de sus elegantes manos se apoyó en su brazo—. Me dio la impresión de que lady Caddick y Rosamond necesitaban pasar un tiempo a solas. Están muy afectadas.

—Permítame que la acompañe al salón de refrigerios y le busque algo para beber —le dijo.

—Un poco de limonada me vendría bien —admitió ella—. No, agua. El agua estaría mejor.

Volvía a oler a violetas. Llevaba el cabello adornado con perlas, al igual que el escote, el borde de las mangas y el bajo de su vestido. Estaba preciosa y parecía inusualmente frágil.

—¿Cree que los matarán a todos? —le preguntó.

—No —respondió él en voz baja.

—Qué pregunta más tonta —dijo ella—. Algunos morirán. Muchos de ellos.

—Sí.

—Supongo que a mi hermano Aidan lo llamaron a filas de esta manera muchísimas veces —prosiguió—. Me alegro de no haber estado nunca allí, aunque quedarse en casa, sin saber lo que pasa e imaginando lo peor, es casi tan horrible como esto. Creí que quería estar aquí para ver este momento, que incluso podría ser útil. Promete ser un hito histórico, ¿no cree? Si Napoleón Bonaparte gana la batalla, su regreso será recordado con asombro durante generaciones. Si pierde, la reputación del duque de Wellington perdurará en la memoria de todos durante siglos.

Sorteó con mucho cuidado al resto de los invitados y la condujo al salón de refrigerios, donde le consiguió un enorme vaso de agua. Allí también había muchos invitados, casi todos hombres, reunidos en grupitos y conversando con ávido interés. La llevó a una pequeña antesala donde se habían dispuesto varias mesas con sus correspondientes sillas. No había nadie más y, por supuesto, era inapropiado que estuviera a solas con ella sin el conocimiento y la aprobación de su carabina. No obstante, el decoro, o la ausencia de éste, era lo último en lo que estaba pensando esa noche. Lady Morgan necesitaba un hombro en el que apoyarse, pensó. Parecía muy perturbada. La instó a sentarse, le puso el vaso delante y se sentó al otro lado de la mesa, frente a ella.

—¿Y el capitán lord Gordon significa tanto para usted como su hermano, lord Aidan Bedwyn? —le preguntó.

Ella lo miró a los ojos, pero no lo reprendió por su impertinencia como hiciera en otra ocasión.

—Es un joven lleno de vitalidad, sueños y esperanzas —respondió con una mirada resplandeciente en sus ojos oscuros—. Su familia lo quiere mucho, aunque su vida es valiosa por sí misma. Y aun así está inmerso en esta locura que tanto parece gustar a la humanidad. Me besó antes de marcharse y me rogó que lo esperase y que llorase por él en caso de que muriera.

—Vaya —dijo. Se preguntó si lady Morgan se despertaría a la mañana siguiente con el bochornoso recuerdo de haberle contado algo tan íntimo a un caballero que era poco más que un extraño. Aunque era muy posible que esa noche no durmiera nada en absoluto.

—¿Cómo iba a decirle que no? —siguió ella—. Habría sido egoísta, mezquino, cruel.

—¿Deseaba decirle que no? —le preguntó. En muchas ocasiones había dudado de que sintiera algo por el muchacho. Era indigno de ella; un jovenzuelo vanidoso que no daba señales de madurar.

—Esas preguntas jamás deberían formularse, ni responderse, en una noche como ésta —respondió ella—. Esta noche imperan las emociones. Pero elegir a la persona con la que se va a contraer matrimonio es un asunto muy serio, ¿no?

—¿Lo es? —le preguntó a su vez en voz baja. Era algo en lo que no había pensado, al menos en los últimos años.

—El matrimonio es para toda la vida —contestó lady Morgan—. Siempre he tenido muy claro que no elegiría a tontas y a locas y que no aceptaría la menor imposición. Es muy fácil enamorarse, o eso creo. Es un estado extremadamente emocional. Pero no estoy tan segura de que amar sea tan fácil.

—¿Quiere decir que el amor no es emocional? —le preguntó con una sonrisa.

—No se rige por la emoción —respondió—. El amor es afecto, compañerismo, respeto y confianza. No domina ni intenta poseer. Y solo prospera cuando ambas partes se comprometen a respetar la libertad del otro. Por eso el matrimonio es tan difícil. No hay más que pensar en la ceremonia en sí, en los votos matrimoniales y en la exigencia de fidelidad. Todo sugiere restricciones e incluso sometimiento. Los hombres hablan de cadenas perpetuas y de trampas de por vida cuando se refieren al matrimonio, ¿o me equivoco? Pero el matrimonio debería ser justo lo contrario: dos personas que acuerdan liberarse la una a la otra.

—Muchos caballeros casados que tienen amantes y también las damas que disfrutan de sus cuchicheos aplaudirían su opinión, *chérie* —le aseguró.

Pero lady Morgan lo miró con expresión seria.

—No me ha entendido —dijo—. Si no se está dispuesto a respetar los votos sagrados, no deberían hacerse. Las parejas casadas deberían liberarse el uno al otro para vivir plenamente, aprender y encontrar la realización personal. No son dos caras de una misma moneda ni dos mitades de una misma alma. Son dos almas individuales, valiosas en sí mismas, que se han unido libremente para hacer con sus vidas algo mucho más glorioso, más incitante.

Gervase no sabía si debía tomarla por una idealista bobalicona o por una mística preclara. Pero, de todas formas, lo tenía fascinado. Nunca habría pensado que pudieran mantener una conversación semejante, mucho menos esa noche.

—¿Desea amar al hombre con quien se case de ese modo tan grandioso, *chérie*? —le preguntó.

—Sí —Volvió a mirarlo de forma penetrante y directa—. No tengo por qué casarme por dinero ni para mejorar mi posición social, lord Rosthorn. Ni siquiera tengo que hacerlo para garantizar mi seguridad. Prefiero esperar cinco o diez años, toda una vida si fuera necesario, antes que casarme con el hombre equivocado. Aunque me gustaría no tener que esperar tanto.

¿Distinguirían las jovencitas normales y corrientes el enamoramiento del amor?, se preguntó. ¿Habría muchas damas, sin importar su edad, que declarasen con semejante convicción que el amor y la posesividad no iban de la mano? Ni siquiera él había llegado a esa importante conclusión. Aunque lady Morgan tenía razón, ¿no? ¿Habría tantos matrimonios infelices si no existiera una diferencia entre ambos conceptos?

—Por tradición familiar —continuó ella—, el amor es la fuerza que mueve nuestros matrimonios. Los Bedwyn no tienen amantes una vez casados —Esa mirada directa no titubeó ni un instante—. Se espera de ellos que amen a sus esposas y que les sean fieles. Y lo mismo se aplica a las Bedwyn.

Gervase sonrió.

—¿Y tiene muchos hermanos casados? —le preguntó. Si su memoria no le fallaba, en una ocasión hizo mención a una cuñada.

—Tres —le contestó ella.

—¿El duque de Bewcastle es uno de ellos? —quiso saber. No estaba enterado de que se hubiera casado. Pero ¿cómo iba a enterarse de nada? A pesar de haber pasado las últimas semanas en Bruselas y de haber retomado la amistad de algunos conocidos de juventud, todavía no estaba al día de las noticias y los cotilleos procedentes de Inglaterra.

—No —Lady Morgan meneó la cabeza—. Aidan está casado. Y también Rannulf y Freyja… Todos contrajeron matrimonio durante este último año.

—¿Y todos son matrimonios por amor? —le preguntó.

—Ahora lo son —respondió convencida—. Rannulf y Judith acaban de tener un hijo.

¿Había amado Bewcastle a Marianne?, se preguntó de repente. ¿Había estado preparado para amarla durante el resto de su vida? ¿Para serle fiel? Lo dudaba mucho. Siempre le había parecido que Bewcastle era incapaz de amar.

—¿Y usted no ama al joven Gordon como le gustaría amar a su marido? —quiso saber— ¿No le ha dicho que no esta noche a pesar de ello?

—Tampoco le he dicho que sí —protestó—, pero dudo mucho que se haya dado cuenta. Tendré que darle una negativa tajante cuando regrese.

—Le causará una gran decepción —le aseguró.

—Peor sería que me casara con él —puntualizó ella—. No creo que resulte fácil

convivir conmigo, lord Rosthorn, aunque ame a mi marido con toda el alma. El capitán Gordon no me ama. Ama el ideal que represento: la hija de un duque que acaba de ser presentada en sociedad y que es muy rica. No ve nada más.

Estaba cometiendo una injusticia consigo misma, pensó Gervase. Pero en ese momento su expresión se tornó desolada.

—Lord Gordon podría morir —dijo ella—. Qué situación más estúpida. Estúpida y mortalmente seria. ¿Cómo iba a dejar que se marchara con el no resonando en sus oídos? Le permití creer que sentía lo mismo que él, que lo esperaría, que lloraría su ausencia el resto de mi vida si no regresaba. Y tal vez lo haga. ¿Quién sabe?

De repente se le llenaron los ojos de lágrimas. Extendió el brazo y le cogió una mano. Ella la giró y entrelazaron los dedos mientras se enjugaba las lágrimas con la mano libre.

—No quiero que ocurra —dijo con fiereza—. Nada de esto. ¿Es que no comprende nadie que la guerra no resuelve nada? Siempre habrá otra guerra, siempre en nombre de la paz y la libertad. ¿Cómo puede haber libertad cuando los hombres mueren por un sinsentido? ¿Cómo puede haber paz si los hombres se ven obligados a luchar para conseguirla? La humanidad seguirá empeñada en alcanzar esos ideales pero jamás lo conseguirá —Lo miró con las mejillas sonrojadas y un brillo apasionado en los ojos.

Dos parejas entraron en la sala, los miraron (miraron sus manos unidas) y salieron, murmurando una disculpa. Lady Morgan no pareció darse cuenta.

—Supongo —comenzó Gervase— que Caddick las sacará de Bruselas mañana. Dentro de una semana estará de vuelta en Inglaterra, con su familia, y la vida volverá a parecerle menos tumultuosa.

—No será así —le aseguró ella—. Por favor, no me trate como a una niña, lord Rosthorn… Usted no. Preferiría quedarme aquí. Preferiría saber lo que está pasando. Preferiría sufrir con el resto. Pero aunque el conde de Caddick no insista en que nos marchemos, Alleyne lo hará. Ahora mismo está en Amberes, pero vuelve mañana. Antes de irse me dijo que me obligaría a regresar a casa si la situación no había mejorado a su regreso. Y ha empeorado —Suspiró—. ¿Qué va a hacer usted, lord Rosthorn?

—Quedarme —le contestó—. No pertenezco al ejército, pero tal vez haya algo que pueda hacer para ayudar.

—Eso es lo que me gustaría hacer —replicó ella—. Me gustaría ayudar. No puede ni imaginarse lo impotente qué se siente una mujer en esta situación… O en centenar es de situaciones, ya que estamos. Aunque supongo que me marcharé mañana.

—Me hospedo en la *rue* de Brabant —dijo, y le dio el nombre de la casa—. Si por casualidad me necesita, ¿me lo hará saber?

Lady Morgan le regaló una sonrisa torcida.

—¿Porque soy demasiado débil para apañármelas sola? Aunque es usted muy amable y le agradezco el ofrecimiento —La vio bajar la vista hacia sus manos y fue

entonces cuando pareció percatarse de que estaban unidas. Lo soltó y se llevó la mano al regazo—. Creo que he estado parloteando como una tonta. Suelo hacerlo cuando algún tema me subleva. Y la guerra lo hace. Así que debe de parecer muy extraño que me sintiera obligada a venir a Bruselas a pesar de que mi hermano no quisiera darme su permiso, ¿verdad? No deberíamos estar aquí solos. Aunque esta noche nada es como debería. ¿Tiene la amabilidad de llevarme con lady Caddick?

Gervase se puso en pie y le ofreció el brazo.

—Las guerras cesarán —le dijo—, al menos durante un tiempo. Y su sueño de amor sin duda se hará realidad llegado el momento, *chérie*. Volverá a ser feliz.

Ella soltó una carcajada.

—¿Me lo promete, lord Rosthorn?

—¡Caramba! Los sueños no pueden encorsetarse con una promesa —le contestó —. Al igual que el agua, se escurren de nuestras manos. Sin embargo, el agua es la fuente de la vida. Creo que su sueño se hará realidad siempre y cuando no haga concesiones y acabe olvidándolo.

Lady Morgan volvió a reír.

—Ni siquiera le he preguntado por sus sueños —dijo—. ¡Qué desconsiderado por mi parte!

—Soy demasiado mayor para soñar —replicó mientras la conducía de vuelta al salón, donde quedaban muy pocos invitados. Y era cierto. Había tenido sueños grandiosos cuando era muy joven y había esperado que la mayoría se hicieran realidad. Pero su juventud había tenido un final prematuro nueve años atrás. Y desde entonces había vivido con los pies firmemente plantados en el suelo.

—Pero debemos tener algún sueño —insistió ella— o la vida deja de tener sentido, pierde su pasión, su razón de ser.

¿Eso era lo que le había pasado a su vida?, se preguntó. Lady Caddick estaba de pie, observándolos con aire distraído mientras se acercaban.

—Ah, aquí está, lady Morgan —dijo—. Estamos listos para volver a casa.

Lady Rosamond, que estaba al lado de su madre, parecía haber estado llorando. Se lanzó a los brazos de lady Morgan y ambas se fundieron en un estrecho abrazo.

Capítulo 6

La mañana posterior al baile de los duques de Richmond todos aquellos extranjeros que no tenían relación alguna con el ejército protagonizaron un éxodo masivo de Bruselas a Amberes. Llegado el mediodía, los caminos estaban atestados de carruajes, caballos y carretas con sus equipajes.

Morgan y los Caddick no estaban entre ellos. Rosamond se había despertado con una de las migrañas que la afectaban muy de cuando en cuando y que la dejaban totalmente incapacitada. Porque no se trataba de un simple dolor de cabeza; la migraña la dejaba medio ciega, le provocaba náuseas y le entumecía la mitad izquierda del cuerpo. La luz y el ruido más insignificante le resultaban insoportables. A pesar del peligro que entrañaba quedarse en Bruselas y a pesar de las presiones del conde, que jamás había padecido una migraña y que por tanto no podía imaginarse hasta qué punto incapacitaba a una persona, lady Caddick se mantuvo inflexible. Rosamond debía quedarse donde estaba, encerrada en su dormitorio sin que nadie la molestase, hasta que pasara la peor fase del ataque. En ocasiones se alargaban hasta tres, cuatro e incluso cinco días.

Lord Caddick se ofreció a buscar a una persona dispuesta a actuar como su carabina para que la acompañase hasta un lugar seguro, pero Morgan adujo que Alleyne regresaría pronto de Amberes y se encargaría de hacer los arreglos pertinentes para su partida.

El sentido común le dictaba que se marchara lo antes posible, aunque eso significara viajar con personas a las que apenas conocía. Sin embargo, era difícil hacer caso al sentido común en unas circunstancias tan extremas. En realidad no soportaba la idea de marcharse. Tenía conocidos y unos cuantos amigos entre los oficiales de la Guardia y sus esposas. La mayoría de éstas se quedarían en la ciudad. ¿Por qué no podía hacerlo ella? ¿Cómo iba a marcharse sin saber lo que les depararía el futuro?

Le había dicho la verdad a lord Caddick. No obstante, esperaba que Alleyne no regresara de Amberes con tiempo para obligarla a marcharse de la ciudad ese mismo día. Tal vez al día siguiente tuvieran más noticias del frente. Tal vez los enfrentamientos hubieran acabado para entonces y ya no fuera necesario abandonar la ciudad.

Alleyne aún no había regresado al mediodía.

Por la tarde, presa del nerviosismo y deseosa de abandonar la casa haciendo el menor ruido posible en deferencia a la pobre Rosamond, obtuvo permiso de lady Caddick para hacer una visita a la señora Clark, esposa del mayor Clark, de la Guardia Real Montada. La señora Clark vivía a unos diez minutos a pie y había

prometido salir acompañada de su doncella. Estaba tomando el té con la mujer cuando escuchó lo que en un principio tomó por un trueno distante. Sin embargo, la señora Clark esbozó una sonrisa bastante tensa cuando ella expresó su deseo de que las tropas no vieran aumentado su sufrimiento a causa de un chaparrón.

—Es artillería pesada —le explicó la mujer.

Morgan se vio sacudida por una súbita sensación de vértigo.

—Están lejos —la tranquilizó la señora Clark—. En realidad es más una vibración, una sensación, que un sonido, ¿no cree? Además, ¿quién puede asegurar desde dónde los están disparando o qué tropas están involucradas? ¿Quién sabe si son nuestros cañones o los de los franceses?

Había tenido la esperanza de que Alleyne fuera a buscarla antes de que llegara la hora de volver a la residencia de los Caddick, pero emprendió el camino de regreso con la única compañía de su doncella.

Alleyne no había estado en la *rue* de Bellevue. Y tampoco apareció durante el resto del día.

Esa noche estuvieron despiertos hasta bien entrada la madrugada (y Rosamond vio incrementado su padecimiento) a causa del incesante trasiego de caballos y carruajes por la calle, amén de algún que otro grito proferido por los hombres que los conducían.

No debían alarmarse, les aseguró lord Caddick desde el pasillo de los dormitorios. El ajetreo se debía al paso de un extenso convoy de cañones que estaba atravesando la ciudad de camino al frente.

¿Que no se alarmarán? Morgan, que estaba frente a la ventana de su dormitorio con un chal sobre los hombros, se echó a temblar. ¿Dónde estaba Alleyne?, se preguntaba. ¿Dónde estaban los oficiales que conocía? A la mañana siguiente ya era demasiado tarde para abandonar Bruselas, aun cuando Rosamond salió de su dormitorio con el aspecto de un fantasma de ojos hinchados y les aseguró a sus padres que el ataque de migraña no era tan intenso como otros que había sufrido en el pasado y que estaba lista para partir en cuanto se lo ordenaran.

A primeras horas de la mañana un destacamento de caballería belga había pasado por la ciudad procedente del frente, despertando a Morgan de nuevo con el ruido, y había gritado a todo aquel con quien se cruzaba, así como a quienes dormían en el interior de las casas, que todo estaba perdido y que el ejército aliado había sufrido una derrota aplastante. Sin embargo, no se habían detenido para responder las preguntas de la gente. El pánico se extendió a su paso.

Prácticamente la totalidad de los visitantes extranjeros que quedaban y muchos de los habitantes de Bruselas se aprestaron a abandonar una ciudad que de un momento a otro se vería asaltada por hordas de salvajes soldados franceses. En la residencia de los Caddick las bolsas de viaje y los baúles estaban listos y todo estaba dispuesto para partir después de un desayuno muy temprano.

No obstante, se presentó una complicación inesperada. Cuando lord Caddick ordenó que llevaran los carruajes y los caballos a la puerta principal, le informaron de que todos los vehículos de la ciudad habían sido requisados por el ejército para el

envío de suministros al frente. Por mucho que el conde vociferara o amenazara, por mucho que intentara halagar o sobornar, no tardó en quedar patente que no iba a conseguir ningún medio de transporte. No había modo de abandonar Bruselas ese día a menos que quisieran hacerlo a pie, llevándose consigo solo lo que pudieran acarrear en las manos y en la espalda.

Cosa impensable, tal como lady Caddick se encargó de señalar con una voz que rezumaba más furia que miedo.

Y así se quedaron atrapados en Bruselas.

En cierto modo y aunque no podía negar que estaba asustada, Morgan se alegró.

Rosamond regresó a la cama a trompicones.

Comenzó a llover por la tarde. Se escuchó un tremendo trueno de madrugada, uno de verdad en esa ocasión, y la lluvia cayó torrencialmente durante horas. Resultaba imposible saber con exactitud la posición de los ejércitos o dilucidar el significado de los distantes cañonazos que se habían escuchado durante el día. Sin embargo, mientras yacía acurrucada en la cama resistiendo el impulso de taparse la cabeza con las mantas para no escuchar el sonido de la lluvia, no tuvo el menor problema en imaginarse el sufrimiento de miles de soldados que intentaban encontrar un refugio en el que cobijarse y descansar donde no había ninguno.

Al menos, anunció lord Caddick alegremente durante el desayuno, los efectos de la lluvia entorpecerían en gran medida las maniobras militares. Los caminos estarían intransitables. Ese día no habría ninguna batalla.

Además, añadió su esposa, era domingo.

Morgan estaba muy preocupada por Alleyne. Y también por Rosamond, que seguía sufriendo muchísimo por culpa de la migraña. Lady Caddick estaba fuera de sí a causa de la ansiedad, en parte por la indisposición de su hija y en parte por su propia seguridad, aunque el principal motivo era la incertidumbre del destino que había corrido lord Gordon. Su esposo se aventuró a salir en busca de las últimas noticias, si bien parecían circular más rumores que hechos fehacientes.

La lluvia cesó por fin y Morgan, que había vuelto a obtener permiso de una distraída condesa, se marchó con su doncella a casa de la señora Clark una vez más. Había descubierto que las esposas de los oficiales del regimiento solían reunirse allí y, en general, eran mucho más sensatas que la mayoría de la gente, menos dadas al pánico y también menos dadas a tragarse los rumores fantasiosos que sustituían a las noticias fiables. Esa mañana en concreto se habían reunido todas allí. Sintió un enorme alivio cuando la recibieron como si fuera una más, no como una extraña que no era bienvenida.

Poco después del mediodía se escucharon de nuevo las salvas de la artillería pesada. Sonaban mucho más cerca de lo que lo hicieran dos días atrás. Además, después del primer sobresalto, era imposible confundir los incesantes cañonazos con truenos. Las damas pasaron varias horas ordenando medicinas y otros suministros que habían reunido a lo largo de los días anteriores y enrollando vendas. Hablaban con placidez e incluso se reían mientras trabajaban, pero Morgan, que se mantenía

tan ocupada como cualquiera de ellas, sentía la tensión y el miedo latentes bajo la alegría con la que intentaban desentenderse del significado de lo que estaban haciendo.

Qué vida más sacrificada, pensó, la de una esposa que siguiera a las tropas año tras año.

A media tarde las interrumpió un alboroto en la calle. Algunas de las presentes corrieron hacia las ventanas mientras que ella y la señora Clark lo hacían hacia la puerta. Ante ellas pasaron un buen número de soldados a caballo, con las monturas cubiertas de espumarajos por el esfuerzo y blandiendo los sables en las manos. Venían desde la Puerta de Namur, emplazada en el extremo sur de la ciudad… venían de la batalla.

—Es la caballería prusiana, no la Guardia —señaló la señora Clark.

Si estaban cabalgando por otras calles tantos soldados como estaban pasando frente a ellas, debía de tratarse de un regimiento completo, pensó Morgan. Estaban gritando en alemán, un idioma desconocido para ella. Aunque muchos de los transeúntes se apresturaron a hacer de intérpretes.

—¡Todo está perdido! —gritó un hombre.

—¡Los franceses les pisan los talones! —añadió alguien más.

El pánico cundió entre el resto de los presentes. No obstante, la señora Clark la tomó del brazo con firmeza y la obligó a entrar de nuevo en la casa. Después cerró la puerta tras ellas.

—Pronto comenzarán a llegar los heridos —le dijo al resto de las damas—. Si los informes son correctos, la batalla está perdida y los franceses no tardarán en llegar. Pero ellos también traerán a sus heridos. Podemos escondernos aquí y dejarnos llevar por el pánico o salir ahí afuera y hacer todo lo que podamos para ayudar a aquellos que nos necesiten, sea cual sea el color de su uniforme o el bando en el que hayan luchado.

Morgan la miró con renovado respeto y creciente admiración mientras inspiraba hondo para calmarse. Ella misma había estado a punto de sucumbir al pánico, admitió.

—Yo prefiero salir —dijo.

La señora Clark se giró hacia ella.

—Pero no debería hacerlo, lady Morgan —protestó—. Debería regresar a la *rue* de Bellevue. La condesa de Caddick estará preocupada por usted. Lo que vamos a hacer es muy peligroso. Además, será horrible y muy desagradable. No va a gustarle lo que vea.

—No espero que me guste, señora —replicó—. Y el hecho de ser la hija soltera de un duque no me convierte en una delicada flor de invernadero. Quiero poner mi granito de arena. Por favor, no discuta conmigo. Creo que van a necesitar todas las manos disponibles dentro de un rato. En cuanto a lady Caddick, estará ocupada atendiendo a Rosamond y muy preocupada por lord Gordon. Sabe que estoy con usted.

La señora Clark no perdió más tiempo con palabras. Se limitó a asentir con la

cabeza brevemente mientras la cogía de una mano para darle un apretón.

—Iremos hasta la Puerta de Namur —dijo.

Fue allí donde lord Alleyne encontró a Morgan alrededor de una hora después. Aunque no la estaba buscando precisamente. A esas alturas la imaginaba muy lejos de Bruselas. Había recorrido todo el camino de vuelta desde Amberes buscándola entre el gentío que circulaba en dirección contraria a la suya. Aunque no se había preocupado al no verla. Había llegado a la conclusión de que estaría en un barco, camino de Inglaterra.

Se había presentado ante sir Charles Stuart sin pensar siquiera en ir antes a la residencia de la *rue* de Bellevue alquilada por el conde de Caddick. En esos momentos iba hacia el sur, con un mensaje para el duque de Wellington. Se había presentado voluntario para la misión. Tal vez fuera peligrosa, le había advertido sir Charles, si el sonido de los cañones era fiel indicativo de la ferocidad de la batalla que se estaba librando. Pero ansiaba ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo. Además, Aidan, su hermano mayor, había luchado en la península Ibérica. ¿Acaso iba él a acobardarse ante la insignificante tarea de llevar una carta a primera línea del frente?

Los soldados heridos en los enfrentamientos de los días anteriores comenzaban a llegar caminando a Bruselas, algunos con la cabeza vendada o con los brazos en cabestrillo, pero la mayoría llevaba las heridas aún sangrantes cubiertas con sucios harapos. Alleyne los observaba con lástima a medida que se acercaba a la Puerta de Namur de camino hacia el sur y también contemplaba con admiración al grupo de damas que había improvisado un hospital de primeros auxilios en el lugar.

Uno de los heridos estaba explicándole a la dama que sostenía un vaso de agua junto a sus labios que la batalla del día, un enfrentamiento desesperado y brutal, se estaba librando justo al sur del bosque de Soignes, no muy lejos de un pueblo llamado Waterloo.

La dama en cuestión era Morgan.

Alleyne bajó del caballo al mismo tiempo que ella soltaba el vaso y alzaba la vista. Cuando lo reconoció, corrió hacia él.

—¡Alleyne! —gritó—. ¿Dónde has estado? Me tenías muy preocupada.

La sostuvo por los hombros y la zarandeó sin muchos miramientos.

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó—. ¿Por qué no estás en Amberes o de camino a Inglaterra?

—¡Me dijiste que vendrías a por mí la mañana siguiente al baile de los duques de Richmond! —le recordó.

—¡Maldita sea, Morgan! —replicó, exasperado—. Me retuvieron en Amberes. No me puedo creer que no tuvieras la sensatez de marcharte con los Caddick. Voy a decirle un par de cosas a…

—Todavía están aquí —lo interrumpió—. No creerás que se habrían ido sin mí, ¿verdad? Lady Caddick se toma su responsabilidad como mi carabina muy en serio —Y procedió a explicarle la sucesión de acontecimientos que les había impedido abandonar Bruselas.

—¡Maldita sea! —repitió—. Tendré que sacarte yo mismo de aquí, Morg. Nos pondremos en marcha en cuanto acabe con un encargo de la embajada.

—Pero me necesitan aquí —protestó ella—. Me necesitarán durante un tiempo. Y pondré mi granito de arena, Alleyne, aunque no pueda luchar contra los franceses como hizo Aidan. No tienes que preocuparte por mí.

La agarró por los hombros con más fuerza.

—Wulf me arrancará la cabeza —dijo— y no podré culparlo. Volveré antes de que anochezca. Después nos iremos.

—Alleyne —le dijo, agarrándolo por los codos—, ¿adonde vas? ¿Qué estás haciendo aquí precisamente?

—Tengo que llevar un mensaje al frente —contestó.

Su hermana abrió los ojos de par en par.

—No te preocupes —le dijo con una sonrisa—. No voy a intervenir en la batalla. Nada de heroicidades en mi caso. No correré ningún peligro.

—Ten mucho cuidado —Tomó una honda bocanada de aire—. Si por casualidad tienes noticias sobre la Guardia Real Montada… —Dejó la frase en el aire. No hacía falta que dijera más. Tiró de ella y la abrazó con fuerza por un instante.

—Veré lo que puedo averiguar —le prometió antes de apartarse de ella y subirse de nuevo a su montura de un salto.

Por el camino de acceso a la ciudad se acercaban dos traqueteantes carretas cargadas de heridos. El aire se saturó con el hedor de la sangre, más intenso que antes.

Morgan se dio la vuelta y con la distracción ni siquiera se despidió de él antes de que transpusiera las puertas a caballo.

Morgan, pensó. La benjamina. Toda una mujer, comportándose con un absurdo coraje y haciendo algo que provocaría un buen número de soponcios entre la mayoría de las damas que le doblaban la edad. Aunque debería haberlo imaginado, la verdad. Al igual que Freyja, o tal vez incluso más que ella, Morgan aborrecía la idea de que una dama perfecta tuviera que ser una tierna florecilla. Además, tenía la firme sospecha de que había sido el aumento de las tensiones lo que la había llevado a Bélgica, más que la presencia de Gordon. Gordon, en su opinión, era un fantoche.

Estaba muy orgulloso de su hermana, de que estuviera en la calle atendiendo a los heridos en lugar de estar escondida en la residencia de los condes. Sin embargo y a pesar de todo, tendría una discusión con la condesa de Caddick, a quien se le había confiado su cuidado.

Wulf le arrancaría la cabeza por no haberla enviado a casa mucho antes.

Pasaron varias horas antes de que Gervase la encontrara en el mismo lugar. Para entonces había un verdadero reguero de heridos, algunos de los cuales sufrían heridas gravísimas. Había algunos cirujanos en la Puerta de Namur que hacían lo que podían para atender los casos más graves y que llevaban a cabo su horrible misión en el interior de unas tiendas improvisadas. También había muchas mujeres presentes, que limpiaban las heridas, vendaban a los heridos más leves y daban agua y un poco de consuelo a los demás.

Desde que escuchó los cañones, tuvo muy claro que al cabo de unas pocas horas la avalancha de heridos supondría un enorme problema para la ciudad, ya que sobrepasaría con creces todos los esfuerzos de los voluntarios que se habían reunido en las puertas para ayudar. Lo que necesitaban era organización; una lista de los habitantes de la ciudad preparados y dispuestos a abrir las puertas de sus casas para alojar a los heridos; alguien que enviara a los heridos, los cirujanos y las enfermeras a dichas casas; y algún modo de abastecerlos con todo lo necesario.

Supuso que ya habría mucha gente organizando todo el asunto. Pero era imposible que hubiera una manera de coordinar los esfuerzos de toda esa gente. Él solo podía ayudar en lo que pudiera. Reunió a todos los conocidos que pudo localizar y que estaban dispuestos a ayudar y juntos se pusieron manos a la obra. Recorrieron las calles llamando a las puertas de las casas, buscando boticarios, tenderos y cualquiera que pudiera venderles suministros para miles de heridos o más, y elaborando interminables listas.

Cuando por fin lo tuvieron preparado, corrieron hasta la Puerta de Namur y establecieron un puesto de control cuyo principal objetivo era el de dirigir a los convoyes de heridos a las casas donde encontrarían camas limpias, comida, agua y un techo donde cobijarse mientras recibían los solícitos cuidados de enfermeras y médicos.

Había muy pocas enfermeras y aún menos médicos, como era de esperar, pero habían hecho todo lo que estaba en sus manos.

Se percató de que una dama muy joven estaba inclinada sobre lo que parecía un montón de harapos ensangrentados en el suelo. El montón de harapos resultó ser un soldado raso muy joven cubierto de barro y sangre, al que le habían arrancado la pierna derecha por debajo de la rodilla de un cañonazo. La joven tenía el pelo recogido con un pañuelo manchado de sangre y de barro. Su vestido de muselina estaba arrugado y sucio y lleno de salpicaduras de sangre. Le murmuraba dulcemente al muchacho mientras le limpiaba el rostro con un trapo húmedo. El herido estaba a la cola, una cola muy larga, para que lo atendiera un cirujano.

En ese instante, la dama se enderezó y se pasó la muñeca por los ojos con evidente agotamiento.

¡Por el amor de Dios! Gervase se quedó petrificado donde estaba. Era lady Morgan Bedwyn.

Se acercó a ella sin demora y la agarró por un codo.

—¿Todavía sigue en Bruselas? —le preguntó, tontamente.

Ella lo miró un instante sin reconocerlo. Después, parpadeó varias veces.

—Lord Rosthorn —le dijo.

A él también le costaba trabajo creer lo que veían sus ojos.

—¿Los condes de Caddick no la han llevado a un lugar seguro? —preguntó—. ¿Ni lord Alleyne?

—No había medios de transporte disponibles cuando nos decidimos a marcharnos —le explicó—. Y Alleyne se demoró en Amberes más de la cuenta. Ha regresado hoy mismo. Tenía que ir hasta el frente para cumplir una misión

diplomática.

—¿Qué está haciendo aquí? —quiso saber.

—¿No es evidente? —replicó con una sonrisa cansada—. Hay tanto por hacer, lord Rosthorn… No puedo quedarme aquí a hablar con usted.

En ese momento comprendió que era una mujer hecha y derecha; una mujer con un gran corazón y con la fuerza y el coraje que éste requería. Desde que la conoció albergaba la sospecha de que no era una jovencita bobalicona, pero ahí tenía la prueba que lo demostraba. En ese instante le pareció más hermosa que nunca.

Le soltó el codo.

—Entonces váyase —le dijo—. Vuelva al trabajo.

Él también estuvo ocupado durante varias horas; ni siquiera supo cuántas, porque perdió la noción del tiempo. Ayudó a bajar heridos de las carretas y a separarlos en distintos grupos: los que necesitaban atención médica, pero no los servicios de un cirujano; los que requerían una amputación; los que solo precisaban un trago de agua y una mano amiga que los consolara mientras morían. Se descubrió ofreciendo esa mano amiga y ese trago de agua una y otra vez. Al mismo tiempo, intentó llevar a cabo el objetivo que se fijara en un principio sin moverse del sitio. Intentó buscar alojamiento para todos los heridos que no podían marcharse por su propio pie.

A la postre, en algún momento de la tarde, uno de los amigos de John Waldane llegó para relevarlo. Gervase puso los brazos en jarras mientras estiraba los músculos de la espalda y de los hombros. Era sorprendente la rapidez con la que los ojos y los oídos se acostumbraban a las imágenes y a los sonidos, y la nariz, a los olores. Pasado el primer momento, se había olvidado de todos los remilgos.

Lady Morgan Bedwyn, con un aspecto mucho más desastrado y sucio que antes, estaba arrodillada junto a un sargento canoso ataviado con el uniforme verde de los fusileros mientras le ataba un cabestrillo al cuello y le decía algo que le arrancó al hombre una ronca carcajada.

Se acercó a ella y esperó hasta que acabó y se enderezó.

—*Chérie* —le dijo—, ya es hora de que descanse. Permítame acompañarla de regreso a la *rue* de Bellevue.

Pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedo volver hasta que se sepa algo concluyente —replicó—. Ese sargento —dijo y señaló al hombre que acababa de atender— me ha dicho que lord Uxbridge dirigió una carga de la caballería esta tarde que barrió al enemigo a su paso e hizo que los franceses emprendieran la retirada. Pero se internaron demasiado tras las líneas enemigas y acabaron cortándoles la retirada. No sabe cuántas bajas ha habido —Su expresión delató lo cerca que estaba de derrumbarse, pero se recompuso y consiguió esbozar una sonrisa—. No ha aparecido ningún herido todavía —dijo—. Supongo que son buenas noticias. Nadie sabe si la batalla está ganada o perdida. Pero pronto oscurecerá. No pueden seguir luchando durante la noche, ¿verdad?

—Necesita descansar un poco —le dijo de forma tajante—. No será de ninguna ayuda para nadie si acaba agotada.

—La señora Clark ha puesto su casa a disposición de los heridos —comentó ella —. Llevamos una hora queriendo irnos, pero parece que siempre queda algo más por hacer. La casa ya está preparada. He accedido a encargarme del turno de noche. De todas formas no podría dormir —Ladeó la cabeza a izquierda y derecha y entrecerró los ojos.

Gervase le colocó las manos en los hombros y la instó a ponerse de espaldas a él. Estuvo masajeándole los músculos del cuello y la espalda hasta que la escuchó suspirar y la vio inclinar la cabeza hacia delante.

—Alleyne todavía no ha regresado —le dijo—. Me dijo que volvería mucho antes de que anocheciera. Y ya está anocheciendo. No creo que tarde en llegar.

—Permítame que la acompañe a casa de la señora Clark —se ofreció—. Alguien le indicará la dirección a su hermano. Si todavía no hay muchos heridos o hay suficientes manos para ayudar, tal vez pueda aprovechar para descansar un ratito. O al menos para tomarse una taza de té.

—Eso suena a gloria —admitió.

—O para lavarse un poco —añadió él.

Lady Morgan se miró con cierta sorna.

—Éste es uno de mis vestidos más elegantes —dijo—. O lo era. Dudo mucho que pueda volver a ponérmelo… o que quiera hacerlo.

Le ofreció el brazo y ella lo aceptó. En esos momentos le resultaba muy difícil recordar el aspecto que tenía la primera vez que la vio: tan hermosa que quitaba el aliento, pero a la vez altiva y aristocrática. La había tomado por una jovencita mimada. Le avergonzaba recordar que se había acercado a ella por el mero hecho de ser la hermana de Bewcastle; como si careciera de una identidad propia.

—Me alegro de seguir en Bruselas —confesó ella—. Me alegro de haber visto lo que he visto hoy. Pero sobre todo me alegro de haber podido encontrar el modo de ayudar en algo. Aunque todo haya sido en vano. Si perdemos esta batalla, ¿de qué habrá servido? Si ganamos, ¿qué sentido habrá tenido la lucha para los franceses heridos y muertos? No logro hacer distinciones entre ellos, ¿y usted? Franceses, ingleses, prusianos, belgas y holandeses… todos son hombres valientes pero estúpidos. Aunque tal vez no sean tan estúpidos. Después de todo, no fueron ellos quienes decidieron librar hoy esta batalla. Fueron sus jefes. Lo siento. Ya he hablado de este tema antes con usted. Tengo que olvidarlo y limitarme a afrontar la realidad de lo que ha sucedido y de lo que está sucediendo.

Gervase le cubrió la mano que descansaba sobre su brazo.

—Si puedo —comenzó—, iré a decirle a la condesa de Caddick dónde se encuentra.

—¡Ay, sí, por favor! —exclamó ella—. Qué descuido por mi parte no haber caído antes.

Deberían colgar a los Caddick por los pulgares, pensó de forma no muy benévola. ¿Habrían hecho algún esfuerzo por descubrir el paradero de la joven a lo largo del día? ¿Y por qué no habían insistido en que abandonara la ciudad mucho antes aunque ellos no quisieran hacerlo?

—Será un placer, *chérie* —replicó.

—Su madre es francesa —dijo lady Morgan—. ¿No se ha puesto en ningún momento del lado de sus compatriotas, lord Rosthorn?

—Más de una vez —contestó—, pero no suelo confesarlo delante de ningún inglés, ya sea hombre o mujer. Mi padre era inglés, ¿sabe? Mi lealtad está dividida entre ambos países, tal vez por eso nunca me haya sentido inclinado a entrar en el ejército.

Ella lo miró con expresión grave, pero no le hizo más preguntas. Se detuvo al llegar a una casa que debía de ser la residencia de la señora Clark y se giró para darle las gracias por haberla acompañado. Las puertas de la casa, según pudo ver, estaban abiertas de par en par y el interior estaba iluminado. Lady Morgan pasaría la noche en vela, haciendo todo lo que estuviera en sus manos para aliviar el sufrimiento de los heridos y para asegurarse de que los supervivientes de la batalla no murieran a causa de la fiebre o por falta de atención.

Le tomó ambas manos y se inclinó sobre ellas mientras se las llevaba a los labios.

—Entre, *chérie* —le dijo—. Vendré por la mañana para asegurarme de que descansa.

—Gracias —replicó ella—. ¿Qué hará esta noche, lord Rosthorn?

—Volveré a la Puerta de Namur —contestó—. Tal vez me adentre un poco en el bosque. Está oscureciendo y los cañones han dejado de disparar, como supongo que ya habrá notado. La batalla ya estará ganada o perdida. O tal vez se haya llegado a un punto muerto y vuelvan a enfrentarse por la mañana.

—Si por casualidad se encuentra con Alleyne, ¿le dirá que estoy aquí? —le pidió—. Y si tiene noticias de… de cualquiera, ¿vendrá a comunicárnoslas?

No supo si se refería al capitán lord Gordon en particular o a los oficiales de la Guardia en general. Pero podría haberse quedado todo el día preocupada por ellos en la residencia de los Caddick. En cambio, había estado en las calles, atendiendo a los heridos mientras mantenía sus sentimientos firmemente controlados y enterrados. Aunque esos sentimientos estaban ahí, la preocupación y el intenso sufrimiento, y él lo sabía.

—Lo haré, *chérie* —respondió y aguardó hasta ver que desaparecía en el interior de la casa para marcharse en dirección a la *rue* de Bellevue. Encontró a la condesa tan perturbada por la falta de noticias sobre su hijo que tuvo la impresión de que la mujer ni se había percatado de que lady Morgan faltaba desde esa mañana.

—Está con la señora Clark, ¿verdad, lord Rosthorn? —le preguntó después de que le hubiera dado el recado—. Una buena mujer, aunque el mayor podría haber aspirado a más. Supongo que lady Morgan y ella habrán pasado el día tomadas de la mano, consolándose la una a la otra.

Gervase no se molestó en explicarle lo que las damas habían estado haciendo. Se despidió, regresó andando a las caballerizas donde había dejado su caballo y cabalgó unos kilómetros hacia el sur, a pesar de que el plomizo crepúsculo casi había dado paso a la oscuridad.

Las noticias eran más alentadoras a medida que avanzaba. Al parecer, los aliados habían ganado la batalla, aunque nadie podía asegurarlo con certeza. Los prusianos habían llegado en el último momento para reforzar las líneas británicas y las aliadas, que se encontraban en apuros, y los franceses se habían batido en retirada. Los aliados los estaban persiguiendo y tenían la intención de llegar hasta París si era necesario.

Tal vez se habría adentrado un poco más en busca de noticias más concluyentes, pero mientras pasaba junto a una carreta que transportaba heridos, vio a dos soldados que llevaban unas andas. Sin duda llevaban a un oficial herido. A pesar de la oscuridad, distinguió que el uniforme del herido era de la Guardia Real Montada, de modo que se acercó al trío.

—¿Quién es? —preguntó.

—El capitán lord Gordon, señor —contestó uno de los soldados—. Herido esta tarde en la carga de la caballería, aunque no lo hemos encontrado hasta hace poco.

—¿Está muy malherido? —quiso saber.

Sin embargo, el capitán estaba consciente y respondió por sí mismo.

—Una maldita pierna rota —dijo—. ¿Es usted, Rosthorn? Si hubiera podido sacar el pie del estribo, no me habría pasado nada y habría ensartado con el sable a unos cuantos gabachos más. Pero el caballo me cayó encima y tuve que hacerme el muerto hasta que todo pasó —Se tapó los ojos con una mano.

—Entonces, ¿la batalla ha terminado? —preguntó él.

—¡Claro que sí! —exclamó Gordon—. Les cortamos la retirada cuando estaban atacando y después de eso fue solo cuestión de tiempo —Soltó un improperio repentino y bastante colorido dedicado a los portadores de las andas, uno de los cuales acababa de tropezarse con una piedra—. ¡Mal nacidos! ¡Idiotas! —exclamó—. Nadie parece comprender el dolor que me atormenta. Rosthorn, ¿sería tan amable de adelantarse a caballo y decirle a mi madre que voy de camino para que mi padre pueda buscar el mejor médico de Bruselas?

—¿Qué sabe del resto de la Guardia? —preguntó Gervase a su vez. Sin embargo, tuvo que aguardar para obtener una respuesta ya que Gordon apretó los dientes al sufrir un espasmo de dolor.

—Muchos han muerto —respondió—. La Guardia Real Montada nunca volverá a ser la misma, pero hemos librado a Europa y a Inglaterra de Bonaparte.

—¿Y el mayor Clark? —quiso saber.

—Está vivo —le aseguró el capitán Gordon—. Estuvo hablando conmigo mientras me colocaban en las andas. Se ha marchado con el resto del ejército en persecución de los franceses. Bastardo afortunado…

—Pues entonces será mejor que regrese a Bruselas —le dijo.

En primer lugar fue a la *rue* de Bellevue para informar a los condes de Caddick de que su hijo estaba vivo, aunque herido. Sin embargo, no esperó a que Gordon llegara ni se ofreció a ir en busca de un médico. En cambio, cabalgó hasta la casa de la señora Clark.

Una doncella abrió la puerta en respuesta a su llamada. Incluso antes de poner

un pie en la residencia, se percató de que los heridos ocupaban todo el espacio disponible. Solo en el estrecho pasillo había tres camastros.

Lady Morgan en persona apareció a la carrera desde una habitación situada en la parte trasera apenas un minuto después de que la doncella hubiera desaparecido. Parecía exhausta, pero se había lavado la cara, cepillado el pelo y seguía manteniendo su porte tan orgulloso.

—La batalla ha acabado y los aliados son los vencedores —le dijo sin más preámbulos—. El mayor Clark está a salvo y traen al capitán Gordon a casa, vivo, pero con una pierna rota. Creo que vivirá y se recuperará por completo.

Observó cómo ella abría los ojos de par en par y se mordía el labio inferior. Después corrió hacia él y sorteó uno de los camastros para ofrecerle las manos, ponerse de puntillas y darle un beso en la mejilla.

—Gracias por traer las noticias —le dijo, dándole un apretón en las manos—. Muchas gracias, lord Rosthorn. Es usted muy amable. ¿Sabe algo de Alleyne?

—No lo he visto ni he sabido nada de él —contestó a su pesar—. Pero no me cabe duda de que volverá mañana, incluso puede que esta noche.

—Sí —convino ella—. Supongo que sí.

Uno de los heridos que ocupaban el pasillo tosió, gimió y soltó un grito. Lady Morgan le soltó las manos y se acercó al camastro sin demora.

En ese mismo instante la señora Clark apareció por las escaleras con los ojos clavados en él y una mano en la garganta.

—Su marido está a salvo, señora, y la batalla está ganada —le dijo.

Capítulo 7

No había sitio para que Morgan durmiera en casa de la señora Clark cuando fue relevada de sus obligaciones al amanecer, si bien le habría gustado quedarse cerca. No obstante, también estaba impaciente por volver a la casa de la *rue* de Bellevue. El capitán lord Gordon ya estaría allí. Tal vez él tuviera más información sobre la batalla y sobre la suerte que habían corrido los otros oficiales a quienes conocía. Aunque al mismo tiempo le daba miedo volver a verlo. ¿Intentaría hacerle cumplir las promesas que creyó que le había hecho la noche del baile de los duques de Richmond? ¿O estaría tan avergonzado por los recuerdos y tan dispuesto a olvidarlo todo como lo estaba ella?

El conde y Rosamond estaban desayunando. Ésta se puso en pie cuando la vio, la abrazó con fuerza y estalló en lágrimas.

—Hemos ganado la batalla —le dijo cuando pudo hablar—, pero no sabemos quiénes han muerto y quiénes han sobrevivido. Ambrose está vivo. Mamá ha pasado toda la noche en vela a su lado y aún sigue en su dormitorio.

—¿Cómo tiene la pierna? —preguntó con sincera preocupación. Había habido tantas amputaciones…

—Rota por dos sitios —contestó el conde de Caddick—. El caballo se le cayó encima y lo atrapó. Pero son fracturas limpias y no tendrán que amputársela. Ya le han vuelto a encajar los huesos y el médico cree que logrará recuperarse por completo y que ni siquiera le quedará una cojera.

Aliviada, Morgan suspiró con fuerza y Rosamond volvió a abrazarla y a soltar unas cuantas lágrimas más.

—Siento muchísimo que por mi culpa no pudiéramos abandonar la ciudad para ponernos a salvo días atrás —le dijo—. Debes de haber estado aterrada, Morgan. Pero las cosas han acabado bien después de todo, ¿verdad? Bruselas ya no corre peligro y Ambrose está aquí con nosotros en lugar de en un hospital de campaña dejado de la mano de Dios y rodeado de cientos de heridos. Ni siquiera puedo soportar la idea, ¿y tú?

Morgan negó con la cabeza.

—Vamos a llevarlo a casa, a Inglaterra —siguió su amiga—. Mamá quiere que lo atienda nuestro médico de Londres. Papá ha conseguido dos carruajes y nos marcharemos a primera hora de la mañana. ¿No te parecen unas noticias estupendas?

Morgan asintió con la cabeza.

—Parece cansada, lady Morgan —intervino el conde—. Supongo que será a causa de la preocupación. Pero las cosas han salido bien.

Rosamond, que ya había comunicado todas sus noticias, se alejó de ella y solo en ese momento se percató de su apariencia desastrada.

—Tienes sangre en el vestido —le dijo—. ¿Cómo te has herido, Morgan? Ven, siéntate. Creía que habías pasado la noche en casa de la señora Clark.

—Y lo he hecho —Se dejó caer en la silla que un criado se había apresurado a retirar de la mesa—. He estado atendiendo a los heridos que se alojan allí. Hay tantos, Rosamond… cientos y cientos. Me atrevería a decir que todavía quedan miles en el campo de batalla y en los caminos de acceso a Bruselas. En casa de la señora Clark hay nada menos que veinte. Había veintiuno, pero uno murió durante la noche. Me han relevado durante unas horas, pero debo regresar antes del mediodía. Hay mucho por hacer y muy pocas manos disponibles.

Rosamond se sentó en la silla contigua a la suya y la miró con los ojos desorbitados por la fascinación.

—¿Atendiendo a los heridos? —repitió—. ¡Pero qué valiente eres! Iré contigo cuando regreses, aunque la mera visión de la sangre que llevas en el vestido hace que me dé vueltas la cabeza. Ya me he recuperado casi por completo de la migraña.

—Tú no irás a ningún lado, señorita —intervino su padre con voz tajante—. Tal vez haya acabado la batalla, pero las calles estarán atestadas de rufianes de la peor calaña. Te quedarás en casa donde tu madre y yo podamos tenerte vigilada. Y no me cabe la menor duda de que lady Caddick le dirá lo mismo a usted, lady Morgan. Creía que la señora Clark era más responsable.

Lady Caddick se sumó a la escena en ese momento. Parecía cansada, pero en cuanto posó los ojos en ella, su expresión se tornó radiante de alegría.

—¡Unas noticias maravillosas, mi querida lady Morgan! —exclamó—. Supongo que sabrá que los franceses han sufrido una derrota aplastante. Gordon se ha convertido en todo un héroe. Está muy malherido, mi pobre muchacho, pero lleva su sufrimiento con admirable valor… y con alegría. Sus heridas no son más que medallas al honor, eso me ha dicho. ¿Ha visto usted a alguien que se comporte con semejante nobleza de espíritu?

—Me alegro mucho de que esté a salvo, señora —le aseguró Morgan.

—Nos llevaremos a mi muchacho de vuelta a Inglaterra mañana —siguió la condesa—. Supongo que le alegrará mucho regresar a los brazos de su familia.

—¿Estuvo Alleyne aquí anoche? —preguntó.

—¿Lord Alleyne Bedwyn? —preguntó a su vez lady Caddick—. Creo que no. ¿Estuvo aquí, Caddick?

El conde gruñó una respuesta que ella interpretó como una negativa.

—Al igual que tú —le dijo a su esposa—, lady Morgan ha estado toda la noche en vela. Sugiero que las dos os toméis una buena taza de té acompañada de tostadas y luego os vayáis directas a la cama. Rosamond le hará compañía a Gordon.

—Acaba de tomar otra dosis de láudano —les explicó la condesa mientras se sentaba a la mesa—, así que supongo que dormirá durante un buen rato. Estoy segura de que querrá verla cuando despierte, lady Morgan. Ha hablado varias veces de usted durante la noche. Pero debo advertirle que verlo podría herir su

sensibilidad. Además de la pierna rota, tiene otras muchas heridas.

Morgan sintió que se le caía el alma a los pies… lord Gordon había hablado de ella. Quería verla. Claro que al menos estaba a salvo. No podía decir lo mismo de Alleyne. Ni de la veintena de hombres que había en casa de la señora Clark y que necesitaban atención casi constante. Sus vidas pendían de un hilo. Sin embargo, lo que más necesitaba en esos momentos era dormir. Dio las gracias en silencio por que lord Gordon hubiera tomado láudano y no estuviera en condiciones de recibir visitas. Tendría que verlo más tarde… y después tendría que enfrentarse a la idea de regresar a Inglaterra y dejar atrás todo el sufrimiento que embargaba la ciudad.

Se tomó una tostada y una taza de té, por necesidad más que por hambre. Rosamond la cogió del brazo cuando acabó y la acompañó escaleras arriba hasta su dormitorio. Antes de marcharse, su amiga le dio un beso en la mejilla.

—Estoy orgullosísima de ti —le aseguró —por haber atendido a los heridos. ¡Morgan, espero que acabemos siendo hermanas!

Esbozó una sonrisa cansada mientras entraba en su dormitorio y cerraba la puerta tras de sí. Su doncella la ayudó a despojarse del vestido y después se desplomó en la cama y cerró los ojos. Sin embargo, justo antes de que el sueño la arrastrara, recordó algo.

La noche anterior había besado al conde de Rosthorn en la mejilla. No porque hubieran estado coqueteando ni mucho menos. No porque él la hubiera desafiado o ella se hubiera sentido desafiada, sino porque se había mostrado compasivo con ella y con la señora Clark. Porque había pasado horas en la Puerta de Namur ese día, intentando asegurarse de que todos los heridos tuvieran un lugar donde recobrarse y estar cómodos.

Porque había percibido su bondad.

Porque de algún modo había dejado de verlo como un libertino potencialmente peligroso cuyo coqueteo le había resultado irresistible y se había convertido en un amigo.

¿No era una idea un tanto fantasiosa?

Se quedó dormida antes de poder responder a su propia pregunta.

Gervase volvió por la mañana temprano a casa de la señora Clark; después de haber desayunado, a fin de acompañar a lady Morgan Bedwyn de regreso a la residencia de los Caddick en la *rue* de Bellevue. Sin embargo, la dama se había marchado diez minutos antes. Pasó el resto de la mañana haciendo todo lo que estuvo en sus manos para ayudar a organizar la avalancha de heridos que llegaba desde el campo de batalla, situado al sur de Waterloo. El número de bajas era apabullante, aunque sabía que solo estaba viendo a los pocos que habrían recogido. En el campo de batalla todavía debía de haber miles de muertos.

Fue a casa del conde de Caddick a mediodía y le entregó su tarjeta al mayordomo.

—Gracias por su visita, Rosthorn —dijo el conde, que apareció en el vestíbulo

para recibirlo en persona y saludarlo con un apretón de manos—, sobre todo porque las calles deben de estar sumidas en el caos y es mucho más seguro quedarse en casa. Le alegrará saber que mi hijo se encuentra bastante bien dadas las circunstancias. Ya le han entablillado la pierna y han atendido el resto de sus heridas. Tenemos la esperanza de que logre recobrarse por completo una vez que lo llevemos de vuelta a Inglaterra.

—¿Se marchan pronto, señor? —preguntó.

Lo mejor para lady Morgan Bedwyn era que se la llevaran de inmediato de un entorno tan insalubre. Aunque al mismo tiempo se dio cuenta de que la echaría de menos… Qué idea más extraña.

—Partiremos a primera hora de la mañana —respondió el conde.

En ese momento apareció lady Morgan en el vestíbulo. Seguía estando un tanto pálida, pero se había peinado y llevaba un vestido limpio.

—Lord Rosthorn, ¿ha sabido algo de mi hermano? —le preguntó mientras él la saludaba con una reverencia.

Para su mortificación, cayó en la cuenta de que ni siquiera se había acordado de lord Alleyne Bedwyn, quien a fin de cuentas podía cuidarse solo.

—Me temo que no —contestó.

La mirada de la muchacha se tornó algo más sombría.

—Supongo —comenzó— que se vio tan abrumado por las circunstancias que se le olvidó que debía venir para sacarme de Bruselas. De cualquier forma, después de la victoria sabrá que estoy a salvo en la ciudad y que ya no hay motivos para partir a la carrera.

—Yo no diría tanto, lady Morgan —la corrigió Caddick—. Mi esposa teme que si nuestro médico no atiende la pierna de Gordon en menos de una semana y se asegura de que ha sido debidamente colocada y entablillada, mi hijo acabará con una cojera de por vida.

Gervase mantuvo los ojos clavados en lady Morgan y se percató de que fruncía ligeramente el ceño.

—Permítame que vaya en busca de sir Charles Stuart y le pregunte si sabe algo de lord Alleyne —se ofreció—. Volveré tan pronto como me sea posible para aliviar su preocupación.

—Es usted muy amable —dijo ella—. Pero ¿le importaría llevarme las noticias a casa de la señora Clark? Debo regresar de inmediato. He dormido más de lo que quería.

—¿Regresar? —Caddick estaba verdaderamente sorprendido—. ¿A casa de la señora Clark, lady Morgan? ¿Con veinte heridos alojados allí? No es un lugar apropiado para una dama.

—Ni para nadie, milord —convino ella—. Pero esos hombres están sufriendo al igual que lord Gordon, con la salvedad de que ellos no cuentan con una madre abnegada ni con una hermana ni un padre que los cuiden. Ayer lucharon con la misma valentía y el mismo coraje que lord Gordon. Alguien debe atenderlos.

—Pero no lady Morgan Bedwyn —insistió el conde—. No es apropiado.

Además, nos marcharemos mañana por la mañana y hoy necesitará descansar.

—Ya he descansado, milord —aseguró la joven con brusquedad—. Haré lo que pueda en casa de la señora Clark y regresaré esta noche a fin de prepararme para la partida.

—Pero las calles no son seguras —protestó Caddick.

—No es así, señor —intervino él—. Pero si se queda más tranquilo, acompañaré en persona a lady Morgan y a su doncella hasta la casa de la señora Clark y las traeré de vuelta esta noche.

Ella lo miró con expresión agradecida y se marchó sin más demora en busca de su bonete mientras Caddick protestaba enérgicamente, aún indeciso, y murmuraba algo acerca de que su esposa seguía dormida en su dormitorio.

Cinco minutos más tarde estaban en la calle, seguidos por la doncella que caminaba a una distancia apropiada.

—¿Ha visto a lord Gordon? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Cuando llegué a casa estaba durmiendo —le explicó—. Ha pasado una mañana inquieta, pero volvió a dormirse antes de que me despertara. Lo veré esta noche.

Gervase se preguntó hasta qué punto se preocupaba por el muchacho. Sus sentimientos habían sido muy contradictorios y confusos en el baile de los duques de Richmond. Tal vez el hecho de saberlo herido hubiera alentado el afecto que le profesaba. Lady Morgan alzó la cabeza para mirarlo fijamente como era habitual en ella y pareció adivinar sus pensamientos.

—El capitán lord Gordon solo es uno más de los miles de heridos —le aseguró —. Tiene una familia que se preocupa por él, una casa llena de sirvientes y un hogar tranquilo y cómodo donde recuperarse. Soy más necesaria en otro sitio.

—¿No ansia verlo aunque sea un instante? —le preguntó con una sonrisa.

Ella frunció el ceño.

—Estuvo hablando de mí anoche —contestó—. Quería verme. Está herido, aunque diría que no tanto como la mayoría de los hombres realojados en casa de la señora Clark, y por eso debo evitar decirle algo que pueda alterarlo innecesariamente. Pero por supuesto que debo verlo —Suspiró—. Supongo que debería haber dejado claros mis sentimientos hace mucho tiempo. Pero me hospedaba con sus padres y su hermana.

—Mañana —dijo él, dándole unas palmaditas en la mano— partirá hacia su hogar. Volverá con su familia y podrá mandar a Gordon al infierno si lo desea.

—¿Y qué hará usted cuando se marche de aquí? —le preguntó lady Morgan—. ¿Sigue exiliado?

Se echó a reír entre dientes.

—Mi padre está muerto, *chérie* —contestó—, y mi madre me ha suplicado que vuelva a casa. Tal vez la complazca antes de que acabe el verano.

—¿Solo tiene a su madre? —preguntó ella de nuevo.

—Tengo un hermano casado —respondió— que es el vicario de nuestra

propiedad en Kent; dos hermanas casadas que viven muy lejos de casa; y una prima segunda, antigua pupila de mi padre, que sigue viviendo en Windrush Grange con mi madre.

—Me alegro por usted —replicó la joven—. La familia es muy importante. Yo no sé qué haría sin la mía. Los quiero muchísimo a todos.

—¿El duque de Bewcastle incluido? —quiso saber—. Se rumorea que es un tirano sin sentido del humor.

Lady Morgan se puso visiblemente furiosa.

—Ambos calificativos son crueles —afirmó— y no definen en absoluto a Wulfric. Es cierto que no sabe reír, pero soporta sobre sus hombros el peso de numerosas responsabilidades desde que heredó el título a los diecisiete años, más joven de lo que yo lo soy ahora. Se toma sus obligaciones muy en serio y ejerce su autoridad sobre aquellos que están bajo su cuidado o que trabajan para él con rígida disciplina.

—¿Eso también la incluye a usted, *chérie*? —preguntó.

—Bueno, los Bedwyn estamos hechos de una pasta muy dura —le aseguró—. Wulfric no nos asusta, aunque todos lo respetamos. Y lo queremos.

Era difícil imaginar que alguien quisiera a Bewcastle… aunque hubo un tiempo en el que él mismo lo admirara y aspirase a formar parte de su selecto círculo de amistades íntimas.

Para entonces ya habían llegado a la casa de la señora Clark y, a juzgar por las puertas abiertas de par en par y el bullicio procedente del interior, acababan de llevar a más heridos.

Tomó una de las manos de lady Morgan y se la llevó a los labios.

—Volveré dentro de una hora con noticias de lord Alleyne —le dijo—. Descanse de vez en cuando, *chérie*.

Ella dio media vuelta y subió los escalones a la carrera. ¿Cuándo se había convertido a sus ojos en una persona por derecho propio y había dejado de ser solo la hermana del duque de Bewcastle?, se preguntó mientras la observaba alejarse. ¿El día anterior? Y además era una persona que le gustaba y a quien incluso admiraba. Hasta la diferencia de edad que existía entre ambos parecía haber menguado. Era una mujer de principios, una mujer compasiva sin caer en el sentimentalismo.

Se sentía más avergonzado que nunca por haberla tratado como lo hizo en un principio. Sin embargo, de no haber sido así, jamás habría buscado que se la presentasen ni habría llegado a conocerla, ¿verdad?

Lo único que consiguió averiguar Gervase al cabo de una hora era que lord Alleyne no se había presentado ante sir Charles Stuart el día anterior. Una falta muy grave, dado que tenía que reingresar con una respuesta inmediata a la carta urgente que debía entregar.

Tampoco se había presentado esa mañana. El resto del personal de la embajada se debatía entre el enfaldo y la preocupación; aunque no estaban lo bastante preocupados como para iniciar una búsqueda. Gervase informó de su decisión de cabalgar hasta Waterloo para ver si descubría algo sobre el desaparecido.

—¿Es posible que lord Alleyne se uniera anoche a las tropas que partieron hacia París? —preguntó antes de marcharse. Sin embargo, en lugar de respuestas recibió preguntas y expresiones sorprendidas. ¿Por qué iba a hacer algo así un funcionario de la embajada? ¿Con qué propósito? ¿Con órdenes de quién? Después de todo, lord Alleyne no estaba relacionado con ningún diplomático en París.

Lady Morgan se mostró muchísimo más preocupada cuando le relató lo que había averiguado una vez de vuelta en casa de la señora Clark.

—¿Aún no ha regresado? —le preguntó—. ¿Dónde puede estar?

Atisbo el miedo que asomaba a los ojos de la joven. Su rostro, que ya estaba bastante pálido, perdió más color aún.

—Toda la zona al sur de Bruselas estuvo sumida ayer en la confusión —le recordó, tomándola por el codo para invitarla a salir de la casa— y no me cabe la menor duda de que todavía lo está. Puede estar segura de que algo importante lo ha retrasado.

—Pero él no es un ciudadano británico sin compromisos como usted… o como yo —replicó ella, con el ceño fruncido—. Tiene deberes que atender y sin duda debía regresar sin dilación en busca de nuevas órdenes. No es típico de Alleyne descuidar sus obligaciones.

No le dijo nada sobre la respuesta que su hermano debía haber llevado a la embajada.

—Hoy me acercaré a Waterloo —dijo—. Veré lo que puedo averiguar y volveré para informarla de inmediato. Seguro que está bien. Después de todo, no es un militar y no participó en la lucha como tal.

El problema era que había cabalgado hasta un lugar muy cercano al campo de batalla. Llevaba un mensaje para Wellington y era bien sabido por todos que el duque solía estar siempre en el fragor de la batalla. La expresión de la dama le dio a entender que ella también lo sabía y que sus palabras no la habían reconfortado en absoluto. Tiró de ella sin pararse a pensar en lo que hacía y la abrazó como si de ese modo pudiera protegerla de todos los males del mundo.

—Lo encontraré —le prometió—. Lo encontraré y se lo traeré de vuelta.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos en silenció. Gervase inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente, sin hacer caso de la presencia de los transeúntes que pasaban por la calle. Le tomó la cara entre las manos y le sonrió.

—Valor, *chérie* —le dijo.

Sin embargo, había hecho una promesa demasiado apresurada si acaso podía considerarse como tal. No había palabras para describir ni para analizar el horror de las escenas que encontró mientras cabalgaba hacia el sur a través del bosque donde menos de dos semanas antes había celebrado una cena campestre para cientos de invitados. El camino estaba congestionado por un sinfín de carretas que se dirigían hacia el norte, casi todas ellas cargadas de heridos. Había cadáveres abandonados esparcidos por doquier, ya que los pelotones de enterramientos aún no habían llegado tan al norte. Muchos de los cuerpos estaban desnudos, obra de otros soldados que buscaban uniformes que estuvieran menos destrozados que los suyos,

o de los lugareños que buscaban un medio de cobrarse todo lo que habían perdido durante el infierno que vivieron el día anterior.

Cuando se detuvo tal vez por enésima vez para preguntar por lord Alleyne Bedwyn, vio que una mujer estaba arrodillada en el bosque junto a uno de los cuerpos desnudos y que alzaba la cabeza para pedir ayuda.

—¡Está vivo! —gritó—. Y es mi marido. ¡Por favor, que alguien me ayude!

Mientras él titubeaba, un sargento que llevaba la cabeza vendada y un ojo tapado, se separó de un grupo que avanzaba a duras penas por el camino y le dijo con amabilidad.

—Ya voy, señora. ¿Está muy malherido?

Gervase no se detuvo a contemplar el feliz desenlace, si acaso el marido llegaba a sobrevivir, claro estaba. Sin embargo, el incidente sirvió para recordarle que él no era ni mucho menos el único que buscaba a un desaparecido, ya fuera en el camino o en el campo de batalla. Había docenas de personas, tal vez cientos, y casi todas ellas mujeres, que buscaban frenéticamente entre los muertos y heridos el rostro familiar de un ser querido.

No solo llegó hasta Waterloo, sino que pasó el pueblo… hasta llegar a la zona sorprendentemente pequeña en la que el día anterior se había librado la cruenta batalla. El aire aún estaba cargado con el olor acre del humo, mezclado con el hedor de la sangre y de la muerte. La gente trajinaba en el lugar, caminando a toda prisa entre el barro y los cultivos aplastados; los pelotones de enterramientos trabajaban sin descanso para realizar su triste cometido.

Gervase recorrió la zona a pie y a caballo, preguntando una y otra vez, aunque en vano, si alguien había visto a lord Alleyne Bedwyn o si sabían algo de él. Observó los rostros de miles de muertos, o eso le pareció, pero ninguno era el que buscaba y temía encontrar. A la postre, con la promesa de un nuevo crepúsculo en el horizonte, abandonó la búsqueda y volvió a Bruselas.

Tal vez, pensó esperanzado, se hubiera cruzado sin darse cuenta con Bedwyn en el camino y éste ya llevara varias horas en la ciudad. O tal vez llevara en la ciudad desde el día anterior. Tal vez hubiera pasado la noche con una mujer y se hubiera olvidado tanto del mensaje que tenía que entregar a sir Charles como de la promesa de ir en busca de su hermana para sacarla de Bruselas y llevarla a un lugar seguro. Tal vez…

Y tal vez lord Alleyne Bedwyn estuviera muerto en algún lugar entre Bruselas y el extremo más alejado del campo de batalla. De ser así, jamás lo encontrarían, sobre todo si habían desnudado su cadáver. Era posible que ya estuviera enterrado en alguna fosa común.

Tendría que aferrarse a la esperanza de que hubiera otra explicación, decidió.

Lady Morgan aún no había regresado a la *rue* de Bellevue. Lo descubrió cuando llegó a la residencia de los condes de Caddick, y tampoco había pasado por allí lord Alleyne Bedwyn. Se marchó tras asegurarle a un más que agitado conde que acompañaría a la joven de vuelta a casa en menos de una hora.

Con veinticuatro heridos en la casa, muchos de los cuales padecían las

virulentas fiebres que solían acompañar a las amputaciones quirúrgicas, Morgan apenas había tenido tiempo para pensar en toda la tarde. En esos escasos momentos en que lo había hecho, no pudo menos que sorprenderse por lo que estaba haciendo… y por hacerlo sin arredrarse siquiera.

Era una Bedwyn, no cabía duda, y los Bedwyn se enorgullecían de ser tenaces e intrépidos. Aun así, solo tenía dieciocho años. Un año antes por esas mismas fechas, incluso seis meses atrás, estaba en Lindsey Hall, en Hampshire, cuidadosamente resguardada de todo peligro y de cualquier penalidad, y bajo la inflexible tutela de la señorita Cowper, su institutriz y acompañante durante los últimos años. La señorita Cowper se marchó en febrero para vivir con su hermana, que había enviudado hacía poco, llevándose consigo la generosa pensión que Wulfric le había asignado.

Se preguntaba qué diría este cuando se enterara de lo que había estado haciendo durante los dos últimos días, y durante la noche. No había ni un solo oficial entre los heridos alojados en casa de la señora Clark. Había dos sargentos y tres cabos. Los demás eran soldados rasos, hombres cuyos rudos acentos proclamaban sus orígenes humildes.

Pero no le importaba, tal como había descubierto. Todos la necesitaban. Se sentía a un mundo de distancia del aula y de su vida aristocrática.

Estaba refrescándole el rostro a un herido que deliraba a causa de la fiebre cuando la señora Hodgins le dio un golpecito en el hombro.

—Ya sigo yo —le dijo—. Usted va tomarse un descanso ahora mismo, querida. Lleva horas trabajando sin parar. El caballero que trajo anoche las noticias sobre el mayor Clark acaba de llegar. Quiere hablar con usted.

—¿El conde de Rosthorn?

Morgan se puso en pie y enderezó con cuidado la espalda. Se le había olvidado la misión que había emprendido lord Rosthorn esa tarde. Y también se le había olvidado que Alleyne aún no había regresado. Echó a andar sin más demora hacia el atestado vestíbulo, cogió su chal de la percha donde estaba colgado y se reunió con lord Rosthorn, que la estaba esperando en los escalones de la entrada.

Inspiró una bocanada de aire fresco y al hacerlo comprendió lo viciado que estaba el interior de la casa. En ese mismo instante se percató de la apariencia desaliñada que presentaba con el vestido manchado de sangre. Pero no importaba. Nada de eso importaba. Miró a lord Rosthorn con la preocupación pintada en el rostro.

—¿Y Alleyne? —le preguntó.

Él negó despacio con la cabeza.

—No he podido encontrarlo —respondió—, aunque cabalgué hasta Waterloo, incluso más allá… hasta el campo de batalla, de hecho. Pero no puede imaginarse la confusión que reina en el lugar, toda esa gente y las carretas que van de un lado a otro y colapsan los caminos. Encontrarlo habría sido un milagro.

Morgan estudió su rostro con detenimiento, a pesar de la oscuridad.

—Lord Rosthorn —le dijo—, sabe muy bien que es mejor no utilizar ese tono de voz conmigo.

—¿Qué tono de voz?—preguntó él.

—Ese tan alegre y despreocupado —respondió—. Como si fuera una niña.

El conde la miró con expresión grave durante un instante.

—*Chérie* —susurró a la postre—, ¿qué preferiría que le dijera?

—Simplemente que no ha podido encontrarlo —contestó.

—No he podido encontrarlo.

Morgan cerró los ojos e inspiró hondo. Se le aflojaron las rodillas como si de repente se hubieran transformado en gelatina. Tuvo que luchar contra el pánico y la histeria.

¿Dónde estaba Alleyne?

—Hace unos cuantos días lo retuvieron en Amberes cuando esperaba que regresara para acompañarla de vuelta a casa —dijo lord Rosthorn mientras la tomaba con determinación del codo y tiraba de ella para que se sentara a su lado en el umbral—. Usted me lo dijo. Supongo que en aquel entonces también estaba preocupada, ¿no?

—Sí —admitió.

—Pero volvió —prosiguió él—. Y no me cabe duda de que lo hará de nuevo. ¿Quién sabe qué pudo demorar ayer a un hombre? Y hoy. Mañana volverá y le sorprenderá verla tan preocupada.

Morgan se percató de que la había agarrado con fuerza de la mano. Sus dedos estaban entrelazados.

—¿En serio lo cree? —le preguntó.

—Creo que es una posibilidad —contestó lord Rosthorn.

Alleyne no podía estar muerto, pensó. No podía y no había más que hablar. No podía existir un mundo sin Alleyne; sin uno solo de sus hermanos o sin su hermana, a decir verdad. Era una idea que se le había pasado por la cabeza en incontables ocasiones cuando era pequeña, cada vez que la preocupación por Aidan amenazaba con abrumarla. Y siempre había estado en lo cierto. Siempre había llegado una carta suya para demostrar que seguía vivo. Y después llegó aquel glorioso día, cuando apareció cabalgando por la avenida de Lindsey Hall sin previo aviso y ella bajó volando las escaleras desde el aula, sin haberle pedido permiso a Wulfric ni a la señorita Cowper, para arrojarse a sus brazos.

Alleyne llegaría al día siguiente. Tenía que haber alguna explicación de lo más sencilla que justificara su ausencia y su silencio.

Y pensaba matarlo en cuanto lo viera.

—*Chérie* —Lord Rosthorn le había pasado un brazo por los hombros. Había inclinado la cabeza hasta pegarla a la suya, ya que sentía la calidez de su aliento en la mejilla. Todavía seguían cogidos con fuerza de la mano—. ¿*Chérie*?

Era difícil recordar aquellos días en los que se había sentido ofendida por su uso del cariñoso apelativo francés. En esos instantes la reconfortaba más que el chal, así que cerró los ojos y sucumbió a la tentación de ladear la cabeza y apoyarla en su hombro. Siempre se había enorgullecido de su capacidad para enfrentarse sola a los acontecimientos. Tenía cuatro hermanos mayores que podían librar sus batallas por

ella. Jamás les había pedido que lo hicieran.

Tenía cuatro hermanos mayores…

—*Chérie* —La voz grave de lord Rosthorn le acarició el oído con suavidad y pareció llegarle desde muy lejos—. Lleva cinco minutos dormitando sobre mi hombro. Ya es hora de que la lleve a casa.

Morgan alzó la cabeza, avergonzada. No podía haberse quedado dormida, ¿verdad? No cuando estaba tan preocupada por Alleyne.

—A casa… —repitió con voz anhelante—. Pero no puedo marcharme. Queda mucho por hacer.

—Ya se encargará otra persona —le aseguró él—. Además, le prometí al conde de Caddick que la llevaría a casa sin más demora.

El capitán lord Gordon estaba en la casa del conde de Caddick. Tendría que verlo cuando regresara; a menos que por algún milagro estuviera otra vez dormido. ¡La vida era tan extenuante!

—Voy a decirle a la señora Clark que regresaré por la mañana temprano —dijo.

—Pero, *chérie*, mañana por la mañana partirán hacia Inglaterra —le recordó el conde.

—¿Antes de que regrese Alleyne? —Alzó las cejas con inconsciente arrogancia —. ¿Antes de saber lo que le ha pasado? Creo que no, lord Rosthorn.

—Por supuesto que no —repitió él mientras se ponía en pie y le ofrecía una mano para ayudarla a hacer lo mismo—. No se iría en semejantes circunstancias aunque la batalla siguiera en todo su apogeo y hubiera llegado a las mismísimas puertas de la ciudad, ¿verdad? En ese caso, vaya a hablar con la señora Clark para que pueda acompañarla a casa antes de la medianoche. Yo mismo la acompañaré de vuelta por la mañana y después volveré a salir en busca de su hermano.

Morgan estaba en un escalón por encima del que ocupaba lord Rosthorn. Le puso las manos en los hombros y lo miró a los ojos. ¿Cuándo se había convertido ese hombre en una persona tan fuerte e imprescindible para ella? ¿Cuándo se había convertido en un amigo digno de confianza?

—Lord Rosthorn, siento muchísimo haberlo juzgado mal y haberlo tomado por un libertino carente de seso —le dijo—. Coqueteó conmigo de forma escandalosa y fue de lo más extravagante que organizara esa cena en el bosque de Soignes para que yo me divirtiera. Pero ahora sé que lo hizo por aburrimiento, porque quería divertirse de algún modo. En los últimos días, cuando la vida ha tomado un giro mortalmente serio, ha demostrado ser el hombre más amable y fiable de mi mundo.

—*Mais non, mon enfant!* —le dijo.

Y la besó. En la boca, con mucha ternura y suavidad, y con los labios ligeramente entreabiertos. Fue muy parecido al beso que le dio en el bosque de Soignes, salvo por la sensación que provocó en ella. Porque lo encontró menos lascivo, menos picante, menos excitante. Y, sin embargo, sintió que su dulzura le llegaba hasta la punta de los pies y le inundaba el corazón. Le pareció… adecuado. Sí, le pareció adecuado. Deseó arrojarle los brazos al cuello, apoyarse en él y perderse en esa fuerza en la que tanto confiaba.

Sin embargo, era un lujo y una debilidad que no se permitiría… ¡ni en ese instante ni nunca! Ni siquiera con el hombre a quien amara durante el resto de su vida, fuera quien fuese. Jamás permitiría que su fuerza, que su voluntad, que su singularidad como persona quedaran aplastadas bajo las de un hombre… o las de una mujer.

Miró los ojos entrecerrados de lord Rosthorn que la contemplaban con expresión indolente y se dio media vuelta para ir en busca de la señora Clark.

Era su amigo del alma, se dijo. Nada más. Aunque resultaba extraño después de la relación absurda, banal e incluso peligrosa que habían tenido en un principio. Pero de todas formas era cierto. Lord Rosthorn era su amigo más preciado en esos momentos.

Capítulo 8

Morgan durmió muy poco esa noche. ¿Cómo iba a dormir? Estaba exhausta después de las incontables horas de trabajo y del desgaste emocional que le provocaba la cercanía con los heridos. Estaba tan preocupada por Alleyne que tenía el estómago revuelto. Y había soportado una hora espantosa con los Caddick después de que lord Rosthorn la acompañase de vuelta a casa.

Seguían con la idea de regresar a Inglaterra por la mañana. Sus ¿bolsas de viaje y sus baúles estaban apilados en el vestíbulo. Rosamond se acercó para darle un abrazo y para disculparse por no haberla acompañado a casa de la señora Clark. Su padre se lo había prohibido expresamente, le explicó, y su madre había necesitado su ayuda para cuidar de su hermano.

¿Hacían falta dos mujeres y un batallón de sirvientes para cuidar de un solo herido?, pensó Morgan muy sorprendida, aunque se guardó sus pensamientos.

—Tienes que ir a ver a Ambrose ahora mismo —le dijo Rosamond, cogiéndola de la mano—. Mamá está con él. Lleva todo el día preguntando por ti —concluyó con una sonrisa.

El conde también se encontraba en la habitación de su hijo, el capitán lord Gordon descansaba en una enorme cama con dosel tenía la pierna alzada sobre un montón de almohadones por debajo de la colcha. Apoyaba la cabeza en un montón de almohadones blancos rellenos de plumas. Llevaba una limpísima camisa de dormir. El fuego crepitaba en la chimenea a pesar de la agradable temperatura de la noche. Las tupidas cortinas estaban corridas. En un primer momento le fue imposible no comparar esa estampa con las circunstancias tan poco ideales que sufrían los pobres soldados heridos a los que llevaba atendiendo dos días.

Aun así, ellos eran mucho más afortunados que otros cientos, si no miles, de soldados.

No obstante, fue un pensamiento fugaz. Era evidente que lord Gordon había sido herido en el fragor de la feroz batalla. Podría haber muerto. Tenía unos espantosos cardenales en un lado del rostro y una de sus manos, que descansaba encima de la colcha, estaba vendada. Tenía las mejillas sonrojadas por la fiebre y los ojos brillantes.

Era la viva imagen del héroe romántico y se ganó su corazón al instante. Lo miró con compasión y los ojos de lord Gordon se iluminaron al verla, cuando giró la cabeza sobre la almohada.

—Estoy vivo, lady Morgan —le dijo—. He sobrevivido a una carga de caballería que dejó boquiabierto y sobrecogido a todo aquel que la vio. He regresado victorioso para dedicar mi triunfo a mis seres queridos —Sus ojos no se apartaron de ella

mientras hablaba, y Morgan supo que sus palabras eran solo para ella. Había regresado a por ella. Era a ella a quien dedicaba el triunfo.

Morgan le sonrió mientras se le caía el alma a los pies. El baile de los duques de Richmond parecía haberse celebrado muchos años antes. Tenía la impresión de haber vivido toda una vida desde entonces. Sin embargo, a pesar de lo que había tenido que soportar, lord Gordon hablaba exactamente igual que lo hizo en aquel entonces.

—Lord Uxbridge dirigió la carga de la caballería justo cuando parecía que la infantería francesa iba a superar a la nuestra, y abrió una brecha por el centro que nos hizo ganar la batalla —le explicó el capitán—. Les enseñamos un par de cosillas, lady Morgan… A las dos infanterías, me refiero. Estoy convencido de que aniquilamos a cientos, si no a miles, de gabachos. Ojalá nos hubiera visto. No fue un desfile elegante como el que vio en *Allée Verte* la semana pasada. Fue una carga desesperada a vida o muerte contra los fusiles enemigos y sus bayonetas. Nuestros compañeros y sus caballos caían a nuestro alrededor. Pero seguimos cargando contra ellos con valentía. Creo que pasará a la historia como la batalla que ganó la caballería.

Morgan estaba un poco mareada a causa del agotamiento.

—Creo que las generaciones venideras recordarán el valor de los soldados de ambos bandos —lo corrigió. Había escuchado comentarios sobre la cuestión de labios de los hombres que estaban en casa de la señora Clark. Muchos de ellos, sobre todo los veteranos, hablaban con el mismo respeto de los franceses que de sus camaradas, ya pertenecieran a la infantería o a la caballería.

—Unos hombres tan infames como para luchar bajo el estandarte de la tiranía no pueden ser calificados de valientes —intervino lady Caddick, un tanto escandalizada—. Pero ahora tenemos que dejar que Gordon descanse un poco. El día ha sido muy largo y agotador para él. Como se llevó a su doncella con usted, lady Morgan, le he ordenado a mi doncella que le haga el equipaje. Sus cosas están listas para que pueda partir por la mañana.

—Por favor, señora —dijo Morgan, aunque sus palabras iban dirigidas tanto a la condesa como a su marido—, ¿no podemos esperar un poco más? Parece que Alleyne ha desaparecido. Ayer fue al frente para llevarle al duque de Wellington un mensaje de sir Charles. Me dijo que volvería antes del anochecer, pero aún no ha regresado. Lord Rosthorn fue esta tarde a Waterloo en busca de noticias sobre su paradero, pero no ha descubierto nada. Estoy muy preocupada. Lord Rosthorn me ha prometido que reemprenderá la búsqueda mañana por la mañana.

—¡Ay, Morgan, pobre mía! —exclamó Rosamond mientras se acercaba a ella y le pasaba un brazo por la cintura para consolarla—. ¿Qué habrá pasado? Por supuesto que esperaremos, ¿verdad, mamá?

—No me cabe la menor duda de que lord Alleyne Bedwyn está ocupado con algún asunto de suma importancia —respondió lady Caddick—. Y sabe que puede estar tranquilo mientras usted esté bajo mi responsabilidad ya que tomaré las mejores decisiones concernientes a su seguridad y a su bienestar. Nos marcharemos mañana temprano, después de desayunar, como habíamos planeado. Gordon tiene que ponerse en manos de un buen médico inglés sin más demora.

—No puedo marcharme sin tener noticias de mi hermano —Morgan miró al conde con expresión afligida.

—Hay muchas otras hermanas, madres y esposas que no saben nada de sus familiares desde ayer —replicó lord Caddick con el tono pomposo y gruñón que solía utilizar cuando hablaba con una mujer—. Su ansiedad no puede equipararse a la de esas mujeres, lady Morgan. Después de todo, Bedwyn no estuvo en el campo de batalla, ¿verdad? Tiene que aprender a comportarse con más estoicismo, querida. Supongo que tendrá noticias de él en cuanto lleguemos a Londres.

—Mamá —dijo lord Gordon en ese momento—, creo que necesito otra dosis de láudano.

Morgan se retiró a su habitación sin discutir más. Rosamond la acompañó sin quitarle el brazo de la cintura.

—Lord Alleyne estará bien —le aseguró—. Lo presiento. Pero, pobre mía, Morgan, sé cómo debes sentirte. Ayer lo pasé muy mal hasta que tuvimos noticias de Ambrose. Pero regresó a casa sano y salvo. Tu hermano también lo hará.

Exhausta, Morgan no tardó en desplomarse en la cama, aunque descubrió al poco tiempo que le era imposible dormir. Se levantó al amanecer, se aseó con agua fría y se vistió sin la presencia de su doncella. Pasó por alto el impecable vestido de viaje preparado para que se lo pusiera y, en cambio, rebuscó en sus bolsas de viaje hasta dar con el más sencillo de sus vestidos limpios.

Había tomado una decisión durante la noche. Y no había sido difícil hacerlo.

Los condes y Rosamond ya estaban desayunando cuando hizo su aparición en la planta baja.

—Vaya, aquí está, lady Morgan —dijo la condesa con una sonrisa agradable—. Desayune deprisa. Saldremos dentro de una hora. Y estoy segura de que le alegrará saber que Gordon ha pasado una noche bastante tranquila.

Morgan no se sentó. Se aferró con ambas manos al respaldo de una silla.

—No puedo marcharme hasta que sepa que mi hermano está a salvo, señora —dijo—. Le ruego que espere un día más. Sin duda aparecerá a lo largo del día de hoy y así podré regresar a casa llevándole las buenas noticias a mi familia.

—¿Esperar un día más? ¿Consumida como estoy por la preocupación de que la pierna de Gordon no haya sido debidamente entablillada? —Lady Caddick parecía estupefacta—. Mi querida lady Morgan, está siendo irracional, incluso egoísta diría yo, al pedirme algo semejante. No, no retrasaremos nuestra partida ni una hora. Lord Alleyne Bedwyn es más que capaz de cuidarse solo, puede estar tranquila.

—¡Mamá! —exclamó Rosamond, mirando a Morgan con la preocupación pintada en la cara—. No creo que un día suponga mucha diferencia. ¿Qué pasaría si fuera Ambrose quien estuviera desaparecido?

—Gordon estaba en mitad de la batalla, Rosamond —le recordó su padre—. Su situación y la de Bedwyn son totalmente diferentes.

—No pienso marcharme —anunció Morgan con firmeza.

El conde intentó intimidarla. La condesa intentó intimidarla y también engatusarla. Le recordó que se encontraba allí a su cargo y que esa responsabilidad

se la había conferido el duque de Bewcastle en persona, el cual se enfadaría con toda razón si supiera que se estaba comportando de forma tan atroz. Le ordenó que los acompañara en su regreso. Le rogó que lo hiciera. Derramó incontables lágrimas y le dijo que era una muchacha insufrible, terca y desagradecida. Que sabía, que siempre había sabido, que los Bedwyn eran una familia ingobernable e indisciplinada, pero que erróneamente la había creído una jovencita dulce y dócil, diferente a los demás; error que acababa de descubrir en esos momentos, según afirmó. Le aseguró que el duque se enfadaría muchísimo con ella si se negaba a obedecer una orden directa de la persona a quien había confiado su cuidado y bienestar. Que la encerraría a Lindsey Hall o a una de sus propiedades más remotas… ¿No tenía una propiedad en Gales?, le preguntó de pasada. Y que jamás le permitiría retomar la vida social.

Pero ella era una Bedwyn de los pies a la cabeza.

Durante la perorata siguió aferrada a la silla, parapetada tras la fachada de fría altivez que se había convertido en el sello de la familia. Se mantuvo en sus trece y no cedió ni un ápice. No se marcharía de Bruselas hasta que tuviera noticias de Alleyne. Pronto comprendió que los Caddick tenían la intención de partir esa mañana, los acompañara o no. Sin embargo, si lo hacían para que ella se rindiera, se iban a llevar una enorme sorpresa. Se quedaría con la señora Clark o con una de las esposas de los oficiales, les dijo. Cualquiera de esas damas estaría encantada de ofrecerle un techo provisional. Y así podría seguir ayudándolas con los heridos.

—Jamás he conocido a una muchacha más desobediente, terca y maleducada, Caddick —dijo la condesa mientras agitaba un pañuelo delante de su rostro—. Creo que estoy a punto de desmayarme.

Mientras lady Caddick cumplía su palabra, Morgan aprovechó para escabullirse y mandar llamar a su doncella a su habitación. Iban a tener que hacer unas cuantas gestiones para trasladar sus cosas a casa de la señora Clark, al menos temporalmente, le explicó a la muchacha. Sin embargo, le esperaba otro contratiempo. La doncella estalló en sollozos cuando supo que iban a quedarse y que, además, regresarían a esa espantosa casa con todos esos hombres, sus heridas y su pestilencia. Le aseguró que no podría soportarlo. Que se volvería loca. Le recordó que la habían contratado para ayudar a una dama y no a la escoria de los barrios bajos. Hizo una elocuente exposición de su caso. Exigió regresar a casa.

Morgan le dio dinero para comprar un pasaje de vuelta a Inglaterra y para el viaje hasta Londres, además de su salario y el de un mes extra, y la despidió. A decir verdad, la doncella estaba al servicio de Wulfric y era él quien pagaba su salario, pero en su opinión le estaba haciendo un favor ya que así no tendría que recurrir a Wulfric para pedirle su dinero, ni tampoco tendría que explicarle por qué había abandonado a su señora en Bruselas.

Cuando bajó de nuevo las escaleras con la intención de marcharse a la casa de la señora Clark aunque fuese a pie y de preguntar si uno de los criados podía encargarse de trasladar sus pertenencias, los carruajes de la familia aguardaban en la puerta de entrada. Acababan de bajar al capitán lord Gordon y lo habían acomodado en uno de ellos. En ese momento estaba solo salvo por los cocheros, que esperaban en

la acera, y su ayuda de cámara, al que ordenó que se alejara cuando la vio aparecer.

—¡Lady Morgan! —la llamó.

Ella se acercó ansiosa a la portezuela abierta. ¿Cómo no se le había ocurrido pedirle ayuda a lord Gordon? Su madre haría cualquier cosa que le pidiese.

La luz del día hacía más evidentes los cardenales y la palidez de su rostro, aunque todavía tenía las mejillas sonrojadas a causa de la fiebre. Había extendido la pierna vendada y entablillada sobre el asiento. El dolor confería a sus ojos una expresión vidriosa. Sintió una punzada de genuina compasión por él y aceptó la mano que le tendía.

—Capitán —comenzó—, ¿sabe que…?

Sin embargo, lord Gordon había comenzado a hablar de forma simultánea.

—¿Qué es lo que me han dicho? —le preguntó, frunciendo el ceño y desfigurando de ese modo el bonito arco de sus cejas castañas—. ¿Ha optado por no venir con nosotros, lady Morgan? Le ruego que reconsidere su postura. Es impensable que una joven de su posición permanezca en una ciudad extranjera, o en cualquier sitio, sin una carabina.

—No sé qué le ha ocurrido a mi hermano —le explicó—. Fue a…

—Pero sí sabe lo que me ha ocurrido a mí, lady Morgan —la interrumpió—. ¿No soy al menos tan importante como su hermano? ¿No le preocupa que pueda cojear durante el resto de mi vida si no me entablillan la pierna como es debido y sin demora?

Morgan lo miró, muda por la sorpresa. ¿Ese era el mismo hombre que le había suplicado el honor de luchar por ella? ¿El que le había suplicado que lo llorase durante el resto de su vida si moría en combate? No obstante, estaba sufriendo mucho. Se lo decían sus ojos. El traslado desde la cama al incómodo carruaje debía de haberle supuesto una insoportable agonía.

—Si le importo aunque sea un poco, lord Gordon —le dijo con vehemencia—, convenza a sus padres para que se queden un día más. Por favor. Estoy convencida de que tendré noticias de Alleyne antes de esta noche. Ya no corremos ningún peligro en Bruselas, ¿verdad? Y su pierna ha sido atendida por un médico de renombre. No me cabe la menor duda de que otro día de reposo en la cama le sentará mucho mejor que un largo viaje en carruaje. Por favor, convénzalos. Estoy muerta de la preocupación.

Lord Gordon la miró con la misma vehemencia que ella estaba demostrando y por un instante creyó que accedería a sus deseos. Esbozó una sonrisa. Cayó en la cuenta de que aún le aferraba la mano.

—Estoy decepcionado —dijo él—. Creí que era más importante para usted que su hermano. Usted es más importante para mí que mi hermana. Si creyera que iba a servir de algo que se quedara, la apoyaría sin dudarlo. Incluso encabezaría la búsqueda en este mismo carruaje de ser necesario. Pero los hombres no necesitan que las mujeres revoloteen a su alrededor cuando están ocupados con asuntos de Estado, lady Morgan. Lord Alleyne Bedwyn se sentirá avergonzado cuando se entere del alboroto que ha causado por su ausencia. De momento mi madre está muy afectada,

Rosamond no deja de llorar, mi padre está enfadado y yo me siento decepcionado. Estaba deseando contar con la distracción de su compañía durante el viaje, que sin duda alguna me será muy doloroso. Estaba deseando hablar con el duque de Bewcastle a nuestro regreso. ¿Está decidida a mantenerse en sus trece? Mi madre dice que es una cualidad de los Bedwyn.

Morgan apartó la mano.

—Solo pido un día más —dijo—. Un día.

Todavía albergaba la esperanza de que lord Gordon mirase más allá de su propio dolor para ver el que ella estaba padeciendo y así se redimiera en cierta forma ante sus ojos. Sin embargo, se limitó a mirar por encima de su hombro.

—Vaya, ¿es usted, Rosthorn? —preguntó—. Debo agradecerle que se adelantara anteayer para tranquilizar a mi madre. La ansiedad es un horrible padecimiento para las mujeres sensibles y debemos hacer todo cuanto esté en nuestra mano para paliarla. Se alegrará de saber que estoy tan bien como cabe esperar, aunque deseo consultar a un médico inglés lo antes posible, por supuesto.

Morgan dio media vuelta para mirar a lord Rosthorn.

—¿Ya se van? ¿Ahora? —preguntó él—. ¿Usted también, lady Morgan? —Su mirada se demoró en el sencillo vestido de muselina que llevaba.

—Yo me quedo hasta que tenga noticias de Alleyne —contestó—. Pensaba quedarme con la señora Clark o con una de las esposas de los oficiales, si me aceptan.

—¿Y cómo piensa regresar a Inglaterra? —le preguntó.

—Ya encontraré a alguien con quien viajar —Levantó la barbilla—. O Alleyne encontrará a alguien para hacerlo.

—¿Y su doncella? —Miró a su alrededor, aunque la única mujer presente era ella.

Morgan sintió que el rubor le cubría las mejillas.

—No desea quedarse conmigo —respondió—, así que la he enviado a casa.

Lord Rosthorn enarcó las cejas.

—Hágala entrar en razón si es que puede, Rosthorn —dijo lord Gordon con voz cansada—. Dígale que es imposible que se quede en Bruselas sin mi madre como protección. Es inaceptable. Dígale que se preocupa tontamente. Dígale que no le queda más remedio que regresar con nosotros.

El conde de Rosthorn la miró con expresión inescrutable, así que levantó la barbilla aún más. El menor intento de ordenarle que se fuera con los Caddick la enfurecería muchísimo y cualquier transeúnte que pasara por la calle iba a enterarse de ello.

—¿Por qué se marcha lady Caddick de Bruselas cuando lady Morgan no puede hacerlo? —le preguntó a lord Gordon sin apartar los ojos de ella.

«No puede.» Vaya, pensó Morgan, la comprendía.

—Mi madre está ansiosa por que me vea un médico inglés —explicó lord Gordon con un tono decididamente irritado—. Lady Morgan está bajo su cuidado. Es indignante que contraríe los deseos de mi madre y la ponga en una situación tan desagradable. Estoy seguro de que Bewcastle tomará cartas en el asunto si lady

Morgan sigue en sus trece. Fue él quien aceptó a mi madre como carabina de su hermana.

Era sorprendente que se hubiera sentido ligeramente atraída por él en otra época, pensaba Morgan.

Lady Caddick salió de la casa en ese preciso momento, seguida de su esposo y de Rosamond.

—Vaya, aquí está, lady Morgan —dijo con un brillo beligerante en los ojos—. Insisto en que nos acompañe, vestida para el viaje o no. No aceptaré un no por respuesta. El duque de Bewcastle sabrá de los quebraderos de cabeza que me ha provocado. Buenos días, Rosthorn. Estoy segura de que le alegrará saber que Gordon posee la valentía necesaria para viajar a pesar del considerable dolor que todavía sufre.

—Señora —la saludó al tiempo que hacía una reverencia—. He venido para acompañar a lady Morgan a la casa de la señora Clark. ¿Sus pertenencias siguen aquí? Enviaré a alguien a buscarlas en menos de una hora. Le deseo un buen viaje.

Su acento francés era bastante pronunciado. Hablaba con un tono de voz encantador… y también con un matiz acerado desconocido para ella hasta ese momento.

—Oiga, Rosthorn… —protestó el conde de Caddick.

—Cuando lord Alleyne Bedwyn partió anteayer de Bruselas —lo interrumpió el conde de Rosthorn—, le ordenó a lady Morgan que esperase su regreso, tras lo cual le prometió llevarla en persona de vuelta a Inglaterra. Está autorizada a quedarse en Bruselas. Yo la acompañaré a la casa de la señora Clark. Allí estará a salvo. Me encargaré personalmente de que no le suceda nada malo.

—Lord Rosthorn —intervino lady Caddick con un hilo de voz—, usted es un caballero soltero sin parentesco alguno con lady Morgan. Sería de lo más inapropiado e irresponsable que yo la dejara a su cuidado.

—En ese caso, debe quedarse para que siga estando bajo su tutela, señora —replicó él.

Morgan dio media vuelta y se alejó por la acera. Si se quedaba un instante más, acabaría interviniendo en la discusión y tampoco tenía ganas de seguir escuchándolos discutir por su culpa. La vida había adquirido un tinte agobiante en un par de días. Estaba muerta de preocupación por Alleyne y, sin embargo, aquellas personas que había creído que se preocupaban por ella la trataban como si fuese una niña mimada y desobediente por querer encontrarlo. Y el hombre que apenas una semana antes le había declarado su amor de una forma tan extravagante esperaba que lo antepusiera a todos sus seres queridos… incluso a su familia.

En ese momento habría dado cualquier cosa por ver a Wulfric acercarse a ella… o a Aidan o a Rannulf. O a Alleyne.

Alleyne estaba muerto. No había otra explicación.

No podía estar muerto.

Escuchó que alguien la seguía a plena carrera justo antes de que Rosamond la rodeara y la abrazara con fuerza.

—Siento mucho todo esto, Morgan —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento muchísimo. Ojalá pudiera quedarme contigo, pero no puedo.

Acto seguido, su amiga regresó al carruaje con las mismas prisas. Lord Rosthorn se acercó y le ofreció el brazo sin mediar palabra.

No, no estaba del todo sola, pensó al tiempo que recobraba la compostura. Aún le quedaba un amigo. Y la señora Clark la recibiría con los brazos abiertos. Los heridos la necesitaban. Y además de todo eso, era lady Morgan Bedwyn. Levantó la barbilla y alargó el paso de forma inconsciente mientras aceptaba el brazo del conde.

Alleyne siempre había predicho que ella eclipsaría a todos los Bedwyn llegado el momento. Al parecer, había estado en lo cierto.

Tenía dieciocho años y estaba caminando por las calles de una ciudad extranjera del brazo de un caballero al que apenas conocía., después de haber desafiado a la mujer a la que Wulfric le había encomendado su cuidado y tras haber despedido a su doncella.

Pero Alleyne estaba en esa misma ciudad. Ese mismo día aparecería, y al día siguiente él mismo la llevaría de vuelta a casa.

No podía estar muerto.

En sus tiempos había cometido muchas locuras, reflexionaba Gervase. Unas locuras que lo habían metido en unos berenjenales horrorosos. Pero eso no era un simple berenjenal. Era un problema muy gordo. ¿Qué demonios acababa de hacer?

Había ayudado y apoyado a una joven en su empeño por desafiar y alejarse de la carabina que su hermano mayor había designado, eso había hecho. Y no durante una hora o una mañana entera. Ni siquiera durante un día entero. Los Caddick regresaban a Inglaterra. Lady Morgan Bedwyn se quedaba en Bruselas. Y él había apoyado su decisión de quedarse a pesar de que ellos partieran. Había prometido encargarse de su bienestar.

«Me encargaré personalmente de que no le suceda nada malo.»

Lo que se había buscado, a menos que le sonriera mucho la suerte, eran los grilletes del matrimonio. Lo que había conseguido, a menos que encontrara el modo de escapar de la situación, era la satisfacción de ver sus sueños de venganza sobre Bewcastle hechos realidad. En cuanto los Caddick llegaran a Inglaterra y difundieran las noticias por todos los salones y los clubes londinenses, lady Morgan Bedwyn se vería arruinada sin remisión u obligada a casarse con él. Y cualquiera de las dos posibilidades sería un golpe cruel para su hermano.

Sin embargo, ya no quería vengarse de Bewcastle de ese modo. No quería utilizar a lady Morgan. Le gustaba. La respetaba y la admiraba.

—¿Soy yo la equivocada? —le preguntó ella, con la mano apoyada en su brazo y mirando al frente con expresión beligerante—. ¿Soy yo?

Supuso que se trataba de una pregunta retórica, pero aun así le contestó.

—No está equivocada —le aseguró—. Es evidente que los Caddick están ansiosos por lograr que su hijo se recupere y es comprensible que se muestren

impacientes por llevárselo de vuelta a casa. Sin embargo, cuando aceptaron traerla con ellos a Bruselas, asumieron una responsabilidad. Aceptaron tratarla con el mismo respeto y consideración que demostrarían con cualquier miembro de su familia. Hoy han faltado a esa responsabilidad.

—Gracias —le dijo ella—. Eso mismo pienso yo.

—En cuanto lleguemos a casa de la señora Clark haré los arreglos necesarios para que trasladen sus pertenencias —se ofreció—. Y después le haré una nueva visita a sir Charles Stuart y, si es necesario, volveré a Waterloo.

Tal vez, pensó, lograra encontrar a Bedwyn. Tal vez estuviera herido en algún hospital de campaña. O tal vez apareciera montado a caballo en Bruselas procedente del lugar en el que hubiera estado durante los dos últimos días y les ofreciera una explicación razonable. Tal vez pudiera partir hacia Inglaterra con su hermana ese mismo día, o al menos hacerse responsable de ella.

Llegado el caso, decidió Gervase, él se perdería por el horizonte en un santiamén. Llegado el caso, sería un verdadero milagro.

Estaba prácticamente convencido de que lord Alleyne Bedwyn estaba muerto.

—Gracias —dijo ella—. ¿Cree que está muerto, lord Rosthorn?

—No debe perder la esperanza, *chérie* —respondió, colocando la mano libre sobre la suya—. Haré todo cuanto esté en mi mano para encontrarlo.

—Es el más alegre de todos los Bedwyn —prosiguió lady Morgan—. El más carismático, el más impulsivo. Tiene tanta vitalidad para compartir con el mundo, tanta vida por delante… Hace poco que decidió darle una oportunidad a la carrera diplomática en lugar de ocupar el asiento en el Parlamento que Wulfric le habría buscado. Éste es su primer destino… ¿No le parece irónico? No puede estar muerto, lord Rosthorn. Lo sentiría aquí —Se llevó la mano libre al corazón.

Gervase se preguntó cuántos cientos o miles de mujeres se estarían diciendo eso mismo en ese mismo momento.

—Si estuviera muerto, ya lo habrían encontrado, ¿no? —siguió ella.

Se limitó a darle un apretón en la mano. ¿Cómo iba a decirle que había miles de cadáveres abandonados y que los que estaban mejor vestidos ya habían sido despojados de sus prendas la noche posterior al fin de la batalla? Esos cadáveres solo se librarían de un entierro anónimo en una fosa común en el hipotético caso de que un conocido los identificara sin pérdida de tiempo.

—Intente no pensar en eso si puede —contestó—. De momento.

Se cruzaron con cuatro conocidos, tanto suyos como de lady Morgan, antes de que por fin llegaran a la casa de la señora Clark. Los saludó a todos con amabilidad. Aunque dudaba de que ella se hubiera dado cuenta. Sin embargo, se preguntó cuánto tiempo tardarían en descubrir que los condes de Caddick se habían marchado a Inglaterra esa mañana. En cuanto lo hicieran, se desataría el escándalo tanto en Bruselas como en Londres.

Menos de dos semanas antes la había expuesto de forma deliberada a los rumores durante la cena en el bosque de Soignes. En ese momento, cuando ya no era su intención hacerlo, estaba a punto de exponerla a algo mucho mayor. Aunque no

era culpa suya, por supuesto. Ella se habría quedado de todas formas. Habría ido a pie a la casa de la señora Clark, con o sin él.

Considerando todas las circunstancias y a pesar del riesgo que corría, prefería que lo estuviera haciendo con él.

La señora Clark los recibió en la entrada, abrazó a lady Morgan cuando escuchó su historia y se apresuró a asegurarle que era bien recibida y que podía quedarse, siempre y cuando no le importase compartir una minúscula habitación con su anfitriona.

Ningún funcionario de la embajada tenía noticias de lord Alleyne Bedwyn. Estaba claro que la irritación que demostraron el día anterior se había convertido en preocupación a esas alturas. Su ausencia era inexplicable a menos que estuviera herido o que hubiera muerto en la batalla que tuvo lugar al sur de Waterloo.

Incluso habían intentando averiguar si había entregado la carta dirigida al duque de Wellington. Gervase anunció su intención de regresar al campo de batalla de nuevo. Prometió volver a su regreso para hablar con ellos y así intercambiar cualquier información que hubieran podido recabar.

No averiguó nada, evidentemente. El camino a Waterloo seguía abarrotado de hombres y de carretas que avanzaban en sentido contrario al suyo, aunque estaba un poco más transitable que el día anterior. El bosque de Soignes seguía sembrado de restos de la lucha. El campo de batalla era una escena sacada del mismísimo infierno. Pero no descubrió nada acerca de la suerte corrida por Bedwyn a pesar de que habló con muchas personas y se detuvo en todos los pueblos y las granjas por las que pasó. Incluso lo buscó entre los heridos allá donde estuvieran agrupados.

Parecía que lord Alleyne Bedwyn hubiera desaparecido de la faz de la tierra… y probablemente así fuera.

Regresó a Bruselas con el corazón en un puño. ¿Qué otra esperanza podría ofrecerle a lady Morgan? ¿No sería una irresponsabilidad intentarlo siquiera?

No obstante, había descubierto que lady Morgan Bedwyn tenía carácter a pesar de su juventud. No estaba en su mano darle esperanzas o quitárselas. Lo único que podía hacer era ofrecerle los hechos: ni el personal de la embajada ni él tenían noticias sobre el paradero de su hermano.

Sin embargo, sí había novedades. La carta que lord Alleyne Bedwyn le había llevado al duque de Wellington había sido entregada en mano.

Capítulo 9

Morgan descubrió que el corazón se aferraba de un modo muy extraño a la esperanza aun cuando no hubiera razones lógicas para hacerlo. Y también que la vida continuaba.

Estaba dando un paseo por el parque de Bruselas con el conde de Rosthorn y observaban a los cisnes nadar en el lago, dejando a su paso delicadas estelas sobre la superficie. Era una zona preciosa situada en el centro de la ciudad y hacía un maravilloso día estival. Sentía que parte de la tensión acumulada en sus huesos tras las largas horas que había pasado atendiendo a los heridos desaparecía bajo el sol.

No habían hablado en profundidad de Alleyne. Una de las damas que atendía a los heridos en casa de la señora Clark le dijo que alguien la esperaba en la puerta y, cuando salió para ver quién era, descubrió en los ojos de lord Rosthorn las respuestas a todas sus preguntas.

—¿Nada? —fue lo único que le preguntó.

Él negó con la cabeza con gesto serio.

—Nada.

Tal vez fuera absurdo que no hubieran hablado nada más al respecto. Pero ¿qué más se podía decir?

Lord Rosthorn le propuso que se tomara un descanso de una hora y dieran un paseo por el parque. La señora Clark, que acababa de levantarse de la cama tras una siesta, estuvo de acuerdo en que necesitaba un poco de aire fresco y un descanso, y la excusó de sus deberes. Ambas estaban tan preocupadas que ni siquiera pensaron en la conveniencia de que la acompañara una doncella para guardar las formas. Aunque tampoco podían prescindir de ninguna doncella, la verdad.

Además, la mera idea de guardar las formas y el decoro parecía irrisoria en semejantes circunstancias.

Alleyne estaba muerto, o eso suponía. Pero su mente se negaba a aceptar esa cruda realidad. Aún no.

—Ojalá Wulfric estuviera aquí —dijo de repente, rompiendo así el largo silencio.

—¿De veras, *chérie*? —La miró con esa expresión tan peculiar que la hacía sentirse el centro de toda su atención y compasión.

En ese instante se le ocurrió que tal vez sus palabras hubieran parecido un tanto ofensivas.

—Ha sido usted extremadamente amable conmigo —le aseguró—. Pero sería presuntuoso por mi parte esperar que siga dedicando su tiempo no solo a mí, sino también a mis preocupaciones.

—No se me ocurre nada mejor que hacer con él ni nadie a quien dedicárselo —replicó él en voz baja con un marcado acento francés.

Apenas un par de semanas antes habría pensado que tanto sus palabras como su tono de voz eran escandalosamente provocadores. Y tal vez le habría ofrecido una réplica similar. Sin embargo, en esos momentos era capaz de aceptar sus palabras como sinceras, como la expresión de la extraña e inesperada amistad que parecía haber florecido entre ellos.

—Wulfric sabría qué hacer —prosiguió—. Sabría qué decidir.

Sabría cuándo había llegado el momento de aceptar la realidad.

Sabría cuándo declarar muerto a Alleyne.

—Si así lo desea —dijo lord Rosthorn—, la llevaré hasta él, *chérie*.

—Está en Inglaterra —le recordó al tiempo que lo miraba con sorpresa.

—La llevaré hasta allí si así lo desea.

Lo miró sin saber qué decir, olvidados ya los cisnes del lago y la belleza del parque. ¿Habían llegado ya a ese punto? ¿Tendría que regresar a casa para decírselo a Wulf y a Aidan, a Rannulf y a Freyja? ¿Sería ese su papel, su tarea? Intentó imaginarse pronunciado las espantosas palabras: Alleyne está muerto.

—Esperaré unos cuantos días más —dijo—. Tal vez aparezca. Tal vez haya una explicación. Tal vez… —No se le ocurrían más posibilidades con las que terminar la frase.

—Vamos a sentarnos un rato —sugirió lord Rosthorn, al tiempo que señalaba un banco emplazado a la sombra de un árbol.

Morgan se apartó de su brazo y se sentó. Dejó las manos en el regazo, con las palmas hacia arriba, y clavó la vista en ellas.

—¿Se siente traicionada, *chérie*? —le preguntó él.

—¿Por lady Caddick? —Unió las manos—. No he pensado en ella en todo el día. Aunque echaré de menos a Rosamond.

—Me refiero a su joven oficial —la corrigió lord Rosthorn con gentileza—. Al capitán lord Gordon.

—No es mi oficial —protestó, apretando las manos con fuerza—. Nunca lo ha sido.

—Pero él creía serlo —señaló él— y usted esperaba apoyarse en su amor. No lo juzgue con demasiada dureza. Sufrió unas heridas muy graves hace un par de días y era evidente que esta mañana sufría mucho.

—He visto muchas heridas y mucho dolor durante estos dos días, lord Rosthorn —replicó—. Y también he visto mucha nobleza. He visto a un hombre morir sin quejarse siquiera a pesar de que debía de estar sufriendo un dolor insoportable porque, tal como me dijo, no quería poner nerviosos a los demás heridos. He visto a hombres heridos de suma gravedad decirnos que atendiéramos a otros que necesitaban mucho más nuestros cuidados. He escuchado cómo se disculpaban con nosotras por todos los inconvenientes que nos causaban. He oído cómo un hombre le decía a la señora James que se fuera a descansar porque se estaba quedando dormida de pie a pesar de que necesitaba que le cambiasen los vendajes y

debía de sentirse muy incómodo. He escuchado a hombres que alababan a sus compañeros y a otros regimientos y batallones. No he escuchado que ninguno se vanagloriara de sus propias acciones. Salvo el capitán lord Gordon.

—Es muy joven, *chérie* —lo disculpó lord Rosthorn.

—Dos de los heridos que están en la casa de la señora Clark tienen catorce y quince años —replicó—. No he conocido a nadie tan valiente como ellos, aunque uno todavía corre peligro de morir por sus heridas.

—¿Sigue empeñada en juzgar duramente a Gordon? —le preguntó, dándole una palmadita en las manos.

Sin pensar en lo que hacía, Morgan giró la mano hasta que sus dedos se entrelazaron.

—Tenía la ridícula idea de luchar contra los franceses por mí —le explicó—. Creo que se veía como una especie de caballero medieval que luchaba por el honor de su dama. Y, sin embargo, esta mañana, cuando tuvo la oportunidad de luchar por mí de un modo mucho más práctico, solo pensó en su propio bienestar durante el viaje de vuelta a casa. Me alegro de no haber sido tan tonta como para enamorarme de él.

—Creo, *chérie* —dijo lord Rosthorn—, que nunca podrá ser tonta. Pero me alegro de que no lamente la pérdida de un joven que nunca la mereció. No es más que un mamarracho, un fantoche, un cabeza de chorlito.

Morgan se echó a reír muy a su pesar.

Lord Rosthorn se llevó sus manos aún unidas hasta el muslo y allí las dejó. Ni el roce de la tela suave y tensa de los pantalones de montar ni el calor que irradiaba el fuerte músculo que había debajo la escandalizaron. Inclinó el hombro hasta que quedó apoyado en su brazo y el contacto la reconfortó.

—Nunca me ha querido —le dijo—. Es un error bastante típico entre los hombres. Ven a una mujer a quien consideran hermosa, deseable y apropiada y ya se creen enamorados. Aunque, en realidad, se enamoran de la imagen idealizada que la dama en cuestión tiene de ellos. No les interesa descubrir cómo es esa mujer en realidad.

—Ay, *chérie* —replicó lord Rosthorn en voz baja—, ¿eso solo les pasa a los hombres? ¿No hay muchas mujeres que hacen lo mismo?

Tomó aire para decirle que no. Sin embargo, siempre había intentado ser sincera consigo misma. ¿Era verdad? ¿También hacían eso las mujeres? ¿También se enamoraban de la imagen idealizada que descubrían en los ojos de un hombre apuesto? ¿Lo había hecho ella alguna vez? ¿Acaso no había estado encantada en un principio con las atenciones del capitán lord Gordon? ¿Acaso no había aceptado la amistad de Rosamond y la invitación de ir a Bruselas porque el capitán la admiraba y ella alababa su buen gusto? De ser cierto, y era lo bastante sincera como para admitir que había algo de verdad en la idea, era de lo más humillante.

—Supongo que también lo hacemos —admitió—. Cuando admiramos a un hombre, solemos estar más interesadas, al menos en un principio, en nuestros propios sentimientos, en lo que dice o hace para que nos sintamos bien. Pero el amor

es mucho más. Es familiaridad… Es conocerse el uno al otro.

—¿Quién es lady Morgan Bedwyn? —preguntó el conde.

Morgan esbozó una sonrisa torcida y lo miró a la cara. Estaba muy cerca de la suya. Esos ojos de mirada indolente le devolvían la sonrisa, y de repente recordó que la había besado en los labios la noche anterior, cuando se despertó con la cabeza apoyada en su hombro. Pero reprimió el recuerdo. No quería pensar en él en términos sexuales… No en ese momento, cuando lo necesitaba como amigo. Y cuando le gustaba como persona.

—No hay mejor pregunta para dejarme muda —respondió ella—. ¿Cómo puedo explicar quién soy, lord Rosthorn? En ocasiones ni yo misma lo sé. Hasta ahora sabía que era decidida mi antigua institutriz habría dicho «terca» y perseverante, pero nunca había imaginado que podía ser capaz de desafiar a la carabina designada por Wulfric ni que me atrevería a quedarme en una ciudad extranjera sola, sin una doncella siquiera. Sabía que no soy bobalicona ni melindrosa, pero no que podía atender a soldados heridos de gravedad sin perder la compostura, ni ver a un hombre morir sin derrumbarme. No quería ser presentada en sociedad porque me negaba con todas mis fuerzas a convertirme en el objeto más codiciado del mercado matrimonial. Y, sin embargo, disfruté de mi presentación y de algunos de los actos sociales que implicaba. No me creía romántica, pero los oficiales con sus casacas rojas me fascinaron y le habría rogado a Wulfric que me dejara venir a Bruselas si eso hubiera servido de algo. También me he opuesto siempre a la guerra, y aun así parte de mis motivos para venir aquí… No, no era parte, sino el motivo principal. El motivo principal fue la atracción que sentía por la histórica batalla que se estaba preparando a las puertas de Inglaterra. Me habría considerado inmune a las zalamerías de un libertino, pero además de no ponerles freno, llegué incluso a alentarlo y a corresponderlo. Habría creído imposible entablar amistad con un hombre así. No obstante, ahora, en este preciso momento, creo que es usted el mejor amigo que he tenido nunca. Como ve, no me conozco en absoluto. Así que, ¿cómo voy a decirle quién soy? —Soltó una carcajada.

Lord Rosthorn también se echó a reír.

—Es muy joven —dijo—. No debe ser tan dura consigo misma. Acaba de poner un pie en el camino de los descubrimientos que la llevarán a la madurez. Pero dudo mucho que ninguno de nosotros llegue a conocerse a fondo. ¡Qué aburrida sería la vida si lo hiciéramos! No habría cabida para el crecimiento personal. Jamás nos sorprenderíamos con lo que somos capaces de hacer.

—Lo único que sé con seguridad es que no soy solo una dama —replicó ella—. Soy una mujer… y también una persona.

—Jamás lo he puesto en duda, *chérie* —le aseguró lord Rosthorn.

Y allí estaba ella, exhibiendo una actitud que deploraba en los demás. Estaba tan absorta consigo misma que prácticamente había olvidado al hombre que tenía al lado. Volvió a mirarlo a la cara.

—¿Y quién es usted, lord Rosthorn? —le preguntó.

El conde volvió a reír. Estaba muy guapo cuando sonreía, pensó… y también

cuando no lo hacía, la verdad. Pero tenía arruguitas en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos, lo que sugería que solía hacerlo a menudo. Envejecería bien, pensó, aunque esas arruguitas fueran más evidentes con el paso del tiempo.

—No le gustaría conocerme, *chérie* —respondió—. He llevado la vida de un zángano.

—¿Tanto antes como después de que lo exiliaran? —le preguntó—. Entonces, ¿no ha aprendido nada de las circunstancias que provocaron el desastre?

—Al parecer, no.

Lord Rosthorn la miró a la cara con expresión risueña e indolente. Sus labios estaban apenas a unos centímetros. Y, aun así, no se sintió amenazada por él. Se sentía relajada por completo a su lado. A pesar de su reputación y del hecho innegable de que su padre lo hubiera exiliado nueve años atrás, le resultaba imposible creer que fuera un zángano.

—Pero ni siquiera los sórdidos detalles de su vida me dirían quién es usted si llegara a averiguarlos —prosiguió—. No ha respondido a mi pregunta.

—Tal vez porque no hay respuesta —sugirió él—. Tal vez porque soy un hombre superficial.

—Lo dudo mucho —replicó Morgan—, aunque tal vez lo hubiera creído hace una semana. ¿Por qué me ha tomado bajo su ala, lord Rosthorn?

—¿Como si fuera una gallina con sus polluelos? —Soltó otra carcajada—. Tal vez porque usted es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, *chérie*, y porque admiro la belleza.

Lo había perdido. Lord Rosthorn se había parapetado tras la fachada sarcástica y burlona que ya luciera en sus primeros encuentros, incluyendo la cena en el bosque de Soignes.

Pero ¿por qué la estaba ayudando? No había motivo alguno para que lo hiciera, ¿o sí? La única conclusión era que lo estuviera haciendo por amabilidad. Ahí estaba… después de todo, sabía algo de él.

Sin embargo, ¿la consideraba una amiga o una responsabilidad? No creía que fuera lo último. Así que debía de ser lo primero. Era su amiga del mismo modo que él era su amigo.

—Un zángano —repitió, sonriéndole—. Muy gracioso, lord Rosthorn —Se zafó de sus dedos y le dio unas palmaditas en el dorso de la mano—. Debo regresar. Tengo que descansar esta tarde para ocuparme del turno de noche.

Él se puso en pie de inmediato y la tomó del brazo.

—Iré a verla todos los días si me es posible —le dijo él mientras caminaban—, y le traeré cualquier noticia que se produzca. Si decide regresar a Inglaterra, me encargaré de todo. Si me necesita por cualquier otro motivo, ya sabe dónde encontrarme o al menos dónde dejarme un mensaje.

—La *rue* de Brabant —le dijo—. ¿Dónde está?

—Pasaremos por allí de camino a casa de la señora Clark —respondió lord Rosthorn—. No se aleja mucho de nuestra ruta y así le diré cuál es la casa.

—Gracias —dijo ella—. Pero no me marcharé hasta que tenga alguna noticia

concluyente sobre Alleyne.

El hecho de no haber pensado en su hermano durante toda una hora le resultó sorprendente. No, eso no era del todo cierto. En el fondo de sus pensamientos, entrelazada con el resto de sus emociones, estaba presente la preocupación por Alleyne. Pero durante una hora había hablado de otras cosas y había disfrutado de la compañía de otra persona así como de la paz del entorno natural del parque.

Y todo gracias al conde de Rosthorn.

Pero ¿qué ocurriría si no tenía noticias concluyentes?, pensó. ¿Cuándo admitiría que…?

No obstante, ese momento aún no había llegado. Se acomodó al paso del conde de Rosthorn y siguió caminando.

Durante los cuatro días siguientes, Morgan atendió a los heridos con la misma devoción y energía de los días anteriores. Perdieron a otro soldado y lucharon por mantener con vida a unos cuantos cuando la fiebre amenazó con consumirlos. Pero poco a poco la mayoría comenzó a recuperarse, algunos con bastante rapidez, y al final del cuarto día solo quedaban diecisiete heridos en casa de la señora Clark.

Morgan tenía la impresión de que el tiempo se había detenido. Sabía que los días no podían continuar de esa manera. Los heridos que quedaban no tardarían en marcharse, bien de vuelta a sus regimientos, bien de regreso a Inglaterra. Y también sabía que la mayoría de las mujeres, incluida la señora Clark, esperaba recibir noticias de sus maridos para ir a París.

Sabía que tendría que afrontar la realidad en breve. No había explicación razonable para la prolongada ausencia de Alleyne.

Solo la obvia. Wulfric tenía derecho a saber que estaba desaparecido. Sin duda, sir Charles Stuart lo pondría al corriente pronto si ella no lo hacía. Pero aún no estaba preparada. Cada vez que la idea aparecía en su mente, la apartaba con decisión.

Fiel a su promesa, el conde de Rosthorn acudía cada tarde para llevarla a dar un paseo. Además, solía hacer recados en nombre de la señora Clark o les ayudaba a mover a los pacientes más corpulentos. En una ocasión escribió unas cartas para un par de hombres que tenían amigos o vecinos lo bastante instruidos como para leérselas a sus familias.

Las esposas de los oficiales en pleno estaban medio enamoradas de él, pensó con cariño. Y todas la creían locamente enamorada de él. No era así. En ese momento era incapaz de pensar en él en términos de amor y cortejo… O de coqueteo. Pero no tenía ni idea de lo que habría hecho sin él. Suponía que se las habría apañado sola. Por supuesto que lo habría hecho. Aun así, agradecía muchísimo su presencia.

A veces apenas hablaban durante sus paseos. Solía estar demasiado cansada como para pensar con claridad y tenía la certeza de que lord Rosthorn era consciente de ello y se limitaba a acompañarla para que pudiera respirar aire fresco y sentir la calidez del sol sobre la piel sin necesidad de entablar conversación. Otras veces charlaban sobre cualquier tema. Era un hombre instruido, según descubrió, y sabía bastante de música y arte. Había visitado algunas de las galerías más famosas del continente y había visto algunos de los panoramas más renombrados. Compartió sus

experiencias con ella con una elocuencia que la convenció de su inteligencia y de su extensa educación.

Quizá, pensaba en ocasiones, sí estuviera un poco enamorada de él. Pero semejantes sentimientos carecían de importancia. Un romance era lo último que necesitaba durante esos días.

Y entonces, al caer la tarde del cuarto día, llegaron por fin las noticias.

Estaba vendando el muñón del brazo de uno de los soldados cuando la señora Clark apareció para relevarla.

—Tiene una visita —le dijo—. La está esperando en la cocina.

No había otro lugar donde recibir a las visitas. Aunque no podía ser lord Rosthorn. El conde se habría anunciado en persona o habría enviado a alguien para decirle que la esperaba fuera. El instinto le dijo que no preguntara quién era. La señora Clark se aprestó a ocupar su lugar y a vendar al herido.

La visita era uno de los ayudantes de sir Charles Stuart. Se presentó y la saludó con una reverencia formal. Ya lo había visto antes, pero no recordaba su nombre. Tampoco se quedó con él en esa ocasión. Sintió que se le caía el alma a los pies y apretó los puños contra los costados para controlarse.

—Vengo en nombre de sir Charles, milady —dijo el hombre después de carraspear—. Está muy ocupado en este momento, redactando una carta para el duque de Bewcastle.

Morgan levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Hace una hora más o menos sir Charles recibió una carta —explicó el ayudante—. Estaba llena de barro, arrugada y con fecha de hace unos días. Pero la hemos reconocido como la carta que su excelencia, el duque de Wellington, le dictó a un ayudante, quien a su vez se la entregó a lord Alleyne Bedwyn.

Ella siguió mirándolo. Y el hombre carraspeó de nuevo.

—La carta se encontró esta misma mañana en el bosque de Soignes —prosiguió —, al norte de Waterloo.

La carta. No su portador. El ayudante no lo dijo. No hacía falta.

—Milady —continuó—, sir Charles me ha autorizado a comunicarle que muy a pesar suyo se ve obligado a abandonar la esperanza de que lord Alleyne Bedwyn siga con vida. Le envía sus más sinceras condolencias y se pone a su total disposición para lo que necesite. Le gustaría saber si puede hacer los preparativos para enviarla de vuelta a Inglaterra.

Morgan lo miraba sin escuchar lo que estaba diciendo.

—Gracias —le dijo—. Y, por favor, agradézcale a sir Charles la información. Ahora, si no le importa, me gustaría estar sola.

—Milady…—comenzó el ayudante.

Sin embargo, el instinto hizo que lo mirara con la altivez de la que hacían gala los Bedwyn cuando recibían una sorpresa desagradable.

—Ahora —dijo—. Si no le importa.

Y se quedó a solas, con la vista clavada en la ristra de cebollas que colgaba del techo mientras escuchaba el silbido de la tetera que estaba al fuego. No supo cuánto

tiempo pasó hasta que escuchó el frufrú de unas faldas a su espalda y unas cálidas manos v la aferraron por los hombros.

—Mi pobre niña —dijo la señora Clark—. Siéntese mientras le preparo una taza de té.

—Han encontrado la carta —Su voz apenas era un susurro. Se aclaró la garganta—. Pero no a Alleyne.

—Lo sé, querida —dijo la señora Clark, dándole un fortísimo apretón en los hombros—. Beba un poco de té. La ayudará a recuperarse de la impresión.

Pero ella se negó con la cabeza. Sentía algo muy parecido al pánico apoderándose de ella. No podía sentarse y beber té. Acabaría explotando. Debía…

—Voy a salir —dijo—. Necesito dar un paseo. Necesito pensar.

—Casi ha anochecido —le recordó la señora Clark—. No puedo prescindir de nadie para que la acompañe. Vamos, siéntese…

No obstante, Morgan se zafó de sus manos.

—Voy a salir —insistió—. No necesito a una carabina ni a una doncella. Tengo que estar sola.

—Lady Morgan, querida…

—Siento abandonarla en mitad de mi turno, pero… necesito salir —Ya estaban en el vestíbulo, donde cogió su chal de una percha y se lo echó sobre la cabeza y los hombros—. No me pasará nada. Volveré pronto. ¡Necesito respirar!

Y salió de la casa sin dilación. Bajó los escalones deprisa y echó a correr por la calle, sin saber hacia dónde se dirigía, aunque tampoco le importaba. Agachó la cabeza y caminó a paso vivo… Como si de ese modo pudiera dejar atrás la verdad de lo que aún no había aceptado en el fondo de su alma.

Hacía días que lo sabía.

Nunca hubo esperanzas.

Durante días había creído que se estaba preparando. Pero llegado el momento, la preparación no servía de nada.

Alleyne estaba…

Estaba jadeando cuando por fin se detuvo, como si hubiera corrido kilómetros. Ni siquiera sabía dónde se encontraba. Pero cuando miró a su alrededor a la mortecina luz del crepúsculo, se dio cuenta de que estaba frente a la casa que el conde de Rosthorn le había indicado cuatro días antes, en la *rue* de Brabant. Había luz en una de las ventanas del piso superior.

¿Había sido su intención ir a ese lugar en concreto?, se preguntó algo desconcertada. ¿O había sido mera coincidencia?

No importaba.

Subió los escalones, levantó la aldaba de latón y, tras un breve instante de indecisión, golpeó la puerta con ella.

Capítulo 10

Cuando escuchó que llamaban a la puerta de la calle, Gervase descorrió la cortina de la salita de estar y echó un vistazo al exterior. La casera y su hija habían salido, al igual que su ayuda de cámara, ya que ese era su día libre. Había criados en la casa, pero probablemente estuvieran reunidos en la cocina, que estaba en la parte trasera. No había ningún criado haciendo guardia en el vestíbulo porque no se esperaban visitas.

La persona que había llamado llevaba la cabeza cubierta con un chal, pero la reconoció al punto. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué estaba haciendo lady Morgan Bedwyn en la puerta de su casa a esas horas? Prácticamente había anochecido; las velas ya estaban encendidas. Lo primero que pensó mientras dejaba en una silla cercana el libro que había estado leyendo y se apresuraba a bajar las escaleras fue en guardar las apariencias. Si alguien la veía… Sin embargo, antes de llegar al último peldaño, recordó que le había dicho que fuera a verlo si necesitaba algo. A todas luces, no se trataba de una visita social.

En ese instante apareció un criado en el vestíbulo procedente de la parte trasera de la casa.

—Ya abro yo —le dijo Gervase en francés—. Es un amigo.

Por suerte, el criado no esperó a ver de qué amigo se trataba. El hombre asintió con la cabeza, se giró y regresó por donde había aparecido de la misma manera en la que lo había hecho, arrastrando los pies.

Gervase abrió la puerta, le echó un vistazo al rostro de lady Morgan y, aunque las sombras lo ocultaban en parte, desechó la idea de salir a pasear con ella para alejarla de la casa. En cambio, la agarró del brazo y la instó a entrar, tras lo cual cerró la puerta sin dilación.

—Acompáñeme arriba —le dijo—. Allí estaremos a solas y podrá decirme en qué puedo servirle de ayuda.

Estaba pálida y muy alterada. No dijo ni una palabra mientras subían las escaleras de camino a la salita. Una vez allí, Gervase cerró la puerta. En realidad, pensó, no hacía falta ser muy listo para adivinar qué debía de haber sucedido.

—Han encontrado la carta del duque de Wellington que Alleyne le traía a sir Charles Stuart —le explicó ella mientras se quitaba el chal de la cabeza y lo dejaba caer sobre los hombros—. Estaba abandonada en el bosque, entre Waterloo y la ciudad —Hablaba con voz monótona. Cuando lo miró, Gervase tuvo la impresión de que sus ojos eran dos pozos insondables.

—Ay, *chérie*… —le dijo al tiempo que le aferraba ambas manos. Las tenía heladas.

Ella esbozó una sonrisa torcida.

—Está muerto, ¿verdad?

¿Acaso seguía intentando aferrarse a un hilo de esperanza? Ya no tenía sentido, era hora de enfrentar la cruda realidad. Por eso había ido a verlo, comprendió. Algún funcionario de la embajada debía de haberle comunicado las noticias, pero había acudido a él de forma instintiva para asimilar de una vez por todas lo que ese hecho significada de verdad. Se preguntó en qué momento se habían convertido en dos amigos tan preciados el uno para el otro.

—Sí, *chérie* —contestó—, debe aceptar que está muerto.

Ella lo miró, aunque su mirada parecía estar perdida en algún lugar situado a miles de kilómetros. El chal resbaló por sus hombros muy despacio y acabó arrugado sobre la alfombra en torno a sus pies. Gervase le soltó las manos para abrazarla. Le rodeó la cintura con un brazo y los hombros con el otro. Tiró de ella para acercarla a su cuerpo y notó que apoyaba la mejilla sobre su corbata.

—Está muerto —repitió lady Morgan.

Estaba temblando.

—Eso me temo.

La joven se echó a llorar en silencio. No se habría dado cuenta de que lo estaba haciendo de no ser por los temblores que sacudían su cuerpo y por la calidez de las lágrimas que acabaron empapándole la corbata. La acercó a su cuerpo poco a poco. No sabía cómo habían acabado así, cómo habían llegado a compartir una amistad mucho más profunda que cualquiera que hubiera conocido previamente, ya fuera con un hombre o con una mujer. Supuso que se debía a las circunstancias; a unas circunstancias que nada tenían de normales y que los habían arrastrado a una relación que nada tenía de habitual. No había duda de que esa amistad no derivaba de sus primeros encuentros.

Todavía seguía abrazándola mucho después de que hubiera dejado de llorar. Ella no hizo ademán alguno por apartarse. Mientras necesitara sentir una ilusoria sensación de consuelo, estaba dispuesto a ofrecérsela. A la postre, apartó la cabeza de su corbata y lo miró a los ojos a la parpadeante luz de las velas. Ya no lloraba, pero tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

No podía hacer nada más estúpido. De hecho, no fue capaz de explicarse cómo sucedió, ni en ese preciso momento ni mucho después. Desde luego era lo más inapropiado que podía haber hecho, salvo que analizándolo en retrospectiva estaba casi convencido de que había sido mutuo.

Inclinó la cabeza y se apoderó de sus labios.

El beso no tuvo nada que ver con ninguno de los que ya habían compartido. Fue un beso ardiente y ávido durante el cual ella separó los labios y se dejó conquistar por su lengua. Ambos se abrazaron con fuerza como si les fuera la vida en ello. Sí, fue un beso intenso, impetuoso e inexplicablemente apasionado. ¿La vida que protestaba de forma airada ante la muerte? Sin embargo, no había excusa alguna, tal como admitió mucho más tarde.

Y tampoco la había para lo que sucedió después.

Se separó de sus labios apenas unos centímetros para mirar esos ojos que lo observaban nublados por la pasión.

—*Chérie* —murmuró.

—No —replicó ella con la voz ronca de deseo—. No —Y sin más volvió a cerrar los ojos y a besarlo mientras lo abrazaba por la cintura y le enterraba los dedos de la otra mano en el pelo.

Gervase era consciente del dolor, de la agonía, del deseo de la muchacha. Y también de su propio deseo de consolarla, de darle todo lo que ansiara. Pero era una reacción emocional que no tuvo nada que ver con su intelecto. No estaba pensando. Ése no era momento adecuado para pensar con claridad ni para hacerle caso al sentido común. Ella lo necesitaba. Y por eso la pegó a él y la besó con más ansia aún, con más pasión si cabía.

Cuando notó que ella tiraba con frenesí de los botones de su chaqueta y hacía lo mismo con los del chaleco, la ayudó para poder sentirla más cerca, para poder abrazarla más cerca de su corazón. Ella lo había abrazado por debajo de la chaqueta y del chaleco. Uno de sus brazos le rodeaba la cintura y el otro descansaba sobre su espalda, con la camisa como única barrera entre ellos y su cuerpo desnudo. La aferró por el trasero para alzarla un poco y pegarla más a él. Si hubiera podido fundirse con ella y hacer suyo el dolor que la embargaba para librarla de él, lo habría hecho de buena gana.

La besó en los labios, en la barbilla, en el cuello y en la garganta mientras ella se frotaba contra él; los pechos contra su torso; el abdomen contra su miembro ya erecto.

—Por favor —le dijo con voz gutural y sin apartarse de sus labios—. Por favor, sí. Por favor.

—*Chérie*…

La llevó hasta el sofá, situado a escasa distancia de donde estaban, y se sentó sin soltarla. No obstante, en lugar de sentarse en su regazo, ella se colocó a horcajadas sobre sus caderas y el frenesí de pasión continuó. Le alzó las faldas para que pudiera disfrutar de una mayor libertad de movimientos y después metió las manos por debajo y le acarició la cara interna de los muslos hasta llegar a su entrepierna y rozar su ardiente humedad.

En ese instante, sintió que ella le aferraba la cabeza con ambas manos y lo acercaba a su pecho mientras gemía, jadeaba y comenzaba a frotarse contra sus dedos.

Gervase se desabrochó los pantalones, la colocó sobre su miembro y después de aferraría por las caderas la penetró. Sin embargo, ella no le permitió ir con gentileza. Descendió sobre su miembro sin más demora y gritó cuando lo tuvo dentro por completo.

En lo más recóndito de su mente cayó en la cuenta de algo que habría notado de todos modos: lady Morgan Bedwyn era virgen; sin embargo, aunque sus instintos por sí solos lo hubieran apremiado a ser tierno con ella, a tomarla con delicadeza, su opinión no contaba para nada. Ella lo arrastró a la vorágine de pasión que había

conjurado y acabaron el encuentro entre jadeos, poseídos por el feroz anhelo de lograr alcanzar un punto donde pudieran convertirse en uno solo y encontrar la paz y el olvido juntos.

Por increíble que fuera, y se lo habría parecido de haber estado pensando, ella se tensó un instante antes de que la embistiera por última vez para derramarse en su interior y volvió a gritar. Pero en esa ocasión lo hizo movida por el abandono del clímax y no por el dolor y la sorpresa.

Siguieron compartiendo el húmedo abrazo durante unos minutos, hasta que el mundo dejó de girar con tanta rapidez y retomó su ritmo habitual.

Su primer pensamiento racional pareció surgido de la nada. No obstante, escuchó su malévola precisión con claridad.

Por fin, le dijo su mente, se había vengado de Bewcastle tal como se merecía.

Lord Rosthorn estaba sentado en un extremo del sofá con ella acurrucada en su regazo. Las faldas volvían a cubrirle decentemente las piernas. Él tenía la cabeza apoyada en el respaldo mientras la abrazaba por la cintura. Morgan se sorprendió al caer en la cuenta de que se había quedado dormida. Aunque no creía que él le hubiera pasado lo mismo. Tenía la impresión de que estaba despierto aunque guardara silencio.

Lo que había sucedido entre ellos era algo que necesitaba que sucediera y no se arrepentía. Pero acabaría haciéndolo si por su causa cambiaba la naturaleza de su amistad. ¿Cómo no iba a cambiarla? Había sido ella quien lo había buscado, porque era su mejor amigo. Y también era, aunque solo fuera por esa vez, su amante. No, las cosas jamás volverían a ser iguales entre ellos.

—No debe echarse la culpa —le dijo sin moverse; porque apostaría cualquier cosa a que lord Rosthorn se estaba culpando—. Usted no ha tenido la culpa de nada de lo sucedido.

En ese instante se dio cuenta de que le estaba acariciando el pelo. Sus dedos le masajearon el cuero cabelludo con suavidad, confirmándole de ese modo que estaba despierto.

—Tal vez, *chérie* —replicó—, sería mejor que no pensáramos en los acontecimientos de esta noche en términos de culpa. Porque eso implicaría que hemos hecho algo malo. Y no hemos hecho nada malo, solo lo hemos hecho antes de tiempo. Hablaré con el duque de Bewcastle cuando la lleve a casa.

Morgan se enderezó al punto y se giró para mirarlo, descorazonada. Debería haber supuesto que reaccionaría de un modo tan necio. Al fin y al cabo, era un caballero.

—¿Para pedirle mi mano? —le preguntó—. Ni hablar.

Lord Rosthorn esbozó una sonrisa indolente sin alzar la cabeza.

—Lo haré, *chérie* —insistió—. Usted, por supuesto, puede rechazar mi proposición, pero no se lo aconsejaría.

—¡Por supuesto que la rechazaré! —replicó. Parpadeó furiosa al darse cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Casi nunca lloraba—. No estropee las cosas, lord Rosthorn. Ha sido mi amigo del alma durante estos días tan espantosos.

Incluso esta noche ha sido mi amigo. Me ha ofrecido el consuelo que necesitaba. No estropee las cosas al creerse en la obligación de pedir mi mano en matrimonio.

—Pero tal vez desee hacerlo, *chérie* —comentó él—. Tal vez la ame.

—No me ama —lo contradijo—. Se compadece de mí por lo de… por lo de Alleyne. Y también le gusto, o eso creo, y me respeta al igual que yo lo respeto. En esos sentimientos hay algo de amor, pero no es el amor de dos personas que están preparadas para comprometerse la una con la otra de por vida.

—*Chérie* —comenzó él—, he estado dentro de su cuerpo. Le he arrebatado la virginidad.

«… dentro de su cuerpo». Morgan sintió que le ardían las mejillas.

—A eso precisamente me refiero —le aseguró—. Si nos hubiéramos limitado a sentarnos en el sofá cuando llegué para contarle mis noticias, no me habría dicho que hablaría con Wulf, ¿verdad?

Lord Rosthorn continuó sonriendo, pero no contestó.

—No puede negarlo, ¿ve? —prosiguió ella—. No puede mentir. No me casaré con usted, lord Rosthorn, por el mero hecho de que hayamos mantenido relaciones íntimas.

—*Chérie* —dijo él, alzando una mano hasta su mejilla—, no vamos a discutir por esto. Y mucho menos esta noche. Siento mucho la muerte de lord Alleyne Bedwyn. Mucho más de lo que pueda expresar con palabras.

Las dichosas lágrimas volvieron a llenarle los ojos.

—Creí que si negaba la verdad durante un tiempo —confesó—, estaría mejor preparada cuando no me quedara más remedio que admitirla. Esperaba haber adormecido mis emociones para no sentir toda la crudeza del golpe. Pero no ha sido así. Y esta noche, cuando vine, creí… supongo que creí que… Pero el dolor sigue aquí. La verdad es que creo que ni siquiera he empezado a sentirlo.

—No, supongo que no ha empezado —Le tomó la cabeza con ambas manos y la acercó para darle un delicado beso en los labios—. Y mi único pensamiento fue el de consolarla, *chérie*. Pero no hay consuelo. Un dolor como el suyo solo se supera con el paso del tiempo. Necesita estar con su familia. Debe regresar a su casa, a Inglaterra.

En ese instante sintió que echaba muchísimo de menos a Wulfric…Y a Freyja y a sus otros hermanos. A los hermanos que quedaban.

—Sí —convino.

—Yo la llevaré —se ofreció—. Nos marcharemos mañana.

—Pero no puedo pedirle algo así —protestó con el ceño fruncido.

—Usted no me ha pedido nada —la tranquilizó—. Nos marcharemos temprano. La acompañaré de vuelta a casa de la señora Clark para que haga el equipaje.

Cuando acabó de hablar, ya la había ayudado a ponerse en pie y estaba agachándose para recoger su chal del suelo.

No podía regresar sola a Inglaterra, concluyó. Por más que se considerara una mujer independiente, había ciertas cosas que ni siquiera ella haría sin un acompañante. Viajar de un país a otro era una de ellas. Había olvidado por completo que sir Charles Stuart se había ofrecido a hacer los arreglos pertinentes para enviarla

a casa.

—Gracias —le dijo al tiempo que se echaba el chal por los hombros. Descubrió que, pese a la cálida noche, temblaba de frío lejos de sus brazos.

Lord Rosthorn mantuvo su brazo pegado a su costado mientras caminaban en dirección a la casa de la señora Clark. No debería necesitar ese apoyo, pensó, pero se lo agradecía. Su mente se había abierto a la realidad… y al dolor. Alleyne estaba muerto. Al día siguiente regresaría a casa. Sería ella quien le diera la noticia a Wulfric.

Y esa noche había tenido relaciones íntimas con el conde de Rosthorn. No era de extrañar que le temblaran tantísimo las piernas.

Había demasiadas cosas en las que pensar, demasiadas cosas que sentir. Guardó silencio mientras caminaban. Al igual que él. Ni siquiera se percató de los transeúntes con los que se cruzaban; por las calles. Tampoco fue consciente de que lord Rosthorn les daba las buenas noches a dos conocidos.

—La señora Clark la estará esperando, no me cabe duda —le dijo él al llegar a su destino—. Entre, *chérie*, y descanse si puede. Va a ser un viaje largo.

—Sí. Gracias.

El conde la ayudó a subir los escalones y estaba a punto de llamar a la puerta cuando esta se abrió desde el interior y apareció la señora Clark, con el rostro demudado por la preocupación y el alivio.

—¡Gracias a Dios! —exclamó con sinceridad—. Me tenía en vilo. Me alegro de que la haya encontrado, milord.

—Mañana acompañaré a lady Morgan de vuelta a Inglaterra, señora —le dijo él —. Vendré a recogerla a primera hora, tan pronto como sea posible. Antes tendré que buscar una doncella dispuesta a acompañarla.

—Es la mejor solución, aunque no la más idónea —convino la señora Clark—, pero yo no puedo acompañarla. Entre, querida —dijo, rodeándole los hombros con un brazo—. Venga a la cocina y le haré esa taza de té que le prometí antes.

Morgan sucumbió a la tentación de dejarse mimar, al menos por un ratito. Su mente, sus emociones, la habían abrumado.

El viaje a casa fue largo y tedioso, aunque después Morgan no habría sabido decir si duró un día o una semana. Se mantuvo encerrada en sí misma y dejó que el dolor la entumeciera en la medida de lo posible para no tener que lidiar con la crudeza de ese sufrimiento ella sola… o para no lidiar con él de un modo tan inapropiado como hiciera en los aposentos del conde de Rosthorn en Bruselas. La avergonzaba enormemente el haberlo empujado a cometer semejante indiscreción, una que le había inspirado tal sentimiento de culpa que se sentía obligado a pedir su mano en matrimonio.

Tenía una nueva doncella, una muchacha que apenas hablaba inglés y que prácticamente desconocía las obligaciones de su puesto. Pero solo había sido contratada para guardar las apariencias en la medida de lo posible. Use regresaría a

Bruselas en cuanto la hubiera acompañado a Londres. Así se lo había dicho el conde Rosthorn.

Apenas lo vio durante el trayecto de Bruselas a Ostende. Ella hizo el viaje en silencio con Use en el interior del carruaje alquilado mientras que él lo hizo a caballo. Pero eso cambió durante la travesía por mar hasta Harwich, en la costa inglesa. Su doncella sufrió una horrible indisposición que la obligó a permanecer en el camarote que compartían. Morgan, al contrario, no podía soportar verse encerrada allí abajo. Necesitaba pasear de un lado al otro de la cubierta, quedarse junto a la borda o sentarse en algún lugar al aire libre donde pudiera sentir la sal en el rostro, respirar el fresco olor del mar y contemplar la eternidad.

Las apariencias le importaban un comino.

El hecho de ser el único miembro de la familia que cargaba sobre sus hombros la terrible verdad la abrumaba. Intentó ensayar el discurso con el que les comunicaría la noticia, pero era incapaz de hacerlo, aunque solo fuera en su mente. Ni ella misma había conseguido asimilar la verdad. No había cuerpo, no había una prueba tangible de que Alleyne ya no estaba con ellos. Si cerraba los ojos, todavía podía ver su apuesto y sonriente rostro y escuchar su voz alegre y burlona como si estuviera justo a su lado. En ocasiones abría los ojos de repente, como si quisiera pillarlo mirándola y riéndose de ella por haberla engañado por completo.

El conde de Rosthorn era su única e inseparable compañía mientras estaba en cubierta, aunque había más personas a bordo a quienes ambos conocían. Era incapaz de mostrarse sociable, de modo que adoptó su actitud más altiva y antipática para mantenerse alejada de todos ellos. Pero él no se separaba de su lado. Por regla general, guardaban silencio. De vez en cuando hablaban de algún tema que luego olvidaba. En una ocasión, cuando el barco se vio azotado por un verdadero vendaval que había enviado a todos los pasajeros bajo cubierta, lord Rosthorn le colocó bien la capa y mantuvo el brazo sobre sus hombros de un modo muy reconfortante. Se quedaron en esa postura alrededor de una hora.

Aun a pesar del entumecimiento en el que se mantenía, era muy consciente de que había pasado a conocerlo de una forma muy distinta. Sin embargo, él no hizo la menor referencia al incidente y ella no se encontraba preparada para reflexionar al respecto en esos momentos. Le alegraba muchísimo que, sin saber muy bien cómo, hubieran encontrado el modo de retomar la amistad que entablaran a partir del baile de los duques de Richmond.

Si en algún momento se le hubiera pasado por la cabeza la idea de que su presencia en cubierta sin su doncella era de lo más inapropiada y de que sumada a la relación tan cercana con el conde de Rosthorn, su acompañante, podría instigar ciertos comentarios entre el pasaje que se propagarían en cuanto llegaran a tierra, la habría descartado con desdén. Solo tenía que responder de sus actos ante ella misma… y ante Wulfric, claro, pero él lo entendería en cuanto se lo explicara.

Lo que deseaba por encima de todo era estar en casa, en Lindsey Hall, en Bedwyn House en Londres o dondequiera que estuvieran sus hermanos. Dondequiera que estuviera Wulfric. Wulfric le quitaría la pesada carga que llevaba

sobre los hombros. Él sabría qué hacer. Y, aun así, volver a casa era también lo que más temía. ¿Cómo iba a enfrentarse a sus hermanos? ¿Qué les diría?

Desembarcaron en Harwich una húmeda y ventosa tarde más propia del otoño que de mediados del verano. Se alojarían en la Posada del Puerto, situada muy cerca del muelle según le informó lord Rosthorn al tiempo que señalaba el establecimiento con la mano, y reanudarían el viaje hacia Londres por la mañana.

—Ordenaré que le preparen una habitación en un santiamén —le prometió—. Y mientras descansa, alquilaré un carruaje para mañana. Un día más y estará en casa.

Morgan se aferró el ala del bonete para protegerlo del azote del viento y lo miró con el ceño fruncido.

—Qué egoísta he sido —le dijo— al pensar solo en mí misma durante todo el viaje. Acaba de pisar suelo inglés por primera vez en nueve años.

—En efecto, *chérie* —convino él con una sonrisa—. Y de momento estoy aguantando la impresión.

De repente, comprendió que ese viaje, esa llegada, debía de ser un calvario para él en la misma medida que lo era para ella. Tendría que encontrarse con personas a las que no había visto en nueve años. De algún modo, tendría que retomar las riendas de una vida que se había visto obligado a abandonar cuando era muy joven. ¿Lo había forzado a regresar antes de que estuviera preparado para hacerlo? Lo miró presa de un horrible remordimiento. Podría haber hablado de esos temas durante las silenciosas horas que habían compartido en el barco. En cambio, había estado encerrada en sí misma. Decidió que él sería el tema de conversación durante la cena.

—Espero que todo le vaya bien —le deseó.

Lord Rosthorn la cogió de la mano y se la colocó en el brazo mientras le sonreía.

Use, algo más repuesta de la indisposición una vez en tierra firme, los siguió mientras caminaban hacia la posada, con las cabezas gachas para protegerse del azote del viento y de la lluvia. Fue un gran alivio entrar en el establecimiento y ver el fuego que rugía en la inmensa chimenea del vestíbulo. Morgan se acercó y comenzó a sacudir el agua de su capa mientras el conde de Rosthorn se acercaba al mostrador.

Qué diferentes eran sus sentimientos de aquellos que albergara la última vez que estuvo en Harwich, poco menos de dos meses atrás. Seguro que en aquel entonces se había sentido al menos diez años más joven que en ese momento. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y hacer las cosas de un modo muy diferente. Pero ¿cómo? ¿Teniendo una pataleta en la Puerta de Namur que obligara a Alleyne a desentenderse de sus deberes para que la llevara de vuelta a Inglaterra sin más dilación?

Extendió las manos hacia el calor del fuego y giró la cabeza para observar a lord Rosthorn mientras este se encargaba de hacer los arreglos pertinentes para pasar la noche… Y de repente se descubrió mirando a un caballero alto y ataviado con una elegante capa negra que cruzaba el vestíbulo en dirección a la puerta de salida.

¡Wulfric!

Se sintió tan abrumada por la impresión y la incredulidad que por un momento fue incapaz de moverse ni de gritar.

Su hermano no la había visto. Pero sí había visto al conde de Rosthorn. Wulfric se detuvo en seco, resoplando por la nariz, y lo miró con los ojos entrecerrados y una expresión glacial.

Pero ella no se percató de nada. Por fin había recuperado tanto el habla como la capacidad de movimiento.

—¡Wulf! —gritó al tiempo que corría hacia él como si la muerte le pisara los talones—. ¡Wulf!

Wulfric no era el tipo de hombre en cuyos brazos alguien pudiera arrojarse de forma impulsiva. Sin embargo, en esos momentos representaba la seguridad, la solidez y todo lo que le era querido. Se arrojó a sus brazos y sintió su reconfortante presencia cuando le devolvió el abrazo.

No obstante, el momento pasó pronto. Wulfric la aferró por los brazos, la apartó de él y la miró brevemente antes de que sus ojos volvieran a clavarse en el conde de Rosthorn por encima de su cabeza. Su expresión habría hecho temblar a una estatua de hielo.

—No me cabe la menor duda —comenzó con esa voz tan baja que solía usar en sus momentos más aterradores— de que alguien va explicarme lo que está pasando.

Estaba claro que le habían llegado los rumores, concluyó Morgan. La condesa de Caddick había estado dándole a la lengua. Pero eso no era lo que más le preocupaba en esos momentos. Ni siquiera pensó qué hacía Wulf en Harwich. El pánico le atenazaba el estómago, amenazándola con hacerla vomitar.

—Wulf —repitió antes de seguir barbotando con voz temblorosa mientras se aferraba a la esclavina de su capa con ambas manos y olvidaba la dignidad y los discursos que había estado ensayando en su cabeza—. Wulf, Alleyne ha muerto —Y después solo escuchó el castañeteo de sus propios dientes.

Algo cambió en los gélidos ojos plateados de su hermano. El brillo que los iluminaba desapareció, dejándolos deslustrados e inexpresivos. Sus manos se cerraron alrededor de sus brazos como grilletes. Después, inclinó la cabeza una vez, dos y un sinfín de veces más muy despacio y de forma casi imperceptible.

—¡Ah! —dijo con una voz tan distante que apenas si lo escuchó.

Fue un momento aterrador… Wulfric sin palabras y sin saber qué hacer. Era la primera vez que presenciaba algo así. De repente, su hermano se había convertido en un hombre que podía mostrar su vulnerabilidad en cualquier momento, cosa de la que ella nunca lo había creído capaz. No quería que fuera un ser humano. Quería que fuese su hermano mayor, Wulfric, el invencible duque de Bewcastle. No quería ser una mujer de dieciocho años en ese momento. Quería ser de nuevo una niña, a salvo en la poderosa e inmutable órbita de su hermano.

Pero el momento pasó y todo rastro de vulnerabilidad se esfumó. Sus ojos se clavaron una vez más en lord Rosthorn y volvió a ser Wulfric. Sus manos la soltaron. Morgan abrió la boca para hacer las presentaciones, pero él le tomó la palabra.

—En fin, Rosthorn… —dijo Wulf, dándole un ligero énfasis al nombre.

—¿Bewcastle? —replicó el conde en respuesta—. Mi más sincero pésame. Estaba a punto de hacer los arreglos para acompañar a lady Morgan y a su doncella

hasta Londres. ¿Sería posible encontrar una habitación donde podamos hablar en privado? Has pedido una explicación.

Morgan lo miró de reojo. Su voz parecía distinta; sus palabras, más cortantes, más precisas y sin rastro alguno de acento francés.

Estaba devolviéndole la mirada a Wulfric con expresión hosca y la mandíbula apretada. Era evidente que su hermano había escuchado los rumores y que lord Rosthorn lo sabía. Así que se vería atrapada entre el orgullo y el dichoso sentido del honor de dos caballeros.

Apenas un momento después de decirle a Wulf que Alleyne había muerto.

—Creo que podemos prescindir de las explicaciones —contestó Wulfric—. Después de la visita que lady Caddick me hizo ayer, me disponía a ir a Bruselas en busca de lady Morgan para traerla a casa en persona. Parece que mis planes iniciales son innecesarios, aunque tal vez tenga que emprender el viaje para encargarme de que el cuerpo de mi hermano regrese a casa —Morgan observó que agarraba el mango de su monóculo con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. De cualquier forma, tu compañía ya no es necesaria, Rosthorn. Yo me encargaré de la protección de lady Morgan de aquí en adelante. Que tengas un buen día.

Morgan lo miró sin dar crédito. ¿Ni siquiera iba a escuchar una explicación? ¿No iba a darle las gracias a lord Rosthorn por haberla acompañado hasta allí? ¿Ni a decirle de qué lo acusaba lady Caddick exactamente? ¿Eran imaginaciones suyas o ya se conocían de antes?

Giró la cabeza para mirar a lord Rosthorn. Su rostro seguía crispado, con la mandíbula tensa y la mirada hosca. Apenas lo reconocía. Sin embargo, la miró y ejecutó una reverencia de lo más formal.

—Adiós, *chérie* —le dijo.

—Entonces, ¿se marcha? —le preguntó ella. ¿Así, sin más?

No obstante, lord Rosthorn ya se había dado media vuelta y caminaba a grandes zancadas hacia la puerta. No podía dejar que se marchara así, pensó. Pero antes de que pudiera dar un paso para seguirlo, Wulfric volvió a agarrarla del brazo y ella lo miró con los ojos desorbitados.

Su hermano no había considerado necesario buscar un lugar donde pudieran disponer de intimidad cuando lord Rosthorn lo había propuesto. Aunque debía de haber dado algún tipo de orden al personal que estaba de servicio en la recepción. En cuestión de minutos, los condujeron entre profundas reverencias y otras muestras de respeto a un salón privado cuya puerta cerraron al salir.

Sintió que se le aflojaban las rodillas cuando volvió a percatarse de la enormidad del momento. Su amigo más preciado se había ido con tal rapidez y de forma tan inesperada que ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse. Pero estaba en casa. Wulf estaba con ella y por fin se había librado del terrible peso de las noticias que llevaba.

Sus claros ojos plateados estaban clavados en ella. Su mano, que ya había ejecutado ese gesto tan familiar, se había apoderado del mango del monóculo.

—Ahora, Morgan, si eres tan amable —le dijo—, cuéntame cómo ha perdido la

vida Alleyne.

Ella lo miró sin flaquear, pasando por alto el zumbido de los oídos, la frialdad que se había apoderado de su cabeza y la debilidad que le aflojaba las rodillas.

—Murió en la batalla de Waterloo —replicó.

Capítulo 11

La lluvia caía sin cesar y las gélidas ráfagas de viento soplaban con fuerza. Sin embargo, Gervase siguió cabalgando casi al galope, sin prestar atención ni al peligro ni a los inconvenientes.

Lo habían despachado sin más. Bewcastle, que a todas luces había escuchado lo bastante de labios de lady Caddick como para ir a Bruselas en persona, había exigido una explicación que después se negó a escuchar. Había despachado a su antiguo enemigo como si fuera un don nadie.

Estaba hirviendo de furia a causa de un odio enconado que había resurgido en cuanto puso los ojos encima de Bewcastle. Un odio que aún no se había detenido a analizar. Un odio que lo cegaba, palpitaba en su cabeza y le nublaba el buen juicio. Pero al menos podía darse por satisfecho en un sentido: pese al gélido control que aparentaba, Bewcastle estaba claramente molesto. Y más que lo estaría, se juró. Todavía no habían acabado.

Ni muchísimo menos.

Instó al caballo a hacerse a un lado del camino para dejar pasar al coche del correo que iba en dirección contraria, salpicando agua y barro. Reemprendió la marcha a un paso mucho más cauteloso y prudente.

No tardaría en hacerle una visita al duque de Bewcastle en Londres. Aunque no iba a precipitarse. A pesar del odio que sentía, era consciente de que debía guardar ciertas formas. La familia Bedwyn necesitaba un tiempo para llorar su pérdida.

Ella necesitaba tiempo. Por estúpido que pareciera, intentó no ponerle una cara o un nombre a la única persona capaz de minar su determinación, pero que representaba al mismo tiempo la oportunidad de ponerle la guinda a su venganza.

Entretanto, los rumores de Bruselas y de la travesía en el barco correrían por Londres como la pólvora, y con los Caddick presentes para avivar las llamas, no le cabía la menor duda de que serían lo bastante jugosos y persistentes como para convertirse en un escándalo en toda regla.

No iría a Londres de inmediato, decidió. Había llegado el momento de regresar a casa, a Windrush Grange en Kent. Había llegado el momento de retomar su vida donde la dejó nueve años atrás. Sin embargo, se preguntaba si eso sería posible. Ya no era el muchacho de aquel entonces ni el hombre en el que se había convertido después.

Siguió su camino, muy consciente de que se encontraba una vez más en Inglaterra, y muy consciente también de que no lo habían recibido con los brazos abiertos. El paisaje era gris y yermo; las nubes, bajas y cargadas de agua. La lluvia resbalaba por el ala de su sombrero y se colaba por el cuello del gabán. El camino

discurría embarrado y plagado de charcos que indicaban ligeros baches o agujeros más profundos. No había manera de diferenciarlos a menos que se fuera lo bastante incauto como para pisar uno. Tal vez, pensó, habría sido más sensato quedarse en Harwich y tomar el primer barco que saliera de vuelta al continente.

Pero tenía asuntos pendientes en Inglaterra. Había llegado el momento.

Prosiguió la marcha.

Y muy a su pesar pensó en lady Morgan Bedwyn. Exquisita e irradiando ese encanto juvenil en el baile de los Cameron; altiva, inteligente e incitante durante la cena en el bosque de Soignes; despeinada, hermosa y estoica en la Puerta de Namur mientras atendía a un pobre soldado envuelto en un montón de vendas ensangrentadas; con los ojos desorbitados por el dolor en su alojamiento de la *rue* de Brabant; rebosante de pasión mientras buscaba consuelo. Una mujer fascinante de múltiples facetas.

—¡Maldición! —Refrenó el caballo cuando se dio cuenta de que lo había instado a galopar de nuevo—. ¡Maldición!

¿Cómo iba a utilizarla…?

Pero ya lo había hecho, por supuesto.

Ya lo había hecho.

Morgan tuvo la sensación de estar viviendo en una especie de limbo irreal durante diez días. Le explicó todo lo sucedido a Wulfric; la mayor parte del relato brotó de sus labios sin más en el salón privado de la Posada del Puerto, pero su hermano logró sonsacarle el resto mediante el sutil interrogatorio al que la sometió no solo en ese primer momento sino también durante el interminable viaje a Londres del día siguiente. Le contó todo lo que sabía acerca de la desaparición de Alleyne y de la reaparición de la carta, hecho que se interpretaba como prueba irrefutable de su muerte. Le contó lo sucedido con los Caddick, su determinación de regresar a Inglaterra y su consecuente negativa a quedarse en Bruselas con ella. Le contó que la señora Clark la había acogido en su casa y le habló del trabajo que habían realizado junto con las demás esposas de los oficiales mientras atendían a los heridos.

La historia que lady Caddick le había contado a su hermano cuando se presentó en Bedwyn House presa de la indignación y el despecho difería un poco de la suya, según comprobó. La condesa no había mencionado ni la desaparición de Alleyne ni su labor con los heridos. Según su versión, se había comportado como una niña mimada, desobediente y terca que se había negado a abandonar las diversiones de la ciudad y las atenciones de una serie de galanes inaceptables entre los que destacaba el conde de Rosthorn.

—¿Y creíste que me quedaba para disfrutar de esas frivolidades, Wulf? —le preguntó con altivez, girando la cabeza para clavar la vista en el paisaje—. ¿Tan poco me conoces?

—Eso parece —respondió su hermano—. No esperaba que te atrevieras a despachar a una carabina como si fuera un sombrero viejo. Sin embargo, tampoco

esperaba que tu carabina te despachase a ti. Tuve unas palabras al respecto con lady Caddick antes de que se marchara.

Le habría encantado ver la escena por un agujerito mientras Wulf sermoneaba a la condesa y ésta se marchaba sintiéndose poco menos que un insignificante gusano.

En varias ocasiones intentó hablarle de la amabilidad que el conde de Rosthorn le había demostrado, pero su hermano se limitó a escucharla sin hacer comentarios antes de seguir hablando de otro tema que no tenía nada que ver con lo que acababa de contarle. Claro que Wulf no entendería que los últimos días no habían sido corrientes en absoluto y que las formalidades habituales le habían resultado irrelevantes. Aunque no podía negar el enorme sentimiento de culpa por lo ocurrido la última noche en Bruselas. Le costaba creer que ninguno de los dos hubiera impedido que sucediera.

—¿Conocías de antes al conde de Rosthorn? —le preguntó de repente.

—Lo suficiente para saber que no es un acompañante adecuado para ti —respondió su hermano—. Espero que ésa sea la posada donde tenemos que cambiar los caballos. Exigiré una explicación por el retraso de media hora que llevamos.

Nueve años atrás Wulfric tenía veinticuatro. Por fuerza tenía que conocer a lord Rosthorn. Y por fuerza tenía que conocer el escándalo que lo había llevado al exilio. Estuvo a punto de preguntarle por los sórdidos acontecimientos, pero se mordió la lengua. El conde de Rosthorn no se lo había contado en persona. No intentaría sonsacarle la información a Wulfric, cuya actitud hacia él era claramente hostil.

Lo echaba de menos. Su despedida había sido demasiado repentina y brusca. Su ausencia dejaba un enorme vacío en su vida. Se preguntó si hablaría con Wulfric para hacer una petición formal de su mano tal como le había dicho. Esperaba de todo corazón que no lo hiciera. Sin embargo, a medida que pasaban los días y no llegaba, al ver que ni siquiera iba a comprobar cómo estaba ni a dar el pésame a la familia, la embargó una profunda decepción e incluso se sintió dolida.

Intentó no pensar en él. Lord Rosthorn no le debía nada, después de todo… por mucho que su sentido del honor insistiera en lo contrario. De hecho, las cosas eran al revés. Era ella quien estaba en deuda con él.

Freyja y Joshua seguían en Londres, ya que las sesiones del Parlamento no habían terminado. Sin embargo, su presencia en la capital no se debía solo a las obligaciones políticas de Joshua. Freyja había ejercido como su madrina durante la temporada social y también había sido la de lady Chastity Moore, la prima y pupila de Joshua, que se alojaba con ellos en su residencia londinense. Chastity acababa de comprometerse con el vizconde de Meecham. Y, además, su regreso a Penhallow, en Cornualles, se habría visto retrasado de todas formas porque Freyja quería ver a un médico de prestigio. Estaba en los primeros meses de su embarazo.

Aidan había llegado desde Oxfordshire con Eve y sus hijos adoptivos, Davy y Becky. Rannulf y Judith también se desplazaron desde Leicestershire, a pesar de que William, su hijo, apenas tenía dos meses de edad. Todos respondieron de inmediato a las cartas que Wulfric les envió por mensajero especial.

La presencia de su familia al completo debería haberla reconfortado en gran

medida. Y en cierta forma así fue. Pero Wulfric se mantuvo más distante que nunca una vez que les dio las noticias y adoptó la costumbre de pasar casi todo el tiempo en la biblioteca. Así que sobre ella recayó la responsabilidad de responder el aluvión de preguntas que le hicieron todos.

Ser testigo del dolor de sus hermanos, por regla general tan resueltos, fue espantoso. En apariencia, Freyja era quien mejor llevaba, ya que su actitud seguía siendo tan enérgica y alegre como siempre. No obstante, su rostro parecía estar tallado en mármol y Joshua no paraba de revolotear a su alrededor con expresión angustiada en lugar de su acostumbrada sonrisa. Ranulf, el efusivo y generoso Ralf, se encerró por completo en sí mismo y se refugió en la habitación infantil, donde pasaba la mayor parte del tiempo con su hijo recién nacido en los brazos, aun cuando este estuviera durmiendo. Aidan, el curtido y serio oficial de caballería, se echó a llorar mientras la abrazaba con todas sus fuerzas y se puso en evidencia con los agonizantes sollozos que intentaba acallar en vano.

La ausencia de Alleyne había dejado un espantoso y enorme vacío en el círculo familiar.

Quizá lo peor de toda aquella tragedia era que no había cuerpo… No había nada sobre lo que llorar, nada a lo que velar. Nada que enterrar. Nada a lo que llevarle flores hasta que el dolor se fuera suavizando con el paso de los años. No había cuerpo… Solo un enorme vacío.

Wulfric dispuso que se celebrara una misa en memoria de su hermano en la iglesia de Saint George, en Hanover Square, once días después de su regreso. Fue un acontecimiento multitudinario. Ella se sentó junto a Wulfric en el primer banco y lo habría tomado de la mano si él se la hubiera ofrecido. Pero su actitud fue más fría y más inalcanzable que nunca; como si se hubiera enterrado en un bloque de hielo. Tal vez solo una hermana pudiera comprender el dolor que lo embargaba. Sin embargo, esa certeza le sirvió de muy poco. Aidan tenía a Eve; Rannulf tenía a Judith; Freyja tenía a Joshua. Ella no tenía a nadie. Se pasó toda la misa sentada con las manos en el regazo y la cabeza gacha.

El conde de Rosthorn no estuvo presente. Abandonó toda esperanza de que fuera de otra manera cuando la misa concluyó y la mayoría de los asistentes aguardó en las puertas de la iglesia a que los Bedwyn salieran en primer lugar. No lo vio por ninguna parte, aunque lo buscó entre la multitud. Ni tampoco apareció en Bedwyn House para tomar una taza de té como hicieron los demás.

Tal vez no estuviera en Londres, pensó. Tal vez hubiera regresado a Bélgica o a otro lugar de Europa… a París, quizá. Tal vez estuviera en el campo, en su casa solariega. Pero su ausencia le hacía daño. Con independencia de lo sucedido aquella noche en Bruselas, lo había considerado su amigo. Y él ni siquiera le había escrito una carta. Claro que no podía enviarle una carta directamente, no habría sido apropiado. Pero podría haberle transmitido sus condolencias a la familia, ¿no?

Otras personas a las que habría preferido no ver sí hicieron acto de presencia. Los condes de Caddick fueron acompañados de Rosamond. Incluso el capitán lord Gordon se presentó en Bedwyn House, ofreciendo la viva imagen del héroe

romántico con su uniforme de gala, salvo por la bota que le faltaba en la pierna entablillada. Caminaba con muletas, acompañado por su ayuda de cámara, y se ganó los elogios de muchos de los presentes. Un héroe que había sobrevivido a la batalla de Waterloo.

Rosamond la abrazó y se mostró renuente a soltarla.

—No me importa lo que digan, Morgan —le aseguró—. No dejo de contarles lo increíblemente valiente que fuiste a todos los que quieren escucharme. Siento muchísimo la pérdida de lord Alleyne —Las lágrimas le impidieron añadir nada más.

Su madre no sufrió el mismo impedimento.

—Me alegro muchísimo de verla de vuelta en casa sana y salva, lady Morgan —dijo con voz cortante—. Es una suerte que haya regresado portando tan malas noticias o Bewcastle habría expresado de un modo poco agradable para usted el disgusto por la desobediencia que me demostró. En un principio se sintió inclinado a culparme por haberla dejado en Bruselas, por increíble que parezca. Supongo que a estas alturas ha comprendido que estaba en un error. Es imposible que no lo haya hecho.

Morgan se limitó a enarcar las cejas, y tras observar a su antigua carabina con silencioso desdén, la abandonó para acercarse a otro grupo de personas.

Habría preferido evitar por completo al capitán lord Gordon, pero él la interceptó deliberadamente y le preguntó si podían hablar un momento en privado. Se sentó con él en un rincón del salón, un poco alejados del resto. Acabaría por perdonarlo, supuso. Pero le costaría mucho pronunciar las palabras. Y solo lo haría por la sencilla razón de que era una persona irrelevante para ella.

Los cardenales habían desaparecido de su rostro. Estaba tan guapo como de costumbre, pensó. Sin embargo, le resultaba difícil creer que poco tiempo antes hubiera estado ligeramente; enamorada de él.

—Lady Morgan —le dijo—, espero que me perdone.

—Fueron unos días muy difíciles, capitán —replicó ella—. Estoy segura de que no nos comportamos tan bien como habríamos debido hacerlo o tan bien como lo habríamos hecho en circunstancias normales. Es mejor olvidar el asunto.

—Es usted muy generosa —Parecía muy aliviado—. Estaba a punto de participar en mi primera batalla, como comprenderá, y no pensaba ni hablaba de forma razonable.

¿Que estaba a punto de participar en su primera batalla? Morgan frunció el ceño.

—¿Por qué se está disculpando exactamente, lord Gordon? —le preguntó.

El capitán se ruborizó y ni siquiera la miró a los ojos mientras respondía.

—Creo que mi comportamiento ha podido crearle ciertas expectativas cuando no era esa mi intención —dijo—. Creo que mi comportamiento ha podido alentar ciertas esperanzas en usted cuando no era mi intención sugerir nada de índole permanente.

Comprendió que lord Gordon no se refería a su último encuentro a las puertas

de la casa de la *rue* de Bellevue, sino a lo sucedido entre ellos durante el baile de los duques de Richmond.

—¿Cree usted que he podido llegar a la conclusión de que estamos comprometidos, lord Gordon? —preguntó en voz muy baja.

—Yo… esto… —El capitán parecía estar avergonzado.

—Ni mucho menos —le aseguró—. Si me lo hubiera pedido sin rodeos aquella noche, le habría contestado que no. En mi caso, las peticiones de mano deben realizarse formal y adecuadamente. Lord Gordon, jamás me rebajaría a aceptar un compromiso clandestino con un hombre que no se ha dirigido con anterioridad al duque de Bewcastle. Pero, aunque lo hubiera hecho y aunque el duque hubiera dado su aprobación, yo lo habría rechazado de todas formas.

El rubor del capitán se intensificó.

—Soy un candidato perfecto, lady Morgan —replicó él con tirantez—. Algún día seré el conde de Caddick.

—Por mí como si algún día es el príncipe de Gales —le dijo, levantando la barbilla y mirándolo por encima de la nariz como si fuera un espécimen masculino particularmente despreciable—. No lo considero digno de mi mano, capitán Gordon. Y le agradezco que no haya venido a pedirme perdón por el comportamiento que exhibió la mañana que abandonó Bruselas. En un momento de debilidad quizá se lo hubiera concedido —Se puso en pie.

—Mi madre tiene razón sobre usted —replicó él con brusquedad—. Y el resto del mundo.

—¿De veras? —Lo miró con una de sus expresiones más gélidas.

—Para ser una mujer cuyo nombre va de boca en boca por todos los clubes y salones de Londres como si fuera una vulgar ramera se muestra excesivamente altiva, milady —prosiguió lord Gordon—. No pensará que sus paseos por toda Bruselas del brazo del conde de Rosthorn y sus abrazos en público, no solo en la calle sino también en el barco que la llevó a Harwichdon de se les vio tomados de la mano, han pasado inadvertidos, ¿verdad? Su comportamiento ha sido de lo más escandaloso incluso para un Bedwyn y no hay palabras para describirlo —Parecía un niño rencoroso que quisiera vengarse de un insulto.

—Y, aun así —replicó ella, recorriéndolo con una mirada desdeñosa—, ha encontrado una buena cantidad de palabras para describir mi situación con suma elocuencia, capitán. Lo felicito.

Siguió mirándolo de forma impasible un rato. Pero en su interior estaba estupefacta. ¿Sería verdad? ¿Corrían rumores sobre ella? ¿Porque se había quedado en Bruselas para cuidar a los heridos mientras esperaba noticias de Alleyne y el conde de Rosthorn había tenido la amabilidad de cuidar de ella y de acompañarla cada vez que necesitaba un respiro? ¿Porque había tenido la amabilidad de acompañarla de vuelta a casa cuando necesitó regresar? Pero había hecho el viaje acompañada por una doncella…

¿Cuándo se habían abrazado? Solo recordaba una ocasión, sentada en el umbral de la casa de la señora Clark, tan cansada por las largas horas de trabajo que se había

quedado dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Después, se había subido al escalón superior al que él ocupaba y le había dado un beso.

En aquella calle siempre había transeúntes.

Tendría que haberse imaginado que eso suscitaría rumores en Londres irremediablemente. Además, los Caddick habrían esparcido muchos más. Y todas esas cosas, tan irrelevantes durante aquellos días en Bruselas, parecerían escandalosas a oídos de los ingleses que no habían estado allí para vivir lo ocurrido.

Y ella no era del todo inocente, ¿verdad? Nada inocente, de hecho. No tenía sentido sentirse indignada.

El capitán lord Gordon debía de haber estado aterrado por la posibilidad de que su comportamiento en el baile de los duques de Richmond le hubiera acarreado un compromiso y de que ella se negara a liberarlo. A ese héroe militar que había ganado la batalla de Waterloo prácticamente solo no le gustaría que su camino se viera impedido, además de por las muletas, por el escándalo que ella arrastraba. Le sonrió con gélido desdén y se giró sin decir nada.

¿Explicaría eso la renuencia del conde de Rosthorn a aparecer tanto en Bedwyn House como en la misa?, se preguntó. ¿Lo habrían expulsado los rumores de Londres? ¿Tal vez de Inglaterra? Eso sería muy injusto.

Aunque si ese fuera el caso, ya podía olvidarse de volver a verlo. Era una idea espantosa y de lo más deprimente. Ese día en concreto anhelaba verlo más que nunca, anhelaba ver cómo esa indolente sonrisa le iluminaba los ojos, oír ese fascinante acento francés, escuchar cómo la llamaba *chérie*. Quería tener al lado a alguien que solo tuviera lazos con ella… Un buen amigo. Aunque, una vez que la idea tomó forma en su cabeza, le resultó despreciable. No lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Irguió los hombros y se acercó a otro grupo de visitantes.

A la postre todos se fueron. La tía Rochester y su marido también se fueron a casa. Al igual que Freyja y Joshua, acompañados de Chastity y lord Meecham. Aidan y Eve habían subido a la habitación infantil con Rannulf y Judith para estar un rato con sus hijos. Morgan se sentía horriblemente sola a pesar de su determinación… y a pesar de haber rechazado la invitación de Joshua para que se fuera con ellos a pasar la tarde, y las de Eve y Judith, que le pidieron que subiera con ellas a la habitación infantil. Iría a la biblioteca, decidió, y se sentaría con Wulfric. No lo molestaría de ningún modo. Tampoco esperaba que él entablara conversación ni la entretuviera. Lo único que quería era acurrucarse en uno de los sillones de piel y sentir el consuelo de su compañía.

No llamó a la puerta. La abrió sin hacer ruido, con la intención de entrar sin llamar la atención.

Wulfric estaba de pie frente a la chimenea, con los ojos clavados en el hueco vacío del hogar. Le temblaban los hombros. Uno de sus puños estaba apoyado en la repisa de la chimenea, por encima de su cabeza. Estaba llorando e intentaba sofocar los sollozos tal como Aidan lo intentó días atrás.

La imagen la dejó paralizada unos instantes. Después, cerró la puerta con más cuidado si cabía del que empleó para abrirla y subió la escalinata a toda prisa en

dirección a su dormitorio.

Si Wulf estaba llorando, el fin del mundo debía de estar a la vuelta de la esquina.

Se tiró de bruces sobre la cama y se aferró a la colcha con todas sus fuerzas.

Alleyne estaba muerto.

Se había ido para siempre.

Por primera vez desde aquella tarde en Bruselas, dio rienda suelta a su dolor.

Capítulo 12

El sol por fin asomaba entre las nubes la tarde que Gervase llegó a casa. La gravilla de la avenida que serpenteaba perezosamente entre los bosques y sobre las suaves colinas de Windrush Grange estaba húmeda, pero no empapada. Desde las hojas de los árboles caían brillantes gotitas de agua sobre las briznas de hierba. En el aire flotaba el intenso olor a tierra mojada.

Recordó súbitamente lo mucho que amaba Windrush, lo agradecido que siempre había estado por el hecho de ser el primogénito, por el hecho de ser él quien heredase la propiedad mientras que Pierre estaba destinado al sacerdocio. El largo camino de acceso a la mansión siempre le había levantado la moral.

Sin embargo, habían pasado nueve años desde la última vez que lo pisó. En aquel entonces su padre estaba vivo. Sus dos hermanas aún vivían en casa. Y él era un muchacho sin preocupaciones, ansioso por disfrutar de los placeres de la ciudad y de la compañía de sus iguales, pero también ansioso por aprender todo lo que necesitaba saber en su calidad de heredero. Se podría decir que era un muchacho feliz, bastante inofensivo, cuya vida seguía sin sobresaltos el rumbo que le habían trazado desde la cuna.

Y entonces llegó el desastre en forma de una serie de horribles acontecimientos que escaparon por completo a su control.

Tenía la impresión de estar regresando a la vida de otra persona.

A un lado de la mansión, con su fachada de ladrillo rojo y sus tejadillos a dos aguas, se extendía un enorme jardín con pérgolas, senderos empedrados y un banco de hierro forjado bajo un viejo sauce llorón. A medida que se acercaba, se percató de que había tres mujeres en aquel rincón; dos de ellas estaban inclinadas sobre las flores con sendas cestas en los brazos mientras que la tercera las observaba con un niño apoyado en la cadera. Había un hombre sentado en el banco.

Una de las mujeres se enderezó al escuchar los cascos del caballo y se alzó el ala de su enorme sombrero de paja para mirarlo. Acto seguido soltó un grito, dejó la cesta en el suelo y echó a correr hacia él, alzándose el vestido con una mano. Era bajita, seguía tan delgada como siempre y su cabello aún era negro. La alegría iluminaba su rostro.

Gervase desmontó, arrojó las riendas sobre el cuello del caballo y se acercó a la mujer con los brazos extendidos.

—¡Gervase! —gritó ella—. Gervase, *mon fils*.

—*Maman!* —La alzó en brazos y giró con ella en el aire antes de volver a dejarla en el suelo.

—Estás en casa —Su madre se echó hacia atrás y le colocó una trémula mano en

la mejilla mientras sus ojos lo miraban con avidez—. ¡Mi muchacho… estás más guapo que nunca!

—Y por ti no pasa el tiempo, maman —replicó él con una sonrisa—. Sigues pareciendo una muchacha.

No era del todo cierto, por supuesto. Su pelo estaba veteado de gris y había algunas arrugas en su rostro. Pero los nueve años pasados no habían dejado mucha huella en ella. Seguía siendo preciosa.

El hombre del banco la había seguido. Apenas era un niño la última vez que lo vio. Pero se había convertido en un caballero alto, delgado y calvo, que llevaba anteojos y vestía con un estilo sobrio.

—¿Pierre?

Por un momento pareció que fueran a fundirse en un abrazo fraternal. Pero ambos titubearon y el momento pasó. Gervase le ofreció la mano y su hermano se la estrechó.

—Gervase —le dijo—. Lo correcto era que regresaras. Me alegro de que lo hayas hecho. Permíteme presentarte a mi esposa. Emma, querida, éste es Rosthorn.

La dama le hizo una reverencia. Era una joven de aspecto bastante corriente y cabello castaño. Gervase aceptó la mano que le tendía y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Señora Ashford, es un placer —dijo—. ¿Éste es su hijo?

El niño que lo observaba tenía unos preciosos ojos grises. Un halo de rizos rubios enmarcaba su carita regordeta.

—Éste es Jonathan, milord —contestó su cuñada.

—Jonathan —Su sobrino. Tenía otro más y tres sobrinas, todos ellos hijos de sus hermanas. La vida había seguido su curso durante esos nueve años como si él no hubiera existido.

—Y aquí viene Henrietta para saludarte, Gervase —añadió su madre.

La muchacha era su prima segunda y había vivido con ellos desde la muerte de sus padres, en calidad de pupila del conde de Rosthorn. Al menos ella sí seguía teniendo el mismo aspecto. Siempre había sido bajita, de complexión robusta, morena y de rostro cuadrado. No era fea ni mucho menos, pero tampoco podía decirse que fuese bonita. Nunca se había casado. Debía de rondar los veintisiete o los veintiocho años.

—Henrietta —la saludó al tiempo qué inclinaba la cabeza con una sonrisa.

—Gervase —replicó ella, que le hizo una reverencia sin sonreír.

No había sido una bienvenida fría, concluyó cuando su madre lo cogió del brazo y lo instó a caminar en dirección a la mansión mientras un mozo de cuadra llevaba su caballo a los establos. No había percibido rastro alguno de hostilidad ni de resentimiento en ellos. Sin embargo, sí que había cierto recelo; una especie de incomodidad, como si fueran extraños… Cosa que ciertamente eran.

Le habían arrebatado a su familia, pensó, entre muchas otras cosas. ¿Volverían sus lazos a ser tan estrechos como siempre habían sido? ¿Podrían recuperar la confianza? Era muy consciente de la ausencia de su padre. Porque él había sido su

héroe. Hasta que lo repudió. De la forma más absoluta. Había creído las mentiras y las patrañas de otras personas en lugar de hacer caso a la declaración de inocencia de un hijo al que siempre había afirmado querer.

La traición había sido terrible.

Peor que la de Marianne.

Peor que la de Bewcastle.

Había sido demoledora.

Durante los días siguientes a su regreso tuvo que conocer a la servidumbre y ponerse al día con el administrador; casi todos ellos eran completos desconocidos. Debía inspeccionar la granja que abastecía a la mansión y explorar la propiedad; ambas conocidas pero irrevocablemente cambiadas. Tuvo que charlar con los arrendatarios y recibir a los vecinos, puesto que las noticias de su regreso se habían extendido con rapidez por el condado y la gente comenzó a llegar para presentarle sus respetos. Si conocían el motivo de su apresurada marcha al continente nueve años antes y de su extensa estancia en el extranjero, nadie dijo nada. A decir verdad, algunos parecían creer que se había ido para vivir un tiempo con su familia materna. Los conocía a todos, pero le parecían extraños.

Se sentía incómodo e inquieto en su propia casa. Durante los nueve años de exilio, había creído que cuando regresara lo encontraría todo exactamente igual que lo dejó. Había creído que volvería a ser la misma persona que había sido en aquel entonces.

Pero todo había cambiado y, sobre todo, había cambiado él.

Y eso lo disgustaba. Muchísimo. El problema era que a los pocos días de estar allí se dio cuenta de que no podía regresar al continente y retomar la vida de disipación y libertinaje que había llevado durante los pasados años sin más. Ya que había vuelto a casa, no podía echarse atrás. Era un hombre atrapado en el limbo, sin raíces y sin lazos que lo unieran a otras personas.

Aunque no tenía motivos de peso para quejarse. Su madre en particular se deshacía en mimos con él.

Una mañana durante el desayuno le preguntó por las familias vecinas que estaban ausentes en esos momentos. Varias de ellas estaban en Londres para disfrutar de la temporada social. De hecho, él mismo había estado a punto de encontrarse con la casa vacía. Su madre y Henrietta tenían pensado marcharse a Londres al cabo de unos días para ir de compras y asistir al teatro, así como a algún que otro evento social.

Su madre siguió contándole historias sobre sus vecinos, rellenando así las lagunas provocadas por su larga ausencia. Se habían producido pocos cambios significativos, se percató; muy pocas familias se habían marchado del condado y muy pocas se habían mudado.

—¿Y el marqués de Paysley? —le preguntó—. ¿Se deja ver mucho por Winchholme Park, maman?

Esperaba que no estuviera allí en esos momentos. Su presencia le crearía un dilema, ya que tendría que considerar si debía hacerle una visita o no. Pero

Winchholme era una de las propiedades menores del marqués. Nunca había tenido por costumbre alojarse en ella durante mucho tiempo.

—¡Vaya! El marqués del que tú te acuerdas murió hace ya algún tiempo —respondió su madre, que se hizo a un lado para que el mayordomo le sirviera una segunda taza de café—. ¿No te lo dije en una de mis cartas, *mon fils*? —Le regaló una sonrisa fugaz antes de volver a concentrarse en la tarea de echarle azulear al café y de removerlo.

—No —contestó. Su madre sabía que no le había dicho nada, claro estaba. Jamás se lo habría mencionado.

—El nuevo marqués no es el dueño de Winchholme —le adató—. Si haces memoria, recordarás que no estaba vinculado al título. El difunto marqués dispuso en su testamento que la propiedad pasara a manos de su hija.

Gervase lanzó una mirada penetrante a su madre. El marqués solo tenía una hija.

—¿A manos de Marianne? —quiso saber—. ¿Y vive allí?

—Sí, vive allí —respondió su madre—. Deberías ir a verla y hablar con ella. Sería muy angustioso que os pasarais la vida evitándoos el uno al otro cuando vivís apenas a cinco kilómetros de distancia, ¿no te parece? Ya ha pasado mucho tiempo desde que sucedió todo aquello.

Gervase siguió mirándola en silencio. Sí, había pasado mucho tiempo… y él lo había pasado todo en el exilio. ¿De verdad esperaba que podría perdonar y olvidar, que podría enterrar el pasado así sin más? Conocía a Manarme desde que eran niños. Sus hermanas y Henrietta jugaban con ella. Él también lo había hecho en ocasiones. Y aun así lo había traicionado de una forma espantosa.

—Henrietta y ella siguen siendo amigas —prosiguió su madre cuando resultó evidente que no pensaba replicar—. No puedes desentenderte de ella como si no existiera.

—¿Quién es su marido? —preguntó.

—¡Pero si no se ha casado! —respondió su madre—. Con lo guapa que es, no ha encontrado al hombre que la complazca. Prométeme que irás a verla.

—¡No! —exclamó con más brusquedad de la que pretendía—. No, no lo haré, *maman*. No soy capaz de mostrarme caritativo con ella.

De hecho, le dolía que su madre la aceptara como vecina con tanta complacencia y que no hubiera intentado romper su amistad con Henrietta. Le dolía que su prima no hubiera desdeñado a la que fuera su amiga. ¿Acaso a nadie le importaba que hubieran cercenado su vida con la misma efectividad que si le hubieran atravesado el corazón con una bala? ¿Acaso todos pensaban que había estado divirtiéndose de lo lindo en el continente?

No obstante, sus protestas comenzaban a resultar irritantemente patéticas incluso a sus propios oídos. Se puso en pie, le besó la mano a su madre y se despidió para comenzar con sus quehaceres cotidianos.

Su antigua vida se había esfumado, no podría recuperarla jamás. Sus años de vagabundeo y libertinaje habían llegado a su fin. Había llegado el momento de que

se labrara una nueva vida. Y esa nueva vida, cómo no, implicaba viajar a Londres en un futuro cercano. Lo que no tenía aún muy claro era cuándo lo haría.

Llevaba en casa una semana cuando Horace Blake le hizo una visita. Blake era uno de los vecinos que estaban en Londres y que acababa, de llegar el día anterior. Se llevaban unos cuantos años de edad, pero siempre habían mantenido una relación bastante distendida. Tras un afable apretón de manos, ocuparon los dos sillones que flanqueaban la chimenea de la biblioteca, con sendas copas de licor en las manos.

—Bueno, Rosthorn —dijo Blake con una sonrisa después de haber intercambiado unas cuantas bromas y unos comentarios sin importancia—, me han dicho que sigues siendo el mismo donjuán de siempre.

Gervase enarcó las cejas. Nunca había sido un donjuán.

—Eres la comidilla de Londres —siguió su amigo—. Incluso se han abierto apuestas en todos los clubes para ver si pides la mano de la muchacha o no… o para ver si Bewcastle acepta, en el caso de que lo hagas. Tuviste un altercado con él, ¿no? Me refiero a antes de marcharte.

¡Vaya! Eso quería decir que había sucedido. No se habían librado de las malas lenguas de la alta sociedad después de todo.

—Podría decirse que sí —contestó—. Supongo que te refieres a lady Morgan Bedwyn, ¿no, Blake? Tuve el honor de acompañarla de regreso a casa desde Bruselas porque necesitaba volver con urgencia para traer las noticias de la muerte de su hermano.

—¡Ah, sí! —replicó Blake—. Lord Alleyne Bedwyn. Una lástima, pobre muchacho. Dentro de unos días se va a celebrar una multitudinaria misa en su recuerdo en la iglesia de Saint George, en Hanover Square. Es una suerte que lady Morgan pueda aferrarse a la excusa del luto para quedarse en casa hasta que los rumores se acallen. ¿De verdad bailaste con ella a solas una noche en mitad de un bosque, Rosthorn? ¿Y la apartaste de los Caddick cuando estos tenían la intención de traerla con ellos a Inglaterra? ¿Y la besaste en plena calle en Bruselas? ¿Y te pasaste los días en la cubierta del barco con ella, con el brazo sobre sus hombros? ¿Y la abandonaste en cuanto pusiste un pie en suelo inglés? Podrá considerarse afortunada si Bewcastle no la encierra durante los próximos diez o veinte años y la tiene a pan y agua.

Al parecer, la idea le resultaba muy graciosa, ya que se echó a reír mientras hacía girar el licor de su copa antes de apurarlo de un solo trago.

El asunto había creado tanta expectación como él había esperado que lo hiciera… tal vez más. ¿Que si había bailado con ella a solas en mitad del bosque? ¿Que si la había besado en plena calle? ¿Que si la había apartado…?

Se preguntó hasta qué punto estaría sufriendo lady Morgan por culpa del escándalo. Tenía la impresión de que la muchacha se limitaría a chasquear los dedos, a alzar la barbilla y a enarcar esas cejas suyas tan arrogantes, en abierto desafío a las malas lenguas para que se emplearan a fondo. Aunque, cómo no, tenía que lidiar con Bewcastle y, conociendo al duque, no le haría ni pizca de gracia.

Cambió el tema de conversación y la visita se prolongó otra media hora antes

de que acompañara a su invitado a caballo hasta la verja de la propiedad. Regresó a solas con sus pensamientos.

Había llegado el momento, comprendió.

Dejó el caballo al cuidado de un mozo de cuadra en los establos y se apresuró a regresar a la casa. Subió los peldaños de la escalinata de dos en dos y encontró a su madre a solas en su gabinete privado, tal como esperaba. Cuando lo vio, dejó la costura y esbozó una cálida sonrisa.

—*Maman* —dijo—, creo que deberías retomar tus planes de pasar una semana en Londres para ir de tiendas y relacionarte con tus amistades. Pickford House tardará un par de días en estar lista, pero puedo mandar a alguien con la orden de que se pongan manos a la obra de inmediato. ¿Cuánto tardaréis Henrietta y tú en estar preparadas? ¿Tres días?

Su madre se puso en pie de un brinco con los ojos resplandecientes y las manos unidas sobre el pecho.

—¿Tú también vendrás, *mon fils*? —le preguntó—. Jamás he estado tan contenta. ¡Me pasearé por todo Londres del brazo del caballero más guapo del mundo!

Gervase fue a Bedwyn House el día posterior a la misa en homenaje a lord Alleyne Bedwyn. Dio unos discretos golpecitos con la aldaba de latón de la puerta y le ofreció su tarjeta de visita al mayordomo, a quien le pidió específicamente ver al duque de Bewcastle y quien lo dejó en el vestíbulo a la espera de una respuesta.

La casa estaba en silencio. Durante los cinco minutos que esperó, o más bien que lo hicieron esperar, no hubo ni rastro de la presencia de otras personas en la casa, salvo por el criado de librea que permanecía en el vestíbulo en silencio. Cuando el mayordomo regresó, le hizo un regio gesto con la cabeza y lo invitó a seguirlo. Lo condujo hasta una biblioteca situada en la planta baja, decorada con un estilo muy masculino y con sus cuatro paredes recubiertas desde el suelo hasta el techo con estanterías repletas de libros. El extremo más alejado estaba dominado por un enorme escritorio de roble con un tapete de cuero. Unos mullidos sillones de cuero y un sofá dispuestos frente a una gran chimenea de mármol completaban el mobiliario.

Bewcastle estaba sentado tras el escritorio. No se levantó mientras él cruzaba la estancia, pero sus ojos plateados no se perdieron ni uno solo de sus movimientos. La distribución de la estancia era deliberada, comprendió Gervase. Se había dispuesto de ese modo con el fin de que los sirvientes, los miembros de la familia que fueran convocados para dar explicaciones por alguna fechoría, los solicitantes, los humildes peticionarios y los invitados indeseados fueran muy conscientes de su propia insignificancia a medida que se acercaban a la augusta presencia del hombre que ostentaba todo el poder del que ellos carecían.

Supuso que él entraba en la categoría de los invitados indeseados. La tentación de bajar la mirada a la alfombra persa mientras se acercaba al escritorio fue muy fuerte; pero, en cambio, se obligó a clavar los ojos en su antiguo amigo sin flaquear. Prefería que lo colgaran antes que acobardarse sin haber pronunciado ni una sola

palabra.

—¿Bewcastle? —lo saludó con cordialidad y sin pérdida de tiempo en cuanto estuvo cerca.

—Rosthorn —La mano del duque sostenía el mango de un monóculo que pendía de una cinta de seda negra que llevaba al cuello—. Sin duda alguna, estás a punto de explicarme el propósito de esta visita.

No lo invitó a tomar asiento. Era un ardid concebido con el propósito de hacer que se sintiera inferior y comprendiera lo indeseada que era su visita, por supuesto. Frunció ligeramente los labios y esbozó una sonrisa torcida para hacerle saber que se había dado cuenta.

—La muerte de tu hermano te ha tenido muy ocupado durante las dos últimas semanas —dijo—. De todas formas, supongo que no habrás pasado por alto que lady Morgan Bedwyn se ha convertido en el blanco de una serie de comentarios muy desagradables.

—Hay muy pocas cosas relacionadas con mi familia que yo pase por alto —replicó Bewcastle—. Si has venido con la intención de ponerme al día acerca de los temas más candentes que circulan por los salones de Londres, ya puedes ahorrarte la molestia. Que tengas un buen día.

Gervase rió entre dientes y apoyó las palmas de las manos en el escritorio. Hubo un tiempo en el que envidió la actitud distante y la aparente naturalidad con la que Bewcastle dejaba claro el poder que ostentaba y con la que lograba subyugar a todo aquel que se cruzaba en su camino. Había deseado ser como él e incluso había intentado imitarlo. En aquel entonces era un jovenzuelo muy necio. Nunca habían sido amigos íntimos. Él no era más que el miembro más joven de su cohorte de seguidores, un muchacho que ni siquiera había descubierto su propio potencial, sus debilidades ni su personalidad. Pero ya no lo intimidaba alguien que, a fin de cuentas, no era más que un hombre.

—Los comentarios nos conciernen a tu hermana y a mí —prosiguió—. Pasé un tiempo con ella en Bruselas, en un primer momento porque frecuentábamos los mismos círculos sociales y después porque tanto su carabina como su doncella la abandonaron y necesitaba la protección de alguien que garantizara su seguridad.

—Que garantizara su seguridad… —repitió Bewcastle en voz baja—. ¿Tú?

—La acompañé de regreso a Inglaterra porque ella necesitaba venir y porque no contaba con nadie más para hacerlo —dijo—. Sí, durante unas semanas pasé demasiado tiempo en su compañía, lo que despertó el interés de las malas lenguas que viven de cualquier asomo de indiscreción.

—¿Debo darte las gracias por la atención que le ofreciste a lady Morgan y los comentarios a los que la has expuesto, de forma bastante deliberada si no me equivoco? —preguntó el duque, alzando las cejas con arrogancia—. Puedes sentarte a esperar que te lo agradezca, Rosthorn. No me cabe la menor duda de que sir Charles Stuart se habría encargado de ayudar a lady Morgan si tú no lo hubieras hecho; y de un modo mucho más apropiado.

Por extraño que pareciera, en aquel entonces ni siquiera se le había pasado por

la cabeza esa posibilidad. No obstante, era cierto. Al fin y al cabo, lady Morgan era la hermana de uno de los funcionarios al cargo de sir Charles. Y también era la hermana de un duque. Sonrió con cierta sorna.

—El pasado, evidentemente, no puede cambiarse —replicó—. En lo más mínimo. He venido para pedirte la mano de lady Morgan Bedwyn, para firmar un acuerdo matrimonial contigo y para solicitarte permiso a fin de poder hablar con ella en persona.

Nueve años antes se había preguntado si la austera aunque hermosa fachada que presentaba Bewcastle albergaba en su interior un corazón o si por las arterias y las venas que la alimentaban corría hielo en lugar de sangre. Lo mismo se preguntó en esos momentos, mientras se veía sometido al escrutinio de esa mirada gélida y desapasionada. El monóculo ducal estaba alzado a medio camino del ojo ducal.

—Lady Morgan Bedwyn —dijo, pronunciando las palabras con precisión y rompiendo de ese modo lo que había sido un largo silencio— no será sacrificada en aras de los cotilleos. Y tampoco te será ofrecida en sacrificio, Rosthorn.

Gervase se enderezó y apretó los labios.

—Quizá —comenzó— la dama tenga algo que decir al respecto.

—La dama —replicó Bewcastle— no tendrá la oportunidad de decir nada. Que tengas un buen día, Rosthorn.

Gervase no se movió. Cuánto debía de alterar al duque el mero hecho de haber tenido que concederle esa entrevista. Cuánto debía de exasperarlo el hecho de que su hermana se hubiera convertido en el blanco de los cotilleos más escabrosos, que su nombre se viera relacionado con el suyo. Por un instante, saboreó la satisfacción que todo eso le reportaba y se imaginó lo que pasaría si cedía a la tentación de asestarle el golpe de gracia.

«Me he acostado con ella. ¿Te lo ha comentado, Bewcastle? ¿No? ¡Vaya! En ese caso, tal vez quieras reconsiderar tu respuesta, ¿no crees?»

Sin embargo, no estaba preparado para llegar a ese extremo. Ella no se lo merecía. Ningún ser humano pasaría por semejante situación a sus manos.

—¿No te importa que la estén calumniando? —preguntó—. ¿No te importa que se le presente la oportunidad de acallar los rumores? ¿Ni que esa oferta provenga de un hombre elegible hasta para una dama con una posición social tan encumbrada como la de lady Morgan Bedwyn? ¿Ni tampoco el hecho de que ella tal vez desee considerarla?

—Lady Morgan Bedwyn está bajo mi tutela —contestó el duque, llevándose el monóculo al ojo para observar a su visitante de arriba abajo—. Y lo seguirá estando durante dos años y medio. Vuelvo a desearte un buen día, Rosthorn.

—Durante el tiempo que pasé con ella, tuve la clara impresión de que era una dama con opinión propia —afirmó—. Me gustaría saber qué opina ella con respecto a mi propuesta matrimonial. Es muy posible que la rechace. A decir verdad, eso fue lo que me dijo cuando le informé de mi intención de hablar contigo en cuanto llegáramos a Inglaterra. Pero me gustaría ver que se le ofrece la oportunidad de decidir por sí misma.

—Hasta que lady Morgan alcance la mayoría de edad —señaló Bewcastle al tiempo que extendía un brazo para tirar del cordón de la campanilla del servicio—, es mi responsabilidad decidir qué ofertas matrimoniales, y ya ha habido varias, merecen su consideración. Ésta no se encuentra entre ellas. Fleming —Sus ojos se habían desviado hasta un lugar situado tras él—. El conde de Rosthorn se marcha. Acompáñalo a la salida.

Gervase asintió con la cabeza y miró al duque con una sonrisa torcida antes de dar media vuelta y atravesar la estancia hasta dejar atrás al mayordomo, que estaba de pie junto a la puerta. Seguía sin haber rastro de otros residentes en el vestíbulo, salvo el susodicho criado de librea. Se preguntó si lady Morgan se enteraría de que había estado en su casa y de que había pedido su mano en matrimonio. Estaba seguro de que no.

Se colocó el sombrero al salir a la calle y se puso los guantes mientras esperaba que su recién contratado lacayo llegara con su nuevo tílburi desde el lugar donde lo había dejado aparcado, junto a la acera del parque que ocupaba el centro de la plaza. Debía considerar su siguiente movimiento. Evidentemente, no tenía por qué haber un siguiente movimiento. Bewcastle estaba molesto y debía encontrar el modo de lidiar con el escándalo que se había convertido en la comidilla de los salones de Londres. Había rechazado una oferta matrimonial para su hermana. Al igual que lo había hecho ella. Y lady Morgan había sido tajante en su negativa cuando sacó a colación el tema en Bruselas.

Pero la cosa no acababa ahí, decidió mientras se acomodaba en el alto asiento del tílburi y cogía las riendas. Al menos, en lo referente a Bewcastle. Y tampoco en lo referente a lady Morgan Bedwyn.

Capítulo 13

Judith y Rannulf estaban planeando regresar a Leicestershire e invitaron a Morgan a que se fuera con ellos. La idea le resultaba atractiva por varios motivos. Podría ver a su abuela, ya que ésta vivía con ellos. Podría pasar más tiempo con el pequeño William, a quien adoraba. Y podría alejarse de todos los eventos de la temporada social, ya que muchos de ellos le estaban vetados a causa del luto. Aunque tampoco le apetecía asistir. Su primera temporada social había sido muchísimo menos espantosa de lo que esperaba, cierto, pero había llegado el momento de pasar página.

Sin embargo, hubo una cosa, una sola cosa, que la ayudó a tomar la decisión de quedarse hasta el final, de seguir en Londres hasta que Wulfric estuviera listo para regresar a Lindsey Hall, donde pasarían el verano. Y fue el descubrimiento de que el capitán lord Gordon había dicho la verdad: corrían un sinfín de rumores espantosos sobre ella y el conde de Rosthorn. La opinión generalizada sostenía que había caído en desgracia y debía apartarse de la sociedad para esconder su deshonra, ya que el hombre que había mancillado su honor no se había ofrecido a restaurar su buen nombre llevándola al altar sin dilación.

Había descubierto la desagradable verdad mientras tomaba el té en casa de Freyja y Joshua el día posterior a la misa en memoria de su hermano. Había hecho la pregunta y todos los miembros de su familia (Wulf no estaba presente) admitieron que era verdad. Se lo habían ocultado por la única razón de que estaba muy alterada por lo de Alleyne y no querían añadir más sufrimiento a su dolor.

La verdad tuvo el mismo efecto que un trapo rojo que se agitara frente a un toro.

No iba a marcharse de Londres ni a esconderse de la alta sociedad por el mero hecho de que todos esperaban que lo hiciera. Y su familia, por supuesto (con la habitual excepción de Wulfric, que no sabía nada del tema), aplaudió su decisión.

De modo que a la mañana siguiente salió a cabalgar por Hyde Park. Lady Chastity Moore y el vizconde de Meecham también formaban parte del grupo. Hacía un día maravilloso y ella necesitaba el ejercicio tras la desacostumbrada inactividad de las dos últimas semanas. Y, sobre todo, Rotten Row era el lugar de moda para los paseos a caballo matutinos y, por tanto, el lugar perfecto donde plantar cara. Hasta las personas que estaban de luto podían cabalgar.

Cuando enfilaron Rotten Row, echó un vistazo a su alrededor con la barbilla en alto, mirando a los ojos a todas las personas con las que se cruzaba y saludando con la cabeza a los conocidos. Nadie, comprobó con interés, le dio la espalda. Pero, claro estaba, ella era lady Morgan Bedwyn y formaba parte de un grupo de jinetes

eminentemente respetables. Los demás podían fingir que estaban saludando al resto del grupo y que no habían reparado en su presencia.

Eso no bastaba.

—¿Quién galopa conmigo hasta el final de Rotten Row? —preguntó.

—Me has quitado las palabras de la boca, Morg —contestó Freyja.

—Encanto —comenzó Joshua con un suspiro exagerado—, supongo que si te prohibiera hacer algo semejante a causa de tu estado, te sentirías obligada a que la carrera fuera de ida y vuelta, ¿verdad? Sí, ya me lo imaginaba.

Freyja lo había fulminado con su mirada más altiva… y además contaba con la enorme ventaja de la prominente nariz de los Bedwyn para mirarlo por encima de ella.

Las dos azuzaron a sus monturas en un santiamén sin añadir nada más y salieron al galope. Morgan se inclinó sobre el cuello de su caballo y experimentó la maravillosa sensación de la velocidad y del potencial peligro. Claro que Rotten Row no era ni mucho menos peligroso… La avenida estaba en magníficas condiciones. Los Bedwyn, a quienes les encantaba montar a galope tendido, acostumbraban a tomar rutas mucho peores en sus frecuentes carreras campo a través. Pero aun así era estupendo disfrutar de nuevo del aire libre.

Galoparon por Rotten Row y se mantuvieron codo con codo casi todo el camino, hasta que Freyja azuzó a su caballo y se adelantó al acercarse a las puertas de Hyde Park Córner, ganando por una cabeza. Cuando refrenaron a los caballos, ambas se reían a carcajadas.

En ese momento un grupito de caballeros entró a caballo por las puertas, que se encontraban a cierta distancia de ellas, y Morgan los miró con la barbilla en alto para obligarlos a saludarla o a darle la espalda directamente. Pero sus ojos se detuvieron en uno de los jinetes. Un jinete que la estaba mirando con una expresión risueña e indolente en los ojos, y a quien encontró tan entrañablemente familiar que estuvo a punto de olvidar que estaba enfadada con él.

El jinete se separó del grupo y se acercó hasta ella.

—Lady Morgan —Se quitó el sombrero y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Lord Rosthorn —Le faltaba el aliento por la carrera, se dijo.

De repente, Freyja se tensó en su montura.

—Freyja… —Miró a su hermana con los ojos brillantes—. Tengo el honor de presentarte al conde de Rosthorn. Mi hermana, la marquesa de Hallmere, milord.

El conde inclinó de nuevo la cabeza y Freyja le correspondió con rígido desdén.

—No sabía que estuviera en la ciudad —le dijo Morgan.

—Pues aquí estoy —replicó él—. Llegué de Windrush anteayer.

El día de la misa por su hermano. Eso explicaba por qué no había asistido… y por qué no había ido a verla durante las pasadas dos semanas. Sin embargo, llevaba dos días en la ciudad. En ese momento lamentó haberle sonreído con tanto entusiasmo poco antes.

—Espero que en su hogar estén todos bien —dijo, en un alarde de decorosa

dignidad.

—Así es —Su mirada risueña estaba clavada en ella como si estuvieran compartiendo una broma privada, y eso la llevó a pensar en su primer encuentro, cuando llegó a la conclusión de que lord Rosthorn era un libertino y un sinvergüenza.

Para entonces el resto del grupo ya las había alcanzado y tuvo que hacer las presentaciones de rigor. Como era de esperar, todos los hombres se crisparon. Después de todo, ése era el caballero que había provocado los infames rumores que corrían sobre ella. Eve se mostró amable y efusiva… como era de esperar, también Judith y Chastity se mostraron muy civilizadas. Lord Rosthorn estuvo encantador.

Los jinetes que lo acompañaban habían enfilado Rotten Row a esas alturas y ellos no tenían más remedio que regresar por donde habían llegado. El conde se colocó a su lado cuando emprendieron la marcha y su familia formó un formidable círculo protector en torno a ellos. Fue precisamente en ese momento cuando cayó en la cuenta de que el encuentro estaba despertando mucha curiosidad en el resto de los jinetes, quienes disfrutarían contándolo en todos los salones de Londres a lo largo del día.

Las circunstancias les permitieron entablar una conversación medianamente privada.

—*Chérie* —le dijo él en voz baja—, ¿me ha echado de menos?

—¿Echarlo de menos? —Más de lo que estaba dispuesta a admitir, incluso para sus adentros. Verlo de nuevo le había provocado una abrumadora sensación, había despertado sus sentidos, sus recuerdos. A sus ojos era un hombre guapo, atractivo y viril. Un amigo muy querido. Y también un amante al que había perdido hacía mucho tiempo. El aire entre ellos parecía crepitar de la emoción—. He estado demasiado ocupada con otros asuntos como para dedicarle más de un pensamiento fugaz, lord Rosthorn.

—¡Vaya! —Se llevó una mano al corazón un instante—. Me ha destrozado. Yo la he echado de menos.

Morgan le lanzó una mirada altiva y recelosa. Volvía a coquetear con ella, a reírse de ella, como si no hubiera pasado absolutamente nada desde aquella infame cena campestre en el bosque de Soignes.

—¿De veras? —le preguntó con voz fría, incluso desinteresada—. Llegó a Londres anteayer, ¿no, lord Rosthorn? En ese caso, supongo que no estaba en Bedwyn House cuando usted fue a verme ayer.

—Supongo que así fue, *chérie* —convino él—. Desde luego yo no la vi, aunque estuve cinco minutos esperando en el vestíbulo hasta que su hermano me hizo pasar a la biblioteca.

Morgan desechó la actitud altiva y lo miró estupefacta.

—¿Fue a ver a Wulfric ayer?

¿Había cumplido lo que dijera en Bruselas? ¿Había pedido su mano?

—Así es —respondió él—. Pero, en fin, ordenó a ese sobrio mayordomo suyo que me pusiera de patitas en la calle… y eso habría hecho el tipo si yo no hubiera

salido corriendo antes de que pudiera remangarse siquiera. Bewcastle no me ha dado permiso para cortejarla, *chérie*.

—¿Que no le ha dado permiso? —repitió, resoplando por la nariz. Acababa de olvidar que tampoco ella quería que la cortejara—. ¿Y le explicó el motivo? Supongo que se debe a que lo culpa de todos los estúpidos comentarios que corren sobre nosotros.

—Tal vez —Le sonrió—. O tal vez porque mi reputación estaba un poco deslustrada incluso antes de involucrarla en un escándalo.

—Esto es absurdo —dijo al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor y se percataba una vez más de que se encontraban en un lugar muy público… y de que habían llegado prácticamente al final de Rotten Row—. No tiene ni pies ni cabeza.

—Me preocupa que su reputación haya quedado mancillada, *chérie* —aseguró lord Rosthorn—. Si pudiera, le pondría remedio a la situación.

—Pero es absurdo —repitió—. Nadie sabe hasta qué punto valoré su amistad en Bruselas.

—Pero fuimos algo más que amigos, *ma petite* —añadió él, bajando la voz.

—Lord Rosthorn —replicó—, sería mejor que ambos nos olvidáramos de eso.

—¡Vaya! —exclamó—. Está pidiendo lo imposible, ¿no le parece?

Fue un alivio ver que ya habían llegado al final del camino. Sus escasos minutos en relativa intimidad habían acabado. Rannulf tenía la mirada clavada en el conde y Aidan avanzó hasta colocarse junto a ella. Los acompañantes de lord Rosthorn lo aguardaban a escasa distancia.

El conde se dirigió a Freyja.

—Lady Hallmere —dijo—, tal vez opine usted como mi madre, que asegura que la mejor defensa contra el escándalo y los rumores es un ataque. Ella estaría encantada de recibirla mañana por la tarde para tomar el té, acompañada de lady Morgan y lady Chastity y, por supuesto, de lady Eve y lady Judith. Tengo entendido que conoce a mi madre, milady.

Freyja lo miró con aprobación.

—Así es —le aseguró—. Y en este caso concreto coincido con su madre, por mucho que desprecie los rumores. Estoy segura de que sabe que Morgan solo tiene dieciocho años y acaba de ser presentada en sociedad, lord Rosthorn. Iremos a Pickford House para tomar el té mañana por la tarde.

—Y yo también iré —dijo Eve—. Por favor, milord, déle las gracias a la condesa de Rosthorn por su amable invitación.

—Rannulf y yo regresamos a Leicestershire mañana —explicó Judith—. Si no le importa, dígale a su madre que siento mucho no poder aceptar su invitación, lord Rosthorn.

Morgan no dijo nada.

—En ese caso, les deseo que tengan un buen día —dijo lord Rosthorn a modo de despedida—. ¿Lady Morgan? —Se tocó el ala del sombrero con la fusta y se reunió con sus amigos sin mirar atrás.

¿Por qué había rechazado Wulfric su proposición?, se preguntó Morgan. Al fin

y al cabo, era el conde de Rosthorn. No un don nadie. Y no había que olvidar el estúpido escándalo en el que se habían visto envueltos.

—¿Seguimos con el paseo o vamos a quedarnos mirando al conde de Rosthorn toda la mañana? —preguntó Freyja.

—Fue a ver a Wulfric ayer —comentó Morgan, sin apartar la vista de él—. Le pidió mi mano, pero Wulf rechazó su proposición.

Como no podía ser de otro modo, todos los Bedwyn tenían una opinión al respecto.

—Pues acaba de ganar puntos a mis ojos —dijo Rannulf.

—¿Te refieres a Rosthorn o a Wulfric? —quiso saber Joshua.

—¿Y Wulf ni siquiera te lo ha dicho, Morg? Típico de él —afirmó Freyja con desdén.

Eve sonrió.

—Es encantador.

—Me encanta su acento francés —añadió Chastity.

—Es guapísimo, ¿verdad? —les preguntó Judith al tiempo que lanzaba una sonrisa maliciosa a Rannulf.

—Es demasiado mayor para Morgan —replicó éste con contundencia—. No te gusta, ¿verdad, Morg?

—No lo entendéis —dijo ella—. Nadie lo entiende. Fue… Es mi amigo —Aun así, no podía quitarse de la cabeza la vehemencia con la que había buscado consuelo en su casa aquella noche y la vehemencia con la que él se lo había ofrecido. No hubo nada romántico, ni tierno, no hubo amor… ni siquiera amistad. Pero hubo algo que los unió, y era incapaz de olvidarlo sin más. No comprendió que podría haber concebido un hijo durante el encuentro hasta que le llegó la menstruación una semana antes. Si ése hubiera sido el caso, su vida habría cambiado para siempre.

Por absurdo que pareciera, estaba al borde del llanto.

—Vamos a cabalgar otra vez por Rotten Row, Morgan —le sugirió Aidan—. Así podrás contarme todo lo que pasó en Bruselas. Y por qué Rosthorn es tu amigo.

—¿Vas a escucharme? —le preguntó con sequedad. Nadie escuchaba de verdad, y mucho menos cuando la persona que hablaba solo tenía dieciocho años.

Sin embargo, había sido injusta con Aidan. Su hermano siempre había sido muy seco, incluso adusto, en su relación con los demás. Seguía sin sonreír mucho a pesar de estar felizmente casado con Eve. No lo había visto mucho mientras crecía porque siempre había estado fuera con su regimiento, combatiendo a los franceses. Pero siempre lo había adorado, tal vez más que al resto de sus hermanos. Cada vez que volvía a casa, sacaba tiempo para estar con ella, para hacer cosas que le gustaban, como pintar al aire libre sin la molesta presencia de su institutriz, que no dejaba de mirarla por encima del hombro mientras pintaba. Y siempre la había escuchado como si fuera una persona, no como su pesada hermana pequeña.

—Te escucharé —le contestó con seriedad—. Vamos. Demos un paseo.

Gervase regresó a casa para desayunar en lugar de ir a White's tal como había sido su intención en un principio. Su madre y Henietta ya estaban sentadas a la mesa. Le dio un beso a su madre en la mejilla y un apretón en el hombro a su prima antes de sentarse y dejar que el mayordomo le llenase el plato.

—Mañana por la tarde van a venir unas damas a tomar el té contigo, *maman* —comentó de pasada después de intercambiar los comentarios de rigor.

—¿En serio, *mon fils*? —preguntó ella—. ¿Y podré saber de antemano quiénes son?

—La marquesa de Hallmere con su hermana —respondió—, lady Morgan Bedwyn, su cuñada, lady Bedwyn, y la prima de Hallmere, lady Chastity Moore.

—Vaya, Gervase —replicó su madre—, es un grupo de damas formidable. Y creo que una de ellas es la joven cuyo nombre está vinculado al tuyo de una forma en absoluto halagüeña.

—Ya veo que has escuchado los rumores —dijo él mientras cortaba una salchicha—. Son todos infundados. Tuve el honor de ofrecerle mi protección cuando su carabina regresó a Inglaterra y la dejó en Bruselas. Lady Morgan se quedó allí para atender a los heridos y esperar noticias de su hermano, que partió hacia Waterloo con la misión de entregarle una carta urgente al duque de Wellington, pero no regresó. Después de que le notificaran la muerte de lord Alleyne Bedwyn, tuve el honor de acompañarla, a ella y a su doncella, de vuelta a Inglaterra.

—Y, aun así —lo interrumpió su madre—, los rumores son espantosos. Nadie me ha dicho nada directamente, por supuesto, pero a Henrietta la entretuvieron con un sórdido y detallado recuento de los hechos durante el concierto que se celebró anoche en casa de la señora Ertman. ¿No es así, *ma chére*?

—Me negué a creer que hubieras actuado de forma deshonrosa, Gervase —dijo su prima—. Te defendí en la medida de lo posible sin conocer los hechos.

—Gracias —Le sonrió—. Se me ha ocurrido aplacar el rumor demostrándole a todo el mundo que te llevas bien con lady Morgan Bedwyn y con su familia, *maman*. Podrías invitar también a otras damas a tomar el té.

—¿Como a las damas del comité organizador de Almack's, por ejemplo? —sugirió su madre con una nota sarcástica en la voz—. Gervase, ¿por qué no has pedido la mano de la muchacha? Eso sería lo correcto después de haber mancillado su buen nombre, aunque no fuera esa tu intención.

—Lo he hecho —le aseguró—. Bewcastle rechazó mi proposición y ni siquiera me permitió cortejarla.

—¿Que no te lo permitió? —Su madre lo miró durante un buen rato con expresión acerada, olvidando la tostada que tenía en el plato—. ¿Y te resultó satisfactorio enfrentarte a él, Gervase? ¿Le resultó a él satisfactorio rechazarte? ¿Es que no ha cambiado nada, no se ha solucionado nada?

Llevaba intentando desentrañar sus propias intenciones desde el día anterior. Había sido toda una sorpresa encontrarse con lady Morgan tan pronto, aunque había planeado buscarla. Y en cuanto la vio, se le ocurrió el modo de suavizar, tal vez, el escándalo. Sería muy conveniente que su madre recibiera a lady Morgan y a su

hermana a la vista de otras damas. Y al mismo tiempo enfurecería a Bewcastle, que se vería en el dilema de permitir la asistencia de su hermana o de hacerle un feo a una dama del calibre social de su madre.

Ver a lady Morgan en el parque le había provocado una oleada de ternura. Así como una reacción física muy potente que sobrepasaba con mucho la mera atracción. La había poseído. Había estado en su interior. La conocía. Sin embargo, la avalancha de sentimientos no le hizo ni pizca de gracia. Le habría gustado utilizarla sin remordimientos para vengarse de Bewcastle. Pero ella era una persona, y con independencia de los sentimientos que despertaba en él, le caía bien. Incluso la admiraba.

—Pedí su mano porque había comprometido a la dama —explicó—. Bewcastle rechazó la proposición por motivos de los que no me hizo partícipe.

Su madre continuó mirándolo con seriedad.

—¿Y sientes algo por esta dama, Gervase? —le preguntó—. ¿Van tus sentimientos por ella más allá del honor? ¿Te has encariñado con ella?

—Sí, le tengo cariño —admitió—. Pero no te imagines que es una poética historia de amor, *maman*. Ella es muy joven y yo ya estoy de vuelta de todo. Fuimos amigos en Bruselas, obligados por las circunstancias. Y aquí en Inglaterra, donde ella está con su familia y yo con la mía, no podemos revivir esa amistad. Mi único deseo es limpiar su reputación.

Pero su madre se había llevado las manos al pecho y lo estaba mirando con una sonrisa deslumbrante.

—No sabes lo que dices, Gervase —le aseguró—. ¡Qué tontos son los hombres! Sientes algo por lady Morgan Bedwyn, a quien no he visto en la vida. Pero lo voy a remediar. Mañana la recibiré en esta casa y te haré saber si la considero digna de mi hijo o no. Si me dieran la oportunidad, elegiría a cualquier otra mujer antes que a una Bedwyn, pero el amor no siempre puede elegirse de forma racional. Por fin se han escuchado mis oraciones, por fin voy a ver felizmente casado a mi primogénito.

Gervase apeló la ayuda de su prima con una mirada silenciosa. Henrietta le sonrió.

—No te avergonzaré con un despliegue de entusiasmo, Gervase —le dijo—, pero quiero que sepas que nada me alegraría más que verte por fin feliz.

Chastity se marchó con lord Meecham, ya que iban a desayunar con la hermana del vizconde. Freyja y Joshua acompañaron a los demás a Bedwyn House. Wulfric se reunió con ellos a la mesa antes de que hubieran empezado a comer.

—Nos hemos encontrado con el conde de Rosthorn en el parque —anunció Freyja. Jamás había sido partidaria de andarse por las ramas—. Y nos ha invitado, en nombre de la condesa, a tomar el té mañana por la tarde en Pickford House. Eve y Morgan irán en mi carruaje, Wulf, así que no hace falte que ordenes ninguno.

—Muy considerado de tu parte, Freyja —replicó su hermano al tiempo que se colocaba la servilleta en el regazo—. Sin duda, Joshua y Aidan os han dado permiso a

ti y a Eve para que aceptéis la amable invitación. Yo no recuerdo haber dado permiso para que Morgan os acompañe.

—¡Como si necesitara el permiso de Joshua para hacer lo que me apetezca! —replicó Freyja, fulminando a su marido con la mirada como si las retrógradas palabras hubieran salido de sus labios—. ¿Y por qué ibas a negarle el permiso a Morgan, Wulfric?

—Supongo que tu pregunta es retórica —replicó él mientras alzaba levemente la ceja para indicarle al mayordomo que le sirviera el té—. El conde de Rosthorn no es compañía apropiada para ningún miembro de esta familia. Carece de la reputación de un caballero y la despreocupación de la que ha hecho gala a la hora de involucrar a Morgan en un escándalo innecesario lo demuestra. Preferiría que enviaras tus disculpas a la condesa.

—En mi opinión, Wulf —intervino Rannulf mientras Morgan tomaba aire para hablar—, deberíamos mostrarnos cordiales con lady Rosthorn por el bien de Morgan. Si se corre la voz de que la condesa la ha invitado a su casa, los rumores se acallarán por sí mismos sin duda alguna. Pronto serán reemplazados por algo mucho más jugoso.

—Me temo que tengo que darle la razón —dijo Joshua—. Y también me veo en la obligación de recordar que Freyja sigue siendo la madrina de Morgan hasta que llegue a su fin su primera temporada social. Si le parece adecuado aceptar la invitación y llevar a Morgan a Pickford House, debe considerarse una invitación irreprochable.

Wulfric estaba dando buena cuenta de un ingente desayuno, como si estuvieran tratando un tema de la misma irrelevancia que el tiempo.

—Me molesta mucho que todo el mundo hable de mí como si yo no estuviera presente para hacerlo por mí misma —dijo ella al tiempo que soltaba el tenedor y el cuchillo en la mesa sin muchos miramientos, ya que, de todas formas, no había comido nada—. Wulf, si tienes alguna objeción, ya sea objetiva o personal, contra el conde de Rosthorn, dila sin rodeos. Si no es así, lo único que puedes esgrimir en su contra es que permaneciera a mi lado en Bruselas cuando los Caddick me abandonaron, que me acompañara a casa de la señora Clark y que se encargara de trasladar mis pertenencias. Y que después pusiera a mi disposición su tiempo y su esfuerzo para intentar averiguar qué le había sucedido a Alleyne. Y que me acompañara siempre que necesitaba respirar un poco de aire y hacer ejercicio después de estar atendiendo a los heridos… para que no me viera obligada a hacerlo sola. Y que, una vez que el ayudante de sir Charles Stuart me comunicó que habían encontrado la carta que llevaba Alleyne, contratara una doncella y me trajera a casa en persona, aunque no creo que tuviera pensado regresar a Inglaterra tan pronto. ¿Ésas son tus razones para acusarlo de no ser un caballero, Wulf? ¿Ésas fueron tus razones para rechazar la proposición que te hizo ayer y para negarle el permiso de cortejarme?

—¡Bravo, Morg! —exclamó Rannulf.

Judith le había cogido la mano que tenía sobre la mesa. Le dio unas palmaditas

para reconfortarla.

—Vaya… —replicó Wulfric, alzando la vista del plato un instante—, así que lo ha dejado caer durante la conversación, ¿no?

—Sí —le contestó—. Lo habría rechazado, Wulf. ¿No te has parado a pensarlo? Nunca aceptaría que un hombre se viera obligado a casarse conmigo por una cuestión de honor. Y nunca aceptaré a un hombre al que no quiera con toda mi alma. Pero me molesta mucho que ni siquiera me dieses la oportunidad de escoger mi futuro. Me molesta muchísimo.

Su hermano la miró en silencio con las cejas enarcadas.

—Tal vez hayas olvidado, Morgan —le dijo mientras se llevaba la taza de té a los labios haciendo gala de un pulso abominablemente firme—, que tienes dieciocho años y que hasta que alcances la mayoría de edad soy yo quien tiene que tomar las decisiones importantes concernientes a tu futuro.

—¿Cómo voy a olvidarlo? —exclamó al tiempo que arrojaba la servilleta sobre la mesa tras haber descartado la idea de fingir que iba a comer—. ¿Eso quiere decir que tengo prohibido ir a casa de la condesa a tomar el té? ¿Que me vas a encerrar en mi habitación a pan y agua?

Wulfric dejó sus cubiertos en la mesa y la miró con frialdad.

—Los berrinches siempre me han parecido muy tediosos —dijo—. Pero, tal como Joshua acaba de señalar, Freyja es tu madrina durante esta primera temporada. Si ella cree que es una relación apropiada para ti, no tengo nada más que añadir.

—Creo que es una decisión magnífica, Wulfric —replicó Eve, cosa que atrajo la sorprendida mirada de su hermano—. Es evidente que quieres evitar que Morgan sea embaucada por un hombre sin principios, pero lo más importante es acallar de algún modo el absurdo escándalo que ha surgido.

—Ciertamente —contestó él.

—Además —continuó su cuñada—, Morgan es tan sensata como cualquiera de nosotros y estoy segura de que siempre se comportará de un modo adecuado a su apellido y a su posición social.

—Puestos a pensarlo, eso no tranquiliza mucho, ¿no crees, Eve? —replicó Rannulf con una sonrisa.

—Hemos planeado llevar a los niños a ver monumentos esta tarde —dijo Aidan —. Becky quiere ver la pagoda de los jardines de Kew. Davy quiere ver los leones de la Torre. ¿Alguna idea de cómo podemos complacerlos a los dos?

La conversación tomó otros derroteros y Morgan cogió el cuchillo y el tenedor para atacar su desayuno después de lanzarle una mirada agradecida a Aidan, que le valió un guiño como respuesta.

Capítulo 14

Gervase decidió que al año siguiente debía ocupar el lugar que le correspondía por derecho en la Cámara de los Lores. Todos sus pares se encontraban allí y se sentían inclinados a tratarlo con distante cortesía en el mejor de los casos; como a alguien, tal vez, que no se tomaba muy en serio sus responsabilidades. Los caballeros con los que sí se codeaba eran, por regla general, antiguos compañeros de juventud que seguían llevando una vida ociosa, aunque a esas alturas ya habían pasado a un plano en el que estaban aburridos y hastiados de todo… Y que lo habían elevado a los altares por sus correrías en el continente y por las circunstancias que habían rodeado su regreso a Inglaterra. La mañana que se encontró con lady Morgan en Hyde Park, él mismo le había confesado a su madre que se sentía hastiado de todo. También estaba aburrido y llevaba sin hacer nada nueve años. Aun así, tenía la impresión de ser muchísimo mayor, al menos en experiencia, que sus acompañantes, a quienes había dejado de considerar sus amigos. Había llegado el momento, o eso suponía, de sentar cabeza y de ganarse el respeto de sus pares. Le molestaba muchísimo que tuviera que ganárselo a pulso, que le hubieran arrebatado tanto su buen nombre como nueve años de su vida; sin embargo, si se dejaba llevar por la amargura, solo conseguiría perder más tiempo. No obstante, Bewcastle era su talón de Aquiles. Parecía incapaz de olvidar su deseo de hacerle daño. Su madre había invitado a unas cuantas damas de su círculo de amistades a tomar el té en Pickford House la misma tarde que él invitó a las Bedwyn. En un primer momento, ni se le pasó por la cabeza sumarse a la reunión. Fue su madre quien le señaló cuan apropiado sería que lo hiciera.

—Es importante que os vean juntos —le explicó—, guardando las formas y bajo la mirada benevolente de tu *maman*.

De modo que Gervase entró en el salón mientras las damas tomaban el té. La estancia parecía estar repleta de mujeres ataviadas a la última moda; era bastante intimidatorio ser el único hombre de la reunión. Su madre estaba sentada en un sofá colocado cerca de la chimenea junto a lady Morgan, cuya juventud y belleza quedaban resaltadas por el color negro de su vestido. Les hizo una reverencia a ambas, besó la mano de su madre y, después de preguntarle a lady Morgan por su salud, dio media vuelta para conversar con el resto de las presentes.

Aunque no hubo ninguna pausa como tal en las conversaciones, supuso que todos los ojos habían estado pendientes de su aproximación a lady Morgan Bedwyn y todos los oídos se habían agudizado para no perderse ni una sola de las palabras que intercambiaron. No le cabía la menor duda de que ese encuentro sería el tema de conversación de la noche en las cenas, en el teatro, en los bailes y en los salones.

¿Habrían puesto fin al escándalo?

¿O se esperaba un anuncio formal de compromiso antes de que las dos partes implicadas en el escándalo fueran admitidas nuevamente en el redil?

Durante la media hora siguiente, Gervase puso mucho cuidado en intercambiar algunas palabras con todas y cada una de las presentes. Descubrió que le gustaba la marquesa de Hallmere pese a su altivez y que también le gustaba su inusual aunque atractiva apariencia; era bajita y tenía una exuberante e indomable melena rubia, cejas oscuras y la prominente nariz que también caracterizaba a sus hermanos. Hablaron sin tapujos de un buen número de cuestiones y no se molestó en ocultar el hecho de que lo estaba evaluando por el bien de su hermana. Lady Bedwyn era una dama agradable, amigable y bonita que lo sorprendió cuando le dio las gracias a la doncella que se acercó para retirar la bandeja del té con una cálida sonrisa. Lady Chastity Moore era una joven sensata y bonita.

Las Bedwyn fueron las últimas en marcharse.

—Gervase, la marquesa de Hallmere nos ha invitado, a Henrietta, a ti y a mí, al baile que va a celebrar dentro de tres días —le dijo su madre—. ¿No es maravilloso?

Miró a la marquesa un tanto sorprendido. No esperaba que después de la actuación de esa tarde, planeada para acallar los rumores, los Bedwyn quisieran alentar más encuentros entre lady Morgan y él.

—El baile es en honor del compromiso de Chastity con el vizconde de Meecham —le explicó la marquesa—. Los dos querían que lo canceláramos por la reciente muerte de mi hermano, pero Hallmere y yo decidimos que sería injusto. Así que sigue en pie.

—Estaremos encantados de asistir, señora —le aseguró él mientras miraba de soslayo a lady Morgan, que seguía en su papel de gran dama arrogante, el mismo que llevaba interpretando toda la tarde. Esbozó una sonrisa torcida solo para ella.

—Evidentemente —añadió la marquesa, lanzándole una mirada penetrante; una mirada que debía ser cosa de familia, decidió—, los Bedwyn no podremos bailar ya que estamos de luto.

La dama se puso en pie para marcharse y su hermana, su cuñada y lady Chastity la imitaron al punto. Gervase se percató de que su madre entrelazaba el brazo con el de la marquesa y de que Henrietta se colocaba entre lady Bedwyn y lady Chastity. De modo que él, riéndose para sus adentros por la evidente maniobra, le ofreció el brazo a lady Morgan. Su madre, concluyó, debía de aprobar a la muchacha.

Hubo un lapso de unos dos minutos de tiempo en el que se encontraron prácticamente solos, ya que su madre se detuvo con el resto de las damas en la parte superior de la escalinata para señalar un detalle de un retrato familiar.

—¿Le molestaría que asistiera al baile que celebran su hermana su cuñado, *chérie*? —le preguntó.

—No, ¿por qué iba a molestarme? —Sus ojos lo miraron con un brillo peculiar y dedujo que los Bedwyn debían de haber mantenido una acalorada discusión sobre su persona.

—¿Qué opinión le mereció al duque de Bewcastle la invitación para que viniera

a tomar el té esta tarde? —quiso saber.

—Estoy aquí, ¿no? —replicó ella.

—¿Y qué opinión le merece que yo asista al baile? —volvió a preguntar.

—Por lo que sé —contestó lady Morgan—, no está al corriente. ¿Por qué iba a estarlo? No es él quien lo organiza.

—Pero, después de todo —señaló—, tal vez no asista. Ni siquiera podré bailar un vals con usted, *chérie*.

—¿Cuál es el motivo de que Wulfric se oponga de forma tan tajante a su cortejo, lord Rosthorn? —le preguntó ella, girando la cabeza para lanzarle una de esas miradas tan penetrantes—. Al fin y al cabo, es un conde y, si nos atenemos a las normas que rigen la sociedad en la que vivimos, usted se comportó como un caballero honorable y le pidió mi mano en matrimonio. ¿Por qué lo odia tanto mi hermano?

—*Chérie* —contestó—, ¿por qué iba a odiar al hombre que ha convertido a su hermana en el blanco de todos los cotilleos? ¿No puede tratarse de un simple rechazo? ¿Se siente desilusionada, entonces? ¿Habría aceptado mi proposición?

—Sabe muy bien que la habría rechazado —respondió ella con expresión desdeñosa.

Gervase le sonrió.

—En ese caso, Bewcastle nos hizo un favor a ambos —replicó—. La salvó a usted de un momento embarazoso y a mí de acabar con el corazón destrozado. Con la pregunta oficialmente sin formular y, por tanto, sin respuesta oficial, todavía me quedan esperanzas.

—Se está comportando de un modo ridículo —protestó lady Morgan, frunciendo el ceño—. Lo prefería cuando era mi amigo del alma.

Ya habían salido a la calle y el resto de las damas los había alcanzado. Ayudó a lady Morgan a subir al carruaje del marqués de Hallmere y se giró para hacer lo mismo con las demás.

—*Mon fils* —le dijo su madre, que lo cogió del brazo cuando el carruaje se zarandeó antes de ponerse en marcha—, es una criatura absolutamente encantadora. Estaré contentísima de cederle el título a lady Morgan Bedwyn.

—Te aseguro, *maman* —replicó al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano y le guiñaba un ojo a Henrietta—, que no te verás obligada a hacer semejante sacrificio. Bewcastle ha rechazado mi proposición, por si no lo recuerdas.

Pero no así lady Morgan, pensó. Todavía no. E iba a volver a verla bajo el escrutinio de la alta sociedad en pleno. En un baile, nada más y nada menos.

Observó cómo se alejaba el carruaje con los ojos entrecerrados. ¿Le había dicho que no podría bailar un vals con ella porque estaba de luto? Eso estaba por verse.

Morgan había salido a cabalgar todas las mañanas. Había asistido a misa con su familia. Había visitado algunas galerías de arte con Eve y Aidan, con quienes también había ido a Gunter's la tarde que llevaron a los niños para que se tomaran

un helado. Y, por supuesto, había tomado el té en Pickford House, donde le había sorprendido descubrir a otras invitadas además de las damas de su familia.

Hasta el momento nadie le había dado la espalda abiertamente. Si bien las invitadas al té le habían parecido un tanto distantes, también era cierto que se habían comportado con suma educación. Y nadie había tenido muchas oportunidades de desairarla gracias a que la condesa de Rosthorn no se había apartado de ella en toda la tarde. La dama le había parecido encantadora. También tenía el ligero acento francés que caracterizaba a su hijo.

Claro que un baile era otra cosa muy distinta. Allí descubriría si el escándalo había afectado a su posición en el *beau monde*. Aunque el tema no le importaba. Si la alta sociedad estaba cansada de su presencia, ella estaba hasta el moño de todos ellos… o eso se decía. Se moría de ganas por que la temporada acabase para regresar a casa, a la estabilidad de Lindsey Hall.

Aunque, admitía para sus adentros cuando bajaba la guardia, le iba a parecer un tanto aburrido y monótono después de todo lo que le había sucedido desde que se marchó de la propiedad en primavera.

Se arregló con mucho esmero para el baile. No podía llevar ninguno de sus vestidos más bonitos, por supuesto; claro que casi todos ellos eran blancos y los aborrecía. No podría bailar; claro que bailar con todos esos jovenzuelos que solían pulular por los salones de baile londinenses nunca le había llamado la atención. Observó cómo su nueva doncella daba los últimos retoques a un recogido en la coronilla desde el que caían una profusión de tirabuzones, algunos de los cuales le enmarcaban el rostro y le acariciaban el cuello, y decidió que le gustaba la forma en la que le arreglaba el cabello.

No podría bailar. Recordó con nostalgia el vals que bailó bajo la parpadeante luz de los farolillos y de las estrellas en el bosque de Soignes y sintió una punzada de remordimiento por desear repetir la experiencia cuando hacía tan poco tiempo que Alleyne los había dejado. Él había asistido a esa cena. Le había echado una buena reprimenda por permitir que el conde de Rosthorn acaparara su tiempo.

Era incapaz de asimilar que jamás volvería a verlo.

Eve y Aidan viajaban de espaldas al cochero en el carruaje ducal; ella, en cambio, lo hacía frente a ellos, al lado de Wulfric. Mientras su familia conversaba, se preguntó si Wulfric sabría que el conde de Rosthorn estaba invitado al baile.

A lo largo de los últimos días había llegado a la conclusión, aunque le había costado bastante, de que estaba ligeramente enamorada de él. No, eso era engañarse a sí misma. Se había sentido atraída por él desde el principio. Y después, cuando descubrió al hombre inteligente y compasivo que se escondía tras esa fachada de libertino, llegó a respetarlo y a apreciarlo. Y por último, cuando acudió a él abrumada por la reacción que le produjo la muerte de Alleyne, habían compartido la mayor de las intimidades. Aunque no había sido ese hecho en concreto lo que la había llevado a enamorarse de él, sí que la había ayudado a comprender que se estaba engañando al pensar en el conde de Rosthorn como en un amigo y nada más. Era mucho más que un amigo. El carruaje se detuvo tras la hilera de vehículos que

aguardaban su turno para llegar a las puertas de entrada de la mansión de Joshua en Berkeley Square.

—Sin duda, Freyja y la tía Rochester habrán hecho los arreglos pertinentes para presentarte esta noche a algún caballero de tu edad, Morgan —le dijo Wulfric—. Nuestra posición social es, al fin y al cabo, demasiado preeminente como para que un simple cotilleo te convierta en una indeseable. Tal vez no puedas bailar, pero podrás pasear y charlar con dichos caballeros.

—Siempre y cuando ninguno de ellos sea el conde de Rosthorn, supongo —replicó.

Su hermano giró la cabeza para mirarla con las cejas enarcadas.

—Está invitado —le informó— junto con la condesa y la señorita Clifton, su prima.

—¡Ah! —exclamó Wulfric en voz baja—. Curioso que nadie haya tenido a bien informarme de este detalle hasta ahora.

—¿Por qué tendrían que hacerlo? —preguntó ella—. El baile lo organizan Freyja y Joshua.

—Desde luego —replicó su hermano, bajando todavía más la voz.

El conde de Rosthorn, se dio cuenta en ese momento, no había respondido a su pregunta, sino que la había eludido antes de cambiar de tema. Le había preguntado por los motivos de Wulfric para odiarlo.

—Es conveniente, Wulf —intervino Aidan—, que vean a Morgan y a Rosthorn juntos en un evento de esta naturaleza para acabar de una vez por todas con el escándalo.

Un lacayo abrió la portezuela del carruaje y desplegó los escalones. Wulfric la ayudó a bajar hasta la alfombra roja que habían extendido sobre los escalones de entrada y la acera. Evitó la mirada de esos penetrantes ojos plateados. Alzó la barbilla y esbozo una sonrisa mientras su hermano la acompañaba al interior de la mansión, pasaban por la línea de recepción y entraban en el salón de baile, donde la dejó al cuidado de la tía Rochester, más formidable que nunca vestida de satén negro y con un monstruoso turbante del mismo color adornado con plumas. Incluso el mango de sus impertinentes engastados con piedras preciosas era negro.

Se preparó para soportar lo que esperaba que fuese una noche tediosa. Y, de hecho, no comenzó con buen pie. Su tía le presentó a dos caballeros, uno detrás del otro, que eran justo el tipo de jovenzuelos desgarbados, cubiertos de espinillas e incapaces de articular palabra que siempre imaginó que conocería durante su primera temporada. Caballeros de su misma edad, o con un par de años más como mucho, con quienes se suponía que debía sentirse cómoda y a quienes también se suponía que debería considerar como posibles candidatos a marido.

Eso bastó para que le entraran ganas de gritar, sobre todo porque ni siquiera podía bailar para hacer que el tiempo pasara más deprisa y, en cambio, se veía obligada a permanecer sentada en un sofá, primero con un caballero y después con el otro, y a mantener una conversación tan forzada e insustancial que en dos ocasiones se le fue el santo al cielo en mitad de una frase. Aun así, las buenas maneras la

obligaban a sonreír y a abanicarse el rostro mientras aparentaba que no se lo había pasado mejor en la vida.

Fue en mitad de la segunda pieza del baile cuando el conde de Rosthorn hizo su aparición, acompañado de su madre y su prima. Estaba espléndido, decidió, al verlo ataviado de gris, plata y negro. Sin embargo, ni siquiera podía permitirse el lujo de que sus ojos se dieran un festín con él. Era muy consciente de los murmullos que su llegada había suscitado en el salón. Su llegada ya había causado bastante sensación de por sí, pero en esos momentos los dos protagonistas del escándalo más candente estaban en la misma estancia. El baile de Freyja sería considerado un éxito rotundo al día siguiente.

El conde desapareció mientras su madre y su prima se unían a un grupo de personas. No obstante, regresó al final de la pieza y atravesó el salón con su madre para saludar a la tía Rochester.

—¡Vaya! ¿Eres tú, Lisette? —preguntó la tía Rochester, que se llevó los impertinentes a la cara mientras el conde hacía una reverencia—. No te he visto esta temporada. Supuse que te habías quedado en Windrush. ¿Qué haces para mantenerte tan joven?

—Eres muy amable —contestó la aludida—, pero eso lo dices porque no me has visto de cerca, y mucho menos a la luz del día, *mon amie*. ¿Puedo sentarme contigo? Henrietta está con unos amigos. Lady Morgan, *mon enfant*, incluso vestida de negro eclipsa al resto de las damas del baile. Permítame que le dé un beso en la mejilla —Una vez que lo hizo, la condesa se giró hacia su tía—. Con tu permiso, tengo el placer de presentarte a mi hijo, el conde de Rosthorn.

La tía Rochester lo observó a través de los impertinentes, y las plumas de su tocado solo se movieron un centímetro a lo sumo en respuesta a la presentación.

—Tú eres el bribón que contrató los servicios de una doncella para mi sobrina sin preguntarle siquiera si se mareaba durante las travesías en barco, ¿no? —le preguntó a lord Rosthorn—. Y el mismo que después se pasó todo el viaje en la cubierta mientras que la muchacha echaba el hígado en el camarote, según tengo entendido.

—¡Caramba, señora! —exclamó el conde—. Me declaro culpable. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Quedarme también en mi camarote y fingirme indispuesto? ¿Dejar a lady Morgan en Bruselas al cuidado de una dama que estaba a punto de marcharse a París para reunirse con su esposo? Lady Morgan necesitaba regresar al seno de su familia.

—Lord Rosthorn fue increíblemente amable conmigo, tía —intervino Morgan, consciente de nuevo de que, si bien nadie parecía estar prestándole especial atención a su reducido grupo, en realidad todos estaban pendientes de lo que sucedía. Era un arte en el que sobresalían todos los miembros de la alta sociedad; ser capaces de hacer dos cosas a la vez. Así era como las malas lenguas se mantenían afiladas.

—Señora —le dijo el conde de Rosthorn a la tía de la joven—. Con su permiso, me gustaría invitar a lady Morgan a dar un paseo por el salón de baile.

Wulfric no estaba en el salón de baile, comprobó ella tras echar un rápido vistazo a la estancia. Contuvo el aliento mientras se abanicaba el rostro con actitud

despreocupada. La tía Rochester era una carabina muchísimo más formidable que lady Caddick.

—Muy bien, joven —replicó tras someterlo a un nuevo escrutinio con los impertinentes. Solo era una muestra de afectación, por supuesto, como el uso que hacía Wulfric de su monóculo. Pocas cosas escapaban a esos dos pares de ojos sin necesidad de lente alguna—. Estaré observando.

—¿Lady Morgan? —dijo él, haciéndole una reverencia. Su expresión era educada y seria, pero lo conocía lo bastante bien; como para pasar por alto el brillo risueño de sus ojos.

—Gracias, lord Rosthorn —Cerró el abanico y aceptó el brazo que le ofrecía, poniendo especial cuidado en mantener una expresión distante, ligeramente aburrida, ligeramente altiva.

—¿Está disfrutando de la velada, *chérie*? —le preguntó.

—Estoy a punto de morir de aburrimiento —contestó—. Cuénteme algo divertido.

—¡Caramba! —exclamó—. Me temo que lo que voy a decirle no ayudará demasiado, sino que le romperá el corazón. La próxima pieza será un vals.

—Vaya… —Exhaló un suspiro—. Qué cruel.

Después del insoportable aburrimiento y de la inactividad que había soportado durante toda una hora, estaba deseando bailar.

—Pasearemos como una pareja de octogenarios gotosos —siguió lord Rosthorn —, mientras comentamos lo escandaloso que es el vals.

Morgan le sonrió.

—Me cae bien la condesa de Rosthorn —le dijo—. Es encantadora y muy amable.

—Usted también le cae bien, *chérie* —Inclinó un poco la cabeza para acercarse a ella—. Ahora que he regresado a casa, está ansiosa por verme sentar la cabeza con una esposa y unos cuantos niños.

—¿En serio? —Sintió que le ardían las mejillas. ¿Volvía a coquetear con ella? Y tan descaradamente, además.

—Sí, en serio —respondió—. Me estoy dando cuenta de que las madres pueden ser todo un incordio si se vive con ellas. La mía cree que un caballero con título y fortuna no debería seguir soltero a la avanzada edad de treinta años.

—¿En serio? —Lord Rosthorn tenía treinta años. Era doce años mayor que ella. Debería parecerle una diferencia insalvable.

—Además, no cree que una dama de dieciocho años sea una novia demasiado joven para semejante caballero —prosiguió.

—Lord Rosthorn —le dijo—, su conversación raya la indecencia.

—No me diga… —Inclinó la cabeza un poco más—. ¿Solo porque su hermano haya dicho que no? ¿Aunque hayamos sido buenos amigos? ¿Y amantes?

Su voz había adoptado un acento muy francés.

—Le resultaría más provechoso, lord Rosthorn —replicó Morgan con brusquedad—, que trasladara sus atenciones a una dama que tuviera a bien

recibirlas. Y a una dama a la que pueda amar.

—¡Ah! Pero mi madre cree que es a usted a quien amo —protestó—. Y Henrietta es de la misma opinión. Comienzo a pensar que tal vez estén en lo cierto, *chérie*.

Morgan era muy consciente de que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Sus latidos le atronaban los oídos. Se percató de que la pista de baile estaba repleta de parejas y de que la música comenzaría a sonar en unos instantes. Chastity iba a bailar el vals con lord Meecham. Ambos se miraban sonrientes, ajenos al resto de los presentes. Se alegraba muchísimo de que la muchacha hubiera encontrado al amor de su vida esa primavera. Chastity había sufrido una infancia muy difícil y solitaria.

—Éste no es el momento ni el lugar para tener semejante conversación, lord Rosthorn —le recriminó—. Ojalá pudiera bailar —La música había comenzado.

—Puede hacerlo —la corrigió él, que se había detenido al llegar a las puertas del salón—. Si lo desea, bailaremos el vals.

—No —replicó—. Sabe que no puedo.

—No aquí, en público —convino lord Rosthorn—. Pero ¿y si lo hacemos en privado?

Lo miró con las cejas enarcadas y volvió a abrir el abanico mientras los bailarines pasaban girando a su lado.

—Hay una antesala junto al salón de refrigerios que está cerrada al público —dijo él—. Podemos bailar allí sin que nadie se entere de lo que estamos haciendo. Si alguien se percata de nuestra ausencia, supondrá que hemos salido del salón en busca de una limonada.

—Pero la tía Rochester se dará cuenta —protestó.

Sin embargo, la tentación era poderosa. No solo porque deseaba bailar el vals, porque él fuera el conde de Rosthorn y porque ella acabara de percatarse de que tal vez se estaba enamorando de ella, de la misma manera que ella se estaba enamorando de él. También porque estaba aburrida. Volvía a sentirse encorsetada por las apariencias y por las restricciones que le imponía su carabina después de la libertad y de la sensación de ser una persona responsable con un propósito en la vida que había disfrutado en Bruselas. Las últimas semanas de intenso sufrimiento le habían parecido interminables. Y solo disfrutaría un ratito. Nadie lo sabría.

Podría bailar el vals de nuevo. En ese mismo instante. Con el conde de Rosthorn.

—Vamos, *chérie* —la apremió, acercando otra vez la cabeza para mirarla con una expresión risueña—. Venga a bailar el vals conmigo.

Volvió a aceptar su brazo y él la sacó del salón de baile antes de que pudiera convencerse a sí misma de que debía actuar con más decoro.

Era una estancia cuadrada, no muy amplia, con un sofá y unos cuantos sillones pegados a las paredes. Gervase la había descubierto poco antes y había supuesto que se había preparado para el uso de aquellos invitados que desearan descansar en tranquilidad unos instantes. En cuanto la descubrió, apagó las velas y cerró la puerta.

Había sido un hallazgo afortunado. Una estancia privada le sería de mucha más utilidad que el balcón, su primera elección.

En esos momentos encendió las velas de la repisa de la chimenea y se giró para observar a su acompañante. Había dejado la puerta ligeramente entreabierta después de invitarla a pasar. Lo que debería hacer, pensó mientras la muchacha lo miraba con una sonrisa, era llevarla de vuelta al salón sin pérdida de tiempo, antes de que alguien abriera la puerta y fuera demasiado tarde. Lady Morgan le gustaba demasiado como para hacerle eso. No se lo merecía en absoluto.

—Preste atención —dijo, en cambio, y extendió los brazos hacia ella—, no es una melodía muy rápida. Creo que podemos bailar aquí sin tropezamos con los muebles ni acabar pegándonos contra las paredes.

Ella se acercó mientras reía entre dientes y, en cuanto la tuvo cerca, la asió por la cintura y le cogió la mano derecha. Lady Morgan le colocó la otra mano en el hombro. De repente se le antojo que la privacidad de la estancia multiplicaba considerablemente la intimidad que la posición del vals ya tenía de por sí. Le llegó el aroma a violetas. Y recordó la última vez que estuvieron a solas en una habitación. Bailaron en silencio, envueltos por la tenue luz de las velas y la intimidad de la antesala mientras que en el exterior reinaban la música, las risas y las voces. Lady Morgan echó la cabeza hacia atrás y le sonrió una vez más. Le devolvió la sonrisa. Tal vez no los descubriera nadie. Tal vez y después de todo se librara de las consecuencias del acto tan terrible que estaba cometiendo. La acercó a su cuerpo al cabo de unos minutos. Se llevó la mano que aferraba al pecho y la instó a dejarla sobre el lugar donde latía su corazón antes de cubrirla con la suya. Al instante la mano que descansaba sobre su hombro se trasladó a su nuca, lady Morgan giró la cabeza y, con un suave suspiró, apoyó la mejilla sobre el complicado nudo de su corbata y así siguieron bailando, pegados por completo.

Su cuerpo delgado era la quintaesencia de la delicadeza femenina. Su cercanía le resultaba familiar… y entrañable.

—*Chérie* —le murmuró al oído poco después. Ella se apartó de su corbata para mirarlo a la cara. Sus ojos tenían una expresión soñadora y estaban entrecerrados por el efecto de la música, de la luz de las velas y del cálido roce de sus cuerpos.

—Sí —susurró, entreabriendo los labios.

Gervase inclinó la cabeza, la besó y dejó de bailar. Le rodeón la cintura con un brazo mientras que con el otro le sostenía la cabeza. Ella lo abrazó con fuerza y arqueó el cuerpo. Sus labios se separaron un poco más bajo la presión de su boca, y la pasión y el apremio se apoderaron de ellos de repente. Le hundió la lengua en la boca y, en respuesta, ella lo abrazó con más fuerza y expresó su aprobación con un gemido. La mano con la que le rodeaba la cintura fue ascendiendo hasta encontrar un pecho sobre el que se posó.

Fue en ese momento cuando lo asaltó el pánico. ¡No! Se estaba dejando llevar por la pasión mientras la traicionaba. Ella no había hecho nada para merecer lo que estaba planeando hacerle.

No podía seguir adelante. Tenía que sacarla de esa habitación sin que nadie se

diera cuenta y llevarla de regreso al salón a toda prisa, antes de que alguien se percatara de que tampoco estaban en el salón de refrigerios. De repente, se sintió invadido por el apremió de salvarla… y de salvarse a sí mismo.

La soltó y alzó la cabeza.

Demasiado tarde.

La puerta estaba abierta y un nutrido grupo de invitados los observaba sin disimulo mientras que otros pasaban de largo despacio, demasiado educados tal vez como para detenerse a mirar descaradamente.

El duque de Bewcastle, que tenía una mano en el pomo, ya había entrado en la sala, y no tardó en cerrar la puerta de golpe a su espalda.

Capítulo 15

En un primer momento, Morgan se sintió culpable. Estaba de luto y había reducido al mínimo sus apariciones sociales por respeto a la memoria de Alleyne, y aun así había sucumbido a la tentación de bailar un vals. Seguidamente sintió una intensa vergüenza. Wulfric y la mitad de la alta sociedad la habían visto abrazando al conde de Rosthorn. Poco después la invadió la euforia. Él también debía sentir algo por ella. En último lugar la asaltó la furia. ¿Cómo se atrevía Wulfric a sorprenderlos como si fueran un par de niños traviesos y desobedientes? En fin, a decir verdad, los cuatro sentimientos la asaltaron casi a la vez.

—¿No tienes por costumbre llamar a las puertas, Wulf? —le preguntó, mirándolo con altivez.

Su hermano tenía el monóculo en el ojo y estaba mirando el brazo con el que lord Rosthorn le rodeaba la cintura con afán protector. No lo apartó. Wulfric hizo caso omiso de su pregunta.

—Ya te he pedido la mano de lady Morgan, Bewcastle —dijo lord Rosthorn—. Mañana por la mañana iré a Bedwyn House para pedirla de nuevo. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que este no es ni el momento ni el lugar adecuados para discutir el asunto.

Su voz era fría y cortante. Apenas había rastro de su acento francés. La expresión de Wulfric solo dejaba entrever su gélido control.

—Debo felicitarte, Rosthorn —dijo su hermano—. Me ha superado… de momento.

—¡Esto es ridículo! —exclamó ella, apartándose de los brazos de lord Rosthorn —. Solo estábamos bailando un vals y después nos hemos besado… De mutuo acuerdo, debo añadir.

Los ojos de Wulfric se clavaron en ella. Y por si eso no fuera bastante desconcertante de por sí, aún tenía el monóculo en ojo. ¿De verdad acababa de decir que solo estaban bailando el vals y besándose?

¿Solo?

Sin embargo, antes de que Wulfric pudiera decir nada, puerta se abrió para dejar paso a Freyja, que los miró con las cejas enarcadas.

—Esperaba encontraros en mitad de un duelo cuando menos con Morgan desmayada en un rincón —dijo—. Al parecer, nuestro baile está destinado a ser la comidilla de la ciudad durante muchos días. Pero ¿qué podría esperarse de un baile organizado por Josh y por mí? Lord Rosthorn, ¿es cierto que lo han visto besando a mi hermana aquí dentro? Desde luego, es todo un escándalo y me veo obligada a recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no sufrir un soponcio. Wulf, pareces

haberte tragado un iceberg entero. Morgan, tú pareces la viva imagen de lady Macbeth. Os recuerdo que estamos celebrando este baile en honor de lady Chastity Moore y de lord Meecham y no voy a permitir que se convierta en un circo.

—Milady —dijo lord Rosthorn con una reverencia—, acabo de informar a su excelencia de que tengo la intención de hacer una visita formal mañana por la mañana a Bedwyn House con el propósito de pedir la mano de lady Morgan Bedwyn.

—No me cabe la menor duda de que tanto Wulf como Morgan tendrán mucho que decir al respecto cuando llegue ese momento —replicó Freyja—. Pero eso será mañana, no esta noche.

—Esto es absurdo —afirmó Morgan.

—Desde luego que lo es —convino su hermana mientras atravesaba la estancia para tomarla del brazo—. Pero al mismo tiempo es muy serio. Después de esto, la alta sociedad estará dispuesta a hundirte en la más ignominiosa desgracia y, por mucho que nos pese, es un monstruo al que incluso los Bedwyn tenemos que apaciguar en ocasiones. Pongamos buena cara a este nuevo contratiempo. Morg, regresaremos juntas al salón de baile y daremos un par de vueltas como si no hubiera pasado nada raro. Es una lástima que no tengas la nariz de los Bedwyn. En estas situaciones es una enorme ventaja. Pero puedes sonreír. Así que hazlo.

Siempre había sido muy difícil resistirse a Freyja cuando mostraba su actitud más formidable. En esa ocasión ni siquiera lo intentó. Salió de la estancia sin mirar a los dos hombres que dejaba atrás y sonrió.

Se dio cuenta de qué Wulfric salía tras ellas y las seguía de cerca.

A la mañana siguiente Morgan vio llegar al conde de Rosthorn en su tílburi y lo observó subir con paso firme los escalones de entrada, llamar a la puerta y desaparecer en el interior tras unos instantes de espera. Estaba sentada en el alféizar de la ventana de su dormitorio, abrazándose las piernas. Se había recluido allí de forma deliberada con el propósito de estar sola y prepararse para lo que se avecinaba.

Porque necesitaba prepararse. Su mente y sus emociones giraban sin control. Todos habían querido hablar con ella, tanto la noche anterior como esa mañana. Todos habían querido darle su opinión, un consejo, o ambas cosas.

La tía Rochester, furiosa a más no poder, había hecho un hueco la noche anterior a fin de informarle de que era una vergüenza para el apellido Bedwyn. Los Bedwyn, dijo, siempre habían tenido fama de ser desmedidos y poco convencionales, pero nunca vulgares. Ya acabaría arrepentida de su incursión en la vulgaridad, prosiguió, cuando estuviera casada con un libertino demasiado mayor para ella que la descuidaría y le restregaría su harén de amantes por las narices. Según sus predicciones, tendría mucha suerte si alguna de las damas de más prestigio volvía a recibirla en su casa antes de cincuenta años.

Freyja le había dado su opinión durante el espantoso paseo por el salón de baile, mientras pensaba que se le agrietaría la cara de tanto sonreír.

—Alleyne siempre decía que acabarías eclipsándonos a todos —afirmó—. A

decir verdad, lo que yo hice el año pasado con Josh fue mucho más grave que bailar un vals en una antesala y besar lo con la puerta abierta para que todos nos vieran. Claro que en tu caso las cosas han ido mucho más allá. Durante el mes pasado tu comportamiento ha sido especialmente indiscreto, ¿no crees? Y lo de esta noche se lleva la palma. Alleyne estaba en lo cierto. Sin embargo, escucha lo que voy a decirte, Morg. No voy a negar que el tipo es terriblemente atractivo, pero compórtate como una auténtica Bedwyn hasta el final. No aceptes su proposición de matrimonio mañana a menos que estés completamente segura de que es el hombre con el que quieres pasar el resto de tu vida.

—Lord Rosthorn es un hombre encantador, y también muy guapo —Ésa fue Chastity, también la noche anterior—. Además, fue muy amable contigo en Bélgica. No te culpo por querer bailar el vals con él esta noche, Morgan. Yo habría sido incapaz de resistirme a bailar con Leonard aunque me lo hubieran prohibido. ¿Lo amas? Creo que debes hacerlo si le permitiste que te besara. Estoy deseando verte tan feliz como yo lo soy.

—Cuando me casé con Aidan el año pasado en contra de la opinión de todos mis seres queridos, lo hice por los motivos equivocados —Ésa fue Eve, cuando regresaron a casa después del baile—. Tuve la increíble suerte de que nos enamoráramos al poco tiempo. Porque de igual manera podríamos haber acabado siendo infelices durante el resto de nuestras vidas. Morgan, si te casas con lord Rosthorn, asegúrate de que no lo haces por el rebrote del escándalo, sino porque sabes que no podrás ser feliz con ningún otro hombre.

—Olvídate del escándalo, Morgan —Aidan también encontró su momento—. Si no quieres a Rosthorn, díselo y mándalo a hacer puñetas. Vente a pasar el verano con nosotros, conmigo, con Eve y con los niños, y después te vas a Lindsey Hall para pasar el invierno. Cuando llegue la primavera, todos te recordarán como uno más de los obstinados y desmedidos Bedwyn —Sus penetrantes ojos oscuros estaban clavados en ella y no perdían detalle—. Claro que si lo quieres, díselo. Le perdonaremos la indiscreción de esta noche y lo recibiremos en la familia con los brazos abiertos.

Wulfric había esperado a la mañana… y ella había pasado la noche dando vueltas, casi en vela. La convocó en la biblioteca antes de que bajara a desayunar. Atravesó la estancia bajo el escrutinio de su hermano, sentado al otro lado del escritorio. Como se negaba a tomar el camino fácil, sostuvo su mirada en todo momento.

—Siéntate —le dijo Wulfric y ella lo hizo en el borde de una silla de madera dorada mientras él se reclinaba en su sillón y, tras apoyar los codos en los reposabrazos, unía las manos por las yemas de los dedos y se llevaba los índices a los labios—. De momento nada es irrevocable, Morgan —le dijo—, aunque en esta ocasión me siento obligado a discutir los términos del contrato matrimonial con el conde de Rosthorn y, por tanto, a permitirle que te corteje. Anoche admitiste haber participado voluntariamente en lo sucedido, de ahí que me vea forzado a soportar estos desagradables trámites. Sin embargo, ocupo una posición social preeminente y,

por extensión, tú también. Te aconsejo que le des un no rotundo. Si lo haces, jamás volveremos a hablar de este asunto. Volveremos juntos a Lindsey Hall en menos de una semana o, si lo prefieres, puedes irte a Oxfordshire con Aidan un poco antes.

Entonces, ¿no iba a haber recriminaciones, ni siquiera un sermón hiriente? Retorció las manos en el regazo, un poco decepcionada. Era mucho más fácil lidiar con Wulf cuando podía desafiarlo de algún modo.

—Le responderé a lord Rosthorn según crea conveniente —replicó. Había estado toda la noche preguntándose si la amaba. Estaba casi segura de que ella sí lo hacía.

—Te han embaucado, Morgan —dijo Wulfric después de contemplarla en silencio durante tanto rato que la sacó de quicio—. Rosthorn no te quiere. En realidad, me odia a mí.

—¡Menuda tontería! —exclamó, enfadada—. Eres tú quien lo odia por haber hecho algo que habrías aplaudido si se tratara de sir Charles Stuart. Estás siendo muy irrazonable.

Esos ojos plateados se clavaron en los suyos.

—Te lo pregunté en una ocasión —siguió ella—, pero no me contestaste. Le he preguntado a él y eludió la pregunta. ¿Por qué lo odias? No tiene nada que ver conmigo, ¿verdad? Os conocíais de antes… de antes de que lo exiliaran.

Los silencios largos nunca enervaban a Wulfric. De modo que se negó a sentirse afectada por el silencio que siguió a su pregunta. Clavó la mirada en los ojos de su hermano y esperó.

—Violó a una dama —contestó él— y le robó algo. Rosthorn, y me refiero a su padre, lo expulsó de Inglaterra y le dijo que no regresara jamás.

—¿Qué? —Extendió un brazo y se aferró al borde del escritorio como si estuviera a punto de caerse.

—Lo descubrieron en el dormitorio de la víctima, en su cama, durante un baile —siguió Wulfric—. No fue muy diferente a lo que sucedió anoche y es probable que el motivo también fuese similar.

Morgan tenía la boca seca. Intentó humedecerse los labios a pesar de la sequedad de la lengua.

—¿Cómo sabes que no fue consentido? —preguntó—. Porque lo de anoche sí que lo fue.

—Fue en contra de la voluntad de la dama en cuestión —contestó Wulfric—. Esa misma noche se iba a anunciar su compromiso con otro hombre. Sin embargo, estaba demasiado avergonzada como para continuar con esos planes, aunque ese hombre estaba dispuesto a aceptarla. Rechazó la proposición de matrimonio que el hijo de Rosthorn le hizo al día siguiente. Se apartó de la vida social y nunca se ha casado a pesar de su posición, de su riqueza y de su belleza, cosas que poseía con creces. Su vida quedó arruinada.

—No pienso creerlo —dijo, poniéndose en pie—. Todos sabemos hasta qué punto se exageran este tipo de cosas al pasar de boca en boca. ¿Cómo sabes que lo que me has contado es cierto?

—Yo era el hombre con quien se habría comprometido —contestó su hermano en voz baja—. Yo fui una de las tres personas (junto con el padre de ella y con Rosthorn) que los sorprendieron en su dormitorio. Demasiado tarde, como se descubrió.

Morgan lo miró, anonadada. ¿Wulfric había estado a punto de comprometerse? ¿Y había sufrido un golpe tan duro? ¿De manos del actual conde de Rosthorn? Era demasiada información para asimilarla de golpe.

—Tal vez malinterpretaste la escena —le dijo.

—Difícilmente.

—Sucedió hace nueve años —insistió.

—Sí.

Se miraron el uno al otro; ella echaba chispas por los ojos, Wulfric seguía tan frío como el hielo.

—Un hombre así —prosiguió su hermano tras un largo silencio— no debería acercarse a menos de un kilómetro de mi hermana. Pero se ha colado muy hábilmente en tu corazón y de una manera tan pública que me veo obligado a permitir que te corteje. Puesto que no voy a prohibirle que te haga una proposición, tampoco voy a prohibirte que la aceptes. En caso contrario, sé muy bien que podrías sentirte obligada a desafiarme y acabarías arruinada de por vida tras fugarte con él. Lo que sí puedo hacer es confiar en que vas a tomar la decisión adecuada en lo que respecta a tu felicidad.

Siguió mirándolo durante un buen rato antes de abandonar la biblioteca sin decir ni una sola palabra más.

De ahí que estuviera sentada en el alféizar de la ventana, a sabiendas de que lord Rosthorn había llegado y en ese preciso momento estaba en la biblioteca con Wulfric, discutiendo un contrato matrimonial. No sabía cuánto duraban esas negociaciones. Pero a lo largo de la próxima media hora, o de una hora como mucho, alguien llamaría a su puerta y ella tendría que obligar a sus piernas a regresar a la biblioteca. Tendría que enfrentarse a él. Al hombre que violó a la mujer que Wulf amaba. Los habían sorprendido juntos en la cama. Y el testimonio de la dama y sus posteriores acciones parecían confirmar que no se había entregado voluntariamente.

Al hombre que había coqueteado con ella, con lady Morgan Bedwyn, de forma escandalosa y extravagante antes de la batalla de Waterloo.

Al hombre que la había apoyado y le había ofrecido su compañía y su protección durante los días posteriores a la batalla.

Al hombre con quien había hecho el amor después de saber que no quedaban esperanzas de que Alleyne hubiera sobrevivido.

Al hombre que la había llevado a casa, al reconfortante seno de su familia.

Al hombre a quien había llegado a amar, al hombre que había comenzado a creer que la amaba.

¿Invalidaba lo sucedido nueve años atrás la impresión que tenía de él y los sentimientos que despertaba en ella? Había violado a una mujer. No podía creerlo. Pero ¿cómo no iba a hacerlo? Wulfric había sido testigo y no era un hombre dado a

tergiversar las pruebas deliberadamente.

Nunca había estado tan confusa como en esos momentos.

La llamada llegó cuarenta minutos más tarde de manos de su doncella. El sobresalto hizo que diera un respingo antes de ponerse en pie y alisarse las faldas de su vestido negro. Enderezó los hombros y levantó la barbilla.

El conde de Rosthorn iba a explicarle unas cuantas cosas.

El duque de Bewcastle hizo esperar a Gervase veinte minutos en una antesala antes de hacerlo pasar a la biblioteca. Allí siguió un breve y frío encuentro en el que hablaron de negocios como si las cláusulas carecieran de una dimensión personal. Bewcastle admitió haber aconsejado a lady Morgan que rechazase la proposición de matrimonio. Pero a la postre se levantó y salió de la estancia, dejándolo solo con la vista clavada en los leños de la chimenea apagada.

Había pasado la noche embargado por una fría satisfacción.

Y también intentado olvidar el poderoso sentimiento de culpa. Movido por su obsesión por vengarse de Bewcastle, había acabado comportándose casi tan mal como todos supusieron que lo hizo nueve años antes. ¿Casi tan mal? Peor. Marianne se había buscado su propia ruina. Lady Morgan no lo había hecho.

Dio media vuelta y se llevó las manos a la espalda cuando la puerta volvió a abrirse y lady Morgan entró en la biblioteca, dejando atrás a un criado.

Parecía muy tranquila, pensó, aunque estaba muy pálida.

Tenía los hombros erguidos y la barbilla en alto. Frunció el ceño al recordar el abrazo que compartieron la noche anterior. No había sido premeditado. No había formado parte del plan. Su intención había sido que los sorprendieran bailando un vals en una antesala cerrada. Eso habría bastado para avivar las llamas del escándalo.

El abrazo había sucedido porque sí.

—Bueno, *chérie* —dijo—. Aquí estamos.

Caminó hacia él y se detuvo apenas a dos pasos del lugar que ocupaba sin que sus ojos lo abandonaran ni un momento. ¿Había esperado que se comportara con timidez? ¿Que se ruborizara?

—Si está pensando en postrarse de rodillas y hacer que esto se convierta en un momento encantador —replicó ella—, será mejor que no se moleste, lord Rosthorn. Quiero saber qué pasó hace nueve años.

¡Vaya! ¿Se lo habría contado Bewcastle? Al menos su versión de los hechos, claro estaba. Era muy probable. ¿Qué mejor manera de asegurarse de que rechazara su proposición?

—Hubo una indiscreción con una dama, *chérie* —le explicó—. Le diría que no es nada con lo que tenga que importunar su linda cabecita si creyera que de ese modo iba a conseguir algo —Le sonrió.

Pero ella ni se inmutó al escuchar la consabida broma.

—Respóndame antes a una pregunta —dijo—. ¿La violó?

Sí, era evidente que Bewcastle había estado muy ocupado. Se giró de nuevo

hacia la chimenea.

—¿Quiere un sí o un no? —le preguntó a su vez—. Pues se lo daré. No. No lo hice.

—Supongo, lord Rosthorn —siguió ella con un ligero temblor en la voz—, que quiero una respuesta más elaborada. Si no fue una violación, ¿qué fue? Lo sorprendieron con la dama en una situación irremediablemente comprometedora. Ella lo acusó de haberla forzado. Rechazó su proposición de matrimonio. Se apartó para siempre de la vida social. Ya ve que conozco los detalles básicos. Quiero que me explique cómo es posible que no sea culpable.

Gervase suspiró y volvió a llevarse las manos a la espalda.

Lady Morgan ya estaba enterada de lo peor y era mejor así. En realidad no quería casarse con ella, ¿verdad? Un matrimonio entre ellos no la beneficiaría en absoluto. Ya había conseguido lo que se había propuesto… y, la verdad, la victoria no le sabía a nada.

Basar cualquier acción en la venganza era estúpido e infantil. Nunca resolvía nada, solo intensificaba el odio. Bewcastle también había sido una víctima. Se le olvidaba en ocasiones.

Aunque no se dio la vuelta, se percató de que lady Morgan había atravesado la estancia hasta colocarse detrás del escritorio para mirar por la ventana.

—Conocía a la dama en cuestión desde hacía bastante tiempo —le contó—. Pasaba temporadas cerca de casa y era amiga de mis hermanas y mi prima. Supongo que mientras crecíamos me enamoré un poco de ella… Era preciosa. Pero nunca se me pasó por la cabeza la idea de cortejarla en serio. Era demasiado joven. Además, era amigo de Bewcastle… O al menos me movía en la periferia de sus amistades, con la esperanza de que me admitiera en su círculo más íntimo, y él comenzó a cortejarla cuando fue presentada en sociedad.

—Ni siquiera sabía que Wulf había considerado la idea de casarse… —comentó ella—. Hasta hoy. Supongo que la amaba.

—Su padre era un marqués —explicó él—. El matrimonio, evidentemente, habría sido una unión excelente para su hija. Y decidió apoyarlo con uñas y dientes. Iban a anunciar el compromiso durante un grandioso baile en el apogeo de la temporada.

—Nunca nos ha dicho nada —replicó lady Morgan.

Gervase giró un poco la cabeza y la vio sentada en el sillón que Bewcastle había desocupado poco antes.

—Sin embargo, había un problema —prosiguió—. Ella no quería casarse con él. Pero era un hombre muy poderoso, al igual que su padre. El marqués había echado por tierra todas sus objeciones y la amenazó con todo tipo de repercusiones si no se comportaba como debía durante el cortejo y si no lo aceptaba cuando le propusiera matrimonio.

—¿Cómo lo sabe? —Lo miró desde el otro extremo de la estancia con los ojos desorbitados por algo que bien podía ser furia.

—Ella me lo contó —respondió—. Esa noche bailó conmigo y en mitad de la

pieza me sacó del salón de baile, aduciendo que tenía que decirme algo. Me llevó a su gabinete privado y se desahogó conmigo. Estaba muy alterada. Me dijo que iban a anunciar el compromiso después de la cena y que en cuanto eso sucediera no habría forma de escapar del matrimonio con el duque. Me dijo que antes prefería la muerte. Me suplicó que la ayudara.

—¿Qué le dijo usted? —La vio colocar las manos en el escritorio al tiempo que resoplaba por la nariz.

—¿Qué iba a decirle? —Se encogió de hombros—. Ni siquiera sé si recuerdo las palabras exactas. Le aconsejé que hablara de inmediato con su padre y con Bewcastle, supongo, que les dijera con firmeza que no estaba de acuerdo con ese matrimonio. Recuerdo que me ofrecí para hablar en persona con Bewcastle a pesar de que nuestra relación no era tan estrecha como para llegar a ese extremo. Lo siguiente que recuerdo es que desperté con un sobresalto cuando la puerta de su dormitorio se estampó contra la pared y que Bewcastle entró en tromba, seguido de cerca por mi padre y el de Marianne.

—¿La puerta de su dormitorio? —repitió ella.

—Estaba en la cama —le aclaró—, total y escandalosamente desnudo. Al igual que Marianne. Las sábanas estaban arrugadas como si se hubiera producido una desaforada orgía sobre ellas y bien debajo. Marianne lloraba, presa de la histeria. Y yo supongo que contemplaba la escena parpadeando como un imbécil.

Había vuelto a clavar la mirada en la chimenea, de modo que no supo si lo creía o no. Era una historia bastante increíble, a decir verdad. Ése fue el motivo de que nadie la creyera en aquel entonces… aunque tampoco se defendió en un primer momento. Se encontró paralizado por la impresión y por su maldito código del honor. Un caballero no osaba contradecir abiertamente a una dama.

—¿Hubo consentimiento mutuo? —le preguntó Gervase a la chimenea con una ronca carcajada—. ¿O fue una violación? Creo que en aquel momento Marianne estaba demasiado histérica como para responder con coherencia a los gritos de su padre y yo no dije nada. Era muy consciente de la expresión horrorizada y escandalizada de mi padre y del frío escrutinio de Bewcastle.

—¿Qué fue? —preguntó lady Morgan con brusquedad.

—Soy de la firme opinión de que ninguna opción se ajusta a los hechos —respondió—. No había bebido mucho, pero aunque lo hubiera hecho, no habría podido olvidar por completo algo así, ¿verdad? Además, si hubiera bebido tanto, habría estado incapacitado por muchas inclinaciones amorosas que tuviera en aquel momento. Supongo que alguien me dio un narcótico.

—¿Marianne?

Se encogió de hombros.

—No se acusa a una dama de algo así —contestó—. Ni tampoco de mentir cuando por fin se tranquilizó lo bastante como para asegurar que la había tomado por la fuerza. Pero si ella me dio un narcótico, el plan fue de lo más efectivo. Desde luego, no hubo anuncio de compromiso, ni esa noche ni ninguna otra.

Levantó un brazo y lo apoyó en la repisa de la chimenea, por encima de su

cabeza. Una proposición de matrimonio muy rara la que estaban protagonizando, sí. Claro que en el fondo eso era lo que había esperado. Era un alivio poder hablar del tema con ella abiertamente.

—Eso explicaría a la perfección por qué lo odia Wulfric, lord Rosthorn —dijo ella mientras se ponía en pie y rodeaba el escritorio para acercarse de nuevo—. Pero él afirma que usted lo odia. ¿Es que creyó que usted lo hizo movido por el odio que le profesaba y no por amor hacia la dama?

Gervase rió entre dientes y se giró para enfrentarla. Pobre muchacha… Apenas era una niña cuando todo sucedió. No debería verse involucrada a la fuerza en ese embrollo y a esas alturas. ¿Podría perdonarse alguna vez? Lo dudaba mucho.

—La escena al completo fue como un melodrama atroz —dijo—. Bewcastle salió del dormitorio mientras el marqués de Paysley seguía gritándole a su hija y amenazando con matarme, y mi padre aseguraba que al día siguiente yo iría a pedir la mano de Marianne en matrimonio. Salí del dormitorio en pos de Bewcastle, con la intención de explicarle la situación sin llamar mentirosa a Marianne en su presencia, pero no pude alcanzarlo en las escaleras y Henrietta me entretuvo cuando llegué a la planta baja. Estaba lívida, muy alterada y quería saber qué había sucedido. Bewcastle estaba en el vestíbulo y a punto de abandonar la casa cuando por fin lo alcancé. Estaba rodeado por un grupo de amigos comunes, y por supuesto por numerosos criados y algún que otro invitado. Me sentía trastornado por el desconcierto, la furia y la humillación. Me armé de valor y en un alarde de nobleza emplacé a Bewcastle a retarme a duelo si quería resarcirse.

—¿Hubo un duelo? —preguntó lady Morgan con los ojos desorbitados de nuevo.

—Bewcastle me miró como solo él sabe hacerlo —respondió él después de reír entre dientes—; como si mirara a un simple gusano. Se había llevado el monóculo al ojo. Me dijo que tenía como norma batirse en duelo solo con caballeros. Añadió que me daría de latigazos si volvía a verme después de esa noche. Y después se marchó y los demás se quedaron… recriminándome con sus miradas.

Lady Morgan lo miró en silencio un buen rato.

—Y después su padre lo exilió —dijo—. ¿Acaso se negó a proponerle matrimonio a Marianne?

—No me dieron la oportunidad —respondió—. Y Marianne tampoco pudo rechazarme. Todavía estaba arreglándome cuando mi padre fue a buscarme al día siguiente. Llevaba una carta abierta en la mano y lucía una expresión ceñuda que jamás había visto en él… Ni siquiera la noche anterior. Era de Paysley, y en ella exigía que devolviera el broche que me había llevado del dormitorio de Marianne. Al parecer, era una valiosa herencia familiar que solo salía de la caja fuerte de la familia en contadas ocasiones, pero que habían entregado a Marianne con la intención de que lo luciera durante lo que esperaban que fuese su anuncio de compromiso.

—No —Lady Morgan había fruncido el ceño—. Eso sí que es absurdo, por encima de todo lo demás. Usted no habría hecho algo así.

—Gracias, *chérie* —Le sonrió—. Sin embargo, yo vi ese broche. En el suelo,

cuando Bewcastle estuvo a punto de pisarlo mientras salía del dormitorio. Se agachó para recogerlo y lo dejó en una mesa… y yo salí tras él. Así se lo dije a mi padre esa mañana y lo convencí de que me dejara hablar con Bewcastle para que confirmase mi inocencia. No estaba en Bedwyn House. Lo encontré en White's, rodeado prácticamente por el mismo grupo de amigos de la noche anterior. Solté mi petición delante de todos los presentes, y él volvió a llevarse el monóculo al ojo mientras preguntaba si alguien conocía al jovenzuelo insolente que estaba en la puerta. Después de eso, hizo caso omiso de mi presencia y me escabullí sin llamar la atención… en aquella época yo era muy joven y muy estúpido, *chérie*. Mi padre le escribió, pero Bewcastle se limitó a responder con una lacónica misiva en la que alegaba no saber nada de ningún broche. Y así, tal como te cuento, quedó sellada mi desgracia. Me acusaron de ser el violador de una inocente y un vil ladrón y después me condenaron. Mi padre hizo lo que creyó que debía hacer.

Lady Morgan lo observó un buen rato.

—Le creo —dijo a la postre—. Y también creo a Wulfric. Mi hermano vio y escuchó lo que parecían pruebas irrefutables de su culpabilidad, aunque se dejara llevar por el rencor cuando se negó a concederle la coartada que, lo exculpaba de la desaparición del broche. Supongo que quiso castigarlo por lo que le había hecho. Pero creo que es inocente.

—Gracias, *chérie*.

No se resistió cuando cogió una de sus manos y se la llevó a los labios. Ella era la única persona que había creído en su inocencia. Por extraño que pareciera, se sentía al borde de las lágrimas. También era la misma persona a la que él había traicionado.

—Así que volvemos al motivo que me ha traído hasta aquí —dijo.

—Preferiría que no me hiciera la pregunta —replicó ella.

—¿En serio, *chérie*? —le preguntó—. ¿No desea casarse conmigo?

—No deberíamos considerar la idea del matrimonio cuando usted se ve obligado a proponérmelo y yo a aceptarlo —contestó—. No deberíamos dejar que la sociedad nos dicte lo que tenemos que hacer con el resto de nuestras vidas. Es absurdo.

—Sin embargo —replicó él—, tal vez la sociedad y yo estemos de acuerdo en este asunto.

—Todo ha sido muy precipitado —protestó lady Morgan con el ceño fruncido —. Han pasado demasiadas cosas durante estos dos meses. Usted ha sido mi amigo, aunque en una ocasión ambos permitiéramos que las cosas fueran más lejos de lo que debían. Le tengo cariño, lord Rosthorn, y creo que es posible que usted sienta lo mismo por mí. Pero quiero algo más del matrimonio.

—¿Amor? —La miró con una sonrisa burlona.

—Quiero pasar el verano en Lindsey Hall —dijo ella, cambiando de tema—. Y creo que usted querrá regresar a Windrush para retomar la vida que le arrebataron hace nueve años. Ambos deberíamos hacer lo que queremos, libres de un compromiso que tal vez acabemos por lamentar.

¿Iba a dejar que se marchara sin más? ¿Dónde estaba la felicidad que debería estar sintiendo?

—¿Y la próxima primavera? —preguntó—. ¿Volveremos a vernos?

—Tal vez sí —respondió ella—. Tal vez no. Debemos permitir que el futuro se desarrolle a su antojo. Le agradezco que haya venido, lord Rosthorn, pero le ruego que no me haga la pregunta. No soportaría decirle que no por el cariño que le tengo, pero me vería obligada a hacerlo de todas formas.

—*Chérie* —Aún la tenía cogida de la mano. Volvió a llevársela a los labios y la retuvo un instante. Le dio un apretón y cerró los ojos—. Me parte el corazón.

Y lo más absurdo de todo era la impresión de que lo estaba diciendo en serio…

Antes de que pudieran añadir nada más, se escuchó un golpecito en la puerta y después se abrió para dejar paso a una lady Eve Bedwyn contrita y avergonzada.

—Lo siento —dijo—, pero Wulfric estaba decidido a regresar ya que considera que ha pasado más tiempo del que cree conveniente. Lo he convencido para que me dejara venir en su lugar. Me sentaré en el rincón más alejado con un libro y no oiré ni escucharé nada. Haré lo posible por pasar inadvertida.

Lady Morgan ya había retirado su mano.

—No tienes que hacerlo, Eve —dijo—. Lord Rosthorn ya se marcha.

Lady Eve lo miró con expresión interrogante.

—¿No quiere pasar al salón y tomarse algo con la familia? —le preguntó.

Gervase le hizo una reverencia.

—No, señora, aunque se lo agradezco —contestó—. Tengo que marcharme.

—¡Vaya! —exclamó—. Lo siento.

—No lo sientas —replicó lady Morgan—. Nos hemos despedido en los mejores términos, Eve. Lord Rosthorn y yo somos amigos.

Tras lo cual no le quedó más remedio que despedirse con un par de reverencias y marcharse. Mientras se alejaba de la plaza en su tílburi, siendo libre de nuevo, llegó a la conclusión de que hacía años que no se sentía tan mal.

Capítulo 16

No se hizo la menor alusión al conde de Rosthorn. Como si no hubiera puesto un pie en la casa esa mañana, como si no hubieran esperado que apareciera para pedir su mano en matrimonio.

Todos adoptaron una actitud decididamente alegre. Eve y Aidan estaban planeando regresar a su casa al cabo de unos días. Querían que los acompañara.

—Podemos pasar unas semanas en el Distrito de los Lagos —comentó Eve—. Seguramente recordarás que teníamos pensado ir el año pasado, Morgan, pero al final fuimos a Cornualles cuando creímos que Joshua necesitaba nuestro apoyo. Este año volveremos a intentarlo. Nos encantaría que nos acompañaras, ¿verdad, Aidan?

—Los niños se pondrán muy contentos, Morgan —dijo su hermano.

Freyja y Joshua llegaron por la tarde. De alguna manera se habían enterado de que no habría anuncio de compromiso alguno.

—Regresaremos a casa en cuanto el Parlamento cierre sus puertas —dijo Freyja —. Ningún médico londinense ha podido convencerme de que sufro indisposiciones matinales o cualquier otro de los maravillosos síntomas que sin duda alguna padecería en mi estado de ser una dama apropiadamente delicada. Además, los dos añoramos Penhallow y hay que organizar la boda de Chastity. ¿Por qué no vienes con nosotros, Morg? Podrás pintar todo lo que no pudiste pintar el año pasado.

—Di que sí, Morgan —insistió Joshua con una sonrisa—. Tal vez tu presencia logre refrenar un poco a mi esposa, porque si no, seguro que se pasará el tiempo subiendo y bajando colinas, remando en el mar y provocándome ataques de ansiedad un día sí y otro también. Debo recordaros a todos que los dos nos encontramos en estado… delicado.

Wulfric anunció que tenía intención de regresar a Lindsey Hall tan pronto como las sesiones parlamentarias llegaran a su fin.

—Puesto que ya has sido presentada en sociedad, Morgan —prosiguió—, podrás hacer visitas al igual que recibirlas, así como hacerte cargo de algunos de los compromisos sociales que me abruman; a menos que decidas pasar el verano en el Distrito de los Lagos o en Cornualles, por supuesto.

Wulf nunca se había quejado de que los compromisos sociales lo abrumaran, pensó.

—Al parecer —replicó—, tengo tantas opciones que acabaré paralizada por la indecisión.

Sin embargo, todos los planes para mantenerla ocupada eran futuros, un detalle que no se le había escapado. Nadie había mencionado paseos matutinos a caballo por Hyde Park, salidas de compras por Oxford Street o por Bond Street, visitas a la

biblioteca o cualquier otra actividad que no habría levantado la menor curiosidad pese al luto que guardaba.

Había, cómo no, caído en la más absoluta desgracia. No solo se había comportado de un modo reprensible en Bruselas y había demostrado una falta de respeto de lo más vulgar tanto hacia su apellido como hacia su posición social (parafraseando a la tía Rochester) en Londres, sino que también se había negado a reparar el daño de la única manera que la sociedad aceptaba. Se había negado a casarse con el conde de Rosthorn.

¿Por qué lo había hecho?

La pregunta la atormentó durante todo el día. Creía que lo amaba. Después de escuchar el relato de lo acaecido nueve años atrás y de comprender la terrible injusticia en la que había tenido que vivir esos nueve años, estuvo más segura que nunca de sus sentimientos.

¿Por qué lo había rechazado entonces? ¿Acaso había esperado que intentara persuadirla, que le declarase su amor en términos más enérgicos? Esos jueguecitos no iban con ella.

Quizá hubiera hecho lo correcto, decidió después de dar las buenas noches y retirarse temprano a su dormitorio, dejando a la familia reunida en el salón. Una vez que su doncella la ayudó a desvestirse, se sentó en el alféizar de la ventana y se abrazó las piernas tal como hizo esa mañana.

Quizá hubiera tomado la decisión correcta. Su vida había sido un torbellino de cambios desde la primavera. ¿Cómo podía tomar una decisión racional sobre algo tan trascendental como el matrimonio? Además, quizá no lo amara de verdad. Al fin y al cabo, quizá solo fuera amistad y gratitud lo que sentía por él… y afinidad.

Apenas recordaba los detalles del interludio en sus aposentos de Bruselas. Había sido algo desmesurado, apasionado y sorprendente… e increíblemente satisfactorio en su momento. Aún le daba un vuelco el corazón al recordar lo que habían compartido. Pero ¿había sido amor? No, ¿verdad? En aquel entonces había necesitado consuelo y él se lo había dado; porque eran amigos y tal vez se apreciaban un poco más de lo que era normal entre amigos.

Pero lo había rechazado. Tal vez no volviera a verlo nunca. E incluso si lo hacía, al cabo de un año o dos tal vez se limitaran a intercambiar un breve y distante gesto a modo de saludo, como si fueran dos extraños.

No podría soportarlo.

¿Por qué lo había rechazado?

Apoyó la frente en las rodillas, cerró los ojos e hizo lo que siempre apaciguaba su mente y calmaba sus emociones tal como había descubierto hacía varios años. Se concentró en el sonido de su respiración, se concentró en ese sonido como si no tuviera nada más que hacer ni que pensar. Había tomado una decisión y a partir de ese momento se adentraría en aguas desconocidas. El pasado, pasado estaba; el futuro estaba por llegar y ese momento presente quedaba suspendido entre ambos estadios como un dichoso regalo. De hecho, era la única realidad.

No obstante, lo malo de la introspección era que en ocasiones el efecto protector

que ejercía sobre la mente desaparecía de repente y la verdad se colaba para hacerse oír en cuanto dejaba de escuchar su respiración.

Le había impedido formular la pregunta porque ella no había terminado de hacer las suyas. Le había dado miedo seguir preguntando. Había tenido tanto miedo, a decir verdad, que hasta ese preciso momento ni siquiera había admitido para sus adentros la existencia de esas otras preguntas.

Alzó la cabeza y clavó la vista en la oscuridad que reinaba al otro lado de la ventana.

Quizá, pensó, porque sabía las respuestas, pero podía desentenderse de ellas siempre que no se expresaran con palabras.

Pero ¿desde cuándo había tenido miedo de enfrentarse a la verdad? ¿Desde Bruselas, cuando durante una semana entera se negó a aceptar la muerte de Alleyne?

¿Cuándo había tenido miedo de preguntar a pesar de saber que las respuestas la destrozarían? ¿Desde esa misma mañana?

¿Desde cuándo se había convertido en una cobarde que se ocultaba en su dormitorio, que preparaba su vuelta a Lindsey Hall, su marcha al Distrito de los Lagos o a Cornualles, que fingía que el sentido común y la madurez eran lo que la habían llevado a rechazar un compromiso matrimonial esa mañana?

El amor no tenía sentido, no existía como tal, cuando el objeto del mismo no era lo que se pensaba, cuando nunca lo había sido.

Pasó mucho tiempo antes de que se metiera en la cama y se tumbara con los ojos clavados en el dosel, consciente de que volvería a pasar la noche en vela como la anterior. Lo que en realidad le apetecía hacer, descubrió, muy consciente del silencio que reinaba en la casa y del hecho de que todos debían de estar acostados, era desahogarse con un berrinche de los buenos.

Pero, en fin… ya no era una niña.

A la mañana siguiente, Morgan observó a Eve durante el desayuno. Tal vez su cuñada pareciese algo apocada y tímida, pero ella sabía que un año antes había desafiado a Wulf, a la tía Rochester y a Aidan disponiendo en secreto que su vestido de presentación a la reina fuera negro para honrar la memoria de su hermano (recientemente fallecido en la guerra por aquel entonces), en lugar de llevar otro color, como Wulfric había decretado. Y después lo había desafiado de nuevo al empecinarse en regresar a su casa y así hacer frente a una crisis familiar cuando él le había ordenado que se quedara para asistir a una importante cena en Carlton House. Era ciertamente curioso el enorme respeto que Wulf le profesaba a su cuñada, a pesar de ser la hija de un minero galés. Eso decía mucho del carácter de Eve.

Sin embargo, desechó la idea de pedirle que la acompañara.

Aquello era algo que debía hacer sola.

Y así, menos de una hora después, en cuanto Wulfric se hubo marchado a la Cámara de los Lores y todos los demás estuvieron inmersos en sus respectivos quehaceres cotidianos, salió por la puerta principal con su doncella a la zaga, y echó a andar hacia Pickford House. Si se cruzaba con algún conocido por el camino, decidió, lo saludaría con gesto regio, le desearía los buenos días y santas pascuas.

Que los demás se comportaran como quisieran.

Le importaba un comino la posibilidad de cruzarse con media docena de personas y que todas le negaran el saludo.

Sin embargo, se encontró precisamente con lady Caddick y con Rosamond, que iban a algún sitio dando un paseo. Cuando se cruzaron, el busto de la condesa se hinchó al tiempo que arrugaba la nariz y se giraba hacia su hija.

—Huelo a pescado podrido, Rosamond —dijo—. Es espantoso que incluso en las zonas más elegantes de Londres resulte imposible librarse de los malos olores.

—Buenos días, señora —la saludó ella—. Buenos días, Rosamond.

Su amiga le lanzó una mirada desesperada y se habría detenido, o eso le pareció a ella, de no ser porque su madre la agarró por el brazo y se la llevó a rastras.

El episodio le habría hecho gracia si no hubiera recordado en ese momento el motivo por el que había salido. Siguió caminando con paso vivo y llamó a la puerta de Pickford House antes de acobardarse.

La condesa de Rosthorn no estaba en casa, le informaron. Pero la señorita Clifton estaría encantada de recibirla. Mientras su doncella se alejaba hacia el interior de la mansión, Morgan siguió al mayordomo escaleras arriba, hasta una salita más pequeña que el salón donde había tomado el té unos días antes. Henrietta Clifton se puso en pie con una expresión sorprendida en el rostro en cuanto el mayordomo la anunció.

—Lady Morgan —dijo—, pase y siéntese. Siento mucho que mi tía Lisette no esté aquí para recibirla. Ella también lo sentirá cuando lo sepa.

A juzgar por su aspecto, la señorita Clifton rondaba la treintena. Su aspecto era bastante corriente y tenía un ligero sobrepeso. Aunque sus modales eran muy agradables y le caía bien.

—Supongo que soy la última persona a la que esperaba recibir hoy —dijo mientras se sentaba.

—Mi tía y yo nos sentimos un poco desilusionadas y también un tanto sorprendidas, cuando Gervase nos dijo que había rechazado su proposición —replicó la señorita Clifton—. Tenía la sensación de que harían una buena pareja, y deseo de todo corazón que mi primo sea feliz. Pero supongo que tuvo un buen motivo para rechazarlo.

—Entonces, ¿usted no le dio la espalda hace nueve años? —le preguntó.

La señorita Clifton se ruborizó.

—¡Ah! Así que está al corriente de lo que sucedió… No, nadie le echó la culpa a Gervase, salvo mi tío —contestó—. Nadie se esperaba su reacción. Estos nueve años han sido terriblemente tristes para mí. ¿Le apetece tomar algo?

—En realidad —respondió Morgan—, he venido para hablar con lord Rosthorn. Si no está en casa, lo esperaré hasta que regrese.

—¿Con Gervase? —preguntó la señorita Clifton con la sorpresa nuevamente pintada en el rostro, cosa que no era de extrañar.

—Hay algo que se me olvidó decirle ayer —respondió—. Por favor, no me diga que no lo esperan hasta la noche.

—Ni siquiera ha salido de casa —la tranquilizó su interlocutora mientras se ponía en pie—. ¿Desea hablar con él en privado?

—Sí, por favor —contestó.

—En ese caso, iré a buscarlo —se ofreció la señorita Clifton, que abandonó la estancia antes de que ella pudiera cambiar de opinión. Aunque ya era demasiado tarde para eso de todos modos.

Lord Rosthorn apareció menos de un minuto después. Entró en la salita y dejó que fuese un criado quien cerrara la puerta tras él. Se acercó a ella con los brazos extendidos y expresión ceñuda.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó—. ¿Qué ocurre? ¿Alguien le está haciendo la vida imposible? ¿Bewcastle?

—No ha ocurrido nada —contestó al tiempo que se ponía en pie y rodeaba la silla donde había estado sentada de modo que quedara entre ellos. Él dejó caer los brazos—. Lord Rosthorn, ¿por qué me invitó a bailar en el baile de los Cameron?

Sus ojos la estudiaron unos instantes.

—Era la dama más bonita de la fiesta con diferencia, *chérie* —respondió—. En cuanto la vi, decidí que tenía que conocerla.

—Inténtelo de nuevo —replicó ella, sosteniéndole la mirada—. Y esta vez pruebe a decir la verdad. Aquella noche no bailó con nadie más. Tengo dieciocho años. Llevaba el vestido blanco típico de una joven que acaba de ser presentada en sociedad. A sus ojos, los de un libertino de gran experiencia, debía de ser una niña. ¿Sabía quién era yo antes de que nos presentaran?

El asomo de una sonrisa apareció en los labios y en los ojos de lord Rosthorn.

—Sí.

—¿Y no le desagradó saber que era la hermana del duque de Bewcastle? —quiso saber.

—No —respondió—. Bailé el vals con usted, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo hizo? —preguntó.

Una parte de sí misma aún albergaba la esperanza de haberse equivocado. Pero sabía que no era así. Solo necesitaba oírselo decir.

—Habría sido mejor que no hubiera venido hoy a verme, *chérie* —dijo él en voz baja, con la cabeza algo ladeada—. Incluso llegados a este punto sería mucho mejor que aceptara la explicación más sencilla. Pero no lo hará, ¿verdad? Tengo la impresión de que jamás aceptará el camino fácil en la vida. Bailé el vals con usted, *ma petite*, porque era la hermana del duque de Bewcastle.

Morgan se aferró al respaldo de la silla con una mano. Alzó la barbilla.

—¿Y la cena campestre en el bosque de Soignes? —quiso saber.

—Porque era la hermana del duque de Bewcastle —respondió él.

—¿Tenía la intención de mancillar mi reputación?

—No —contestó—. Solo quería que mis atenciones quedaran patentes a los ojos de todos y, tal vez, cometer una pequeña indiscreción para que la alta sociedad comenzara a hablar de nosotros lo bastante como para que los rumores llegaran a Londres y a los oídos de Bewcastle.

Se sentía como si no hubiera adivinado la verdad antes de que él se la confirmara, como si se enfrentara a ella por primera vez. Le había hecho tanto daño su respuesta, que no creyó poder sentir nada más. Recordó que le había permitido coquetear con ella aquella noche y que le había devuelto el coqueteo, pensando que controlaba tanto la situación como a él. Recordó el beso que le había permitido darle.

No había entendido las reglas del juego en lo más mínimo. No había tenido la menor oportunidad de ganar.

Solo había sido una marioneta en sus manos.

Estuvo tentada de dejar las cosas así. Sin embargo, él seguía mirándola desde el centro de la salita con esa sonrisa torcida que tantas veces había visto en Bruselas… y que había tildado de atractiva y burlona.

En ese instante supo que ésa era la expresión del desprecio que le inspiraba su juventud, su ignorancia y su linaje.

—¿Y el baile de los duques de Richmond? —prosiguió—. Esperó hasta que todos los oficiales se fueran para consolarme. ¿O solo fue una táctica para allanar el camino que llevaría al escándalo?

—¡Ah, *chérie*! —exclamó—. En aquel momento necesitaba consuelo.

—Y después necesitaba que alguien me acompañara de casa de los Caddick a casa de la señora Clark y viceversa —siguió, fulminándolo con la mirada—. Y después necesitaba que alguien encontrara a Alleyne. Y un paladín que apoyara mi causa cuando los Caddick se negaron a quedarse en Bruselas. En aquel entonces luchó por mí con tanta firmeza e indignación, lord Rosthorn… Y después necesitaba que alguien me acompañara por la ciudad cuando no estaba atendiendo a los heridos. Mientras tanto, estábamos alimentando el escándalo… y, mientras tanto, usted era mi amigo. ¡Mi mejor amigo! Lo más gracioso es que me creía muy madura. Me desquiciaba ver que otras personas de mi edad, incluso mayores, no tenían tanto arrojo, no tenían el control de sus destinos. Usted me embaucó. Eso fue lo que me dijo Wulfric ayer antes de que usted llegara a Bedwyn House, pero me negué a hacerle caso —A esas alturas se aferraba al respaldo de la silla con ambas manos.

—¿Qué puedo decir en mi defensa? —le preguntó lord Rosthorn—. Me siento horriblemente culpable en lo que a usted se refiere. Pero no por todo lo que he hecho. No desde la batalla de Waterloo.

Morgan rodeó la silla y se plantó delante de esta cuando cayó en la cuenta de que podría interpretar que se estaba escondiendo tras ella.

—Y la noche que fui a sus aposentos —prosiguió, apretando los puños a ambos lados del cuerpo—, alterada y conmocionada por las noticias de Alleyne…

—*Non, ma chére* —replicó él, alzando las manos con las palmas hacia ella, como si quisiera protegerse de un ataque.

—Creí que fui yo la instigadora de lo sucedido —confesó—. Y aún lo creo así, pero solo porque me engañó y me manipuló para que confiara en usted más que en cualquier otra persona de este mundo. ¡Debió disfrutar de lo lindo!

—*Non, ma petite*.

Morgan alzó la mano derecha y le asestó un sonoro bofetón en la mejilla.

—¡Ya lo creo que sí! —gritó—. No lo niegue. Sí, sí, sí, *oui, oui, oui*. Es inútil que me mienta, utilice el idioma que utilice.

—Como usted diga —replicó lord Rosthorn, bajando las manos al tiempo que la marca enrojecida de su mano se hacía evidente en su mejilla izquierda.

—Me ha utilizado —le recriminó—. Ha abusado de mí, me ha odiado y ha fingido que yo le importaba. Es un canalla de la peor calaña.

—Sí —convino el conde de Rosthorn—. Tal vez lo sea.

Todavía sentía los efectos del bofetón en la mano, que le ardía y le palpitaba, pero se consolaba con la certeza de que la mejilla debía de dolerle mucho más.

—Supongo que el encuentro en Hyde Park —siguió— y el té con su madre formaban parte de un ingenioso plan para avergonzar a Bewcastle y obligarlo a consentir que me cortejara. Y el baile… ¿cómo supo que había una antesala cerrada al público cerca del salón de baile? ¿Cómo es que cometió el descuido de dejar la puerta entreabierta una vez que entramos? ¿Y por qué nos dejamos arrastrar por la pasión mientras bailábamos el vals y acabamos siendo descubiertos de forma tan conveniente el uno en brazos del otro? Así fue como lo planeó.

La mirada de lord Rosthorn seguía clavada en ella.

—Lo planeé —admitió.

Alzó la mano izquierda y le asestó un bofetón en la otra mejilla. Con los labios fruncidos en una mueca desdeñosa y resoplando por la nariz, observó la expresión de dolor que crispó el rostro del conde, si bien él no hizo el menor esfuerzo por defenderse.

—Y ayer asestó el golpe de gracia —prosiguió—. Me contó su historia y se ganó mi compasión. No hay nada como el relato de las injusticias y los atropellos que se han soportado para granjearse la compasión de los demás. Y supongo que fui yo quien le colocó la guinda al pastel cuando me negué a que me hiciera la pregunta. Fui yo quien lo liberó. Usted ha traído el caos a mi vida, a la de Wulfric y a la de toda mi familia y fui yo quien permitió que se fuera de rositas para regodearse con el recuerdo de su triunfo.

—Está en lo cierto, *chérie* —convino él en voz baja al ver que estaba aguardando una réplica.

—Pues ahí es donde se equivoca, lord Rosthorn —Le lanzó una mirada furibunda al tiempo que señalaba el suelo con una mano—. De rodillas. He cambiado de opinión. Hágame la pregunta. Y sepa que si se niega, no escatimaré esfuerzos para que todo Londres y toda Inglaterra sepan que usted desconoce el significado del honor y la decencia. Aún tengo cierta influencia. Mi familia es muy poderosa.

Lord Rosthorn volvió a ladear la cabeza y su mirada recobró el brillo risueño.

—¿Quiere que le proponga matrimonio? —le preguntó—. ¿Después de todo lo que ha dicho? ¿Para darle la satisfacción de rechazarme? Sería una crueldad inenarrable que me negara, supongo. Muy bien.

Hincó una rodilla en el suelo frente a sus pies y alzó la mirada al tiempo que le cogía las manos. Su mirada había perdido el brillo risueño de momentos atrás. La estaba mirando con lo que el día anterior habría tomado por ternura.

—Lady Morgan Bedwyn —comenzó—, ¿me concederá el gran honor de aceptarme en matrimonio?

Morgan hizo acopio de toda la altivez de la que fue capaz y bajó la vista para mirarlo sin hacer el menor esfuerzo por ocultar el desprecio que sentía. Lo mantuvo a la espera. Saboreó el momento.

—Gracias, lord Rosthorn —contestó por fin—. Sí.

Él siguió mirándola, embelesado.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó.

—Dudo mucho que sea sordo —replicó ella—, así que debo suponer que no se ha perdido nada. Ya puede levantarse.

Lord Rosthorn se puso en pie despacio. El brillo risueño había regresado a sus ojos.

—¿Va a castigarme casándose conmigo para recordarme todos los días de mi vida que soy un canalla, *chérie*? —le preguntó.

—Ahí se equivoca de nuevo —respondió—. He aceptado su proposición de matrimonio. No tengo la menor intención de casarme con usted.

El brillo risueño de su mirada se intensificó.

—¡Vaya! —exclamó—. Ahora lo entiendo con toda claridad.

—Pensaba largarse alegremente después de haber desatado su venganza sobre todos nosotros —dijo Morgan, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos —. Mientras que yo huía al campo para esconder mi desgracia. Ni hablar, lord Rosthorn.

Debe de haber olvidado que soy una Bedwyn. Todavía no he acabado con usted. Y no pienso esconderme y agachar la cabeza por el mero hecho de haber sido demasiado ingenua y tonta como para no distinguir a un sinvergüenza. Es usted mi prometido. Me colmará de atenciones y seré el objeto de su absoluta devoción hasta que yo decida romper el compromiso.

—Está magnífica cuando se enfada, *chérie* —le dijo al tiempo que entrelazaba las manos a la espalda y se inclinaba hacia ella—. La cortejaré hasta que cambie de opinión con respecto a romper el compromiso.

—Se equivoca una vez más —replicó ella—. Seré yo quien lo corteje, lord Rosthorn. Haré que se enamore de mí y después le romperé el corazón.

—Ya ha conseguido lo primero, *ma petite* —confesó—, y sin duda alguna conseguirá lo segundo si no se apiada de mí.

—O, tal vez —dijo Morgan—, haré que me odie y después me casaré con usted de todos modos. Jamás estará seguro de mis sentimientos ni de mis intenciones. Pero estará atado a mí mientras me apetezca. Y si se niega, si pone fin a nuestro compromiso, me encargaré de que vuelvan a echarlo de Inglaterra… y esta vez para el resto de su vida.

Lord Rosthorn la miraba con expresión risueña.

El busto de Morgan subía y bajaba por la agitación.

La puerta se abrió.

—¡Lady Morgan, *ma chére*! —exclamó la condesa de Rosthorn al entrar en la

salita—. Henrietta me ha dicho que estaba aquí con Gervase y que no había ninguna doncella para guardar las formas. ¿Ha ocurrido algo que la haya alterado? Reprendí enérgicamente a mi hijo después del baile de los Hallmere, créame. No me gustó en absoluto lo que hizo.

—*Maman* —intervino el aludido, que la tomó del brazo mientras la miraba con esa sonrisa que apenas un par de días antes le había aflojado las rodillas—, Morgan acaba de hacerme el hombre más feliz del mundo.

—Es cierto, señora —añadió ella con una sonrisa deslumbrante—. Gervase me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí.

Cuando miró a su prometido, éste inclinó la cabeza y la besó en los labios mientras su madre los miraba extasiada y expresaba su dicha en francés con las manos entrelazadas sobre el pecho.

Como no podía ser menos, le devolvió el beso.

Capítulo 17

Gervase se preguntaba si Morgan sería consciente de que la temporada social prácticamente había acabado cuando insistió en que se comprometieran. Tal vez hubiera imaginado que podían asistir juntos a un buen número de eventos sociales (ella altiva y victoriosa y él, dichosamente solícito a sus pies), antes de rechazarlo públicamente para llevar a cabo su venganza.

El hecho de que acabaría salpicada por un escándalo aún mayor no la detendría, estaba seguro.

Sin embargo, la temporada social estaba a punto de finalizar. El anuncio del compromiso se publicó en los periódicos matinales del día siguiente, y ambas familias celebraron tés y cenas. Cabalgaron juntos por el parque un par de mañanas e incluso una tarde dieron un paseo en su tílburi por Hyde Park, a la hora más concurrida. Aunque poco más podían hacer. Muchas familias ya habían dejado la ciudad y se habían ido al campo.

Su madre y Henrietta estaban encantadas por el extraño giro de los acontecimientos; de hecho, su madre estaba entusiasmada. La familia de Morgan también parecía complacida y se mostraban muy amables. Bewcastle hacía gala de una gélida cortesía.

Morgan estaba radiante de felicidad, aun cuando estuvieran a solas… claro que, como no podía ser de otro modo, siempre estaban a la vista de alguien. De no haber estado seguro de las circunstancias, podría haber llegado a creer que estaba locamente enamorada de él. Aunque no estaba seguro de que no lo estuviera… y, a su vez, de que no lo estuviera él. No obstante, sabía que esa felicidad se asemejaba a un escudo impenetrable que no podía atravesar y del que nadie más era consciente.

Se preguntaba qué les depararía el verano. Morgan había dejado muy claro a todo aquel que les había preguntado al respecto que no tenían planes inmediatos de boda. Deseaban disfrutar un tiempo de su compromiso, afirmaba. Y era él quien debía encargarse de hacer realidad sus deseos. Su madre, Henrietta y él estaban invitados a cenar en Bedwyn House, y lady Bedwyn acababa de comentar que su marido y ella estaban planeando visitar el Distrito de los Lagos.

—Morgan estaba considerando la idea de acompañarnos —dijo lady Eve—. ¿Sigue siendo así, Morgan? —Miró a Gervase con curiosidad.

—No, por favor —respondió él—. No podría soportar estar tanto tiempo separado de mi prometida y estoy seguro de que Morgan opina igual —La aludida estaba sentada a su lado. Giró la cabeza y la miró con una sonrisa—. No vas a ir al Distrito de los Lagos, ¿verdad, *chérie*? ¿Vendrás conmigo a Windrush?

—¡Por supuesto que vendrá con nosotros! —exclamó su madre desde el otro

extremo de la mesa, como si todo se hubiera acordado de antemano mucho antes—. Estoy deseando presentar a mi futura nuera a todos nuestros amigos y vecinos. Ya les he escrito a mis hijas para contarles la feliz noticia. Estoy segurísima de que también querrán ir a Windrush para conocerla y para ver a Gervase de nuevo. Estoy planeando una gran fiesta de compromiso… Una fiesta en el jardín o un baile. O tal vez ambas cosas.

—Tal vez, *maman* —sugirió Gervase—, la familia de Morgan nos conceda el honor de acompañarnos para sumarse a las celebraciones.

—¡Qué idea tan deliciosa, *mon fils*! —dijo ella, llevándose las manos al pecho mientras esbozaba una sonrisa radiante para todos los presentes—. Yo misma lo habría propuesto si me hubieras dado tiempo. ¿Lady Bedwyn? ¿Lady Hallmere? ¿Bewcastle? Por favor, vengan con nosotros al campo.

Gervase giró la cabeza y sonrió de nuevo a Morgan al tiempo que le acariciaba la mano que tenía sobre la mesa con la punta de los dedos.

—¿Te complace, *chérie*? —le preguntó en voz baja—. ¿La idea de que pasemos el verano juntos, en tu futuro hogar, para que puedas conocer a toda mi familia y a tus futuros amigos y vecinos?

—Me complace sobremanera —Le brillaron los ojos. Gervase descubrió que estaba disfrutando enormemente. Se alegraba muchísimo de que ella hubiera decidido contraatacar. En lo referente a Morgan, se sentía horriblemente culpable. Aunque no todas las acusaciones que había hecho eran ciertas, sí que la había utilizado con toda deliberación y de un modo abominable. Después de que ella lo despachara de Bedwyn House el día que fue a pedir su mano, se sumió en una profunda tristeza. Aunque en aquel momento volvió a ser un hombre libre y sospechaba que ella no había descubierto la verdad que encerraba su comportamiento, se sentía muy mal por el engaño y por el escándalo en el que la había envuelto.

No obstante, ella estaba contraatacando de una forma totalmente inesperada y fascinante. Había prometido utilizarlo hasta que estuviera lista para abandonarlo. Lograría que se enamorase de ella y después le rompería el corazón. O lograría que la odiara y después lo obligaría a casarse con ella tal cual.

Estaba encantado con la situación. Y, al mismo tiempo, agradecía a la Providencia que le hubiera dado la oportunidad de enmendar de algún modo sus errores. No sabía cómo iba a hacerlo. Tal vez todo se redujera a permitir que Morgan cumpliera sus amenazas. Pero no se humillaría, decidió. No iba a dejarse castigar simplemente porque mereciera el castigo.

A Morgan no le gustaría. Participaría en el juego que ella había puesto en marcha. Si ella ganaba limpiamente, aceptaría la derrota con deportividad. Pero no la dejaría ganar. No le cabía la menor duda de que Morgan le escupiría en un ojo si intentaba hacer algo semejante. Jugaría a su juego del amor para ganar, se dijo.

Aunque todavía no había considerado qué implicaba exactamente ganar.

Habían retrasado su viaje al Distrito de los Lagos el año anterior para ir a Penhallow, en Cornualles, cuando Freyja se comprometió, explicó lady Eve con una

carcajada. Así que ese año debían hacer lo mismo por Morgan. ¿Estaba Aidan de acuerdo con ella? Al parecer, lord Aidan lo estaba. Y dado que no sabía cuándo volvería a abandonar Cornualles una vez que regresara a su casa debido a su estado de buena esperanza, lady Hallmere pensó que sería una verdadera lástima no ver el futuro hogar de Morgan mientras tuvieran la oportunidad. Hallmere estuvo de acuerdo en que una semana en Kent sería de lo más agradable, Bewcastle declinó la invitación… después de darle las gracias a su madre con suma elegancia.

Y así quedó decidido. Pasarían el verano en Windrush.

—Supongo —le dijo Morgan a la mañana siguiente mientras cabalgaban por Rotten Row por delante de lord Aidan y su esposa— que planeas avergonzarme al invitar a nuestras respectivas familias a pasar el verano en Windrush y hacer una grandiosa celebración por nuestro compromiso. No me avergüenzo con facilidad, Gervase.

—Lo sé, *chérie* —replicó—. Pero soy yo quien va a quedar avergonzado, ¿no? Son mi familia, mis criados, mis arrendatarios y mis vecinos quienes van a presenciar la intensidad de mi enamoramiento por ti y quienes después me compadecerán cuando me abandones.

—Una descripción muy acertada —declaró ella.

—A menos —continuó Gervase con una sonrisa al tiempo que acercaba su caballo al de ella, de modo que sus rodillas casi se rozaran— que pueda convencerte para que te apiades de mí, encanto.

—Eso no va a pasar —le aseguró ella al tiempo que esbozaba una radiante sonrisa y extendía el brazo con descaro para rozarle un instante el muslo.

—Voy a llevarte de compras después —le dijo—. Debo comprarte joyas, *chérie*. Menudo fiasco de prometido sería si no te comprase un regalo de compromiso, ¿no te parece?

—No me interesan las joyas —respondió Morgan—. ¿Qué voy a hacer con ellas cuando nos separemos? Ni siquiera podría soportar verlas.

—Entonces, ¿qué? —le preguntó—. Aún no te puedo comprar ropa. Se consideraría escandaloso.

—Pinturas y todos los útiles para pintar —respondió ella tras un instante de reflexión—. No me traje mis cosas a Londres y estoy deseando volver a pintar. Pintaré en Windrush. Puedes comprarme un caballete, pintura, pinceles, lienzos, papel, carboncillo y cualquier otra cosa que se me ocurra de aquí a una hora.

—¿Pintas? —quiso saber—. ¿Eres buena?

—Qué pregunta más estúpida —replicó ella—. ¿Cómo voy a saber si soy buena o no? ¿Y qué importa eso? Pinto porque me encanta, porque debo hacerlo. Pinto porque de ese modo me sumerjo en la realidad, atravieso la superficie y llego al corazón de las cosas. No soy una aficionada, una dama que pinta cuadros bucólicos en paisajes pintorescos para lograr que alguien se enamore locamente de mí y acabe postrado a mis pies.

—¡Vaya! —Chasqueó la lengua—. Pues entonces haré de tripas corazón, *chérie*, e intentaré no postrarme a tus pies. Pinturas y pinceles serán… Todo de la mejor

calidad y en cantidades ingentes para que el mundo sepa cuánto te quiero.

Morgan lo miró con una sonrisa que parecía brotar del fondo de su alma… o eso creyó él.

—Gracias, Gervase —dijo—. Ay, gracias. ¡Te adoro!

La miró un instante, extasiado. Era hermosa, estaba llena de vida y toda esa hermosura y vitalidad estaban pendientes de él. Era casi imposible pensar que sus palabras fueran falsas.

Y justo entonces ella se echó a reír.

Wulfric regresaba a Lindsey Hall el mismo día que Morgan partía hacia Windrush con Aidan, Eve, Freyja y Joshua. Apenas había dicho nada sobre el compromiso; aunque, después de que se lo contara a su regreso de la Cámara de los Lores el mismo día que se produjo, él se llevó el monóculo al ojo y la observó en silenció durante lo que le parecieron cinco minutos, si bien en realidad ni siquiera hubiera sido uno.

No obstante, habló con ella en privado antes de que saliera para subir al carruaje.

—No hay nada irrevocable hasta que termine la boda —le dijo—. Morgan, te ruego que consideres si lo estás haciendo por el mero hecho de que yo te aconsejé que no lo hicieras.

—Qué ridículo eres, Wulf —replicó, enfadada—. Me voy a casar con Gervase porque quiero hacerlo. Y que sepas que estás muy equivocado con él. No violó a Marianne. Ella le tendió una trampa porque no quería casarse contigo.

Deseó no haberlo dicho de esa manera, pero ya era demasiado tarde para cambiar las palabras. Wulfric la miró con expresión dura y sombría.

—Te tenía por una persona menos crédula —dijo—. A veces me olvido de lo joven que eres.

—Y fue muy cruel por tu parte fingir que no habías visto el broche —declaró—, y que no lo habías dejado sobre la mesa cuando salías del dormitorio de Marianne seguido por Gervase.

Lo vio asentir con la cabeza muy despacio.

—Ciertamente, estás enamorada —dijo—. Solo me cabe esperar que haya cambiado en estos nueve años, aunque hasta el momento las pruebas sugieren lo contrario. Sin embargo, Morgan, quiero que sepas algo antes de que vayas. Tu felicidad me importa mucho más que llevar la razón. Piensa en tu felicidad sin tener en cuenta mi opinión.

Siempre había querido a Wulfric. No recordaba a sus padres. Wulfric había sido como un padre para ella toda la vida y siempre se había sentido increíblemente segura bajo su cuidado y su guía. Siempre había sabido que hacía lo mejor para ella. Sin embargo, nunca había pensado que la quisiera… ni que quisiera a Freyja o a sus otros hermanos. Siempre lo había tenido por un hombre incapaz de toda emoción… incluida la furia.

En ese momento le asombró descubrir que tal vez sí se preocupara… No solo por su seguridad, su posición y su reputación, sino también por ella. Y casi se le

escaparon unas frases de consuelo, una explicación acerca de la naturaleza de su compromiso, una promesa de que pronto acabaría todo y de que por fin podría olvidarse de Gervase Ashford, conde de Rosthorn. Pero si decía algo, era muy probable que le prohibiera ir a Windrush, donde estaría expuesta a un nuevo escándalo… Un escándalo mucho peor que los anteriores.

Guiada por un impulso, se acercó a él y lo abrazó.

—Voy a ser feliz —le dijo—. Y tú te alegrarás al verme feliz. Ya lo verás.

—Bueno, en fin… —replicó con tono frío y quizá… ¿avergonzado?—. Eve y Aidan te están esperando, Morgan.

A última hora de la tarde estaban cerca de Windrush Grange, en Kent, y Morgan contemplaba el paisaje por la ventanilla con gran interés. La propiedad era enorme. El carruaje avanzó por una avenida serpenteante y rodeada de árboles durante al menos dos kilómetros antes de que la mansión apareciera ante sus ojos. Era una construcción de aspecto muy evocador con sus ladrillos rojos y sus tejadillos a dos aguas. Estaba rodeada de extensos prados y de floridos jardines.

—Es magnífica, Morgan —dijo Eve desde el otro asiento—. ¡Qué emocionante debe de ser esto para ti! —Lo es —convino ella.

Había pasado una semana desde la última vez que vio a Gervase. Un período de tiempo en el que su resentimiento y su enfadado hacia él habían aumentado. Si la semana que habían pasado en Bruselas después de la batalla de Waterloo no existiera, se repetía sin cesar, tal vez en esos momentos no lo odiaría tanto. Al fin y al cabo, antes y después de ese período concreto, no se había esforzado en ocultar su intención de coquetear con ella. Pero durante los días posteriores a Waterloo se convirtió en la persona más importante de su vida y se sentía horriblemente traicionada.

No obstante, la semana que concluía también había sido terriblemente insípida. Lo había echado de menos, había echado de menos su sonrisa irónica, sus bromas y su atractivo acento francés.

Y lo odiaba muchísimo más porque sin darse cuenta se había enamorado de él en algún momento concreto de los últimos meses y le estaba costando bastante amoldar sus emociones a la realidad de su carácter y a la naturaleza de su relación.

Una vez que el carruaje pasó bajo una pérgola cuajada de flores y enfiló el amplio espacio empedrado frente a la mansión, vio que la puerta de doble hoja que coronaba los escalones con forma de herradura estaba abierta. Dos criados ataviados con librea estaban bajando los escalones, cada uno por un lado; un tercer sirviente vestido de negro, que debía de ser el mayordomo, montaba guardia junto a la puerta; y una inmensa cantidad de personas, o eso le pareció, entre las que se incluían Gervase y la condesa, salió en esos momentos por la puerta y bajó los escalones a toda prisa detrás de los criados.

Así que eso, pensó Morgan con una mezcla de felicidad y nerviosismo, era lo que había provocado. Inspiró hondo para serenarse y sonrió.

Todo era muy desconcertante. Gervase la ayudó a apearse del carruaje y después le ofreció la mano a Eve para hacer lo propio. Los otros carruajes (el que

llevaba a Freyja y a Joshua y el que llevaba a Becky, a Davy y a su niñera) se detuvieron detrás del suyo para dejar salir a sus ocupantes. Morgan se encontró rodeada por los brazos de la condesa y después le presentaron al reverendo Pierre Ashford y a su esposa, Emma; a lord y lady Vardon (la hermana de Gervase, Cecile); y a sir Harold Spalding y su esposa, la otra hermana de Gervase, Monique. Los caballeros le hicieron una reverencia, al igual que Emma. Las hermanas, que compartían la efusividad francesa de su madre, la abrazaron y alabaron su belleza.

Entretanto, Gervase asumió la labor de saludar a los Bedwyn y presentárselos a su familia.

Los niños (una auténtica horda, o eso le pareció) corrían a su alrededor sin ninguna niñera a la vista que restringiera su entusiasmo, salvo el aya Johnson.

Hubo mucho ruido y muchas risas. Los criados estaban descargando el equipaje del carruaje que cerraba la comitiva. El sol estival iluminaba la alegre algarabía. Gervase le cogió una mano… y después la otra.

—La semana ha sido interminable, *ma chére* —dijo al tiempo que se llevaba la mano derecha a los labios—. Bienvenida a Windrush —Se llevó la mano izquierda a los labios—. Bienvenida a casa.

Mientras sus hermanas exclamaban entusiasmadas y otros de los presentes expresaban su satisfacción con discretos murmullos, Gervase se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—Cada día me ha parecido una semana, Gervase —replicó ella, apretándole las manos con fuerza—. Estoy contentísima de haber llegado por fin.

Le agradaba que siguiera flirteando descaradamente con ella, se dijo mientras aceptaba el brazo que le ofrecía y echaban a andar escalones arriba hacia el interior de la mansión. Si se hubiera convertido en una criatura triste, contrita y abatida desde que lo obligara a comprometerse con ella, tal vez lo habría perdonado y lo habría liberado, aunque sin duda lo habría despreciado… más de lo que ya lo hacía, por supuesto.

Y cada día le había parecido una semana, admitió para sus adentros.

La semana había sido realmente interminable. Gervase había intentado mantenerse ocupado con los asuntos de la propiedad y había pasado bastante tiempo con su administrador (que también había sido el de su padre), ya fuera en el despacho o al aire libre, visitando la granja que abastecía a la mansión. No obstante y como siempre había sabido, su padre se había encargado de tomar las decisiones manteniéndose al tanto en todo momento de los asuntos de la propiedad. Y era evidente que su administrador lo admiraba muchísimo. Su nombre se mencionaba constantemente en la conversación (Su Ilustrísima hizo esto, Su Ilustrísima creía aquello, Su Ilustrísima jamás habría permitido lo otro…), hasta tal punto que le entraron ganas de gritarle al tipo que Su Ilustrísima era él.

Sin embargo, no podía competir con su padre. El sabía poquísimo del tema. Tardaría mucho en aprenderlo todo. Mientras tanto, dependía de su administrador.

Había discutido con Henrietta y, en menor grado, también con su madre. Una noche le preguntó de pasada a su prima dónde había pasado la tarde y cuando le dijo

que había ido a ver a Marianne, él le preguntó con bastante brusquedad si le parecía leal hacia su persona continuar con esa amistad. Acto seguido, cuando ella le recordó que lo sucedido entre Marianne y él había pasado nueve años antes, perdió el control y le aseguró que sabía muy bien cuánto tiempo había pasado. Había vivido en el exilio todos esos años. Henrietta acabó marchándose a su habitación hecha un mar de lágrimas y su madre le indicó en voz baja que tal vez había llegado el momento de olvidarse del pasado.

El problema era que no podía perdonar a su padre.

No podía perdonar a Marianne.

No podía perdonar a Bewcastle.

Y comenzaba a tener problemas para perdonar a Henrietta.

Comprendió que estaba muy mal. Se sentía consumido por una amargura que había creído olvidada hasta hacía muy poco tiempo… hasta que posó los ojos en lady Morgan Bedwyn en el baile de los Cameron en Bruselas, de hecho.

Y por eso le alegraba la distracción de tener tantos invitados en casa. Aunque ver a Morgan de nuevo lo alegraba muchísimo más. Su intención tal vez fuera la de atormentarlo… de hecho estaba convencido de ello. Pero al menos estimularía su mente y sus sentidos. Y lo haría reír.

La noche de su llegada convirtió la entrega de su regalo de compromiso en todo un espectáculo. Todos la observaron mientras desenvolvía un paquete tras otro y exclamaba encantada por su contenido… que ella misma había elegido en Londres, pero que él había ordenado que empaquetaran y enviaran a Windrush. Cuando terminó, se acercó a él, le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla.

Si los Bedwyn estaban escandalizados por su atrevido comportamiento, no lo demostraron. Su familia estaba encantada.

Y a él le hizo mucha gracia. Tenía la esperanza de que le permitiera verla pintar.

El clima cálido y soleado que reinaba el día de su llegada se repitió al día siguiente. Gervase propuso una merienda campestre junto al lago por la tarde y allí acudieron todos en ruidoso grupo, incluso los niños. Pierre y Emma llegaron desde la vicaría con Jonathan. Jugaron un buen rato al escondite para empezar y después Joshua (todos los Bedwyn habían pedido que los llamaran por sus nombres de pila) y Harold sacaron las barcas y les dieron una vuelta a todos mientras Emma y Eve jugaban en la orilla con algunos de los niños. Dieron buena cuenta del té que les llevaron los criados y después casi todos los adultos se dispusieron a holgazanear en las mantas que habían extendido bajo un enorme roble mientras los niños proseguían con sus juegos.

—¿Damos un paseo, *chérie*? —le sugirió a Morgan.

Ella se cogió de su brazo y la condujo por la alameda que corría perpendicular al lago.

—¿Qué es eso de ahí? —quiso saber ella, señalando el lugar.

—Un mirador —le contestó—. Es un refugio tranquilo para un día lluvioso y tiene unas vistas magníficas en todas direcciones. Tal vez con el paso de los años te guste sentarte allí para leer.

—Para escapar de todos los niños que habrá en la habitación infantil, supongo —replicó ella.

—O de las constantes demandas de un marido apasionado —sugirió.

—Pero ¿no adivinaría dicho marido apasionado mi paradero? —preguntó ella.

—Creo, *chérie* —respondió—, que dicho marido te perseguiría y te convencería de que en realidad querías escapar de las visitas que se habían presentado para perturbar nuestra privacidad.

—Encantador —dijo ella—. ¿Hay algún otro sitio parecido en la propiedad? Sería injusto que no pudiera hacerte dudar al menos acerca del lugar elegido ese día en concreto.

—Hay una gruta —contestó—. Está al final del sendero agreste, pero pasa inadvertida para quienes no saben de su existencia. Te llevaré un día. Quizá te apetezca pintar allí.

—Pues no creo que te gustara mucho —replicó Morgan mientras proseguían su paseo por la recta alameda cuyos árboles los protegían de los intensos rayos del sol —. Me abstraigo por completo cuando pinto.

—Pero yo tengo toda la paciencia del mundo —le aseguró—. Me sentaré y esperaré, y cuando termines de pintar, te ayudaré a relajarte antes de llevar tus cosas a la casa para que no te canses.

—¿De veras?

—Haremos el amor allí —le dijo— y también en el mirador, y en las zonas más recónditas que bordean el lago.

—Las barcas me parecieron interesantes —comentó ella.

—Y en las barcas también —convino—. En las dos. Así decidiremos cuál es la más cómoda y cuál se mece mejor.

Ella giró la cabeza al mismo tiempo que él y sus miradas se encontraron. Se echaron a reír.

—¿Me has perdonado ya, *chérie*? —le preguntó.

Sin embargo, ella se limitó a soltar otra carcajada y a mirar a su alrededor con un enorme suspiro que bien parecía de felicidad.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamó—. Me encanta el verano.

Ya habían llegado al mirador. Su intención no había sido la de detenerse allí, sino la de dar media vuelta y regresar con los demás. Sin embargo, no estaban obligados a hacerlo. Estaban oficialmente comprometidos. Tanto su familia como la de Morgan harían por tanto la vista gorda cada vez que pasaran largos ratos a solas. Abrió la puerta y se echó a un lado para dejarla pasar.

Hacía calor allí dentro, aunque no tanto como cabía esperar, ya que estaba protegido por la sombra de dos árboles muy altos. Era una estructura circular con un muro de piedra que llegaba hasta la cintura y ventanales por encima, coronada por una cúpula de madera pintada. El perímetro de la estancia estaba ocupado por un amplio banco tapizado con cuero y en el centro se emplazaba una mesa redonda de roble.

Morgan no se sentó de inmediato. Contempló la larga alameda que habían

recorrido y después se giró para observar el sendero mucho más estrecho y bordeado de flores que conducía a la mansión, la delgada hilera de árboles que dejaba entrever parte del sendero agreste y, por último, el río que discurría hasta el lago.

—Cuánta belleza —dijo, y se sentó.

—Mucha, *chérie* —Le sonrió antes de sentarse a su lado. Había abandonado el luto. Ya se dio cuenta el día anterior, cuando la vio llegar. En ese momento llevaba un bonito vestido de muselina celeste con un sombrero de paja adornado con flores.

—¿Qué sientes al volver a estar entre tu familia? —le preguntó.

—Me siento raro —respondió—. Monique y Cecile eran unas niñas la última vez que las vi. Ahora están casadas y tienen hijos. Pierre era poco más que un chiquillo. Y ahora tengo dos sobrinos y tres sobrinas.

—¿Te entristece haberte perdido gran parte de sus vidas? —preguntó ella de nuevo.

Gervase meditó la respuesta. Pero ¿qué sentido tenía negarla?

—Sí —contestó—. Es como si hubiera regresado de la muerte con la esperanza de que todo el mundo hubiera pasado esos nueve años llorando mi ausencia, y hubiera descubierto que han seguido con sus vidas, demostrándome de ese modo que yo no era indispensable al fin y al cabo. Es una queja estúpida. ¿Por qué siempre asumimos que somos tan importantes para los demás? Nadie es irremplazable, ni siquiera aquellos a los que nos sentimos más unidos.

—Falta un miembro de tu familia —dijo ella—. ¿Qué sientes por tu padre, Gervase?

Él clavó la mirada en el sendero que llevaba a la mansión.

—Era un esposo y un padre ejemplar —contestó—, y parece que un terrateniente modélico. Lo admiraba mucho. Estábamos muy unidos. Siempre creí que era su favorito aunque nos quería muchísimo a todos. Jamás me mostré rebelde como hacen otros y nunca me dejé llevar por el desenfreno a pesar de que me gustaba causar sensación en Londres y cultivar la amistad de hombres influyentes, como Bewcastle.

—Su rechazo debió de ser demoledor —dijo ella.

—Podría decirse que sí —La miró y rió entre dientes sin rastro de humor—. Ninguno de nosotros había hecho nada que lo decepcionara hasta aquel momento. Éramos una prole especialmente aburrida, *chérie*. Y por eso, supongo, reaccionó a lo que creyó que yo había hecho con la ira implacable de un hombre que jamás había tenido que enfrentarse a algo semejante.

—¿Lo sigues odiando? —le preguntó.

—Es demasiado tarde para eso —contestó, después de soltar un quedo suspiro —. Está muerto.

—¿Dónde está enterrado? —quiso saber ella—. ¿En el cementerio del pueblo?

—Sí —respondió.

—¿Has estado allí? —le preguntó.

Negó con la cabeza. La vicaría estaba junto a la iglesia y al cementerio, y había estado allí en varias ocasiones. También había ido a la iglesia. Pero siempre había

evitado mirar al cementerio.

—Iremos juntos —Morgan colocó la mano sobre la suya.

—¿De verdad? —volvió a reír entre dientes.

—¿Y Marianne? —quiso saber—. ¿Qué ha pasado con ella? ¿Lo sabes?

—Vive a poco más de cinco kilómetros de aquí —respondió—. Si quieres saber más de ella, habla con Henrietta. Siguen siendo amigas.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Eso debe de molestarte.

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó—. Nueve años es mucho tiempo y son vecinas. Siempre han sido amigas.

—Gervase —le dijo—, todo esto ha sido terriblemente doloroso para ti. Más de lo que pensaba en un principio.

La mano de Morgan aún seguía sobre la suya. Se la cubrió con la mano libre.

—Pero me niego a ser una víctima, *chérie* —confesó—. Me he labrado una vida en el continente sin ayuda de nadie. He visto lugares que jamás habría visto de otro modo, he conocido a personas muy interesantes y he hecho cosas que jamás habría hecho si mi vida hubiera continuado su aburrido e inocente curso. Te he conocido a ti.

—Y eso es algo que acabarás lamentando —le aseguró—. Pero creo que ése es el modo de soportar la vida, ¿verdad? Creer que todo tiene un motivo positivo, que no hay tiempo perdido a menos que nos neguemos a aprender la lección que encierra ese tiempo que nos parece perdido. Así mejoramos como personas.

—O empeoramos.

Se quedaron sentados largo rato antes de emprender el regreso a la mansión juntos, sumidos en un silencio extrañamente agradable, con las manos unidas y los hombros tan cerca que casi se rozaban. Si se relajaba, podía llegar a imaginar que estaban de nuevo en Bruselas, durante aquella semana en la que el tiempo pareció quedar suspendido y en la que todas sus energías y todas sus emociones habían estado pendientes de ella, de su valor, de su fuerza y de su inminente dolor.

Morgan le había prometido que lograría que se enamorara de ella. ¿Eso era lo que estaba haciendo en esos momentos? De ser así, lo estaba consiguiendo.

¿O todo era sincero?

No había modo de saberlo.

Capítulo 18

Morgan era la más pequeña de seis hermanos. La vida había sido muy bulliciosa mientras crecían. Recordaba sobre todo los juegos alocados, extenuantes y con frecuencia peligrosos que compartían con los vecinos, los Butler, los hijos del conde de Redfield. El problema era que todos habían crecido mucho antes que ella y los últimos años habían sido relativamente solitarios. Hasta hacía muy poco tiempo había estado ocupada con sus estudios en el aula. Tenía muy poca experiencia en el trato con adultos. Durante la primavera solo había sido una jovencita inmersa en su presentación en sociedad.

De ahí que le encantara estar en Windrush. Estaba rodeada por su familia y por la de Gervase. Y no era una más; era el centro de atención. Visitaban a los vecinos, ellos les devolvían las visitas, y ya no era la jovencísima lady Morgan Bedwyn, sino la prometida del conde de Rosthorn. Todo el mundo estaba entusiasmado con la perspectiva de la fiesta al aire libre y del baile que la condesa se afanaba en preparar para celebrar su compromiso. La mansión y los prados conformaban un amplio y maravilloso escenario donde organizar actividades estivales en las que ella por fin podía participar plenamente.

En ocasiones se olvidaba de que todo era una farsa, de que la ira y el afán de venganza eran los culpables de la falsa posición que ocupaba.

No se había percatado de lo mucho que había sufrido Gervase por una antigua injusticia. Cuando le habló de la cuestión en Bruselas sin entrar en muchos detalles, simplemente pensó que una vez revocado el exilio podría regresar a Inglaterra, asumir sus obligaciones como conde de Rosthorn y vivir feliz y contento. Sin embargo, semejante suposición había sido poco imaginativa por su parte. A Gervase le habían arrebatado su juventud en un sentido bastante literal. Era un hombre que había pasado nueve años deambulando sin rumbo fijo, labrándose una impresionante, y sin duda bien merecida, reputación como libertino, pero también era un hombre a quien le habían arrebatado la vida que debería haber sido suya en el país donde había nacido.

Gervase rebosaba odio y amargura, aunque reprimía gran parte de ambos sentimientos.

Y ella seguía muy resentida por lo que le había hecho. Jamás podría perdonarlo. Jamás podría volver a confiar en él. Pero el odio era un sentimiento contrario a su naturaleza. Y puesto que iba a pasar una temporada en Windrush, bien podría intentar hacer algo positivo.

Becky quiso ir a jugar con Jonathan un día frío y encapotado, aunque todo el mundo prefería quedarse en la mansión. Morgan se ofreció a llevarla a la vicaría y,

por supuesto, Gervase las acompañó. Pierre no estaba en casa, ya que había salido a visitar a un enfermo, pero Emma sí y se mostró encantada de que su hijo tuviera a alguien con quien jugar porque estaba ocupada en la cocina ayudando a su ama de llaves a hacer mermelada.

—No os molestaremos —le aseguró Morgan—. Saldremos a dar un paseo y volveremos más tarde para recoger a Becky.

El paseo se convirtió en una serie de visitas a varios vecinos del pueblo que trabajaban para Gervase.

—Tengo que conocer a mi gente, *chérie* —le explicó él—. Todavía me siento como un extraño entre desconocidos. No, es peor; me siento como un impostor. Cuando la gente me pide algún favor, lo primero que se me pasa por la cabeza es enviarlos a hablar con mi administrador, como si yo careciera de la autoridad necesaria para tomar ese tipo de decisiones. Y cuando accedo a hacer algo, como arreglar el tejado de la escuela, que se convierte en un colador cada vez que llueve, enseguida me siento culpable y me pregunto si mi administrador me llamará la atención cuando se entere.

Gervase rió entre dientes, pero ella percibió que le estaba hablando de algo muy real. No se imaginaba al administrador de Wulfric atreviéndose a dar su opinión aunque su hermano le hubiera ordenado que esparciera sal por los campos de labor. Claro que Wulf había estado preparándose desde los doce años para su futura posición y había accedido al ducado con diecisiete años.

—Te aprecian —le dijo—. Tu gente te aprecia, Gervase.

Y era cierto. Hablaba con ellos, se reía con ellos y los escuchaba. Respondían a su simpatía, que parecía auténtica cuando se relacionaba con ellos.

—Creo, *chérie* —replicó él—, que me aprecian porque saben que pueden manejarme como se les antoje. En cuanto me ven, recuerdan el versículo de la Biblia: «Pedid y se os dará».

—Lo que tienes que hacer es calcular las ganancias que genera Windrush —le aconsejó—. Tienes que estudiar los libros de cuentas y hablar con tu administrador. La generosidad está bien, pero si das lo que no te puedes permitir, a la postre todos sufrirán y tú te quedarás en la ruina.

—Sí, señora —La miró con expresión risueña.

—Supongo que ya lo estás haciendo —replicó.

—Así es —le aseguró—. Y también estoy empezando a darme cuenta de la irresponsabilidad que he cometido al mantenerme un año entero alejado de la propiedad desde que accedí al título y heredé todo esto. Pero si no lo hubiera hecho, *chérie*, jamás te habría conocido.

—A los dos nos habría ido mejor si no lo hubieras hecho —replicó ella con aspereza.

Gervase se echó a reír por lo bajo.

Iban de regreso a la vicaría por la calle principal del pueblo, una hora después de que salieran. El cielo seguía encapotado y el viento aún soplaba con fuerza, pero al menos no lo tenían de cara.

—Quiero ver el cementerio —dijo ella al pasar justo al lado.

—Hace mucho frío —protestó Gervase—. Vamos a la vicaría a ver si le sacamos una taza de té a Emma. Tal vez Pierre haya vuelto ya.

—Quiero ver el cementerio —repitió, girándose para mirarlo a la cara. Su semblante era bastante sombrío y la alegría había desaparecido de su mirada—. No puedes evitarlo durante el resto de tu vida, Gervase. Y si esa es tu intención, te darás cuenta de que con el paso del tiempo cada vez te será más difícil.

—¿Quién te ha metido esa absurda noción en la cabeza? —preguntó él, alzándole la barbilla con un dedo enguantado.

—Enséñame las tumbas de tus ancestros —le pidió.

Parecía apropiado que el día fuese frío y gris. Al menos, pensó, su padre tenía una tumba. Wulfric tenía la intención de erigir un monumento a la memoria de Alleyne en el cementerio de su familia, pero todos serían dolorosamente conscientes de que sus restos descansaban en alguna tumba desconocida en Bélgica.

Gervase no perdió el tiempo con recorridos históricos por el cementerio, tal como ella había esperado que hiciera. La condujo sin demora a una lápida de mármol cuya resplandeciente blancura proclamaba su reciente colocación. Había flores en el suelo, delante de la lápida… Cecile y Monique habían estado allí el día anterior.

«Aquí yacen los restos mortales de George Thomas Ashford, sexto conde de Rosthorn…»

Después seguía un epitafio que ensalzaba sus virtudes y recordaba que fue amado por todos los que lo conocieron.

Contemplaron la lápida en silencio, el uno junto al otro, con el viento azotando sus espaldas.

—¿Tuviste noticias suyas después de que te fueras de Inglaterra? —quiso saber ella.

—No —respondió Gervase.

—¿Le escribiste?

—Todas las semanas durante seis meses —contestó—. En ocasiones más de una carta a la semana. Cartas en las que le rogaba, en las que ventilaba mi rabia, mi indignación y mi furia, en las que desahogaba mi frustración… Contenían todo el abanico de emociones humanas. Y no, jamás contestó a una sola de ellas. Mi madre me escribía de vez en cuando, aunque sus cartas solían tardar al menos un año en llegar hasta mis manos. Y también lo hicieron Pierre y mis hermanas, pero solo durante los dos o tres primeros años.

—Debió de sufrir —dijo ella.

—¿Mi padre? —La miró con expresión interrogante—. ¿Que él sufrió?

—Me has dicho que estabais muy unidos —explicó—, que te quería. Debió de creer lo peor de ti para actuar como lo hizo. Debió de estar absolutamente convencido. Actuó con dureza y con precipitación, es evidente. Pero una vez que tomó su decisión, debió de sentirse obligado a mantenerla. Supongo que deseó encontrar la manera de dar marcha atrás.

—Había una manera —protestó Gervase—. Podría haber creído en mí. Podría

haber confiado en mí.

—Él es el desafortunado —le dijo—. Ya es demasiado tarde para que reconozca que quizá cometió un error. Ya es demasiado tarde para que descubra o que admita que el amor quizá sea una emoción mucho más fuerte y resistente que todas esas emociones negativas con las que no solo castigamos a las personas que las provocan, sino también a nosotros mismos. Si hubiera sabido con antelación que iba a morir y hubiera tenido tiempo de echar la vista atrás, estoy segura de que habría dado cualquier cosa por tenerte delante y poder perdonarte.

—Para poder perdonarme… —repitió él en voz baja.

—Y tal vez para que tú lo perdonaras también —siguió—. El amor y el odio… pueden ser emociones abrumadoras y en muchas ocasiones es difícil distinguir la una de la otra. Si no te hubiera querido con toda su alma, ¿crees que habría sido tan duro contigo… y consigo mismo?

Gervase colocó una mano sobre la lápida y le dio un ligero golpecito antes de comenzar a golpearla repetidamente y con más fuerza.

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó—. ¿Que le perdone? ¿Acaso importa? Si me pongo a lanzar juramentos al aire o a suplicar perdón a la tierra, ¿me escuchará? Se ha ido.

—Pero tú no —replicó—. Si te pones a lanzar juramentos al aire, el veneno se asentará en tu corazón. Si perdonas, te purificarás.

Gervase giró la cabeza para mirarla y se echó a reír.

—¿Cuántos años tienes, *chérie*? —preguntó—. ¿Dieciocho u ochenta?

—He pasado mucho tiempo sola —le dijo—. Tal vez no haya vivido mucho, pero sí que comprendo muchas cosas sobre la vida.

Era una Bedwyn de los pies a la cabeza… Era atrevida, poco convencional y no se dejaba acobardar así como así ni por los demás ni por la vida. Pero también era diferente al resto. Siempre lo había sabido. Su naturaleza tenía una faceta solitaria y mística que rara vez mostraba a los demás.

Gervase seguía dándole golpecitos a la lápida. Ya no la estaba mirando.

—En ese caso, debería hacerlo —accedió con otra carcajada—. Es extraño que haya pasado todos estos años convencido de que es a otro hombre a quien odio por encima de todo, ¿no crees? Un hombre que no significaba nada para mí y a quien podía odiar sin problemas. Pero es mi padre… Mi padre… ¿Te imaginas siquiera lo que supondría que Bewcastle te hiciera lo que mi padre me hizo? Fue como una muerte en vida… que me juzgaran tan mal, que me volvieran la espalda, que me echaran de su lado por completo… Si alguna vez tengo hijos… Si…

En ese momento se dio la vuelta y se alejó hasta detenerse a cierta distancia, con una mano apoyada en el antiguo muro de piedra de la iglesia y la cabeza gacha. Le temblaban los hombros.

Morgan no fue tras él.

Regresó unos minutos después. En lugar de mirarla a ella, sus ojos recorrieron la tumba y la lápida.

—Supongo que sufrió —dijo—. Aunque jamás albergara la menor duda, debió

de sufrir. Pero es imposible que no tuviera dudas. Supongo que se vio atrapado en una situación que él mismo había provocado, y el orgullo (o la certeza de que había hecho lo correcto) lo mantuvo atrapado durante el resto de su vida. Descansa en paz… papá.

Vio que le brillaban los ojos por las lágrimas contenidas cuando se giró hacia ella e intentó sonreír.

—¿Estás satisfecha, *chérie*? —le preguntó con un deje burlón.

Morgan se acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Él la abrazó con fuerza, inclinó la cabeza y la besó.

¿Qué tenía la muerte que impulsaba a los vivos a aferrarse a la vida y a los demás con un despliegue de pasión?, se preguntó. Movió las manos y extendió los dedos sobre su espalda al tiempo que separaba los labios y aceptaba la ardiente invasión de su lengua. Se apoyó contra él y sintió la dureza de su virilidad, la húmeda intimidad de su beso.

Pero lo que sentía no era pasión… Al menos no era ese ciego y acuciante impulso sexual que sabía que estaba incitando a Gervase. Era ternura… Una ternura profunda que le aflojaba las rodillas y le inundaba el corazón. Era muy consciente de todo lo que pasaba a su alrededor, incluido el hecho de que ese rincón del cementerio en concreto quedaba oculto desde la calle gracias a dos vetustos tejos.

Era consciente de quién era él y de lo que le había hecho, y también de lo que ella pretendía hacerle a modo de represalia. Pero de momento nada de eso importaba. Ese instante era diferente, como si no formara parte del curso habitual de la vida y sus acontecimientos, como la noche que fue a sus aposentos en Bruselas después de que descubriera la verdad sobre Alleyne.

Gervase alzó la cabeza poco después y le sonrió mientras la observaba con los párpados entornados.

—Si esta es tu manera de lograr que me enamore más de ti, *chérie* —dijo—, es un plan rematadamente bueno. Pero tengo tiempo. Aún queda una semana para el baile. Una semana para intentar que te enamores de mí. Y también cuento con el resto del verano.

Morgan se alejó de él y se alisó las faldas del vestido cubierto por la pelliza.

—Estoy helada hasta los huesos por culpa del viento —dijo—. Es hora de volver a la vicaría.

Él se rió entre dientes.

Se sucedieron dos días de chaparrones intermitentes, viento frío y cielo encapotado. Pasaron la mayor parte del tiempo en la mansión, jugando al billar, a las cartas o a las charadas. Una de las tardes se entretuvieron jugando larga y ruidosamente al escondite con los niños y no hubo ni un solo rincón de la mansión que quedara restringido. También leyeron y charlaron.

Gervase se las arregló para dedicar un poco de tiempo a su administrador, aunque no por ello abandonó a sus invitados. Como era inevitable, el asunto del tejado de la escuela salió de nuevo a colación. Había decidido que las reparaciones comenzaran de inmediato, antes de que entrara el invierno. Su administrador se

mostró muy respetuoso y sutil, pero le hizo saber de todas formas que el difunto conde solía estudiar esos gastos tan elevados durante al menos un año antes de tomar una decisión.

Gervase lo miró directamente a los ojos.

—Yo soy Rosthorn ahora —le recordó—. Tras estudiar los beneficios de este año y restar los gastos, sin olvidar el riesgo de que la cosecha tal vez no sea tan abundante como promete, he llegado a la conclusión de que las reparaciones no van a dejarme en la ruina. Y a juzgar por la inspección que yo mismo he hecho del tejado, diría que dichas reparaciones debían haberse llevado a cabo hace mucho tiempo, contando con ese año de cuidadoso estudio. Por favor, encárgate de los preparativos.

—Sí, milord —convino el administrador con lo que le pareció un considerable respeto—. Me encargaré de que se lleven a cabo sin demora.

Después de todo, pensó, quizá llegara a sentirse cómodo con su nueva vida y acabaría por desterrar el fantasma de su padre.

El verano regresó después de esos dos días y con él volvieron el cielo azul, el sol y el calor. Así que pudieron retomar las actividades al aire libre: paseos matutinos a caballo, caminatas o visitas por la tarde e incluso un chapuzón en el lago, durante el cual descubrió que todos los Bedwyn nadaban como peces y expresaban su entusiasmo a voz en grito. Aunque lo mismo podía decirse de sus hermanas y sus cuñados.

No obstante, la tarde que Monique y Cecile propusieron y a la postre planearon una excursión a un castillo cercano, Morgan anunció que se quedaría en Windrush.

—Necesito un poco de paz —les dijo a todos durante el desayuno—. Necesito estar a solas. Necesito pintar. Gervase me compró todos esos útiles para pintar como regalo de compromiso y no he tenido la oportunidad de utilizarlos.

Se alzó un coro de protestas y propuestas de lugares a los que podrían ir si a Morgan no le gustaba la idea del castillo, pero Aidan se puso de parte de su hermana.

—Morgan es distinta al resto de nosotros, simples mortales —dijo—, que necesitamos compañía y actividad a todas horas del día. Siempre ha necesitado un poco de tiempo y espacio para sí misma antes de poder relacionarse de nuevo con los demás.

—¿Dónde vas a pintar, Morgan? ¿En el lago? —preguntó Cecile.

—Tal vez en el mirador —contestó—. Aún no lo he decidido.

La excursión se llevaría a cabo sin ella, decidieron. Gervase esperó a que todos abandonaran el comedor matinal para hablar en privado con ella.

—Creo que te gustaría la gruta, *chérie* —dijo—. Te enseñaré el camino. Pero está un poco alejada y necesitarás que alguien te lleve el caballete y todo lo demás. ¿Puedo oficiar de criado para ti?

—Me las arreglaré sola —contestó ella.

—¿Y puedo quedarme contigo si prometo no hablar ni molestarte de ninguna otra manera? —le pidió.

—¡Está bien! —exclamó Morgan tras unos instantes de reflexión. Le regaló una

sonrisa encantadora mientras le colocaba la mano en el brazo—. Al fin y al cabo, ¿cómo no voy a querer que mi prometido me acompañe? ¿Es un lugar bonito? Yo también intentaré ponerme lo más bonita posible y tal vez por fin consiga hacer de ti un pretendiente postrado a mis pies.

Gervase sonrió. Esa era la actitud que más le gustaba de ella, cuando luchaba contra él y lo mantenía en ascuas. Y se le daba estupendamente. Después de la tarde del cementerio, su actitud se había suavizado y había llegado a preguntarse si lo habría perdonado y estaría dispuesta a aceptar su cortejo. Al parecer, no había capitulado tan fácilmente. La tarde anterior, mientras nadaban, se había mostrado muy juguetona y alegre con él, salpicándolo y chillando cada vez que se sumergía y aparecía justo delante de ella. En un momento de distracción se abalanzó sobre él y lo arrastró al fondo del lago. De regreso a la superficie le permitió besarla y cuando emergieron, sus labios esbozaban una deslumbrante sonrisa. Sin embargo, volvió a la mansión tomada de los brazos de Joshua y Aidan, charlando alegremente con ellos como si él no existiera.

Ya no se preguntaba si estaba enamorado de ella.

Conocía la respuesta.

Lo estaba.

Se pusieron en marcha después de que los demás se fueran de excursión. Al instante, la propiedad se convirtió en un lugar silencioso y tranquilo. Gervase cogió el caballete, varios lienzos y un cuaderno de dibujo; Morgan cogió las pinturas, los pinceles y el carboncillo. Estaba preciosa con un sombrero de paja de ala ancha que no le había visto nunca y un guardapolvo holgado (que también formaba parte de su regalo) que protegía un vestido de muselina estampado.

El sendero agreste no lo era tanto, ya que de hecho siempre estaba bien cuidado y en perfecto estado. Se internaba entre los árboles y las suaves colinas hacia el este de la mansión y en algunos puntos resultaba oscuro y recluido, perfumado en esos tramos por el aroma de la hierba y los rododendros, mientras que en otros se abría sin previo aviso al campo abierto y ofrecía una preciosa vista de la propiedad y de la campiña que la rodeaba. Había templetes y bancos rústicos para complacer al paseante, pero los dejaron atrás. El sendero terminaba en uno de esos templetes, una construcción pequeña con un banco de piedra en su interior. Pero oculta a la vista y accesible tras un breve trecho entre los árboles que se alzaban sobre la colina se encontraba la gruta, su lugar preferido de toda la propiedad, su refugio privado durante la infancia.

Había sido excavada en un bancal boscoso y era la cueva perfecta para albergar a un puñado de jóvenes piratas, asaltantes de caminos o espías. Sin embargo, era su entorno lo que la hacía tan especial. El río discurría a escasos metros del bancal. Un sauce llorón se inclinaba sobre el agua junto a la gruta y el brazo regordete de un querubín de piedra sostenía sobre su cabeza un jarro de piedra, de tal forma que su contenido caía al río trazando un arco eterno. Tanto el árbol como el querubín estaban rodeados por unas enormes piedras cubiertas de musgo y por cientos de flores silvestres. El bancal donde se abría la gruta era llano y estaba cubierto de

hierba.

Era la primera vez desde su regreso que ponía un pie en el lugar. Le alegró ver que seguían cuidándolo con tanto esmero.

—¡Es precioso! —exclamó Morgan.

Gervase le sonrió al tiempo que dejaba las cosas en el suelo y abría el caballete. Sabía de antemano que apreciaría el lugar.

La vio cerrar los ojos e inspirar hondo.

—La belleza va más allá del plano visual —dijo, y abrió los ojos—. Escucha el sonido del agua, Gervase. Pero tampoco es el sonido en sí. Es la vista, el sonido, el olor y… ¡Ah! Algo que se mete aquí —Se llevó una mano al corazón—. ¿Lo sientes?

—Éste es el lugar al que solía venir cuando necesitaba recobrar el ánimo —le confesó.

—Sí —Giró la cabeza y le sonrió por debajo del ala del sombrero—. Para recobrar el ánimo. Hay ciertos lugares muy adecuados para ese fin, ¿verdad? Lugares en los que uno se siente más unido a… ¿a qué? ¿A una sensación de paz? ¿Al sentido de la vida? ¿A Dios?

—Es la primera vez que piso este lugar desde mi regreso —dijo—. Pero, *chérie*, tú necesitas estar a solas. Necesitas pensar. Y debes hacerlo. Yo voy a sentarme aquí, con la espalda pegada a la pared de la gruta para meditar sobre el estado de mi alma. Incluso puede que me duerma mientras lo hago, aunque intentaré no roncar. Haz como si no estuviera aquí.

—Muy bien —replicó ella—. Tenía una institutriz a la que quería muchísimo (aún la echo de menos), pero cada vez que pintaba, ella insistía en mirar por encima de mi hombro para decirme cómo debería hacerlo. Estuvo a punto de volverme loca. Pobre señorita Cowper.

Gervase se sentó en la hierba con la espalda apoyada contra la pared y se caló el sombrero hasta los ojos. Además, apartó la mirada y la clavó en el querubín de piedra para que no se sintiera cohibida. No era una mera aficionada, le había dicho, y la creía. Comenzaba a darse cuenta de que el carácter de su prometida era inmensamente profundo a pesar de su juventud.

Se percató de que no comenzaba a pintar de inmediato. Al contrario, lo preparó todo, se sentó en la hierba cercana a la orilla del río y se rodeó las piernas con los brazos. En cuanto estuvo seguro de que se había desentendido de su presencia, clavó los ojos en ella. Cualquiera que apareciera por el camino creería que no estaba haciendo nada, que se había olvidado de pintar, seducida por el agradable calor del día. Sin embargo, él sabía que no era así. Sabía que no solo estaba buscando con los ojos algo bonito que pintar, sino que estaba esperando que el entorno le hablara a su alma de artista.

«Morgan es distinta al resto de nosotros, simples mortales, que necesitamos compañía y actividad a todas horas del día.»

Eso era lo que había dicho Aidan sobre ella en el desayuno.

«… de nosotros, simples mortales, que necesitamos compañía y actividad a todas horas del día.»

Esa descripción encajaba perfectamente con él, pensó, o con la persona en la que se había convertido durante los pasados nueve años. Una vez que comprendió la seriedad del problema en el que se encontraba, tuvo miedo de quedarse en un mismo sitio demasiado tiempo; miedo de estar solo; miedo de alejarse de los lugares donde hubiera una multitud de personas; miedo de no poder flirtear con toda mujer bonita que se cruzara en su camino y de no acostarse con cuantas pudiera convencer, de modo que sus noches estuvieran tan frenéticamente ocupadas como sus días.

¿De qué había tenido miedo exactamente? ¿De sí mismo? ¿Del silencio?

El silencio reinaba en ese momento. Claro que no era un silencio absoluto, tal como ella acababa de señalar. Si se concentraba, podía escuchar que el silencio estaba inundado con los sonidos de la naturaleza. Pero era un silencio en el que su alma podía descansar.

Su alma no había descansado desde hacía muchos años.

Él se había encargado de enterrarla lo más hondo posible para no tener que aceptar el vacío de su existencia.

Morgan se puso en pie y colocó un lienzo en el caballete, cuya dirección ajustó a su gusto. Preparó los pinceles, las pinturas y la paleta y comenzó a pintar con tanta concentración como la que había demostrado mientras estaba sentada. Supuso que se había olvidado de verdad de su presencia, de modo que puso mucho empeño en no hacer ningún movimiento que pudiera distraerla.

Un escenario bonito con una artista bonita y un pretendiente postrado a sus pies.

Desde luego que sí.

¿Se empeñaría en castigarlo hasta las últimas consecuencias? Era lo bastante resuelta como para hacerlo.

¿Cómo demonios iba a hacerla cambiar de opinión?

Capítulo 19

Morgan estaba en el río, dentro del agua. Sabía que el agua era una entidad en sí misma con propiedades únicas que la diferenciaba de cualquier otra cosa. Pero no era independiente de esas otras cosas. Necesitaba del sol y del cielo para renovarse. Se entregaba a la hierba y al sauce que se inclinaba sobre ella. Era incolora por dentro y por fuera. Y al mismo tiempo tomaba prestados los colores de su entorno: el gris y el marrón del lecho pedregoso del río; el verde del sauce; el brillo del sol. Y ese mismo día por la tarde, esa noche, al día siguiente, a la semana siguiente, al invierno siguiente, tendría un aspecto totalmente distinto.

No había río, ni hierba, ni sauce; al menos no había nada que mantuviera una forma permanente que la mente comprendiera o que pudiera ser representado sobre el lienzo. Ése era el maravilloso reto de la pintura: captar la alegría cuando se cruza en el camino, tal como lo expresó el poeta William Blake. Se preguntó si Gervase conocería su poesía. Tenía que preguntárselo.

También era el reto de la vida, ¿no? Era imposible conocer a alguien por completo. Las personas estaban en permanente cambio; diferentes personas en diferentes momentos y en diferentes circunstancias e influencias. Y siempre en crecimiento, siempre en renovación.

Era del todo imposible conocer a otro ser humano. Era del todo imposible conocerse a uno mismo.

Cuando por fin acabó de pintar, se apartó del lienzo para mirarlo, casi como si estuviera viéndolo por primera vez. La señorita Cowper se quedaría horrorizada, pensó. Lo que tenía delante no era una bucólica representación pictórica del río y del sauce.

De repente, recordó que Gervase estaba con ella y giró la cabeza. Vio que seguía sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared exterior de la gruta, el sombrero calado sobre los ojos, una pierna estirada hacia el frente y la otra doblada con el pie firmemente plantado en el suelo. Parecía relajado y contento. La estaba observando con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó.

—¿Una hora? ¿Dos? —Se encogió de hombros—. No importa, *chérie*. ¿He roncado mucho?

—Creí que era un grillo con ronquera —contestó con una sonrisa—. No me creo que te hayas quedado dormido.

—He estado disfrutando de mi papel de pretendiente postrado a tus pies —le aseguró—, aunque nadie me haya prestado la menor atención. ¿Puedo ver lo que has pintado?

—No estoy segura de que esté hecho para los ojos de las personas —respondió al tiempo que volvía a mirar el lienzo con expresión dubitativa—. Pero sí, si quieres verlo…

Gervase se puso en pie y cruzó la distancia que los separaba. Le echó un brazo por los hombros en actitud despreocupada mientras se plantaba delante del caballete. Guardó silencio un buen rato.

—Si fuera la señorita Cowper quien que la estuviera viendo —dijo ella—, ahora mismo estaría preguntándome por qué no he incluido el querubín y las flores, ya que le habrían dado un toque de color y de interés decorativo a la pintura. Me diría que un cuadro en el que solo sale agua y un sauce carece de interés.

—La señorita Cowper debe de ser imbécil —replicó él.

Se mordió el labio, contenta pero con cierto remordimiento por saberse responsable del insulto hacia su antigua institutriz.

—¿Por qué tengo la impresión de estar debajo del agua y entre las mismas raíces del árbol?

¡Vaya!, pensó. Nadie, ni siquiera Aidan, había llegado a comprenderla de verdad. Sus hermanos se mostraban tolerantes con su necesidad de pintar y también orgullosos de su estilo excéntrico e insólito, pero ninguno de ellos la comprendía de verdad. La señorita Cowper se había desesperado intentando enseñarle la técnica correcta y las habilidades para observar correctamente el entorno.

—Son las pinceladas —contestó—. No las he suavizado —Y todo se funde con el resto de elementos —siguió Gervase—, si es que se puede llamar «fundirse» a eso. La luz del sol está en el agua, las ramas de los árboles están unidas al cielo y el agua, a las raíces del sauce. Todo está unido.

—Y yo también estoy, pintándolo todo desde el interior —le explicó— y tú, observándome. Todo, todo está unido.

En ese momento se sintió un poco ridícula por haber hablado con el entusiasmo propio de una niña. Sin embargo, Gervase siguió allí de pie, observando su pintura con los ojos ligeramente entrecerrados sin apartar el brazo de sus hombros.

—¿Puedo quedarme con la pintura, *chérie*? —le preguntó.

—¿De verdad la quieres? —preguntó ella a su vez.

—La colgaré en mi dormitorio para poder verla todos los días. Así, cuando me rompas el corazón y me abandones, recordaré que siempre estaremos unidos.

Se apartó de él y se entregó a la tarea de limpiar los pinceles y la paleta antes de quitarse el guardapolvo, a esas alturas ligeramente manchado de pintura. Se alejó un poco y se sentó en la hierba. Dobló las piernas y se las abrazó. La brillante luz del sol le calentaba los brazos. Percibía el olor de las flores, el agua y la hierba. Percibía los trinos de los pájaros y el zumbido de los insectos. Una mariposa blanca pasó volando frente a ella, de camino hacia las flores.

Gervase se reunió con ella. Se tumbó de costado, tiró el sombrero a sus espaldas y se apoyó en un codo. Arrancó una brizna de hierba y la utilizó para hacerle cosquillas en la cara. Ella lo apartó de un manotazo y giró la cabeza entre carcajadas para mirarlo.

—Si sigues riéndote con los ojos todo el tiempo —le advirtió—, no tardarás en tener patas de gallo.

—Mejor eso que tener el ceño fruncido eternamente, *chérie* —replicó él.

Por regla general era una sonrisa burlona. Pero tal vez tuviera razón, decidió Morgan. Por muy amargado y triste que hubiera estado (y en cierta forma lo seguía estando), había conseguido de algún modo aprender a reírse del mundo y de sí mismo en lugar de pasarse la vida frunciendo el ceño, consumido por el odio.

Se percató de que lo había estado observando en silencio cuando lo vio soltar la brizna de hierba y alzar la mano hasta su mejilla antes de acariciarle los labios con el pulgar.

En ese momento debería haberse puesto en pie y recoger sus cosas para regresar a la mansión. Pero no quería marcharse. Todavía no. Además, había jurado atormentarlo, ¿no?

La mano que le acariciaba la mejilla se trasladó a su nuca y tiró de ella. Sus labios se encontraron en un beso tierno y tan cálido como el sol.

—Mmmm —musitó él, frotándole la nariz con la suya.

—Mmmm —suspiró ella a la vez.

Sus bocas se encontraron de nuevo, entreabiertas en esa ocasión, incitantes a la par que curiosas. Gervase le lamió los labios.

Y ella lo imitó. Al instante, sintió que su lengua se colaba entre sus labios y le acariciaba el cielo de la boca. Una punzada de violento deseo le endureció los pezones y desde allí se trasladó a sus entrañas.

Gervase se sentó al punto, le quitó el sombrero de paja y la abrazó. En ese instante, fue consciente del calor del verano, de la luz del sol que los envolvía y de la naturaleza a su alrededor.

Y del hombre al que deseaba más que a nada en la vida según parecía. Pero qué idiota era…

Sin saber muy bien cómo había llegado a esa posición, se encontró tumbada en el suelo, con los brazos extendidos para tirar de Gervase. La pasión los envolvió. Él le besó la cara, los ojos, las orejas, la garganta y la piel que quedaba a la vista sobre el escote cuadrado de su vestido. Mientras ella le enterraba los dedos en el pelo y arqueaba la espalda para frotarse contra su cuerpo, Gervase le bajó el vestido y dejó sus pechos al aire. Los acarició con las dos manos y le frotó los pezones con los pulgares hasta que creyó morir del deseo. Solo entonces se los llevó a la boca y succionó con fuerza, arrancándole un gemido, mezcla de placer y dolor.

—*Mon amour* —murmuró él antes de volver a besarla en la boca—. *Je t'adore. Je t'aime*.

—Gervase… —susurró ella a su vez—. Gervase…

Tampoco se le ocurrió detenerlo cuando la soltó para meter las manos por debajo de sus faldas. Lo que estaba sucediendo ya había pasado antes, pero con tal urgencia y rapidez que desde entonces ardía en deseos de repetirlo para poder saborear el momento. Con él. Con Gervase. No pensaría en todo lo que había ocurrido desde entonces y que haría que ese momento se tornara indeseable. No

pensaría en nada.

Sus manos la despojaron de la ropa interior, de las medias y de los zapatos antes de hacer lo mismo con su chaqueta, su chaleco y su camisa. Y después le alzaron las faldas. Una de ellas fue ascendiendo por la cara interna de su muslo mientras que la otra la abandonaba. Lo vio apoyarse sobre ese brazo y observarla con los ojos entrecerrados. Era muy guapo, decidió, con esos hombros anchos y ese torso musculoso ligeramente cubierto de vello. Percibía su aroma, una mezcla de jabón y hombre.

Volvió a besarla muy despacio, lentamente, mientras la mano que la acariciaba descubría el camino hasta su entrepierna y la exploraba antes de penetrarla con un dedo y después con dos. Morgan sintió su propia humedad. Escuchó los sonidos que provocaba y comprendió que era la respuesta física de su cuerpo, una invitación para que la tomara. Dobló una pierna sin apartar el pie de la cálida hierba y la dejó caer hacia un lado. Los dedos de Gervase la penetraron aún más y fue consciente del gemido que escapó de su garganta mientras sus músculos aprisionaban esos dedos en su interior.

—*Chérie* —musitó él—. *Mon amour* —Apartó la mano para desabrocharse los pantalones y se colocó sobre ella, con las piernas entre las suyas.

Morgan le puso los pies en la caña de las botas y alzó las caderas mientras él introducía las manos bajo ellas. Sintió el roce de su duro miembro en la entrada de su cuerpo y se arqueó al tiempo que la penetraba con una certera embestida.

No había dolor, descubrió, solo una maravillosa sensación de plenitud. Si pudiera, se aferraría a ese momento para siempre, decidió, consciente una vez más de la luz del sol, de los pájaros y del chapoteo del agua que caía al río desde la fuente. Pero la necesidad, el doloroso anhelo, la urgencia por alcanzar cierta cúspide, los arrancó del momento.

Gervase se retiró hasta salir de ella casi por completo y volvió a penetrarla de nuevo… una y otra vez, hasta que se percató del rítmico sonido resultante de la fricción de sus cuerpos. Era muy distinto de la última vez. En esa ocasión no había frenesí ni una urgencia desmedida. Todo era lento, pausado, y reclamaba los cinco sentidos. Además, sabía que ésa era una experiencia compartida. Ella no era solo una mujer que estaba enzarzada en un acto carnal con un hombre. Él no era solo un hombre que estaba utilizando el cuerpo de una mujer para saciar su deseo.

Era muy consciente de que él era Gervase, el hombre al que amaba casi desde la primera vez que lo vio. Y él era consciente, debía de serlo, de que ella era Morgan. En ese instante, Gervase alzó la cabeza sin cambiar el ritmo de sus envites. Mientras ella respondía alzando las caderas en respuesta, él la observó un instante con la mirada rebosante de pasión y le murmuró algo en francés.

Eran un hombre y una mujer que estaban haciendo el amor.

Claro que la demostración física del amor no era algo que pudiera analizarse objetivamente durante mucho tiempo. Era una experiencia sensorial, de deseo, pasión, ansia y placer compartidos. Y así lo descubrió cuando, poco después, el intenso deseo que se había apoderado de ella se extendió por todo su cuerpo hasta

hacerse casi insoportable. Perdió el compás de sus movimientos y se tensó, intentando alcanzar algo que ni atinaba a nombrar.

No obstante, en lugar de detenerse, Gervase volvió a aferrarla por las caderas y la inmovilizó mientras la embestía con más fuerza y se hundía en ella hasta el fondo. Fue en ese momento, mientras gritaba convencida de que no podría soportarlo ni un minuto más, cuando el deseo se transformó en algo totalmente distinto y tan inesperado que solo pudo abrazarse a él y dejarse arrastrar hacia un lugar desconocido para ella hasta entonces.

Gervase se movió de nuevo, una, dos, tres veces más, y después se enterró en ella con un suspiro y Morgan percibió una súbita calidez en su interior.

Al instante, se dejó caer sobre ella, relajado, jadeante y con un excitante aroma procedente de la mezcla del jabón y el sudor.

—*Mon amour*… —musitó de nuevo junto a su oído.

Poco tiempo después, descubrió que se había quedado dormida. Gervase yacía a su lado, con un brazo extendido que hacía las veces de almohada para ella. Las faldas volvían a cubrirle las piernas y la camisa de Gervase, extendida al descuido sobre ambos, los protegía de los intensos rayos del sol. Tenía el sombrero de paja sobre la cara.

Giró la cabeza para mirarlo. La estaba observando.

—Eso no ha estado nada bien por mi parte, *chérie* —le dijo.

—¿Por tu parte? —repitió ella, alzando las cejas—. Creí que había sido mutuo.

—¡Ah, entonces estaba en lo cierto! —Alzó la cabeza para besarla en la punta de la nariz—. Fijaremos la fecha de la boda. ¿Te parece bien a primeros de otoño? No estoy seguro de poder esperar mucho más.

Morgan sonrió lentamente.

—«*Mon amour. Je t'adore. Je t'aime*» —dijo en voz baja, repitiendo sus palabras—. «No estoy seguro de poder esperar mucho más.» Me has decepcionado, Gervase. ¿Tan fácil ha sido obtener la victoria?

Se incorporó, se ató las cintas del sombrero bajo la barbilla y se puso la ropa interior, las medias y los zapatos. Fue un inmenso alivio comprobar que no le temblaban las manos.

Cuando se puso en pie, se percató de que él seguía tendido de espaldas, con la camisa aún sobre el pecho, los brazos desnudos y las manos enlazadas bajo la cabeza. La observaba con una sonrisa indolente en los labios.

—Aquí me tienes, totalmente abatido, aplastado… aniquilado —dijo—. Pero no me puedes negar una cosa, *chérie*: has disfrutado de cada momento.

Morgan enarcó las cejas con arrogancia.

—Por supuesto que lo he hecho —le aseguró—. ¿Es que tú no has disfrutado de todos los momentos que pasaste con cada una de las mujeres con las que estuviste en el continente?

Él rió entre dientes.

—*Mon amour* —le dijo—, *je t'adore*.

Morgan cogió todas sus cosas salvo el caballete y el lienzo recién pintado y, con

la barbilla en alto, subió el empinado bancal y lo transpuso para llegar al sendero agreste.

Había ganado la batalla, o eso creía, por los pelos. Aunque la guerra aún no había terminado. Había ido a Windrush con la intención de jugar con él y atormentarlo antes de demostrar lo mucho que lo despreciaba rompiendo el compromiso para avergonzarlo delante de su familia y de sus vecinos. Pero no había planeado que eso sucediera.

Le temblaban un poco las piernas. Todavía tenía los pezones sensibles y era consciente de una especie de escozor en la entrepierna. Bastante agradable, tal vez, aunque preferiría con mucho no estar experimentándolo en absoluto.

Claro que no podía acusarlo de haberla seducido ni violado, ¿verdad?

Se quedó sorprendida, incluso un tanto decepcionada, cuando él no la siguió al punto. Al llegar a la casa, miró por encima del hombro hacia los árboles que se alzaban tras los prados, pero seguía sin haber rastro de él.

Probablemente estuviera durmiendo donde lo había dejado, junto a la gruta.

Disfrutando del justo sueño de los engreídos.

Menos mal que no lo tenía cerca. Porque la idea de arrancarle la cabeza de los hombros de un guantazo le resultaba muy seductora.

Gervase había dejado la planificación de la fiesta y del baile en manos de su madre, de sus hermanas y de su prima. Los trabajadores de la propiedad en pleno, así como los habitantes del pueblo y cualquier persona que viviera en los alrededores, por más humilde que fuera su condición, habían sido invitados a la fiesta, que se celebraría en los prados de Windrush e incluiría partidos de críquet, carreras y otras competiciones, sin olvidar una ingente cantidad de suculenta comida y bebida. El baile para los vecinos y arrendatarios de las clases altas se celebraría esa misma noche. Todo el mundo había aceptado la invitación, les aseguró su madre esa mañana durante el desayuno, la mañana siguiente a su excursión a la gruta. Habría bastante gente como para llenar el salón de baile, aunque no podría rivalizar con las concurridas fiestas londinenses, por supuesto.

Gervase cometió el error de pedir la lista de invitados y su madre envió a un criado a su gabinete privado a por ella. Estaba sentado a la cabecera de la mesa, ojeando los nombres, cuando Cecile se colocó tras él para mirar por encima de su hombro.

—Estaba fuera con los niños mientras *maman*, Monique y lady Eve redactaban las invitaciones —dijo, a modo de explicación.

Le interesaban mucho más los nombres que faltaban que los que sí estaban en la lista. Había olvidado mencionarle a su madre que cierta persona no sería invitada bajo ninguna circunstancia, claro que tampoco habría debido preocuparse. El nombre no estaba allí, comprobó con considerable alivio.

—Muy bien —dijo Cecile en voz demasiado alta—. Veo que no has invitado a Marianne Bonner, maman. Me parece estupendo. No entiendo cómo tiene el descaro de vivir tan cerca de Windrush.

Gervase dejó la lista en la mesa con los nombres hacia abajo mientras los

miembros de su familia se miraban incómodos y los Bedwyn guardaban un educado silencio cargado de curiosidad.

—Yo creo que debería ser invitada, Gervase —dijo Henrietta—. Ya es hora de olvidar el pasado. Además, ninguno de nuestros vecinos sabe lo que pasó. Pero seguro que se darán cuenta de que pasa algo raro y comenzarán a hacer especulaciones cuando vean que Marianne es la única vecina en kilómetros a la redonda que no está presente.

—No puedes estar hablando en serio, Henrietta —comentó Monique.

—Pues sí que lo hago —replicó su prima con voz un tanto trémula.

—Creo que esta conversación se dará por concluida —intervino él de forma contundente— en cuanto le explique a la familia de Morgan que la dama en cuestión me ofendió hace años, antes de que me marchara de Inglaterra, y todavía no ha sido perdonada.

—Los esqueletos de otras familias siempre me han resultado aburridos —alegó Freyja—. ¿Cuándo vamos a salir a cabalgar tal como nos prometiste, Gervase? Josh dice que no puedo saltar ningún seto bajo ninguna circunstancia, así que supongo que tendrás que elegir una ruta que nos provea con alguna que otra cerca en su lugar.

—Encanto —protestó el susodicho mientras le lanzaba a su esposa una mirada agradecida—, dije setos y cercas, pero deberías ser justa. Lo que dije, y estoy convencido de que me corregirás si me equivoco, fue que sospechaba que si te prohibía saltar los setos y las cercas, tú irías a por ellos con total deliberación.

—Pues yo seré un poco más directo, Freyja —intervino Aidan en ese momento —. Como se te ocurra echar una sola mirada a un seto o a una cerca (las vallas también están incluidas), desde este momento hasta la puesta del sol, me encargaré personalmente de retorcerte el pescuezo.

Todos los reunidos a la mesa se echaron a reír, incluida Freyja, y el incómodo momento pasó.

Pero no quedó olvidado.

—Supongo —le dijo Morgan más tarde, ya montados a caballo mientras paseaban por la campiña— que estás decidido a vivir aquí toda la vida, a unos cuantos kilómetros de Marianne, sin verla siquiera.

—Exacto —le aseguró con firmeza—. Tal vez sea algo que un Bedwyn no haría, *chérie*, pero este Ashford tiene toda la intención de hacerlo.

—Pero Henrietta tiene razón —protestó ella—. No tardará en correrse la voz de que hay una disputa entre vosotros y el asunto jamás se olvidará.

—Si no le gustan los rumores —replicó—, puede mudarse a otro sitio.

Harold Spalding, su cuñado, se colocó en ese momento al lado de Morgan, dispuesto a hablar con ella, de modo que él se colocó entre Becky y Davy, que se habían sumado al paseo a caballo. Los entretuvo un rato antes de avanzar hasta colocarse junto a Freyja y entablar conversación con ella.

—Siempre he aborrecido la idea de arrastrarme por el campo a lomos de un caballo —le dijo con un suspiro— y todavía no me he caído de ninguno. Pero la vida

se convierte en algo tedioso cuando se está en estado de buena esperanza, Gervase. ¿No te parece que es un eufemismo ridículo? La vida se convierte en algo tedioso cuando se está esperando un bebé. En algo tedioso, pero también en algo increíblemente emocionante —añadió con una carcajada.

La conversación le recordó lo que lo había mantenido toda la noche en vela: podía haber dejado embarazada a Morgan la tarde anterior. En realidad, no le importaría en absoluto celebrar un matrimonio apresurado y tener un niño en la habitación infantil al cabo de nueve meses. Pero tal vez a ella sí. Era imposible saberlo con certeza. No cabía duda de que lo tenía en ascuas.

Ni siquiera estaba convencido de que un embarazo la obligara a casarse. Quizá solo consiguiera reafirmarla en su decisión. La mera idea le ponía los pelos de punta.

Más de tres horas después de haber salido y antes de regresar a los terrenos de la propiedad, se descubrió de nuevo a su lado. Y definitivamente no se había olvidado del tema.

—Gervase —le dijo Morgan—, ¿no crees que deberías hacerle una visita a Marianne? ¿Enfrentarte a ella? ¿Preguntarle por qué lo hizo?

—¡No! —contestó, mirándola a los ojos—. Te saliste con la tuya con lo del cementerio. Pero con esto no.

—Pero ahora te alegras de haber ido al cementerio —protestó—. Hiciste las paces con tu padre. Ya no tienes que seguir odiándolo.

—Es imposible que haga las paces con Marianne, *chérie* —le aseguró—. En lo que a mi respecta, el tema está zanjado.

La vio abrir la boca para protestar, pero se lo pensó mejor. Se limitó a asentir con la cabeza. Si bien guardó silencio un par de minutos.

—Pues yo no pienso darlo por zanjado —dijo—. Mi hermano también sufrió a causa de ese incidente.

Gervase no replicó.

Dejar correr las cosas iba en contra del carácter de Morgan, sobre todo cuando implicaban a sus seres queridos o a alguien que ella quisiera mucho. Y quería mucho a Wulfric.

Además, había algo que llevaba rondándole la cabeza un tiempo. Y que no la dejaba tranquila desde la escenita del desayuno.

Esa noche prepararon una mesa para jugar a las cartas en el salón. Los que no jugaban entablaron una conversación muy animada. Henrietta se sentó al piano, situado en el otro extremo de la estancia, y les amenizó la velada. Morgan se acercó a ella y se colocó tras la banqueta, observando la partitura hasta que acabó de tocar.

—Henrietta —le dijo en voz baja—, tú estabas presente la noche que iba a anunciarse el compromiso de mi hermano con lady Marianne Bonner, ¿verdad?

Henrietta la miró por encima del hombro con expresión inquieta.

—Sí, por supuesto —contestó—. Éramos vecinos… Bueno, más o menos, porque el marqués de Paysley solía pasar temporadas en Winchholme. Era normal que nos invitara a todos al baile… A Gervase, al tío George ya mí, quiero decir. Monique y Cecile todavía no habían sido presentadas en sociedad y la tía Lisette

tuvo que marcharse a toda prisa a Windrush porque llegó una nota avisando de que Cecile estaba indispuesta. Mi carabina era la tía Bertha, la hermana de mi tío.

—Debió de ser horrible para ti —dijo al tiempo que se sentaba en el extremo de la banqueta—. Me refiero a lo que pasó en el baile.

—Sí —Henrietta cerró la partitura y unió las manos sobre el regazo—. Lo fue. Horrible.

—¿Cómo supieron adonde habían ido Marianne y Gervase? —preguntó al tiempo que se inclinaba un poco hacia delante para mirar a su interlocutora a la cara —. Era un baile muy concurrido, ¿cómo supieron siquiera que estaban juntos? ¿Y qué les hizo pensar que estaban en el dormitorio de Marianne? ¿Por qué entraron todos en tromba, al parecer sin detenerse siquiera a llamar a la puerta? ¿Por qué fueron precisamente ellos, Wulfric, el padre de Gervase y el padre de Marianne?

La expresión de Henrietta no varió en absoluto.

—No lo sé —contestó.

—Pero ¿no te lo has preguntado nunca? —quiso saber ella—. ¿Nunca se lo preguntaste a tu tío?

—No —respondió Henrietta—. Nunca.

—¿Y no sientes curiosidad ahora? —insistió mientras la observaba con detenimiento. Era imposible que no sintiera curiosidad.

—Supongo que sí —admitió mientras pasaba una mano sobre las teclas sin presionar ninguna de ellas—. Es posible que alguien los viera subir la escalinata. Algún criado.

—Henrietta —prosiguió, acercándose a ella—, ¿crees que Gervase hizo lo que dijeron en su momento que hizo? ¿Crees que traicionó a mi hermano y que después le robó a Marianne una herencia familiar de valor incalculable?

Cuando alzó la mirada, la expresión de Henrietta estaba teñida de algo parecido al pesar.

—No, por supuesto que no —contestó—. Por supuesto que no.

—Entonces —siguió ella—, ¿crees que fue Marianne quien lo traicionó? ¿Quién le dio algún narcótico, lo metió en la cama y envió a alguien para que avisara a Wulfric, al padre de Gervase y a su padre… y todo porque no tuvo el valor de decirle a Wulfric a la cara que no pensaba casarse con él?

—El valor no tuvo nada que ver —la corrigió—, ni tampoco la cobardía. Morgan, tú no conociste al marqués de Paysley. No tienes ni idea de lo déspota que era. Y no conocías al duque de Bewcastle y lo tirano que… —Al darse cuenta de lo que había dicho, se llevó una mano a la boca y se ruborizó intensamente—. Te pido disculpas.

—Sí que conozco a Wulfric y su comportamiento tiránico —le dijo—. Pero pese a todo, Henrietta, es un hombre justo. Sé que jamás obligaría a una dama a casarse con él en contra de su voluntad. ¿Para qué? Tendría que vivir con ella durante el resto de su vida. Has hablado de todas estas cosas con Marianne, ¿verdad? Gervase dice que seguís siendo amigas.

—No hablamos mucho del asunto —contestó Henrietta—. Es demasiado

doloroso para las dos.

—Sin embargo, ¿has seguido siendo su amiga a pesar de lo que hizo y a sabiendas de las terribles consecuencias que tuvo para tu primo? Y eso sin mencionar la humillación que seguramente sabes que todo el asunto supuso para mi hermano —le recriminó.

—La verdadera amistad es difícil de romper.

—Yo no me sentiría muy caritativa hacia una amiga que hubiera destrozado la vida de un familiar y que lo hubiera condenado a nueve años de exilio —replicó, incapaz de disimular del todo el desdén que sentía—. Creo que nuestra amistad habría pasado a la historia en un abrir y cerrar de ojos.

—No lo entiendes —protestó Henrietta.

—No —convino—, no lo entiendo. Pero lo siento mucho. No tenía la intención de discutir contigo. Es que sentí la necesidad de comprender el pasado, de saber por qué Gervase fue el elegido para soportar semejante sufrimiento. Y por qué mi hermano se vio obligado a sufrir esa humillación.

—No lo sé —insistió su interlocutora, y Morgan se sorprendió al darse cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero ver a la dama en cuestión —dijo—. Quiero hablar con ella. ¿Me acompañarás, tal vez mañana, y harás las presentaciones?

—¿Crees que es acertado? —preguntó a su vez Henrietta.

—No tengo la menor idea —confesó—. Pero si no me acompañas, iré sola. ¿Vendrás?

Henrietta tomó una honda bocanada de aire que soltó con un suspiro.

—Si no hay más remedio… —contestó—. Está bien. Al fin y al cabo, vas a vivir aquí cuando te cases con Gervase. Lo normal sería que le hicieras una visita en algún momento. Solo espero que no haya ninguna… discusión.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella—. Yo también lo espero.

Sonrió a Monique y a Eve, que se acercaban al piano en esos momentos.

Capítulo 20

El día siguiente amaneció lluvioso, si bien con el paso de las horas se fue despejando hasta quedar una tarde sin lluvia, aunque nublada y fresca. Freyja, Joshua, Cecile y lord Vardon sacaron las barcas al lago mientras que Eve, Aidan, Monique y sir Harold prefirieron llevar a los niños a dar un largo paseo. La condesa pasó la tarde del mismo modo que había pasado la mañana, dándoles los últimos retoques a los preparativos de la fiesta y del baile junto con la cocinera, el ama de llaves y el mayordomo. Gervase, que había salido con el administrador después de desayunar, aún no había regresado.

Morgan y Henrietta cogieron el carruaje para ir a Winchholme, que estaba a poco más de cinco kilómetros de distancia. Aunque los caminos estaban empapados, no eran intransitables. El sol incluso se dejaba ver entre las nubes cuando llegaron a la pintoresca casona, cuyo jardín estaba tan cuajado de rosas que Morgan percibió su intenso y dulzón aroma mucho antes de que el carruaje se detuviera. Apenas había intercambiado una palabra durante el trayecto con su acompañante, ya que ambas habían estado sumidas en sus pensamientos.

Lady Marianne Bonner las recibió en la puerta de la casa. Morgan observó a la dama con curiosidad mientras saludaba a Henrietta con un beso en la mejilla y un fuerte apretón de manos. Aunque había dejado atrás la flor de la juventud, su belleza era innegable; desde los lustrosos rizos rubios de su cabello, pasando por un voluptuoso cuerpo de proporciones perfectas, hasta sus pies calzados con unos pequeños escarpines. Cuando su mirada se posó sobre ella, vio que tenía los ojos muy azules.

Ésa, pensó, era la mujer con la que Wulfric había estado a punto de casarse. Ésa era la mujer a la que había amado. Porque tenía que haberla amado. Como todos los Bedwyn, Wulfric creía firmemente en los matrimonios por amor. No habría tenido otra razón para contemplar el matrimonio, ya que no necesitaba la fortuna de la dama ni la influencia de su padre y porque la existencia de sus tres hermanos lo liberaba de parte de la urgencia de engendrar un heredero. Ésa era la mujer que podría haberse convertido en su cuñada.

Ambas se saludaron con una reverencia mientras Henrietta hacía las presentaciones; Marianne se ruborizó, lo que incrementó su atractivo.

—Encantada de conocerla, lady Morgan —dijo.

—Lo mismo digo, lady Marianne —replicó ella.

La dama las condujo a una salita muy acogedora situada en la planta baja y que daba a la rosaleda. Las puertas francesas estaban cerradas porque el día no acompañaba, pero se imaginaba perfectamente lo fragante que sería la estancia

durante un cálido día de verano, cuando se pudieran abrir las puertas de par en par.

La salita estaba ocupada por la señora Jasper, la tía de lady Marianne, aunque se marchó para descansar después de que se la presentaran. Era una mujer entrada en años, cuya presencia en Winchholme contribuía a guardar las apariencias, ya que era impensable que una dama soltera viviera sola. El arreglo debía de ser muy conveniente para las dos.

Mientras tomaban el té, mantuvieron una amena conversación acerca de un buen número de temas. Sin embargo, mientras ella buscaba el modo de sacar a colación el tema que la había llevado a ver a lady Marianne, ésta lo sacó por iniciativa propia. De pronto tuvo muy claro que la habían avisado con antelación de su visita. Henrietta debía de haberle enviado una nota en algún momento de la mañana.

—Tengo entendido que ha estado preguntándole a Henrietta detalles acerca del que debería haber sido mi baile de compromiso, lady Morgan —dijo al tiempo que soltaba el plato que tenía en las manos.

Ella también dejó la taza y el plato sobre la mesa y unió las manos sobre el regazo. Henrietta y lady Marianne estaban sentadas en el canapé. Ambas la miraban con evidente recelo y un intenso rubor cubría las mejillas de la última.

—Le pregunté a Henrietta si sabía cómo era posible que el difunto conde, su padre y mi hermano descubrieran que usted y Gervase estaban juntos en su dormitorio —puntualizó—. Es imposible que hubieran sospechado algo tan escandaloso en el transcurso normal de un baile. ¿Quién se lo dijo? ¿Quién los mandó allí?

—Nunca me lo he planteado —contestó lady Marianne.

Sin embargo, Morgan la estaba observando detenidamente.

—Me temo que no la creo —replicó sin tapujos—. Tenía toda la intención de que la descubrieran. Le dio a Gervase algún tipo de narcótico y lo llevó desde su gabinete hasta su dormitorio. Tenía la intención de simular que se había acostado con él para que no la obligaran a casarse con Wulfric… con mi hermano. Pero ¿cómo iban a descubrirla si nadie sabía que estaban juntos ni dónde encontrarlos? Su plan solo podía tener éxito si contaba con la ayuda de un cómplice.

Lady Marianne le devolvió la mirada, ruborizada y con expresión desafiante… y también culpable.

—¿Me está llamando mentirosa, lady Morgan? —le preguntó.

Henrietta le colocó una mano en el brazo y dejó escapar un gemido angustiado.

—Wulfric debió de amarla —siguió Morgan—. Lo conozco muy bien. Ningún otro motivo lo habría hecho plantearse el matrimonio. Debió de sentirse profundamente herido, además de horriblemente humillado, por lo que vio en aquella habitación… o por lo que creyó ver. Y Gervase acabó herido de un modo mucho más espantoso. A día de hoy apenas si se ha recuperado, aunque está en ello. La herida sigue abierta, y sus cicatrices jamás desaparecerán del todo. Es imposible que pueda enmendar lo que hizo. Pero al menos puede decir la verdad.

Lady Marianne abrió la boca para hablar, pero Henrietta se le adelantó. Apartó la mirada de ellas mientras hablaba.

—Fui yo —confesó—. Yo se lo dije… a los tres. Les dije que Gervase había obligado a Marianne a subir a su dormitorio.

Morgan comprendió que llevaba sospechándolo desde el día anterior. En el fondo había esperado equivocarse, porque descubrir que lo había traicionado alguien de su propia familia sería muchísimo peor para Gervase que la traición de una vecina a la que consideraba su amiga. Pero ¿por qué?

Lady Marianne se pasó una mano por el rostro mientras el color la abandonaba.

—Lo planeamos juntas —explicó Henrietta—. El padre de Marianne la había intimidado y la había amenazado para que aceptara primero el cortejo del duque de Bewcastle y después su proposición de matrimonio. Si el anuncio del compromiso se hacía público, ya no habría marcha atrás. No habría encontrado el modo de eludir la boda. Fue a mí a quien acudió, presa de la desesperación, y juntas trazamos el plan.

—¿Para que Gervase cayera en la trampa y sufriera esa terrible desgracia? —le preguntó, horrorizada—. ¿Para que pareciera que había violado a lady Marianne? ¿Elegiste a tu propio primo, Henrietta?

—¡No me sentía parte de la familia! —exclamó, poniéndose en pie y alejándose un poco del canapé mientras rebuscaba un pañuelo en el bolsillo de su vestido—. Estaban Monique y Cecile, más pequeñas que yo, cuya vivacidad y belleza superficial las convertían en las preferidas de todos. Y luego estaba Gervase, que se pasaba el día metiéndose conmigo e intentando buscarme parejas y pretendientes durante aquella espantosa temporada social. Lo que quería, lo único que siempre quise, era irme a casa. No a Windrush, sino a casa, con mi madre y con mi padre. Pero estaban muertos.

—Ay, Henrietta… —susurró lady Marianne, afligida por su amiga.

—Lo siento —dijo la aludida tras sonarse la nariz y volver a sentarse en el canapé—. Lo superé hace muchos años y también comprendí lo injusta que había sido con la familia que me había dado amor y cariño. Ahora los quiero mucho a todos. Pero la juventud nos hace muy egoístas y egocéntricos. Al menos, así fue en mi caso.

—Debe entender, lady Morgan —intervino lady Marianne—, que mi única idea era librarme del duque de Bewcastle sin que mi padre pudiera echarme la culpa de nada. El hecho de que Gervase fuese mi vecino y mi amigo lo hacía perfecto para el plan. Supuse que al día siguiente podría explicárselo todo y que él me entendería y tal vez se lo explicaría en privado al duque; eran amigos, ¿sabe?

—¿No podía explicárselo usted misma a Wulfric? —quiso saber.

—Yo… —Cerró los ojos y negó con la cabeza—. No, no podía. Debe entender que solo tenía dieciocho años. No me siento orgullosa de lo que hice. De hecho, me ha torturado desde entonces. Pero era muy joven.

—Yo tengo dieciocho años —replicó Morgan en voz baja.

Ambas la miraron en silencio.

—¿Y el broche? —les preguntó—. ¿Lo robaron de verdad?

Lady Marianne negó con la cabeza.

—Mi padre me habría obligado a casarme con Gervase —le explicó—. No

podría haberme negado… le había dicho que me había violado. Y él tampoco podría haberse negado, ya que pedir mi mano en matrimonio era una cuestión de honor para él. Tuve que pensar con rapidez y lo que hice fue tan deplorable como estúpido. Quería explicárselo todo a Gervase cuando las cosas se calmaran, pero ya se había ido. Jamás, ni en sueños, imaginé que todo aquello acabara teniendo unas consecuencias tan nefastas. A punto estuve de perder la amistad de Henrietta. Se enfadó muchísimo conmigo por lo del broche.

—Pero ¿no se le ocurrió explicárselo al padre de Gervase? —preguntó Morgan de nuevo—. Aquel día fue el último que vio a su hijo. Murió creyéndolo un violador y un ladrón.

—Siempre estuvo tan orgulloso de Gervase, siempre lo quiso tanto… —intervino Henrietta—. ¿Cómo iba a imaginarme que llegaría a castigarlo y de ese modo, además? Fue horrible. Era como una pesadilla de la que no podía despertar.

—¿Y no se te ocurrió hacer lo honorable y confesar que habías participado en el plan? —le preguntó sin dejar de mirarla.

Semejante muestra de cobardía era algo tan ajeno a su naturaleza que le resultaba difícil de comprender, mucho menos de perdonar, en otra persona.

—Morgan —le dijo Henrietta—, no hay nada, absolutamente nada, que puedas decirme que yo no me haya dicho miles de veces; que Marianne no se haya dicho a sí misma. No es fácil vivir con los remordimientos cuando se es consciente de lo que se ha hecho, cuando se es consciente de que estuvo mal, de que varios inocentes acabaron sufriendo unas consecuencias tan catastróficas. Agradezco a Dios todos los días que Gervase haya regresado y que haya encontrado la felicidad a tu lado. Pero eso no compensa lo que hice, ni me redime.

—No, no lo hace —convino Morgan, que entendió en ese instante por qué Henrietta se alegraba tanto por ellos.

Durante largo rato, miró a ambas conspiradoras mientras intentaba imaginarse qué habría impulsado a dos jovencitas a recurrir a unas medidas tan drásticas. ¿La juventud, la ingenuidad y el desafío a la autoridad? ¿Seguidas del temor por las consecuencias que les acarrearía una confesión posterior? Pero ¿qué habría llevado a Henrietta a participar en la trama? ¿Lo había hecho movida por el desprecio hacia un primo que la obligaba a aceptar parejas de baile e incluso pretendientes porque no era capaz de atraerlos por sí misma?

Aún no había acabado de formular la última pregunta en su mente cuando lo comprendió todo con una claridad meridiana. Acababa de ser presentada en sociedad. Había llevado una vida resguardada mientras estaba en el aula, donde solo le habían enseñado aquello que se consideraba esencial para la educación de una dama, una educación que se había visto ampliada por lo poco que había podido recabar de sus incontenibles hermanos y de una hermana más atrevida de la cuenta, si bien todos se habían mordido la lengua cuando ella estaba presente. Pero aun así lo comprendió.

¡Por supuesto!

Marianne y Henrietta eran mucho más que amigas. Se amaban. El matrimonio,

para cualquiera de las dos, habría sido el peor de los desastres; el horror de los horrores que debían evitar a toda costa.

Y lo habían evitado… a costa de que otros pagaran un terrible precio.

Las estudió de nuevo y, aunque nadie dijo ni una sola palabra, se percató de que ambas sabían que lo había adivinado. Por un brevísimo instante, de forma casi imperceptible, sus manos se rozaron sobre el cojín que descansaba entre ambas.

Morgan lo comprendía. Pero no las perdonaba. No podía perdonar, cierto, pero sí las comprendía. Y descubrió que tampoco podía odiarlas. Se puso en su lugar e imaginó que su vida discurría por los derroteros que conformaban la vida de ambas. No podía odiarlas ni condenarlas. Pero sí que podía odiar lo que habían hecho.

—Si pudiera retroceder en el tiempo —dijo lady Marianne con un suspiro—, desafiaría a mi padre y hablaría cara a cara con el duque de Bewcastle. O tal vez eso puedo decirlo ahora que estoy a salvo de ambos. Sin embargo, retroceder en el tiempo significaría regresar al cuerpo, a la mente y a las emociones de una muchacha tímida y asustada que era diferente, pero que no podía explicar esas diferencias a nadie, salvo a la única persona que compartía sus miedos. Tal vez ni siquiera encontrara el valor para hacerlo aun sabiendo lo que sé hoy en día.

—Y si yo pudiera retroceder en el tiempo —añadió Henrietta—, hablaría con el tío George y le explicaría lo sucedido, aunque me separaran de Marianne. Si pudiera retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otro modo, no permitiría que Gervase sufriera todo lo que ha sufrido. Pero no puedo retroceder en el tiempo… y tal vez tampoco encontrara el valor para hacerlo si fuera posible.

—Encuéntralo ahora —le dijo Morgan.

—Mi tío está muerto —replicó Henrietta—, igual que el padre de Marianne.

—Pero no así Gervase —señaló ella—. Ni Wulfric.

Lady Marianne se quedó lívida de nuevo.

—¿Espera que me confiese con el duque de Bewcastle? —le preguntó.

—Yo no espero nada —contestó ella—. Wulfric es un hombre fuerte. Por mucho que sufriera en aquel momento, a estas alturas estará recuperado. Y el largo calvario de Gervase ha llegado a su fin. Fue lo bastante fuerte como para sobrevivir sin que su carácter sufriera demasiado y se está forjando una nueva vida. Los dos seguirán adelante como les apetezca sin tener en cuenta lo que usted haga. Yo no espero nada de usted —Se puso en pie—. Me marcho, Henrietta —dijo.

La aludida titubeó.

—Llévate el carruaje —le dijo—. ¿Te importaría regresar sola? Marianne me prestará el suyo cuando decida irme más tarde. Necesitamos hablar.

Para ella fue un alivio hacer el camino de regreso a solas. La verdad era mucho más horrible de lo que había imaginado. Debía de ser espantoso amar a alguien a sabiendas de que el mundo jamás perdonaría ni aceptaría ese amor. Verse obligado a mantenerlo en secreto toda la vida.

Sin embargo, debía de ser amor. Habían sido fieles durante años; habían cometido atrocidades en nombre de la otra; habían traicionado a un primo y a un amigo, respectivamente; les habían acarreado un sufrimiento inconmensurable a

otras personas; y habían compartido la culpa desde entonces.

Era imposible saber lo que ella misma sería capaz de hacer en semejantes circunstancias.

Si Wulfric se hubiera empeñado en negarle a Gervase el permiso para cortejarla, tal vez lo habría desafiado abiertamente; tal vez incluso se habría fugado con él. O en el peor de los casos habría esperado tres años más, hasta cumplir la mayoría de edad, para no tener que contar con su permiso en absoluto.

Marianne y Henrietta no habían tenido ninguna de esas opciones.

No obstante, su mente cambió de tema de repente.

¿Que se habría fugado con él? ¿Que habría esperado tres años?

No iba a casarse con Gervase ni mucho menos; y por decisión propia.

Debía poner fin a la farsa en breve. Quizá lo hiciera durante el baile. Eso sería espectacular… y también deliberadamente cruel. Después del baile, entonces. Poco después. Le diría en privado que la cosa había llegado a su fin y que se marcharía de Windrush con Freyja o con Aidan. Con eso bastaría. Su partida dejaría una buena dosis de vergüenza… y ella llevaría consigo su buena dosis de desolación.

¿Sentiría algo por ella? En ocasiones tenía la impresión de que así era y, por supuesto, no paraba de decirle que la amaba. Sabía que la pasión que mostraba en el plano físico era real. Las palabras que había murmurado mientras hacían el amor en la gruta no podían ser fingidas. Pero, de todos modos, no era suficiente. En Bruselas se había convertido en una parte muy importante de su vida mientras que él la había estado utilizando sin miramientos para alcanzar sus objetivos. No podía perdonarle algo así. Y, si lo hiciera, ya no podría volver a confiar en él.

Cerró los ojos mientras el carruaje traqueteaba sobre los baches de un camino todavía embarrado. Qué extraña era la vida. Si Marianne y Henrietta no se hubieran dejado llevar por la desesperación y no hubieran actuado de forma tan deshonrosa aquella noche en la que ella solo tenía nueve años, Gervase jamás habría atravesado el salón de baile de los Cameron en Bruselas para conocerla. Ni se habría fijado en ella. Ella, desde luego, no se habría fijado en él. Gervase no se habría dejado seducir por la idea de caer en la deshonra para vengarse. Y ella jamás se habría enamorado de él.

Todo estaba unido. Sí, ¡todo, todo estaba unido!

El sol volvía a brillar con fuerza al día siguiente. Pasaron la mañana explorando el sendero agreste y más tarde fueron a pasear en barca e incluso a nadar. Sin embargo, el calor y el ejercicio hicieron mella en la mayoría de los niños, que a mediodía se refugiaron en la habitación infantil para dormir la siesta o para jugar tranquilamente. Los adultos se dispersaron en varios grupos por la casa y por el exterior. Morgan estaba en el jardín con Emma, que acababa de llegar poco antes caminando desde la vicaría, mientras Jonathan jugaba sin alejarse del banco donde estaban sentadas.

Gervase observaba al trío desde la ventana de la biblioteca después de haberse

puesto al día con la correspondencia que había estado esperándolo dos días sobre el escritorio. Le gustaba comprobar que su familia y los Bedwyn, de un carácter mucho más exuberante, se llevaban tan bien. Le gustaba, particularmente, que Morgan hubiera sido aceptada en Windrush y que ella pareciera encantada con la propiedad y con la gente que la habitaba.

Después del baile la convencería para que lo perdonara, le costara lo que le costase. Iba a proponerle matrimonio en serio.

Estaba a punto de salir al jardín para reunirse con las damas y jugar un rato con su sobrino cuando se percató de que un carruaje se aproximaba por la avenida. No lo reconoció, ni siquiera cuando estuvo cerca. Tal vez debería salir y recibir al recién llegado en persona, pensó. Sin embargo, hubo algo que lo refrenó.

Morgan y Emma alzaron una mano a modo de saludo cuando el carruaje pasó junto a ellas, pero el vehículo continuó su marcha hasta detenerse bajo la ventana desde la que él miraba. Vio que se apeaba una dama seguida de una doncella.

De repente se le quedó la boca seca. El día anterior Morgan había salido en el carruaje con Henrietta, pero no le dijo adonde iba. Y él no le había preguntado. Aunque sí había hecho sus conjeturas.

«Pues yo no pienso darlo por zanjado —le dijo el día anterior—. Mi hermano también sufrió a causa de ese incidente.»

Y Marianne acababa de llegar a Windrush. Se aferró a la esperanza de que estuviera allí para ver a su madre o a Henrietta; por muy mal gusto que denotara la visita estando él en casa.

La vio subir los escalones con forma de herradura que daban acceso a la mansión y desaparecer en su interior. Morgan tenía la vista clavada en la ventana. Sus miradas se cruzaron por un instante antes de que él se diera la vuelta. ¿Eso también formaba parte de su venganza?

¿Habría ido Marianne a verlo?

Se negaría a recibirla. Así de simple.

Y en ese momento escuchó que el mayordomo llamaba a la puerta antes de abrirla para preguntarle si deseaba recibir a lady Marianne Bonner.

Abrió la boca para decir que no. ¿Habría ido a suplicar su perdón? No podía hacerlo. Algunas cosas eran imperdonables.

Cosas como utilizar, difamar y enredar en un escándalo a una joven inocente, movido simplemente por el resentimiento que le guardaba a su hermano.

«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.»

Nunca se había tenido por un hombre particularmente religioso. Pero las palabras cruzaron sin más por su cabeza.

—Hazla pasar —dijo con brusquedad, y se dispuso a esperar frente a la ventana con expresión seria y las manos enlazadas a la espalda.

Marianne había sido preciosa de joven; rubia, de ojos azules y con una figura muy femenina y delicada. La madurez le había reportado un atractivo aún mayor. Su cuerpo había adquirido unas curvas muy voluptuosas y los años habían dotado de

carácter a su rostro, algo que en cierto modo aumentaba su belleza. Volvió a preguntarse, tal como lo hiciera años antes, por qué se había negado de forma tan rotunda a casarse con Bewcastle, que había sido (y seguía siendo) uno de los solteros más codiciados de Gran Bretaña. No había llegado a explicárselo en su gabinete privado antes de que lo invadiera el estupor que le provocó la bebida que ella le había ofrecido.

En ese momento lo saludó con una reverencia y él le respondió con una breve inclinación de cabeza.

—Lord Rosthorn —le dijo—, gracias por recibirme.

Al escuchar su trémula voz comprendió, no sin cierta satisfacción, que estaba muy nerviosa.

—Señora —replicó él—, no creo que tengamos nada importante que decirnos el uno al otro.

No la invitó a sentarse.

—Tiene mucha razón —convino—. No le daré ninguna explicación sobre mi comportamiento de aquella noche. Estoy segura de que hace mucho tiempo que comprendió por qué lo hice. Y tampoco puedo darle ninguna excusa. Mi renuencia a casarme con el duque de Bewcastle, o con cualquier otro hombre en realidad, y el temor que me inspiraba mi padre no son excusas que justifiquen lo que le hice ni lo que permití que le ocurriera después, si bien no había previsto tales consecuencias. Una disculpa resulta insuficiente y puede que incluso insultante considerando todo el tiempo que he permitido que sufra. Pero… Gervase, es lo único que puedo darte. Ojalá tuviera algo más. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y cambiar el pasado, pero eso es algo que nadie puede hacer. Asumo mi culpa y no apelaré en mi defensa. Porque no tengo defensa alguna.

—Podrías marcharte de aquí —le dijo—, de modo que no tengamos que vivir en la misma zona durante el resto de nuestras vidas.

Vio que Marianne palidecía de repente. Incluso se tambaleó un poco y estuvo a punto de correr para sostenerla o para acercarle una silla. Sin embargo, no tardó en recuperarse de la impresión.

—Podría hacerlo —accedió—. ¿Ese castigo te parecería justo, Gervase? Tal vez tengas razón. Tal vez sea justo; ojo por ojo, exilio por exilio. Muy bien, si ése es tu deseo…

—No llega al ojo por ojo —la corrigió—. A mí me obligaron a marcharme y a dejar atrás todo cuanto me era querido en este mundo.

—¡Ay, Gervase! —exclamó ella—. Mi caso sería el mismo. ¿Eso es lo que quieres que haga?

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero las contuvo. Y tampoco bajó la cabeza ni apartó la mirada de él. Siguió mirándola detenidamente con el ceño fruncido.

«Mi renuencia a casarme con el duque de Bewcastle, o con cualquier otro hombre en realidad…»

«¡Ay, Gervase! Mi caso sería el mismo.»

¿Marcharse de Winchholme le resultaba un castigo equiparable a su exilio de

Windrush? Pero ella no dejaría a nadie atrás, como había hecho él.

Salvo algunos amigos.

O tal vez una amiga en particular.

¿Quién había sido el cómplice de Marianne en aquel baile? Si quería que el plan tuviera éxito, debía de contar con la ayuda de uno. Siempre lo había sabido, pero había supuesto que se trataba de un criado o de alguien que quería granjearse su amistad.

¿Habría sido Henrietta?

Eso lo explicaba todo, ¿no?

Pero ¿quería saberlo a ciencia cierta? ¿Estaba dispuesto a hacer la pregunta?

—Algo que descubrí hace muy poco por experiencia propia, Marianne —le dijo—, es que el perdón no se obtiene por los méritos realizados. De ser así, no lo necesitaríamos, ¿no crees? Yo también cambiaría ciertas cosas del pasado si pudiera, pero evidentemente es imposible. Y, por malos que hayan sido estos últimos nueve años, no puedo decir que haya sido una total pérdida de tiempo. Soy un hombre distinto al que abandonó Inglaterra pocos días después del baile de marras y he aprendido a sentirme cómodo con esta nueva personalidad. Conocí a mi futura esposa mientras estaba en el exilo. Si las cosas hubieran sido de otra manera, jamás la habría conocido; y eso es algo que no quiero imaginarme ni en mis peores pesadillas.

Deseó no haber pronunciado esas palabras en voz alta. Morgan iba a abandonarlo. Todavía no estaba seguro de que hubiera cambiado de opinión. Pero eran ciertas, al fin y al cabo. Si tuviera la oportunidad de retroceder en el tiempo y borrar esos nueve años, si tuviera la oportunidad de empezar de nuevo el mismo día del baile y evitar el incidente con Marianne… tal vez no cambiara nada.

—No es necesario que te sientas culpable de nada —le dijo.

Marianne se tapó el rostro con las manos. Le temblaban horriblemente.

—Le he escrito una carta al duque de Bewcastle —dijo—. Era lo menos que podía hacer por ti. Ahora sabrá que tú no tuviste nada que ver en los acontecimientos de aquella noche, que lo que creyó ver no fue más que una farsa. Es importante que conozca la verdad, sobre todo ahora que vas a casarte con su hermana.

—¡Vaya! —exclamó.

—Me voy —dijo ella—. Gracias de nuevo por concederme unos minutos de tu tiempo, Gervase.

—Marianne —la llamó de forma impulsiva mientras ella daba media vuelta—, somos vecinos, tanto si nos gusta como si no, y lo más probable es que lo seamos el resto de nuestras vidas. Supongo que deberíamos intentar comportarnos con civismo. ¿Vendrás al baile mañana por la noche?

Era muy posible que acabara arrepintiéndose. Pero no lo creía. Era el civismo lo que mantenía engrasados los engranajes de la sociedad para que esta siguiera su curso.

—Gracias —le dijo mientras se ruborizaba—. No estoy segura, pero… gracias.

Y se marchó.

Se quedó donde estaba hasta que escuchó que el carruaje se ponía en marcha.

Aguardó un tiempo prudencial, lo justo para que desapareciese por la avenida.

No obstante, cuando se acercó a la ventana, descubrió que el jardín estaba vacío. No había ni rastro de Morgan.

Y la necesitaba con desesperación.

Capítulo 21

La llegada de lady Marianne Bonner a Windrush pilló a Morgan por sorpresa. Hasta ese momento pensaba que a lo sumo llegaría una carta remitida por ella. De repente sintió una ligera aprensión: no le había hablado a Gervase ni de su visita a Winchholme ni de los descubrimientos que había hecho allí. Cuando levantó la vista hacia la ventana de la biblioteca y lo vio allí de pie, observando la llegada de Marianne, le había parecido atisbar un intenso dolor en sus ojos… producto de su imaginación, tal vez, ya que estaba demasiado lejos como para distinguir la expresión de su mirada.

Tan pronto como Emma y Jonathan regresaron a la vicaría unos minutos después, ella se alejó de la casa. Se encaminó al lago, pero escuchó voces y risas procedentes de ese lugar, de modo que cambió de dirección y enfiló la alameda que conducía al mirador. Se sentó en el interior y dejó la puerta abierta para que entrara la brisa de la tarde.

Marcharse de ese lugar iba a resultar muy doloroso. El único hogar que había conocido era Lindsey Hall, en Hampshire, y en términos generales siempre había sido feliz allí a pesar de haber pasado los últimos años muerta de la impaciencia, podría decirse, por crecer y así conseguir cierto grado de independencia. Sin embargo, el año anterior había pasado unos días en Grandmaison Park, en Leicestershire, el hogar de su abuela materna, con motivo de la boda de Rannulf y Judith y después había ido a Penhallow, en Cornualles, el hogar de Joshua, para celebrar el compromiso de Freyja. Y había llegado a la conclusión de que le gustaría tener un hogar propio, uno que no fuera el de Wulfric.

Le encantaba Windrush. Le encantaban la mansión y la propiedad, la campiña que la rodeaba, la familia, los vecinos… Y podría ser suyo para el resto de su vida. Podría ser la señora de todo aquello. Era la prometida del conde Rosthorn. Pero no pasaría de ahí. Cuando llegara el nuevo año, tendría que empezar a considerar las atenciones de otros pretendientes… Y habría muchos, lo sabía, a pesar del escándalo en el que se había visto envuelta ese año; un escándalo que sería mayor cuando rompiera su compromiso. Al fin y al cabo, era lady Morgan Bedwyn, la hermana del duque de Bewcastle.

Vio que Gervase se acercaba al mirador por el sendero que lo conectaba con la casa. Marianne debía de haberse marchado ya. No llevaba sombrero y su cabello se agitaba al viento, de modo que parecía más joven, alegre y guapo. Caminaba con pasos largos y decididos ya que la había visto sentada en el interior. En ese momento recordó la alegría que le provocaban sus visitas dianas cuando estaba en casa de la señora Clark, la tranquilidad con la que paseaba y charlaba con él, como si formara

parte de sí misma en lugar de ser un ente separado. Y aquella última tarde, cuando las noticias procedentes de la embajada la sumieron en un estado de histeria, lo buscó de forma inconsciente y se arrojó a sus brazos en busca de consuelo.

Le costaba mucho creer, aunque él mismo se lo había confesado, que la había estado utilizando en todo momento y sin miramientos para alcanzar sus fines. Un sinfín de conocidos tuvieron que verlos juntos en numerosas ocasiones… todo cuidadosamente orquestado por él. Sin embargo, ella no se había dado cuenta de nada. Toda su atención estaba puesta en el cuidado de los heridos y en su preocupación por Alleyne… y en recabar fuerza y consuelo del apoyo diario que le demostraba su querido amigo.

¿Y en ese momento? ¿Cómo interpretaría Gervase su determinación de romperle el corazón o de humillarlo al menos? ¿Le resultaría cómica? ¿Seguiría decidido a casarse con ella porque sabía que eso enfurecería a Wulfric? ¿O porque así le demostraría a ella que era capaz de engatusarla y seducirla aun sabiendo la verdad sobre él?

¿Cómo iba a encontrar las respuestas a sus preguntas? ¿Cómo iba a confiar de nuevo en la palabra de un hombre como él?

Ojalá no hubiera hecho el amor con él junto a la gruta. Había sido un terrible error… sobre todo porque su cuerpo le pedía más.

—Cada vez que te miro, *ma chére* —dijo él cuando llegó a la puerta abierta—, me pareces más hermosa. Ese tono de rosa te sienta bien. Aquí está tu pretendiente, postrado a tus pies —Le sonrió al tiempo que entraba en el mirador con una mano en el corazón.

Cuando hablaba de esa manera era imposible saber si estaba siendo sincero. Era la misma actitud despreocupada y burlona que solía adoptar en sus primeros encuentros en Bruselas. El hombre que se escondía tras esa fachada había sido un completo desconocido en aquel entonces. Tan desconocido como lo era en ese momento. Debía de ser su juventud, decidió, y el hecho de que él tuviera doce años más de experiencia que ella. No lo conocía en absoluto. Con el paso de los días se había ido convirtiendo en un desconocido.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó con una sonrisa sin hacer caso a sus palabras.

Gervase se sentó en el banco de cuero frente a ella y extendió un brazo sobre el respaldo. La sonrisa que esbozó rezumaba el antiguo cinismo y el desdén que ella conocía.

—Creo que sabes muy bien lo que me ha dicho, *chérie* —contestó él—. Parece ser que voy a ser absuelto de toda culpa ante el duque de Bewcastle. Le ha escrito. Supongo que le ordenaste que lo hiciera y también que viniera a postrarse de rodillas ante mí.

—Yo no le ordené nada —replicó—, ni siquiera la aconsejé. Simplemente expresé mi deseo de descubrir la verdad. Supongo que me mostré un poco desdeñosa cuando intentó excusarse aduciendo que por aquel entonces tenía dieciocho años.

—Por supuesto… —dijo, mirándola con expresión indolente—, tú jamás te habrías comportado de esa manera, ¿verdad, *chérie*. Te habrías enfrentado a tu padre y al pretendiente indeseado y les habrías dejado muy clara tu postura mirándolos directamente a los ojos. Pero usted está hecha de una pasta muy dura, lady Morgan Bedwyn. Supongo que el cómplice de Marianne fue Henrietta.

—¿Te lo ha dicho? —le preguntó.

—No —Se rió por lo bajo—. Y supongo que tú tampoco vas a decirlo. Estoy seguro de que cuando eras pequeña sufriste indecibles tormentos a manos de tus hermanos mayores. Pero apostaría cualquier cosa a que jamás fuiste en busca de Bewcastle para delatar sus fechorías.

—Nunca tuve necesidad de hacerlo —replicó—. Había otras formas, mucho más satisfactorias, de lidiar con ellos. Nunca les gustó encontrarse sal en el café ni azúcar en la comida. Ni sus botas nuevas flotando en la fuente. Ni descubrir que sus chaquetas preferidas se habían quedado sin botones…

Gervase se echó a reír de nuevo.

—Henrietta siempre fue una niña difícil —confesó—. Supongo que es comprensible que odiara estar aquí y rechazara todos nuestros esfuerzos para ayudarla. Tenía doce años cuando sus padres murieron, y no nos había visto ni una sola vez cuando vino a vivir con nosotros. Era una… una niña quisquillosa. Si intentábamos que participara en nuestros juegos, nos hacía saber de todos los modos posibles lo mucho que se aburría, tanto con nosotros como con lo que estábamos haciendo. Sin embargo, cuando no la incluíamos, se enfurruñaba, se ponía a hacer pucheros y lograba que nos sintiéramos culpables por haber dejado de lado a la pobre huérfana. Durante su presentación en sociedad, hice todo lo posible para que no le faltaran parejas en los bailes ni invitaciones de mis amigos para pasear por el parque o ir al teatro. No me lo agradeció. Supongo que no la entendíamos. Yo desde luego no la entendía.

Morgan se dio cuenta de que la estaba mirando con bastante detenimiento a pesar de tener los párpados entrecerrados.

—Pues ahora parece contenta —dijo—. Creo que adora a tu madre. Y también tiene su amistad con Marianne.

Le devolvió la mirada sin pestañear e intercambiaron una imperceptible sonrisa de lo más elocuente. Se preguntó si se sentiría incómodo con lo que había descubierto acerca de su prima. Ella no lo estaba. El amor era un bien demasiado precioso como para rechazarlo allí donde se encontrara.

—Si fue Henrietta —dijo—, ¿te sentirías muy dolido? ¿Muy enfadado? ¿Podrías dejar que siguiera viviendo aquí?

—Si fue Henrietta —repitió él—, supongo que tuvo sus motivos. Supongo que ha sufrido… Probablemente mucho. Sería duro vivir con semejante culpa, ¿no crees, *chérie*?

Seguía mirándola de la misma manera.

—Para una persona con conciencia —respondió—, sí.

—Vaya, la conciencia… —Gervase sonrió—. Algunos no tenemos de eso. He

invitado a Marianne al baile de mañana. ¿Te complace? ¿Estás orgullosa de mí?

—Sí me complace —contestó—. Era lo más sensato.

—Has sido muy diligente, *chérie* —dijo él—, al animarme a mirar e iluminar los rincones más oscuros de mi vida. Has pasado gran parte de tu tiempo ayudándome a enfrentarme al pasado para que no vuelva a ensombrecer mi presente y mi futuro. ¿Por qué?

—Es absurdo cargar con las culpas del pasado cuando el pasado está muerto y enterrado —le dijo—. ¿Cómo se puede disfrutar del presente o labrarse un futuro si no se deja de mirar atrás con ánimo pesimista?

—Y, sin embargo —replicó él—, tú también cargas con ciertas culpas, *chérie*. Te niegas a aceptar que tu perspectiva del pasado en lo que a mí respecta tal vez sea un poco distorsionada. Rechazas la felicidad del presente y la posibilidad de que juntos consigamos una vida satisfactoria. Insistes en mirar atrás con ánimo pesimista, tal como tú has dicho.

Morgan se puso en pie de un salto, colocó las manos en la mesa que había entre ellos y se inclinó hacia él.

—¡Sí, claro! —exclamó—. Éste es el tipo de argumento que esperaría de ti, Gervase. Cualquier cosa para confundirme y manipularme a tu antojo. Lo que he dicho no se puede aplicar a mi caso. Y te estás engañando cuando afirmas que rechazo la felicidad del presente. Seré feliz cuando te abandone. Te halagas a ti mismo cuando dices que miro atrás con pesimismo. Cuando eche la vista atrás, me sentiré increíblemente aliviada de haber descubierto la verdad sobre ti a tiempo para librarme de una vida miserable. Pero no echaré la vista atrás muy a menudo. ¿Por qué iba a hacerlo? Estos meses no han tenido la menor importancia.

—*Chérie*, estás adorable cuando te enfadas —dijo él.

Rodeó la mesa a toda prisa, pero cuando llegó hasta él ya estaba preparado, como era de esperar. Gervase atrapó su mano derecha cuando estaba apenas a dos centímetros de su rostro y la izquierda, a unos seis. Las sostuvo y se echó a reír por lo bajo.

—Pero ¿qué es esto, *mon amour*? —preguntó—. ¿Has olvidado tus intenciones de lograr que me enamore perdidamente de ti?

Inclinó la cabeza para acercarse más a él.

—Antes coquetearía con un sapo —le contestó—. Antes haría el amor con el demonio.

—*Non*, *chérie* —Se rió de ella y siguió aferrándole las muñecas—. Eso no está nada bien. Si hay algo que he admirado siempre en ti, es tu honradez. Sin embargo, acabas de mentirme dos veces. ¿Cómo ibas a coquetear con un sapo? ¿Y qué iba a hacer el demonio con su tridente mientras hace el amor contigo? En realidad, creo que es mejor olvidar el tema. Hay un sinfín de posibilidades escandalosas, ¿no crees?

—Tal vez, Gervase —dijo Morgan en voz baja, acercándose un poco más a él—, deba distraer tu mente de esos pensamientos tan picantes —Y lo besó en los labios.

Un momento después estaba sobre su regazo, con las manos libres y abrazados el uno al otro. Inmersos en un abrazo apasionado.

Gervase le desató la lazada del sombrero y lo arrojó a la mesa. Le bajó el corpiño para dejar al descubierto sus pechos. Ella se afanó con los botones de la chaqueta y del chaleco para poder meter los brazos por debajo y sentir el excitante calor de su cuerpo a través de la camisa. Se besaron con un feroz anhelo y una ternura desesperada.

No obstante, ambos eran conscientes, por supuesto, de que estaban en el mirador y a la vista de cualquiera que se acercara. Su abrazo se mantuvo dentro de los límites del decoro, si bien a duras penas.

Gervase la instó a apoyar la cabeza en su hombro cuando el beso llegó a su fin al tiempo que colocaba los pies sobre la mesa para que no abandonara su regazo.

—Cuando vi que no estabas en el jardín después de que Marianne se fuera, creí que tal vez no pudiera encontrarte, *chérie* —le confesó—. No tienes ni idea de lo mucho que te necesitaba ni de lo mucho que me alegré al verte aquí sentada.

Morgan deseaba creer sus palabras con desesperación. Sin embargo, volvió a ser terriblemente consciente de su juventud y de la vasta experiencia de Gervase. Hasta hacía muy poco tiempo había ignorado, total y despreocupadamente, sus verdaderas intenciones. Su inocencia no volvería a jugarle esa mala pasada otra vez.

—Yo también me alegré al verte —dijo—. Pero pensaba que podías estar enfadado conmigo.

—¿Enfadado? —Le levantó la barbilla con un dedo y la miró a los ojos—. ¿Cuando te has convertido en mi ángel de la guarda?

Ni hablar. Eso era demasiado extravagante, pensó.

—¿Ah, sí? —Suspiró y volvió a poner la cabeza sobre su hombro.

—Desde el principio, *chérie* —respondió él—. Un ángel de belleza y de elegancia, un ángel de bondad y de compasión, un ángel de amor.

Morgan suspiró de nuevo y le dejó un reguero de besos en el mentón.

—¿Eso quiere decir que me quieres?—le preguntó.

—Te quiero, *ma chére* —contestó él, bajando la cabeza para hablar contra sus labios—. Te quiero con toda mi alma.

Se besaron despacio y con ternura, y después se miraron a los ojos con una sonrisa.

—¿Y tú, *mon amour*? —quiso saber él—. ¿Me quieres?

Ella siguió sonriendo.

—No —respondió—. La verdad es que no. Ni siquiera un poquito. Sigue hablando. ¿Se te romperá el corazón cuando me vaya?

La mirada de Gervase se tornó risueña y ella tuvo la impresión de que el muy sinvergüenza se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Por supuesto, *ma chére* —contestó—. Me dejaré crecer el pelo, mi salud declinará hasta morir y tú vendrás, llorarás sobre mi tumba y tus lágrimas regarán las rosas plantadas por mi madre. O tal vez aparezcas allí delante, te rías con desdén y pisotees todos los capullos. ¿Serías tan despiadada? ¿Llegarías a esos extremos?

—Ni mucho menos —respondió al tiempo que se ponía en pie y se alisaba las arrugas del vestido antes de volver a ponerse el bonete—. Reaccionaría con total

indiferencia. Alguien me comunicaría la noticia de tu muerte, yo echaría la vista atrás por un instante y después me encogería de hombros y admitiría haberte conocido. Y después proseguiría con lo que estuviera haciendo.

Él se echó a reír entre dientes y se puso en pie.

—Te estás convirtiendo en una consumada mentirosa —dijo—. Pero siempre serás adorable. ¿Te parece que nos comportemos de forma civilizada y regresemos a la casa juntos a pesar de que tengo la sensación de que acabamos de discutir? Claro que tendremos que hablar de algo… ¿El tiempo, tal vez? Ah, ya lo tengo. Hagamos predicciones sobre el tiempo que tendremos mañana para la fiesta. ¿Lloverá o hará sol? ¿Tú qué crees., *chérie*? ¿Qué haremos si llueve?

Morgan aceptó el brazo que él ofreció una vez fuera del mirador y echó a andar por el sendero a su lado.

—Sabes perfectamente que tu madre tiene un plan alternativo si el día sale lluvioso —contestó.

—Vaya —dijo él—, adiós a ese tema de conversación. Ahora te toca elegir a ti, *chérie*.

Durante una parte de la mañana pareció que la condesa tendría que poner en práctica el plan alternativo. Sin embargo, llegado el mediodía la temida lluvia no había hecho acto de aparición y las nubes habían desaparecido, dando paso a un sol radiante. La tarde fue agradablemente calurosa sin resultar bochornosa.

Los invitados llegaron a Windrush procedentes de varios kilómetros a la redonda. Hubo carreras, juegos de habilidad y fuerza, incluyendo una competición de tiro con arco, y un partido de críquet en los prados. Carreras de botes en el lago y luego paseos en barca para los niños con Aidan y sir Harold a los remos. Paseos en poni por los senderos y la alameda. Visitas guiadas por el salón de baile (que ya estaba decorado para la noche) y la galería de retratos para todos aquellos adultos que estuvieran interesados. Y también hubo comida y bebida en abundancia, repartida por unas mesitas cubiertas con prístinos manteles blancos y emplazadas en la terraza o, si se prefería una opción más informal, se podía comer en las mantas extendidas en los prados o junto al lago.

Gervase se mezcló con sus invitados y charló amigablemente hasta con los más humildes, al igual que Morgan, aunque no estuviera acostumbrada a mezclarse con las clases más bajas. Volvió a recordar lo sorprendida que se sintió el año anterior en Penhallow al descubrir que Joshua, marqués de Hallmere, trataba a todos sus criados, a sus jornaleros y a otras personas de clase inferior a la suya como si fueran sus amigos. Recordó también los días y las noches que pasó en casa de la señora Clark atendiendo a los heridos con la certeza de que las distinciones sociales eran meros accidentes de nacimiento, que los soldados que habían salido de los bajos fondos de Londres (con un acento que le resultaba casi ininteligible) eran tan valiosos como cualquier duque o marqués… o príncipe.

Se dio cuenta de que las mujeres se deshacían en reverencias mientras que los hombres la saludaban con la cabeza o se llevaban la mano a la frente. Los niños la miraban con los ojos (y en ocasiones las bocas) abiertos de par en par. Pero todos le

devolvían la sonrisa cuando ella les sonreía. Y cuando participó en el concurso de tiro con arco, el resto de los participantes (todos hombres) estalló en vítores y se reunió un gran número de espectadores (mujeres casi en su totalidad).

—Hace muchísimo que no practico —dijo mientras tensaba el arco para su primer disparo. La diana parecía alarmantemente pequeña y muy lejana.

No sobresalió a pesar de que en tiempos fue imbatible con un arco… al menos en los alrededores de Lindsey Hall. Pero tampoco se puso en evidencia. De los nueve participantes, quedó en tercer lugar y ganó una ovación en el proceso. Cuando se alejó, estaba ruborizada y tenía los ojos brillantes.

La carrera a tres piernas estaba a punto de comenzar, con siete parejas de niños y una de adultos: Gervase y Monique. Recibieron los vítores de los niños y las burlas de algún que otro arrojado adulto, quienes expresaban su buen humor a carcajadas.

Morgan también se echó a reír cuando Joshua dio la señal de salida y los adultos se pusieron en cabeza antes de caer al suelo con un espectacular embrollo de brazos y piernas, un chillido muy femenino y un grito muy masculino que le dejaron muy claro que todo había sido deliberado. Se pusieron en pie como pudieron mientras las cinco parejas de niños que quedaban en carrera los superaban y volvieron a ponerse en cabeza para repetir la misma operación cuando estaban a menos de un metro de la meta. Tres parejas de niños se proclamaron ganadoras entre aplausos y risas.

Morgan sintió de repente que alguien le echaba el brazo por los hombros y se encontró con Aidan, que le dio un breve apretón contra su costado.

—¿Feliz? —le preguntó su hermano.

Ella asintió con la cabeza y le sonrió.

—No acabo de creerme lo mucho que has crecido —dijo él—. Parece que fue ayer cuando eras una niña. Y ahora eres una mujer y te has convertido en la belleza que siempre supimos que serías.

—Espero que le regales tantos cumplidos a Eve —Se echó a reír.

Aidan señaló con la cabeza a Gervase, que estaba dándoles los premios a los vencedores y monedas a los perdedores.

—Has escogido bien —le dijo—. Es un buen hombre.

—Sí —Morgan lo contempló un instante. No llevaba sombrero, estaba un poco despeinado y su semblante irradiaba alegría y vitalidad—. Lo es.

—Debo confesarte que estaba un poco preocupado —dijo su hermano, dándole un apretón en el hombro—. Todos lo estábamos. Por eso accedimos a venir, como apoyo moral en caso de que lo necesitases. Me alegro de que no te haya hecho falta, pero no me arrepiento de haber venido. Puedes ser feliz con esta gente, Morgan.

—Sí —convino—, lo sé.

—¡Huy! —exclamó—. Freyja está enseñándole a Davy cómo se lanzan las herraduras. Me pregunto quién de los dos va a competir. Será mejor que vaya a ver qué se está cociendo.

Fue mucho más tarde, después de que llevara a Jonathan hasta los ponis para que pudiera acariciar a uno y lo convenciera para que diera una vuelta en él mientras

ella lo sujetaba, cuando la condesa se acercó a ella y la tomó del brazo.

—Has estado tan ocupada que las piernas no te sostendrán esta noche en el baile, *chérie* —dijo—. Ven a sentarte en la terraza un rato. Estás preciosa con ese amarillo claro. Tan radiante como la primavera.

—Debe de estar encantada con el éxito de la fiesta, señora —dijo ella—. Todo el mundo parece estar pasándoselo en grande.

—Todo es en tu honor, *chérie* —le recordó la condesa—. En tu honor y en el de Gervase, para celebrar vuestro compromiso. Es evidente que todo el mundo lo quiere, como siempre lo han querido y como yo sabía que volverían a quererlo. Y todo el mundo te adora. Debes empezar a llamarme «*maman*», y olvidar ese «señora» tan formal. ¿Lo harás, *ma petite*?

—Sí, *maman* —Morgan le sonrió cuando se sentaron a una de las mesas y uno de los criados se apresuró a llevarles té y pastas.

Su venganza iba a ser muchísimo más horrible de lo que había imaginado en un principio, comprendió. Sería a ella a quien culparían de todo, puesto que iba a ser la encargada de romper el compromiso… y era la extraña en la familia. Pero Gervase sufriría una enorme humillación.

No quería hacerlo.

¡Qué imprudente había sido por culpa de su impulsividad! Tendría que haberse conformado con la discusión que mantuvieron en Pickford House, con el hecho de decirle a la cara que lo sabía todo, con el hecho de haberlo obligado a confesar la verdad. Tendría que haberse conformado con verlo postrarse de rodillas a sus pies para pedirle matrimonio. Ya habría sido todo un triunfo mirarlo con desdén y decirle que no.

No obstante, eso era lo que él esperaba.

No obstante y como bien le dijo, todavía no había acabado con él.

¿Había llegado ese momento?

¿Llegaría alguna vez?

Pero no tenía tiempo para entretenerse ni con sus pensamientos ni con su dilema. Tenía que hablar con la condesa y, además, Freyja y Emma se reunieron con ellas poco después, una vez que los invitados comenzaron a regresar a sus casas.

El salón de baile tenía el aspecto y la fragancia de un jardín especialmente exuberante, pensó Gervase cuando entró para echar un vistazo y consultar el programa con la orquesta, cuyos miembros ya estaban sentados en el estrado emplazado al otro extremo de la estancia, afinando los instrumentos. Las flores abarcaban todos los tonos de púrpura, fucsia y rosa, y estaban mezcladas con una profusión de helechos y otras plantas verdes.

Sabía que los adornos florales eran obra de Henrietta casi en su totalidad. Su prima siempre había tenido muy buen ojo para los colores y la decoración. Esa noche se había superado a sí misma.

Esa mañana había ido a verlo antes del desayuno, después de que él volviera de

dar un paseo. La confesión de que había participado en los sucesos que tuvieron lugar nueve años antes lo pilló por sorpresa. Incluso se ofreció a marcharse de Windrush si así lo deseaba, aunque no le dijo adonde iría.

En aquel momento no se sentía muy caritativo hacia ella. No obstante, se dejó guiar por el instinto. Cruzó la estancia, le dio un fuerte abrazo que a todas luces la pilló desprevenida y le dijo que no fuera tonta, que había llegado el momento de enterrar el pasado y de seguir con sus vidas. Después, le sonrió mientras ella se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

—Además —le dijo—, *maman* está decidida a mudarse a Cherry Cottage después de mi boda. Supongo que querrás irte a vivir con ella.

—Sí, lo haré, Gervase —le aseguró su prima—. Gracias por tu generosidad.

Después de su boda…

Cherry Cottage era una casona situada en las afueras del pueblo que su padre le había alquilado a un coronel retirado y ya fallecido. Su viuda se había mudado.

Henrietta no le había ofrecido ninguna explicación sobre los motivos que la habían impulsado a colaborar con Marianne para tenderle la trampa, y él no se la pidió. No iba a negar que la idea de que fueran una pareja le resultaba de lo más chocante, sobre todo porque le habían causado muchísimo daño, pero en definitiva lo que hubiera entre ellas solo era de su incumbencia. A él no le importaba en lo más mínimo.

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando los Bedwyn aparecieron en grupo, los caballeros vestidos de negro con camisas y corbatas blancas; Eve, de lavanda y Freyja, de luto riguroso. Sin embargo, él solo tenía ojos para Morgan, que estaba espléndida con un vestido de resplandeciente satén plateado, parcialmente cubierto por una ceñida túnica de encaje del mismo color. Llevaba el pelo recogido en la coronilla y adornado con cordoncillos plateados; medio oculto bajo el escote del corpiño se veía un medallón de plata. Sus guantes y su abanico eran blancos.

Él llevaba el mismo atuendo, plateado, gris y blanco, que luciera en la cena campestre del bosque de Soignes. Había dudado al elegirlo, porque ninguno de los dos necesitaba un recordatorio de aquella noche. Pero había decidido correr el riesgo. Superar el pasado no implicaba negarlo ni mucho menos. Eso no solucionaría nada.

Esperaba, con desesperación, que pudieran superar el pasado.

La saludó con una reverencia y le cogió la mano para llevársela a los labios. Ella le respondió con una sonrisa avasalladora bajo las atentas miradas de sus familias, ya que los suyos habían aparecido justo detrás de los Bedwyn.

—¡Por el amor de Dios!—exclamó Freyja—. Hacéis una pareja deslumbrante.

El resto de los invitados comenzó a llegar poco después. Gervase los recibió en la entrada, acompañado por su madre y por Morgan. Aunque ya los conocía de antes, le impresionó ver que recordaba sus nombres, así como ciertos detalles sobre todos ellos. Era evidente que todo el mundo la admiraba mucho, no solo por su belleza y por ser la hermana de un duque, sino también por su elegancia, educación y encanto.

Su venganza, pensó, iba a ser colosal.

Si no conseguía hacerla desistir, claro estaba.

Tal como su madre había predicho, el salón de baile estaba agradablemente concurrido una vez que llegaron todos los invitados (entre quienes se incluían Marianne Bonner y su anciana tía, la señora Jasper), pero no tanto como para resultar abrumador. Morgan y él fueron los encargados de abrir el baile con una alegre contradanza. Después siguieron bailando con distintas parejas a lo largo de la noche y cenaron en mesas diferentes. Demostraron un comportamiento intachable, por supuesto, pero ni las más estrictas reglas londinenses prohibían bailar una segunda vez con la misma pareja. Había ordenado a la orquesta que el único vals de la noche debía sonar después de la cena.

—¿*Chérie*? —la llamó al tiempo que la saludaba con una reverencia mientras ella charlaba con un grupo de vecinos—. ¿Bailarás el vals conmigo?

Ella le colocó la mano en el brazo sin decir nada y dejó que la sacara a la pista de baile.

—Vas vestido como la noche del bosque de Soignes —dijo—. En aquel entonces pensé que elegiste unos colores tan claros porque casi todos los caballeros llevarían casacas rojas.

—Tenías toda la razón, *chérie* —le dijo—. ¿Quién iba a desear pasar inadvertido en su propio baile?

—Me sorprende que te hayas puesto la misma ropa esta noche —confesó ella.

—¿De veras? —le preguntó mientras inclinaba la cabeza hacia ella y la rodeaba con los brazos a la espera de las primeras notas del vals—. ¿Y también te sorprende que te haya invitado a bailar el vals conmigo? La última vez que lo bailamos fue en el baile de tu hermana en Londres… solos en una antesala. La vez anterior fue en mi cena campestre… a solas durante unos minutos delante de cien pares de ojos. Y antes de esa ocasión, en el baile de los Cameron, donde nos conocimos.

—No necesito que me lo recuerdes —replicó ella—. Pero me alegro de que lo hayas hecho. Eso me facilitará las cosas mañana o pasado mañana, cuando Aidan, Eve, Freyja y Joshua se vayan y yo decida marcharme con ellos.

La música comenzó y él la guió muy despacio por los primeros pasos del vals.

—¿Lo harás, *chérie*? —le preguntó sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Te marcharás con ellos? ¿Me dejarás? ¿Para no volver a verme?

—Sabes que lo haré —Ella echó la cabeza hacia atrás pero no apartó la mirada.

Le colocó la mano en la cintura con más firmeza y ejecutó un giro al tiempo que alargaba los pasos.

Ella se echó a reír, encantada.

Le había dicho a la orquesta las melodías que debían tocar. A juzgar por la súbita y embelesada expresión de sus ojos, supo que reconocía la que estaban tocando en ese momento. Era el mismo vals que bailaron aquella primera vez.

Bailaron en silencio sin dejar de mirarse a los ojos en ningún momento. La condujo entre las restantes parejas, en ocasiones con pasos rápidos, otras más despacio, girando y girando, hasta que sintió que en sus labios aparecía una sonrisa y vio el rubor que cubría las mejillas de Morgan y el brillo que resplandecía en su

mirada.

No volvieron a hablar hasta que hubo una pausa en la música.

—Bailas el vals muy bien, Gervase —dijo Morgan, apartando los brazos de él hasta que volviera a sonar la música—. Y también sabes hacer otras cosas muy bien. Eres un experto en el coqueteo y en lo que sigue al coqueteo. Me juraste que lograrías que me enamorara de ti. Supongo que de eso se trata todo esto. Lo mismo que la primera vez. Sin más intención que la de manipularme, hacerme cambiar de opinión y derrotarme aunque para ello tengas que casarte conmigo. Cronológicamente hablando, solo soy un poco mayor de lo que lo era Bruselas el día del baile de los Cameron, pero he ganado muchísimo en experiencia. Hay ocasiones en las que te odio con todas mis fuerzas.

—El odio es una mejora con respecto a la indiferencia de ayer, *chérie* —replicó —. ¿No se te ha ocurrido pensar que quiero que te enamores de mí porque yo estoy enamorado de ti?

Ella meneó la cabeza con impaciencia y levantó la mano hasta su hombro cuando la música empezó a sonar de nuevo.

—Me marcharé con mis hermanos cuando se vayan —repitió ella.

El problema era, pensó Gervase, que podía estar diciéndolo en serio. Su orgullo no le permitiría cambiar de opinión. Ni tampoco lo harían su recién descubierta madurez y precaución. Le había hecho un daño atroz. Y él tenía muy pocos argumentos con los que defenderse. Unos cuantos, cierto; pero no muchos.

El hecho de que la quisiera con toda el alma no valía como defensa.

No volvieron a hablar hasta que el vals llegó a su fin. Aún quedaba una contradanza, pero lógicamente no podían bailarla juntos.

—*Chérie* —le dijo—, ¿vendrás a dar un paseo conmigo cuando acabe el baile?

—¿Esta noche? —Lo miró con las cejas enarcadas—. ¿Dónde? ¿Fuera?

—Fuera —dijo, asintiendo con la cabeza.

—¿Para qué? ¿Para que puedas seducirme? —Lo miró con altivez—. ¿Estás loco?

—Solo desesperado, *chérie* —respondió—. Se me está acabando el tiempo y me doy cuenta de que estás decidida a endurecer tu corazón y a castigarme con el abandono. Vamos a hablar. Concédeme la oportunidad de hacerte cambiar de opinión. Te juro por mi honor que no te tocaré lujuriosamente sin tu permiso. Dame una oportunidad.

—¿Por tu honor? —repitió ella en voz baja y arqueando las cejas con desdén—. De todas formas, no hay modo de que me hagas cambiar de opinión.

La vio fruncir el ceño, y por un instante atisbo algo en sus ojos que le dio esperanzas pese a sus palabras… Una sombra de duda, de vulnerabilidad, de tristeza.

—Dame una oportunidad de todos modos —le pidió.

La música había cesado y el resto de las parejas estaba abandonando la pista de baile. Si se quedaban allí, no tardarían en llamar la atención al cabo de unos instantes. Sabía que si no le contestaba en los escasos momentos que le quedaban,

sería demasiado tarde para él. La habría perdido.

—Muy bien —dijo ella—. Pero es inútil.

Le sonrió y le cogió la mano para colocársela en el brazo.

Capítulo 22

Es todo tan absurdo…, pensó Morgan. El día había sido una agonía constante para ella, por el mero hecho de que había sido maravilloso para todos los demás. La celebración de su compromiso con Gervase había sido gloriosa.

Un compromiso que debía romper al cabo de dos días, cuando Freyja y Aidan se marcharan de Windrush. Debía endurecer su corazón para no sucumbir a los argumentos que le gritaban que no lo hiciera. Aun así, había accedido a concederle ese tiempo a solas con el único fin de que intentara persuadirla para que cambiase de opinión. Y lo iba a intentar al abrigo de una noche fresca y cuajada de estrellas, después de haber bailado un vals que había dejado sus emociones a flor de piel.

Estaba casi segura del lugar al que iba a llevarla, aunque no pensaba preguntarle. No iba a decir ni una sola palabra hasta que él hablara, y Gervase parecía estar muy a gusto en silencio mientras caminaban. En un principio creyó que su intención era la de pasear por el prado o, tal vez, la de llevarla al lago o al mirador, donde no estarían a la vista de las ventanas de la mansión. Claro que semejante secreto no era necesario. Gervase había anunciado delante de todo el mundo que iban a dar un paseo y Aidan, a pesar de la mirada adusta que les había lanzado, había señalado que no tenía nada de inapropiado que una pareja comprometida se diera las buenas noches lejos de los ojos de la familia.

Si esperaba que el paseo fuera una breve conversación durante la cual Gervase iba a desplegar todo su encanto con la intención de persuadirla para que se quedase, ¿por qué se había cambiado de ropa y se había puesto un cómodo vestido de paseo y una capa abrigada?

Tenía miedo de estar engañándose a sí misma, tenía miedo de sus propias debilidades.

Gervase llevaba un farolillo consigo; innecesario mientras estuvieran paseando por las zonas despejadas que estaban iluminadas por la luna y las estrellas, pero de gran ayuda cuando se internaron en el sendero agreste y el cielo quedó prácticamente oculto bajo el dosel conformado por las ramas de los árboles. La ayudó cogiéndola por el codo para que no se tropezara a causa de lo accidentado del camino. Aparte de eso, no parecía dispuesto a tocarla en absoluto.

Cuando por fin llegaron a la gruta después de ascender la colina y descender hasta el bancal en completa oscuridad, salvo por la escasa luz del farolillo, estaba muy enfadada. No tanto con Gervase como consigo misma. ¿Acaso no lo conocía a esas alturas? ¿Acaso no sabía que estaba utilizando el poder de su encanto para erosionar su fuerza de voluntad?

¿O se equivocaba? ¿Había cambiado desde que llegaron de Bruselas? ¿Sería tan

tonta como para perdonar sin más lo que le había hecho allí, en especial después de Waterloo? Se le rompía el corazón cada vez que recordaba la ternura que le había demostrado aquella semana, cuando creyó que era su mejor amigo e incluso se convirtió en su amante. Todo había sido un engaño. Todo. Y no podía olvidarlo así como así.

Se giró para enfrentarlo mientras él apagaba el farolillo; ya no era necesario, puesto que la luz de la luna iluminaba el claro y se reflejaba en el río.

—Supongo —le dijo, y en ese instante cayó en la cuenta de que estaba prácticamente en el mismo lugar donde habían hecho el amor pocos días atrás— que has pensado que este entorno es lo bastante poético como para que su encanto me robe el uso de la razón, ¿no?

El entorno era romántico… terriblemente romántico. La luz de la luna brillaba sobre el chorro de agua que caía desde el jarro del querubín.

—¿Eso quiere decir que me he equivocado, *chérie*? —le preguntó él con un suspiro exagerado—. ¿No va a ser tan fácil?

Fue el suspiro lo que la sacó de quicio. ¿Acaso no se tomaba nunca nada en serio? ¿Tan seguro estaba de que iba a seducirla? ¿O no le importaba en lo más mínimo?

—¡Va a ser imposible! —gritó mientras apretaba los puños—. ¿No lo entiendes, Gervase? Eres guapo, encantador y atractivo. Está claro. Sería idiota si lo negara. Fueron todas esas cualidades las que hicieron que me enamorara de ti en Bruselas, aunque también supiera que eras un libertino y un donjuán. Fueron esas cualidades las que me llevaron a cometer aquella indiscreción en el baile de Freyja y las que me llevaron a hacer el amor contigo hace unos días. Pero también soy consciente del odio y del cinismo del que eres capaz, de lo calculador que puedes ser. Sé que he sido tu víctima, desde que nos conocimos hasta la noche del baile de Freyja; tal vez lo siga siendo. ¿Cómo voy a creerte cuando dices que me quieres, que quieres casarte conmigo? ¿Cómo voy a fiarme de lo que me dices? ¿Cómo quieres que vuelva a confiar en ti? Será mejor que volvamos a la casa ahora mismo y durmamos un poco. Me marcharé de Windrush con mi familia. Voy a dejarte y a olvidarte para siempre.

Gervase se había alejado y la estaba observando, apoyado contra la pared de piedra de la gruta. Tenía los brazos cruzados por delante del pecho.

—*Chérie* —dijo en voz baja—, has accedido a concederme una última oportunidad para convencerte de que no me abandones, de que no me rompas el corazón.

Incluso en esos momentos, pensó, podía estar riéndose de ella. ¿Cómo iba a romperle el corazón? ¿Tanto la amaba? Tenía miedo de creerlo. Tenía miedo de albergar esperanzas.

Odiaba el hecho de tener solo dieciocho años. Lo aborrecía.

—Muy bien —replicó, observándolo con toda la altivez que fue capaz de reunir —. Habla. Pero estarás malgastando saliva.

Dio media vuelta y se alejó un poco, caminando entre las flores, hasta detenerse y colocar una mano en una de las frías y pétreas alas del querubín.

—No puedo negar que soy culpable, *chérie* —dijo él—. Si bien fue tu belleza lo primero que me llamó la atención, también es cierto que fue tu identidad lo que me impulsó a que nos presentaran. Mi intención era la de causar problemas y lo conseguí. Te utilicé con total frialdad y deliberación para provocar a tu hermano.

Aún le dolía recordar la cena en el bosque, sabiendo como sabía que no formaba parte de un extravagante y escandaloso coqueteo por su parte, sino que fue fruto de un odio desbordante.

—Pero me gustabas —prosiguió— y empecé a darme cuenta, demasiado tarde ya, de que eras algo más que su hermana. No debí involucrarte en algo que solo nos concernía a los dos. Pero no creas que me estoy justificando. Soy culpable y me siento profundamente avergonzado.

Morgan extendió el brazo y colocó la mano bajo el agua que caía desde el jarro. Estaba muy fría. La apartó, la metió entre los pliegues de la capa y se la secó con la falda. Intentó pensar en algo mundano: en la ropa que llevaría durante el viaje a casa; si iba a llevarse sus útiles de pintura o no; si iría a Leicestershire, a Oxfordshire o a Cornualles… o si simplemente se iría a Lindsey Hall y pasaría el verano con Wulfric.

—Cuando te vi en el baile de los duques de Richmond —siguió Gervase—, me mantuve alejado, *chérie*, hasta que te quedaste sola después de que los oficiales se marcharan. Parecías estar desamparada y perdida. Parecías necesitar un poco de consuelo. Así que me acerqué con la intención de consolarte si estaba en mi mano. Me acerqué porque eras tú, no porque fueras la hermana de Bewcastle. Ni siquiera pensé en eso.

—Ya era demasiado tarde —replicó ella, inclinando la cabeza y cerrando los ojos.

—Después —continuó Gervase—, unos días más tarde, te vi en la Puerta de Namur, cuando pensaba que ya estarías bien lejos de la ciudad. Estabas sucia, despeinada, ruborizada y preciosa mientras atendías a un soldado que había perdido una pierna.

Desde ese momento en adelante, desde ese preciso momento hasta que desembarcamos en Harwich, fuiste Morgan Bedwyn para mí y aprendí a valorarte, a admirarte, a respetarte e incluso a amarte, aunque no creo que comprendiera realmente ese último sentimiento en aquel momento. Ya no eras la hermana del duque de Bewcastle, *chérie*. Eras tú misma y, sin darme cuenta, te convertiste en el centro de mi mundo, en el amor de mi vida. Aquella noche, cuando fuiste a mis aposentos, no debí permitir que nuestro abrazo llegara tan lejos, pero ya te amaba y no se me ocurrió ninguna otra manera de llegar hasta ti, de desterrar tu dolor. Ni siquiera me di cuenta de que lo que sentía era amor hasta mucho más tarde, pero lo era. Soy culpable de todo lo que pasó durante los primeros días de nuestra relación, *mon amour*, pero no de lo que sucedió durante esos días. Fui tu amigo y, al final, tu amante.

Morgan aplastó las flores a su paso mientras se acercaba a él a toda prisa. Volvía a tener los puños apretados.

—¡Es mentira! —gritó—. Me estás mintiendo. No hagas esto, Gervase. No lo

hagas. No puedo soportarlo. ¿Y qué pasó en el baile de Freyja? Si me amabas después de Waterloo, si te arrepentías de haberme utilizado como lo hiciste, ¿por qué provocaste aquella situación? No puedo fiarme de lo que dices. No puedo fiarme de ti.

A esas alturas estaba llorando y no se molestó en ocultar los agónicos sollozos mientras rebuscaba un pañuelo con manos trémulas. Odiaba a las lloronas. Ella nunca lo había sido.

Gervase seguía con los brazos cruzados.

—Ojalá pudiera decir que soy inocente igual que lo fui en Bruselas después de Waterloo —replicó—. Pero no puedo. Fui a Londres para pedir tu mano, pero no fingiré que solo me movía el amor que sentía por ti cuando me enfrenté a Bewcastle en su biblioteca… Porque no estoy seguro de que en aquel momento supiera que era amor lo que sentía. Quería verlo furioso y regodearme con esa imagen. Y después me obsesioné buscando la forma de obligarlo a que me dejara cortejarte. Fue mucho, muchísimo después, cuando entendí la verdadera razón de esa obsesión… una razón que nada tenía que ver con mi deseo de hacerle daño, sino con el hecho de que no soportaba la idea de perderte. Me di cuenta en aquella antesala, en casa de tu hermana, cuando comencé bailando el vals contigo y de repente acabé besándote. Fue en aquel momento cuando lo comprendí, cuando supe que debía sacarte de allí antes de que el escándalo estallara. Pero cuando levanté la cabeza, vi a Bewcastle observándonos, y también vi a otros invitados… Algunos habían pasado por delante de la puerta y otros estaban allí de pie, contemplando la escena sin perderse detalle. Así que era demasiado tarde para buscar el modo de cortejarte de forma honorable y ganarme tu amor.

Morgan inclinó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Y con eso —siguió él— concluyo la única defensa que puedo alegar. Una defensa lastimera en el mejor de los casos. No puedo pedirte que me perdones, *chérie*. Eso está demasiado manido y es demasiado superficial. No me merezco tu perdón. Pero te aseguro, aunque suene manido y superficial, que te quiero con toda el alma y que me pasaré la vida amándote y siendo tu amigo si me lo permites. Solo tú puedes decidir si me perdonas. Y si puedes confiar en mí.

Morgan se alejó hasta la orilla del río y comenzó a caminar en dirección opuesta al sauce y al querubín. El paisaje se oscureció de repente y cuando alzó la cabeza vio que una nubécula había ocultado la luna. Sin embargo, la nube se alejó mientras la miraba, de modo que su rostro quedó bañado por la luz.

Pocos días atrás le había dicho a Gervase que debía perdonar a su padre porque de lo contrario la sombra del odio lo atormentaría toda la vida.

Le había dicho que debía perdonar a Marianne y a Henrietta porque de lo contrario el terrible dolor que le habían ocasionado lo tendría postrado de rodillas toda la vida.

Sabía que Gervase debía perdonar a Wulfric; de igual forma que sabía que este debía perdonar a Marianne.

El odio y el resentimiento eran venenos letales para el alma.

También sabía que ella misma debía perdonar a Gervase. Pero ¿sería suficiente con el perdón? ¿Podría confiar en él de nuevo alguna vez?

Nadie podía vivir mucho tiempo sin confiar en los demás. ¡Cuánto daño podía hacerse una persona si se pasaba la vida recelando de todo aquel que se le acercara! Y ella corría peligro de acabar así. Había sido una ilusa sin remedio hasta hacía muy poco. ¿Iba a dejarse arrastrar hasta el otro extremo? ¿Iba a protegerse de la posibilidad de sufrir para, en el proceso, rechazar la felicidad presente y futura?

Los últimos días en Bruselas habían sido reales.

Gervase la había valorado, admirado y respetado. Había salido a la busca de Alleyne por ella. Le había hecho el amor porque quería compartir su dolor y darle consuelo. Había sido su amigo. Y su amante.

Todo había sido real.

Cuando se giró para mirarlo, descubrió que no se había movido de donde estaba.

Se había jurado a sí misma que no sería débil.

Pero ¿no era una debilidad la intransigencia en sí misma?

Se acercó a él sin saber lo que pensaba decirle. De modo que no dijo nada. Se acercó hasta pegarse a él, hasta sentir el roce de sus muslos, apoyó la mejilla en el complicado nudo de su corbata y dejó que la fuerza que emanaba de su cuerpo calara en ella.

Al cabo de unos instantes, notó que Gervase la rodeaba con uno de sus brazos mientras que los dedos de la otra mano se enterraban en su pelo para acariciarle la nuca. Y al cabo de unos instantes más, notó que inclinaba la cabeza para apoyar la mejilla contra su cabello.

—Lo siento Morgan —dijo—. ¡Qué huecas me parecen las palabras! Lo siento mucho, muchísimo, *ma chére*.

—Si no me hubieras visto en el baile de los Cameron y no hubieras averiguado que era la hermana de Wulfric —replicó ella—, jamás nos habríamos conocido, Gervase. Y ésa es una posibilidad que no quiero ni imaginarme.

Él giró un poco la cabeza para darle un beso en la coronilla.

—Confío en ti —siguió Morgan, alzando la cabeza—. De verdad.

Gervase la besó, con dulzura y delicadeza, y ella le devolvió el beso con todo el anhelo de alguien que se había preparado para rechazar lo que más amaba y que acababa de descubrir que ese sacrificio era innecesario. Y después la abrazó con fuerza antes de soltarla. Se apartó de la pared de la gruta, la tomó de las manos e hincó una rodilla en el suelo.

—Morgan —le dijo, alzando la mirada—, te quiero por todo lo que eres ahora y por todo lo que serás. Te admiro como mujer y como persona. Te aprecio como amiga y como compañera. Te amo por tu inteligencia, por tu visión artística del mundo y por tu perspicacia sobre la vida y el alma. Te adoro como amante. Alimentaré tu libertad durante toda la vida si me aceptas. Y, a cambio, me ofrezco a ti por entero. ¿Me concedes el honor de casarte conmigo?

Fue una declaración teatral a más no poder… pero también maravillosa y

conmovedoramente romántica. No había dicho nada sobre poseerla, no había dicho nada acerca de que no podría vivir sin ella, no había dicho nada que pudiera atarla salvo el compromiso del matrimonio en sí mismo. Y del amor, cuyos lazos ofrecían la libertad siempre que fuera amor verdadero.

—Sí —contestó.

Tal vez debería haber dicho algo más. Tal vez debería haber dicho algo que igualara su declaración. Pero las lágrimas que no había derramado le habían provocado un doloroso nudo en la garganta y en el pecho; además y a fin de cuentas, el monosílabo encerraba todo lo que había que decir.

Sí, sería su amiga. Sí, sería su amante. Sí, sería su esposa. Juntos emprenderían la búsqueda de la camaradería, la unión física y la dicha; y juntos alimentarían y sustentarían la individualidad y la libertad del otro.

Gervase se puso en pie, la cogió por la cintura, la levantó en vilo y comenzó a dar vueltas con ella mientras echaba la cabeza hacia atrás y aullaba a la luna. Morgan lo imitó, pero riendo a carcajadas.

La risa, que brotó de lo más profundo de su corazón, fue un bálsamo que la ayudó a recuperar el tesoro de la juventud. Claro que él se encargó de que no durara mucho con sus besos.

—Espero que hayas traído algo con lo que encender el farolillo —le dijo minutos después—. Se está nublando y el sendero agreste estará muy oscuro.

—En ese caso, no hay más que hablar —replicó Gervase—. No regresaremos hasta el alba y así se acabó el problema, *chérie*.

—Hace frío —protestó.

—No por mucho tiempo —le aseguró él—. Hacer el amor es estupendo para entrar en calor, y tengo la intención de hacerte el amor… probablemente durante lo que queda de noche. Porque a pesar de que esta mañana tenía muy pocas esperanzas, que todo hay que decirlo, no me hundí en la miseria. Así que preparé lo que esperaba que fuese el colofón de nuestra conversación privada… Si podía convencerte de que habláramos, claro está. Esta mañana, mucho antes de que nadie se levantase, traje algunas mantas y las escondí en la gruta. Y ahí están.

Abrió la boca para protestar, indignada por su presunción. Sin embargo, él meneó las cejas antes de componer una expresión contrita y de repente se descubrió riendo una vez más mientras le arrojaba los brazos al cuello.

—Esto —replicó— no es ni por asomo lo que Aidan tenía en mente cuando me dio permiso para darte las buenas noches aquí fuera.

—Pues ahora que lo dices —comentó Gervase—, me apuesto lo que quieras a que te equivocas. Tu hermano tendría que ser imbécil para no adivinar mis intenciones, y no tengo a lord Aidan Bedwyn por un imbécil.

Para ella era una idea sorprendente. ¿De verdad se les concedía tanta libertad a las parejas comprometidas?

Gervase ya había sacado un montón de mantas dobladas del interior de la gruta y estaba extendiendo una sobre la hierba. Acto seguido, meneó las cejas de nuevo y abrió los brazos.

La noche era fresca, casi hacía frío, y las mantas les fueron muy útiles, aunque solo de cuando en cuando, mientras recobraban el aliento y dejaban que el mundo volviera a girar sobre su eje a la velocidad normal, según palabras de Gervase. Durante el resto de la noche, hasta que el alba tiñó de gris el horizonte e incluso hasta que se atisbo un poco de azul, hicieron el amor de modo desenfrenado, jovial y entusiasta; y podrían haberse mantenido calentitos incluso encima de un iceberg en el Ártico, también según palabras de Gervase.

Entraron a hurtadillas en la casa poco antes de que los criados se levantaran. De hecho, Morgan los escuchó trajinar antes de quedarse dormida.

Capítulo 23

Morgan fue la primera en bajar. No debería haber empezado a vestirse tan pronto. Había sido ridículo pensar que iba a tardar en hacerlo más de lo normal solo porque fuera el día de su boda. Aunque tal vez ni siquiera se le hubiera pasado eso por la cabeza. Simplemente había sido incapaz de esperar más. Estaba tan emocionada y nerviosa que si se paraba a reflexionar sobre la importancia de la ocasión, bien podía acabar vomitando.

Debería haberse quedado en su vestidor. Recordaba que el año anterior, cuando Freyja se casó con Joshua, todos se congregaron en su vestidor para comentar su aspecto, desearle buena suerte y abrazarla antes de partir hacia la iglesia, donde aguardaron decentemente sentados en los bancos a que ella apareciera del brazo de Wulfric.

Sin embargo, ella estaba en la planta baja, sola salvo por un silencioso criado que había perdido la compostura al verla y le había sonreído. El vestíbulo de Lindsey Hall, conservado como si fuera un salón de banquetes medieval, siempre había sido uno de sus lugares preferidos. Rodeó la enorme y antigua mesa de madera mientras pasaba las manos por su lisa superficie y contempló los viejos pendones, los blasones y las armas que colgaban de las paredes.

La importancia de lo que iba a suceder la golpeó como un puñetazo directo al estómago. Lindsey Hall dejaría de ser su hogar esa mañana. Sería el hogar de Wulfric, pero no el suyo. Ya no volvería a ser lady Morgan Bedwyn. Volvería a esa casa como invitada… como lady Morgan Ashford, condesa de Rosthorn. Se echó a temblar y se preguntó por un instante si acabaría vomitando de verdad. Suponía que su posible embarazo empeoraba un poco las cosas. Todavía no estaba segura, pero la menstruación, que debería haber llegado dos semanas antes, seguía sin visos de aparecer.

Wulfric llegó al vestíbulo procedente de la galería superior y enarcó las cejas al verla. Incluso se detuvo para contemplarla de la cabeza a los pies y se llevó el monóculo al ojo.

—Espectacular —dijo en voz baja, un comentario sorprendente dada su forma de ser.

Morgan se había decidido por un vestido blanco con un recamado lavanda en el bajo y en las mangas. Lavanda eran también las cintas que adornaban su bonete y el talle alto del vestido. Lavanda en memoria de Alleyne, por quien había llorado después de acostarse. Era muy doloroso darse cuenta de que la vida seguía su curso tras la muerte de un ser querido tal como lo haría si estuviera vivo. Salvo que si Alleyne no hubiera muerto, ella no se habría quedado en Bruselas y ése no sería el

día de su boda.

—Así que debo separarme alegremente del último miembro de mi familia y cedérselo a alguien que cree que la necesita más que yo, ¿no? —preguntó Wulfric.

Su hermano estaba de un humor extraño. ¿Cuándo los había necesitado? Sin embargo, en ese instante cayó en la cuenta de que iba a quedarse solo. ¿Se sentiría así? ¿Le afectaría la soledad?

Se apresuró a acortar la distancia que los separaba y le arrojó los brazos al cuello siguiendo un impulso, como hiciera en Harwich.

—Vas a arrugarte el vestido —dijo Wulf con esa distante altivez tan suya mientras la apartaba… después de haberla abrazado con tanta fuerza que la dejó sin aliento.

En ese momento habría llorado de buena gana. Habría gritado de dolor por él, por Alleyne, por la tristeza que conllevaba la madurez y el descubrimiento de que los cambios formaban parte de la esencia de la vida, de que nada era permanente e inmutable.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer algo tan insólito o potencialmente embarazoso, Rannulf apareció en el vestíbulo llevando del brazo a su abuela, cuyo aspecto era terriblemente frágil aunque había insistido en hacer el viaje desde Leicestershire para estar presente en la boda. Judith estaba con ellos, y Aidan, Eve y los niños los seguían de cerca. Becky echó a correr, dejándolos atrás, y se arrojó a sus brazos.

—Estás preciosa, tía Morgan —chilló—. Mi vestido de novia será igualito que el tuyo cuando sea mayor.

—Solo Morgan podría llegar la primera a su boda —dijo Freyja, que apareció en el vestíbulo con Joshua, cerrando la comitiva.

—Fuimos a tu vestidor, pero el pájaro ya había volado —comentó Joshua con una sonrisa.

—Es una suerte que no hayas salido corriendo hacia la iglesia, Morg —dijo Rannulf—. Habrías llegado antes que Gervase y los Bedwyn jamás habríamos superado semejante vergüenza.

—Estás encantadora, mi querida Morgan —dijo su abuela—. Acércate y dame un beso.

La tía Rochester y su marido también estaban presentes.

—Y ahora debemos marcharnos a la iglesia, salvo Morgan y Wulfric —dijo su tía con ese tono de voz tan estridente que lograba poner firmes incluso a los Bedwyn —. Igual de vergonzoso sería que nosotros llegáramos después de Rosthorn, Rannulf.

Todos se marcharon del vestíbulo casi con la misma rapidez con la que habían aparecido, si bien despertaron la furia de su tía porque se demoraron para abrazarla, algunos con una fuerza desmedida, como Rannulf. Judith lo hizo con los ojos cuajados de lágrimas.

Era real, pensó Morgan mientras se giraba y clavaba la vista en la silenciosa figura de Wulfric, tan elegante y austero vestido de blanco y negro.

Era el día de su boda.

Mientras Gervase observaba a Morgan avanzar del brazo de Bewcastle por el pasillo central de la iglesia, más hermosa que nunca vestida de blanco y lavanda, tuvo la sensación de que todo lo sucedido durante esos últimos nueve años había valido la pena por el mero hecho de haberlo conducido a ese preciso momento.

¿Qué probabilidades había de que estuviera sucediendo si su vida hubiera sido distinta? Posiblemente a esas alturas ya llevara años casado con otra. Y aunque no fuese así, tal vez no se habría fijado en lady Morgan Bedwyn esa primavera. No, se corrigió, sin duda se habría fijado en ella de la misma manera que lo había hecho en el baile de los Cameron. Pero no se habría acercado a alguien tan joven, tan inocente. Y aunque lo hubiera hecho, sin intención de seducirla y cautivarla, tal vez ni siquiera habría llamado su atención.

Los caminos de la vida eran extraños.

Morgan lo estaba mirando a los ojos con una expresión rebosante de ternura, impaciencia y amor. ¿Qué milagro había hecho que lo perdonase? Sonrió y, aunque minutos antes era muy consciente de que Pierre estaba a su lado, de que la iglesia estaba a rebosar de familiares e invitados, en ese instante solo la vio a ella.

Su amada Morgan.

El final de su largo y difícil arco iris.

Bewcastle le había escrito el mismo día que recibió la carta de Marianne. Su nota había sido extremadamente lacónica, pero en ella le aseguraba que estaba satisfecho con la explicación y reconocía que había malinterpretado por completo lo que vio nueve años antes. También hacía mención al broche, el cual sinceramente no recordaba haber recogido del suelo ni dejado en la mesa antes de salir del dormitorio, si bien debió hacerlo ya que Marianne había admitido que jamás fue robado.

El final del arco iris era muy dulce… y deslumbrante por la oleada de alegría que sintió mientras Morgan y él se giraban a la par para mirar al rector.

—Queridos hermanos… —comenzó.

Y después, antes de que pudiera apreciar siquiera lo que estaba sucediendo, antes de que pudiera empezar a concentrarse, esa misma voz los declaró marido y mujer.

La sonrisa de Morgan lo desarmó.

La suya, como bien sabía, estaba mezclada con las lágrimas. Habían estado a punto, los dos, de dejarse vencer por las adversidades.

Firmaron en el registro, atravesaron la iglesia juntos, dejaron atrás una miríada de rostros sonrientes, y salieron a la luz del sol entre los vítores de los asistentes y la lluvia de pétalos de rosa lanzada por los Bedwyn, sus cuñados y algunos de sus sobrinos. Regresaron a Lindsey Hall en un carruaje descubierto, adornado con cintas de colores y una ristra de botas viejas, tomados de la mano con fuerza y mirándose a los ojos como dos tontos enamorados, aunque se permitieron un largo y tierno beso en cuanto el pueblo quedó bien lejos.

—¿Feliz? —le preguntó.

—Feliz —Morgan le devolvió la sonrisa—. Este último mes me ha parecido interminable.

Habían pasado todo ese tiempo separados. Ella había regresado a Lindsey Hall dos días después del baile para comenzar con los preparativos de la boda y disponer que se leyeran las amonestaciones. Él se había quedado en Windrush y no se trasladó a Hampshire hasta el día anterior. Acompañado de su familia, se había hospedado en Alvesley Park, a unos cuantos kilómetros de Lindsey Hall, aceptando así la invitación de los condes de Redfield y de los vizcondes de Ravensberg.

—A mí me han parecido años —convino él—. Pero te juro que nunca más tendremos que soportar una separación tan larga, *chérie*. ¿Nuestra noche de pecaminosa indulgencia ha tenido consecuencias? —le preguntó mientras meneaba las cejas de forma muy elocuente después de recordar la noche de pasión junto a la gruta.

Sin embargo, el gesto de Morgan se tornó serio mientras lo contemplaba con esos hermosos ojos abiertos de par en par.

—Creo que sí —respondió.

—¿Cómo? —Le dio un apretón en las manos después de asirle la que hasta ese momento tenía libre—. ¿Ha habido consecuencias?

Morgan esbozó una dulce sonrisa. Tenía las mejillas sonrojadas. Si antes le había parecido hermosa, en ese momento no encontraba palabras que la describieran.

Estaban demasiado cerca de la casa y debían guardar las formas. Solo un enorme jardín circular con una gran fuente en el centro separaba su carruaje de la entrada principal. Y, para colmo de males, había alguien delante de las puertas… Un caballero. Gervase se preguntó momentáneamente si sería alguien a quien no habían invitado a la boda o un invitado que había salido de la iglesia antes que ellos y había regresado a la casa a todo galope.

Aunque a decir verdad, en ese momento no le habría importado que todos los criados, desde el jardinero hasta el último mozo de cuadra, estuvieran en la terraza para recibirlos. Era un hombre recién casado y acababa de descubrir que iba a ser padre.

—*Chérie* —dijo mientras inclinaba la cabeza hacia ella—. *Mon amour. Ma femme*.

—Soy tan feliz, Gervase —dijo ella—, que ni siquiera puedo expresarlo con palabras.

—No tienes que hacerlo —le aseguró, dejándole una lluvia de besos en los labios—. En ocasiones hay otra forma de comunicación mucho mejor, *chérie*.

Y procedió a demostrárselo, abrazándola y besándola apasionadamente mientras ella le echaba los brazos al cuello.

El caballero que estaba en la terraza observó cómo el carruaje, que a todas luces transportaba a unos recién casados, rodeaba la fuente y se acercaba a la entrada mientras los novios, perdidos el uno en los brazos del otro, olvidaban el sentido del decoro y el mundo que los rodeaba.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

MARY BALOGH

Mary Balogh nació y creció en Gales, tierra de canciones y leyendas. Hoy vive en Canadá, con su marido y es una de las autoras más premiadas y inglés, reconocidas, admirada por sus romances victorianos. Profesora de hijo encontró tiempo para su verdadera vocación, la escritura, cuando su Novela mayor cumplió los seis años. Su primera novela ganó el premio Rita de Escuela Romántica. Titania ha publicado las dos primeras novelas de la Serie Miss Martin's para señoritas. Plaza & Janés está publicando actualmente su serie Bedwyn's, de la que hasta el momento han salido dos libros, Momentos inolvidables y Ligeramente casados.

LIGERAMENTE SEDUCTOR

Joven, embelesadora, exquisitamente casadera, desde el mismo momento en que divisa a lady Morgan Bedwyn al otro lado del deslumbrante salón de baile, Gervase Ashford, conde de Rosthorn, sabe que ha encontrado el instrumento perfecto para su venganza. Pero el matrimonio no entra en los planes del libertino más célebre del continente. Así como tampoco es del interés de la muy independiente lady Morgan... hasta que una noche de escandalosa intimidad desemboca en un escándalo que podría hacer aún más dulce la venganza de Gervase.

Tan solo existe una cosa que se interpone en su camino: Morgan, que ha logrado lo imposible... ella hace que su frío corazón se derrita. Para Gervase, sólo es aceptable el matrimonio, pero Morgan no le aceptará por las buenas. Así comienza un ardiente cortejo en el que dos recelosos corazones están a punto de abrirse por la pasión más escandalosa de todas: el glorioso y arrebatador amor.

* * *

Título original: Slightly Tempted
Primera edición: mayo, 2008
© 2004, Mary Balogh
Publicado por acuerdo con Bantam Dell Publishing Group,
una división de Random House, Inc.
© 2008, Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar
Rodríguez Barrena, por la traducción.
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 978-84-01-38258-1
Depósito legal: B. 5.763-2008
Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)
Impreso en Vallestec, S. L.
Lisboa, 8. Barbera del Valles (Barcelona)
Encuadernado en Lorac Port